

KAREN M. McMANUS

Autora de *ALGUIEN ESTÁ MINTIENDO*

ALGUIEN
TIENE
UN
SECRETO

se

...Y ALGUIEN ESTÁ MUERTO

Lectulandia

Ellery es nueva en Echo Ridges, pero ya lo sabe todo sobre el pueblo.

Aquí, a veces, las chicas desaparecen... y sus asesinatos siguen sin resolverse.

Aunque las clases no han empezado aún, la futura reina del baile ha sido amenazada y una chica ha desaparecido... y todo apunta a que Ellery también está peligro. Y es que en Echo Ridges, todo el mundo tiene un secreto, y algunos secretos son peligrosos...

Ellery tiene diecisiete años y una obsesión con el misterio. La hermana gemela de su madre desapareció cuando era adolescente en Echo Bridges, un pueblito de Nueva Inglaterra que ha vuelto a los titulares hace poco por el asesinato de otra chica, la reina del baile del instituto local.

Cuando Ellery y su propio hermano gemelo Ezra se tienen que mudar con su abuela al pueblo, la obsesión de Ellery se topa con la realidad. Otra chica ha desaparecido, alguien ha amenazado públicamente a la siguiente reina del baile, y el chico que le gusta a Ellery es el principal sospechoso de la policía.

Ellery sabe bastante de secretos. Su madre los tiene; su abuela también. Y cuanto más tiempo pasa en Echo Ridge, más claro queda que allí todos esconden algo... pero no todos han sabido en quién confiar.

Karen M. McManus

Alguien tiene un secreto

ePub r1.0

Titivillus 03-12-2020

Título original: *Two Can Keep a Secret*

Karen M. McManus, 2019

Traducción: Sara Cano Fernández

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Para Gabriela, Carolina y Erik.

CAPÍTULO UNO

ELLERY

VIERNES 30 DE AGOSTO

Si creyera en los presagios, este sería de los malos.

Solo queda una maleta en la cinta de recogida de equipajes. Es rosa chillón, está empapelada con pegatinas de Hello Kitty y, definitivamente, no es mía.

Ezra, mi hermano, la ve pasar frente a nosotros por cuarta vez, apoyado en el tirador de su enorme maleta. La multitud que rodeaba la cinta casi se ha dispersado por completo, salvo por una pareja que discute sobre quién de los dos tendría que haber estado pendiente de la reserva del coche de alquiler.

—Igual deberías cogerla —sugiere Ezra—. Aparentemente, el dueño o la dueña no iba en nuestro vuelo, y me apuesto lo que quieras a que tiene un fondo de armario interesante. Seguramente, muchas cosas con lunares. Y con purpurina. —Le suena el móvil y lo saca del bolsillo—. Nana está fuera.

—No me lo puedo creer —murmuro y le propino un puntapié al costado metálico de la cinta con la puntera de la zapatilla—. Mi vida entera estaba en esa maleta.

Es una ligera exageración. Mi vida entera estaba en realidad en La Puente, California, hasta hace aproximadamente ocho horas. Junto con unas cuantas cajas que enviamos la semana pasada a Vermont, la maleta contenía el resto.

—Creo que deberíamos dar parte. —Ezra inspecciona el mostrador de equipajes perdidos mientras se pasa una mano por el pelo rapado. Antes, los rizos gruesos y oscuros, idénticos a los míos, le colgaban sobre los ojos, y yo sigo sin acostumbrarme al corte que se hizo este verano. Inclina el manillar de la maleta y se dirige hacia el mostrador de información—. Seguramente sea por aquí.

El chaval delgaducho que hay tras el mostrador tiene pinta de que perfectamente podría estar en el instituto, con ese sarpullido de espinillas enrojecidas que le salpican el mentón y las mejillas. La identificación dorada que lleva clavada (y torcida) en el chaleco azul reza «Andy». Los finos labios de Andy se contraen cuando le comento el asunto de mi equipaje, y gira el cuello hacia la maleta de Hello Kitty, que sigue dando vueltas en la cinta.

—¿Vuelo 5624, procedente de Los Ángeles? ¿Con escala en Charlotte? —Asiento con la cabeza—. ¿Estás segura de que esa no es la tuya?

—Completamente.

—Pues vaya. Aunque terminará apareciendo. Solo tienes que rellenar esto. —Abre un cajón y saca un formulario que desliza sobre la mesa hacia mí—. Por ahí debe haber un boli —murmura y toquetea con desgana un montón de papeles.

—Tengo boli.

Desabrocho la cremallera de la mochila y saco un libro que deposito en el mostrador mientras palpo el interior en busca de un bolígrafo. Ezra enarca las cejas al ver la maltrecha tapa dura.

—¿En serio, Ellery? —pregunta—. ¿Te has traído *A sangre fría* para el avión? ¿Por qué no lo enviaste con el resto de tus libros?

—Es muy valioso —respondo a la defensiva.

Ezra pone los ojos en blanco.

—Sabes que el autógrafo no es de Truman Capote, ¿verdad? A Sadie la timaron.

—Da igual. Lo que cuenta es la intención —murmuro. Mi madre me compró en eBay un ejemplar «autografiado» de la primera edición cuando interpretó al «segundo cadáver» en un episodio de *Ley y Orden* hace cuatro años. A Ezra le regaló un disco de los Sex Pistols con un autógrafo de Sid

Vicious en la cubierta que probablemente era igual de falso. En lugar de eso, deberíamos haber renovado el coche por uno que tuviera frenos decentes, pero Sadie nunca ha tenido mucha longitud de miras—. De todas maneras, ¿qué mejor lectura para viajar a la ciudad que acoge Murderland que un libro sobre asesinatos?

Por fin consigo sacar un boli y comienzo a garabatear mi nombre en el formulario.

—Así que vais a Echo Ridge, ¿eh? —pregunta Andy. Hago una pausa tras la segunda «C» de mi apellido y él añade—: El parque ya no se llama así, ¿sabes? Y habéis llegado demasiado pronto. No abre hasta dentro de una semana.

—Lo sé. No me refería al parque temático, sino a la... —dejo la frase a medias antes de decir «ciudad» y guardo *A sangre fría* en la mochila—. Da igual —comento, y vuelvo a centrarme en el formulario—. Aproximadamente, ¿cuánto tardaré en recuperar mis cosas?

—No debería demorarse más de un día. —Los ojos de Andy se posan alternativamente en Ezra y en mí—. Os parecéis un montón, chavales. ¿Sois mellizos?

Asiento y sigo escribiendo. Ezra, educadísimo como siempre, responde:

—Sí.

—Yo debería haber tenido un gemelo —comenta Andy—. Pero el otro se absorbió en el útero. —A Ezra se le escapa un resoplido de sorpresa y yo tengo que reprimir una carcajada. A mi hermano le pasa esto constantemente: la gente le cuenta las cosas más estafalarias. Tenemos prácticamente la misma cara, pero en quien confía todo el mundo es en él—. Siempre he pensado que habría sido guay tener un gemelo. Puedes hacerte pasar por el otro y quedarte con la gente. —Cuando alzo la vista, Andy vuelve a mirarnos con los ojillos entrecerrados—. Bueno, aunque supongo que vosotros eso no lo podéis hacer. No sois tan mellizos como deberíais.

—Desde luego que no —responde Ezra con una sonrisa impasible.

Yo apuro la escritura y le tiendo el formulario completo a Andy, que arranca la primera página y me devuelve la copia amarilla que el papel carbón ha rellenado.

—Me llamará alguien, ¿verdad? —pregunto.

—Sí —responde Andy—. Si mañana no has tenido noticias, llama al número que aparece abajo. Pasadlo bien en Echo Ridge.

Ezra suspira exageradamente cuando nos dirigimos hacia la puerta giratoria, y le sonrío por encima del hombro.

—Qué amigos tan guais haces siempre.

Se encoge de hombros.

—Ahora no puedo dejar de pensar en ello. «Absorbido». ¿Cómo pueden pasar esas cosas, siquiera...? ¿Le...? No. No pienso hacer cábalas. No quiero saberlo. Qué raro crecer sabiendo algo así, de todas maneras, ¿no? Ser consciente de lo poco que faltó para que fueras el gemelo equivocado.

Al cruzar la puerta salimos a una ráfaga de aire sofocante y contaminado que me pilla desprevenida. A pesar de que estamos a finales de agosto, esperaba que en Vermont hiciera más frío que en California. Me aparto el pelo del cuello mientras Ezra desliza el dedo por la pantalla del teléfono.

—Nana dice que está dando vueltas porque no quería pagar aparcamiento —me informa.

Le miro con las cejas enarcadas.

—¿Te está escribiendo mientras conduce?

—Eso parece.

Llevo sin ver a mi abuela desde que nos visitó en California hace diez años, pero, por lo que recuerdo, no parece un comportamiento demasiado propio de ella.

Esperamos un rato, recociéndonos al sol, hasta que una ranchera verde bosque, un Subaru, aparca a nuestro lado. La ventanilla del asiento del copiloto desciende y Nana asoma la cabeza. Está bastante parecida a como la hemos visto por Skype, aunque el denso flequillo canoso parece recién cortado.

—Venga, dentro —dice, y mira de reojo al agente de tráfico que tenemos a pocos metros—. No dejan parar más de un minuto. —Vuelve a meter la cabeza mientras Ezra arrastra su maleta solitaria hacia el maletero.

Cuando entramos en el asiento trasero, Nana se vuelve a mirarnos, igual que la mujer más joven que maneja el volante.

—Ellery, Ezra, os presento a Melanie Kilduff. Su familia vive en la misma calle que nosotros, un poco más abajo. Yo tengo muy mala vista de noche, así que Melanie ha tenido la amabilidad de conducir por mí. Cuando era joven, a veces cuidaba de vuestra madre. Seguramente os suene su nombre.

Ezra y yo intercambiamos un par de miraditas. Sí, sí que nos suena.

Sadie se marchó de Echo Ridge con dieciocho años y solo ha vuelto dos veces. La primera, el año antes de que naciéramos, cuando mi abuelo murió de un ataque al corazón. Y la segunda fue hace cinco años, para asistir al funeral de la hija de Melanie, una adolescente de nuestra edad.

Ezra y yo vimos el capítulo especial de *Dateline*, el programa de investigaciones —se llamaba «Misterio en Murderland»—, en casa mientras nuestra vecina nos cuidaba. A mí me había marcado mucho la historia de Lacey Kilduff, la preciosa chica rubia, reina del baile de bienvenida de la ciudad natal de mi madre, a la que encontraron en un parque temático de terror con signos de haber sido estrangulada. Andy, el chico del aeropuerto, estaba en lo cierto: el dueño del parque le cambió el nombre, y pasó de ser Murderland a la Granja del Terror unos meses después. No creo que el caso hubiera tenido tanta repercusión a nivel nacional si el parque no hubiera tenido un nombre tan goloso.

O si Lacey no hubiera sido la segunda atractiva adolescente oriunda de Echo Ridge —y de la misma calle, para más inri— en ocupar los titulares por culpa de una tragedia.

Sadie se negó a contestar ninguna de las preguntas que le hicimos cuando regresó del funeral de Lacey.

—Lo único que quiero es olvidarlo —respondía cada vez que le preguntábamos. Que es lo mismo que lleva diciéndonos sobre Echo Ridge toda nuestra vida.

Supongo que es una ironía del destino que, a pesar de todo, hayamos terminado aquí.

—Encantado de conocerla —saluda Ezra a Melanie, mientras yo consigo, no sé muy bien cómo, atragantarme con mi propia saliva. Ezra me golpea la espalda con más fuerza de la necesaria.

Melanie posee una belleza desvaída. Lleva el pelo, rubio claro, recogido en una trenza de raíz, tiene los ojos de un azul clarísimo y la piel salpicada de pecas. Nos dedica una sonrisa encantadora, que deja a la vista el hueco entre las paletas.

—Igualmente. Siento haber llegado tarde, pero es que hemos pillado muchísimo tráfico. ¿Qué tal el vuelo?

Un fuerte golpeo repica en el techo del Subaru, provocando que Nana dé un respingo e impidiendo a Ezra responder.

—Tiene que seguir circulando —exclama el agente de tráfico.

—Burlington es la ciudad más grosera que te puedas echar a la cara —resopla Nana. Presiona un interruptor en la puerta para cerrar su ventanilla mientras Melanie saca el coche de detrás de un taxi.

Yo intento encontrar el cierre del cinturón de seguridad con la vista clavada en la nuca de Melanie. No esperaba conocerla así. Suponía que, antes o después, terminaría haciéndolo, teniendo en cuenta que Nana y ella son vecinas, pero me imaginaba algo más del estilo de intercambiar un saludo fugaz cuando saliera a sacar la basura, no un trayecto de una hora en coche nada más aterrizar en Vermont.

—Me dio mucha pena cuando supe lo de vuestra madre —dice Melanie mientras sale del aeropuerto y se incorpora a un estrecho carril salpicado de señales de color verde. Son casi las diez de la noche y las ventanas iluminadas de un grupillo de edificios refulgen frente a nosotros—. Pero me alegro de que esté recibiendo ayuda. Sadie es una mujer muy fuerte. Seguro que dentro de nada volvéis a estar con ella, pero mientras tanto, espero que lo paséis bien en Echo Ridge. Es una ciudad pequeña, pero encantadora. Sé que Nora se muere de ganas de presumir de nietos.

Ahí lo tienes. Así es como se capea una conversación incómoda. No hace falta empezar diciendo «Siento mucho que vuestra madre estampara el coche contra el escaparate de una joyería yendo puesta de opiáceos y vaya a tener que pasarse cuatro meses en rehabilitación». Basta con no obviar el tabú, dar un rodeo y proseguir con temas de conversación más ligeros.

Bienvenidos a Echo Ridge.

* * *

Me duermo poco después de entrar en la autopista y ni me inmuto hasta que un fuerte ruido me saca del sueño con un sobresalto. Suena como si estuvieran apedreando el coche desde todas las direcciones posibles con decenas de rocas. Me vuelvo hacia Ezra, desorientada, pero él parece tan confuso como yo. Nana se gira en su asiento, gritando para que la oigamos a pesar del estruendo.

—Granizo. No es raro en esta época del año. Aunque estos son bastante grandes.

—Voy a parar hasta que amaine —avisa Melanie. Conduce el coche al lateral de la carretera y lo aparca. El granizo cae con más fuerza incluso, y no puedo evitar pensar que, cuando deje de hacerlo, la carrocería tendrá cientos de abolladuras minúsculas. Una piedra particularmente grande se estrella contra el centro exacto del parabrisas y todos nos asustamos.

—¿Cómo es posible que esté granizando? —pregunto—. En Burlington hacía calor.

—El granizo se forma en la capa nubosa —explica Nana, señalando al cielo—. Ahí arriba, las temperaturas son heladas. Pero las masas de hielo se derriten rápidamente al tocar suelo.

Su tono no es exactamente amable —no creo que la amabilidad sea una cualidad que posea—, pero suena más vivo de lo que lo ha hecho en toda la velada. Nana era maestra, y salta a la vista que ese papel le resulta más cómodo que el de Abuela Custodia. No la culpo. Le hemos caído en suerte durante las dieciséis semanas de rehabilitación que el tribunal le ha impuesto a Sadie, y viceversa. El juez insistió en que un miembro de nuestra familia se encargara de nosotros, lo que limitó enormemente nuestras opciones. Nuestro padre fue un lío de una noche, un especialista de escenas de acción, o eso dijo, al menos, durante las dos horitas de polvo que compartieron Sadie y él tras conocerse en una discoteca de Los Ángeles. No tenemos tías, tíos ni primos. Ni un solo familiar, a excepción de Nana, que pudiera acogernos.

Pasamos un rato en silencio, contemplando el granizo rebotar sobre la capota del coche, hasta que la frecuencia disminuye y, finalmente, cesa del todo. Melanie vuelve a incorporarse a la carretera y yo echo un vistazo al

reloj del salpicadero. Son casi las once: he dormido prácticamente una hora. Le doy un codazo a Ezra y pregunto:

—Debemos estar a punto de llegar, ¿verdad?

—Casi —responde Ezra, y luego baja la voz—: Este sitio es una juerga los viernes por la noche. Hace kilómetros que no se ve un edificio.

Fuera está negro como la boca del lobo, y ni siquiera tras frotarme los ojos unas cuantas veces alcanzo a ver por la ventanilla nada que no sea una mancha borrosa de siluetas de árboles. Aun así, me esfuerzo, porque quiero ver ese lugar del que Sadie se moría de ganas de escapar.

«Es como vivir en una postal —decía a veces—. Bonito, pintoresco y cerrado. Todos los habitantes de Echo Ridge actúan como si por aventurarte más allá de sus fronteras fueras a volatilizarte».

El coche pasa un bache y el cinturón se me clava en el cuello cuando el impacto me inclina hacia un lado. Ezra bosteza tan fuerte que le chasquea la mandíbula. Seguro que cuando me he quedado dormida se ha sentido obligado a conversar, aunque los dos llevamos días sin dormir como Dios manda.

—Estamos a poco más de un kilómetro de casa. —La voz de Nana, procedente del asiento delantero, nos sorprende a ambos—. Acabamos de pasar el cartel que da la bienvenida a Echo Ridge, aunque está tan mal iluminado que supongo que no os habréis fijado.

Está en lo cierto. Yo, por lo menos, no lo he visto, aunque me había propuesto buscarlo. Ese cartel es una de las pocas cosas que Sadie menciona alguna vez sobre Echo Ridge, por lo general tras unas cuantas copas de vino.

«4.935 habitantes. No cambió en los dieciocho años que viví allí —solía decir con una sonrisilla burlona—. Por lo visto, para introducir a alguien nuevo hay que sacar antes a alguien que ya viva allí».

—Vamos a llegar al paso a nivel, Melanie. —La voz de Nana adquiere un matiz de advertencia.

—Lo sé —responde ella.

La carretera dibuja una pronunciada curva cuando pasamos bajo un arco de piedra gris y Melanie reduce la velocidad al mínimo. En este tramo no hay farolas, y ella enciende las largas.

—Nana es un dolor de copiloto —susurra Ezra.

—¿En serio? —respondo yo, también susurrando—. Pero si Melanie es superprecavida.

—A menos que hubiera un semáforo en rojo, cualquier velocidad era demasiada.

Yo río con disimulo en el preciso instante en que mi abuela vocifera «¡Para!» en un tono tan autoritario que tanto Ezra como yo damos un respingo. Durante una milésima de segundo, pienso que posee un oído supersónico y que le ha molestado nuestro cachondeíto. Entonces Melanie pisa el freno y el coche se detiene con tal brusquedad que lo único que evita que salga propulsada hacia delante es el cinturón de seguridad.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntamos Ezra y yo a la vez, pero Melanie y Nana ya se han desabrochado los cinturones y están fuera del coche.

Nos miramos, confundidos, y las seguimos. El suelo está salpicado de charcos de granizo a medio derretir, y los sorteamos para llegar hasta mi abuela. Nana está frente al coche de Melanie, con la vista clavada en el tramo de carretera bañado por los brillantes faros.

Y en la silueta inmóvil que hay justo en el centro. Bañada en sangre, con el cuello retorcido en un ángulo espantoso y los ojos abiertos de par en par, mirando a la nada.

CAPÍTULO DOS

ELLERY

SÁBADO 31 DE AGOSTO

El sol me despierta al colarse entre unas persianas que, a la vista está, no se compraron por sus propiedades oscurecedoras. Pero me quedo inmóvil bajo la ropa de cama —una delgada colcha de ganchillo y sábanas finas como pétalos— hasta que un fuerte golpe resuena en la puerta.

—¿Sí? —Me incorporo e intento, sin éxito, apartarme el pelo de los ojos cuando Ezra entra en la habitación.

El reloj bañado en plata de la mesilla de noche marca las 9.50, pero, como sigo con el horario de la Costa Oeste, no siento que haya dormido lo suficiente, ni mucho menos.

—Hola —saluda Ezra—. Nana me ha pedido que te despierte. Está viniendo un agente de policía a casa. Quiere hablar con nosotros por lo de anoche.

Lo de anoche. Nos quedamos con el hombre de la carretera, acucillados junto a él entre oscuros charcos de sangre, hasta que vino la ambulancia. En un primer momento no fui capaz de mirarle a la cara, pero en cuanto lo hice no pude apartar la vista. Era tan joven. No debía de tener mucho más allá de treinta años y vestía ropa de deporte y zapatillas. Melanie, que es enfermera, lo estuvo reanimando hasta que llegaron los técnicos de urgencias, pero más como si estuviera rezando por que se obrara un milagro que porque creyera que fuera a servir de algo. Cuando regresamos al coche de Nana, nos dijo que llevaba muerto desde antes de que llegáramos.

—Jason Bowman —dijo con voz trémula—. Es... Era uno de los profesores de ciencias del instituto de Echo Ridge. También echaba una mano dirigiendo la banda municipal. Era muy popular entre los críos. Le habríais... Deberíais haberle conocido... la semana que viene.

Ezra, que está completamente vestido, con el pelo húmedo de acabar de darse una ducha, tira un paquetito de plástico en la cama, trayéndome de vuelta al presente.

—También me ha pedido que te diera esto.

El paquete cerrado exhibe el logotipo de una marca de ropa interior junto a una foto de una sonriente mujer rubia vestida con un sujetador deportivo y unas bragas que le llegan hasta la cintura.

—Ay, no.

—Ay, sí. Son, literalmente, bragas de abuela. Nana dice que compró un par demasiado pequeñas por error y se olvidó de devolverlas. Ahora son tuyas.

—Fantástico —murmuro, con las piernas colgando del borde de la cama.

He usado de pijama la camiseta que vestía ayer debajo del jersey y unos pantalones de chándal remangados de Ezra. Cuando me enteré de que tenía que mudarme a Echo Ridge, saqué toda la ropa del armario y doné, sin pensármelo dos veces, todo lo que no me hubiera puesto en los últimos meses. Reduje mi fondo de armario tan drásticamente que todo, salvo por unos pocos abrigos y zapatos que envié la semana pasada, cabía en una sola maleta. En ese momento, sentí como si tuviera orden y control sobre al menos una minúscula porción de mi vida.

Ahora, por supuesto, implica que no tengo nada que ponerme.

Cojo el móvil de la mesilla de noche para comprobar si he recibido algún mensaje de texto o de voz relacionado con la maleta, pero no tengo nada.

—¿Por qué te has despertado tan temprano? —le pregunto a Ezra.

—No es tan temprano. —Se encoje de hombros—. He estado dando una vuelta por el vecindario. Es bonito. Muy verde. He colgado un par de *stories* en Instagram. Y he hecho una lista de reproducción.

—Espero que no sea otra *playlist* de Michael —digo, cruzándome de brazos.

—No —responde Ezra a la defensiva—. Es un tributo musical al nordeste. No te imaginas la cantidad de canciones que llevan Nueva Inglaterra en el título.

—Ajá.

Michael, el novio de Ezra, rompió preventivamente con él la semana antes de que nos marcháramos porque, según él, «las relaciones a distancia nunca funcionan». Ezra hace como si no le importara, pero ha recopilado unas cuantas *playlist*. bastante emo desde la ruptura.

—No me juzgues. —Los ojos de Ezra se desplazan hacia la estantería, donde *A sangre fría* está perfectamente alineado con mi colección de Ann Rule, *Visión fatal*, *Medianoche en el jardín del bien y del mal* y el resto de mis libros, todos basados en crímenes reales. Son las únicas cosas que saqué anoche de las cajas apiladas en una esquina de la habitación—. Cada uno tiene sus mecanismos de defensa.

Se retira a su habitación y yo miro en derredor de este espacio ajeno en el que viviré los próximos cuatro meses. Anoche, cuando llegamos, Nana me dijo que yo dormiría en la antigua habitación de Sadie. Tenía casi tantos nervios como ganas de abrir la puerta, y me preguntaba qué vestigios de mi madre descubriría dentro. Pero lo que me encontré fue una habitación de invitados normal y corriente sin pizca de personalidad. Los muebles son de madera oscura y las paredes de un pálido tono cáscara de huevo. No hay más elementos decorativos que unas cortinas de encaje, una alfombrilla de tela de cuadros y una lámina enmarcada de un faro. Todo huele ligeramente a cedro y limón. Cuando intento imaginarme a Sadie aquí, arreglándose el pelo en el espejo turbio que hay sobre la cómoda o haciendo los deberes en el anticuado escritorio, no me viene ninguna imagen a la mente.

La habitación de Ezra es exactamente igual. No hay rastro de que en ellas haya vivido nunca una adolescente.

Me desplomo en el suelo entre mis cajas de mudanza y revuelvo el contenido de la que está más a la vista hasta encontrar unos marcos envueltos en plástico. El primero que desenvuelvo es una foto que nos tomamos Ezra y yo en el muelle de Santa Mónica el año pasado, con una

puesta de sol absolutamente perfecta de fondo. El escenario es espectacular, pero no es mi mejor foto. No estaba preparada para el disparo, y mi expresión tensa no combina demasiado bien con la amplia sonrisa de Ezra. Pero la imprimí porque me recuerda a otra.

Es la segunda que saco, granulada y mucho más antigua, de dos adolescentes idénticas con el pelo largo y rizado como el mío, vestidas a la moda *grunge* de los noventa. Una de ellas sonríe abiertamente, la otra parece enfadada. Mi madre y su hermana gemela, Sarah. En la foto tenían diecisiete años y cursaban el último año de instituto, el mismo que Ezra y yo estamos a punto de empezar. Pocas semanas después de que les sacaran aquella foto, Sarah desapareció.

Han pasado veintitrés años y nadie sabe qué le pasó. O tal vez sería más acertado decir que, si alguien lo sabe, nunca lo ha contado.

Coloco las fotografías una junto a la otra en la estantería y pienso en lo que Ezra dijo anoche en el aeropuerto, después de que Andy nos diera más detalles de los que nos apetecía saber sobre sus orígenes. «Qué raro crecer sabiendo algo así, de todas maneras, ¿no? Ser consciente de lo poco que faltó para que fueras el gemelo equivocado».

A Sadie nunca le ha gustado hablar de Sarah, da igual lo ávida de información que yo haya podido estar. En nuestro piso no había fotos suyas: esta tuve que bajármela de Internet. Mi fascinación con los crímenes reales comenzó verdaderamente con la muerte de Lacey, pero desde que tuve edad para comprender lo que le pasó a Sarah, su desaparición me había obsesionado. Que tu gemelo desaparezca y no vuelvas a tener noticias de él me parece de las peores cosas que te pueden pasar.

En la fotografía, la sonrisa de Sadie es tan cegadora como la de Ezra. Ya por entonces era toda una estrella, la reina del baile de bienvenida, igual que Lacey. Y lleva intentando seguir siéndolo desde entonces. No sé si Sadie habría logrado algo mejor que un puñado de papeles de figurante si hubiera tenido a su gemela animándola. Sé que es imposible que vuelva a sentirse completa. Cuando vienes al mundo acompañado de otra persona, forma tan parte de ti como el latido de tu propio corazón.

Los motivos por los que mi madre se hizo adicta a los analgésicos son muchos —una luxación en el hombro, una ruptura sentimental, otro papel

que no le dieron, la mudanza al piso más cochambroso en el que habíamos vivido coincidiendo con su cuarenta cumpleaños—, pero no puedo evitar pensar que todo empezó con la desaparición de la chica seria de la imagen.

Suena el timbre, y a mí por poco se me cae la foto de las manos. Se me había olvidado por completo que tenía que prepararme para que me interrogara un agente de policía. Miro el espejo que hay sobre la cómoda y, al ver mi reflejo, arrugo la cara. En vez de pelo, parece que tengo una peluca, pero todos mis productos para evitar el encrespamiento están en la maleta. Me recojo los rizos en una coleta y retuerzo el grueso mechón hasta que consigo atar las puntas en un moño bajo sin necesidad de usar una goma. Es uno de los primeros trucos para arreglarme el pelo que aprendí de Sadie. Cuando era pequeña, nos colocábamos frente a los lavabos gemelos del baño, y yo contemplaba su reflejo para imitar el rápido y hábil movimiento de sus manos.

Me pican los ojos cuando Nana grita por las escaleras:

—¿Ellery? ¿Ezra? El agente Rodriguez ya ha llegado.

Ezra ya está en el pasillo cuando salgo de mi habitación y nos dirigimos juntos a la cocina. De espaldas a nosotros, un hombre moreno vestido con un uniforme azul recibe la taza de café que Nana le tiende. Mi abuela parece recién salida de un catálogo de esas marcas que venden ropa por correspondencia, con sus pantalones color caqui, sus zuecos y su camisa de rayas horizontales abotonada hasta el cuello.

—Tal vez el ayuntamiento por fin tome medidas respecto al paso a nivel—dice Nana, y me mira por encima del hombro del agente—. Ahí estáis. Ryan, te presento a mi nieta y a mi nieto. Ellery y Ezra, os presento al agente Ryan Rodriguez. Vive en esta misma calle y ha venido a hacernos unas cuantas preguntas sobre lo que sucedió anoche.

El agente se vuelve hacia nosotros con una media sonrisa que se le congela en el rostro al mismo tiempo que la taza de café se le resbala de la mano y se estrella contra el suelo. Todos tardamos un segundo en reaccionar, tras el cual todos lo hacemos al unísono, tirándonos a por el rollo de papel de cocina y a recoger los pedazos de cerámica del embaldosado de cuadros blancos y negros de la cocina de Nana.

—Lo siento mucho —se disculpa en bucle el agente Rodriguez. No nos saca mucho más de cinco años a Ezra y a mí, y da la sensación de que ni siquiera él sabe si ya es una persona adulta o no—. No entiendo cómo ha podido pasar. Le compraré otra.

—Ay, por Dios —responde secamente Nana—. Cuestan dos dólares en Almacenes Dalton. Siéntate y te prepararé otra. Vosotros también, niños. En la mesa hay zumo, si os apetece.

Nos sentamos en torno a la mesa de la cocina, que está recién puesta: tres platos sobre manteles individuales, cubertería y vasos. El agente Rodriguez saca un cuadernito del bolsillo delantero de la chaqueta y pasa las páginas con el ceño fuertemente fruncido. Tiene una expresión tan alicaída que incluso ahora, que ya no está rompiéndole cosas a mi abuela, parece preocupado.

—Gracias por hacerme hueco esta mañana. Acabo de volver de casa de los Kilduff, y Melanie me ha contado lo que pasó anoche en el paso a nivel de Fulkerson Street. Lo que, mucho me temo, tiene toda la pinta de haber sido un atropello en el que el conductor se dio a la fuga. —Nana le tiende otra taza de café antes de sentarse junto a Ezra, y el agente Rodriguez toma un precavido sorbo—. Gracias, señora Corcoran. Así que me sería de gran utilidad si pudierais hacer recuento de cualquier cosa que os llamara la atención, incluso aunque no os pareciera importante.

Yo me enderezo en mi silla y Ezra pone los ojos en blanco. Sabe perfectamente lo que se me está pasando por la cabeza. Aunque lo que ocurrió anoche fue horrible, no puedo evitar emocionarme por estar participando en una investigación policial en toda regla. Llevo la mitad de mi vida esperando este momento.

Desgraciadamente, soy de nula ayuda porque apenas recuerdo nada que no fuera que Melanie intentó ayudar al señor Bowman. Ezra tampoco se acuerda de mucho más. Nana es la única que se percató de ciertos detalles, como que en la calle, junto al señor Bowman, había tirados un paraguas y un táper. Y, en lo que a investigadores respecta, Ryan Rodriguez es bastante decepcionante. Hace todo el rato las mismas preguntas, está a punto de tirar el café una segunda vez y se traba constantemente con el apellido de Melanie. Cuando nos da las gracias y Nana le acompaña a la puerta, no

albergo ninguna duda de que no le vendrían mal unos cuantos años más de instrucción antes de que le dejaran salir a patrullar solito.

—Ha sido todo un poco caótico —comento cuando Nana vuelve a la cocina—. ¿La gente de por aquí le toma en serio?

Saca una sartén de un armarito junto a los fuegos y la coloca en el que queda más cerca de ella.

—Ryan está perfectamente cualificado —dice sin ambages, cruzando la cocina hacia la nevera para sacar el platito de la mantequilla. Lo coloca en la encimera y corta un trozo enorme, que vierte en la sartén—. Tal vez esté un poco sobrepasado. Su padre murió hace unos meses. De cáncer. Estaban muy unidos. Y su madre falleció el año anterior, así que esa familia ha tenido que enfrentarse a varias desgracias seguidas. Ryan es el menor de los hermanos y el único que aún vivía con ellos. Me imagino que debe sentirse muy solo.

—¿Vivía con sus padres? —pregunta Ezra—. ¿Cuántos años tiene?

Mi hermano no tiene muy buena opinión de los adultos que siguen viviendo con sus padres. Será una de esas personas que, como Sadie, se independizará en cuanto se le seque la tinta del diploma del instituto. Tiene los próximos diez años completamente planificados, y su plan incluye trabajar en una emisora de radio para subsistir mientras hace por su cuenta bolos como DJ hasta conseguir experiencia suficiente para montar su propio programa. Intento que no me dé un ataque de pánico cada vez que me lo imagino separándose de mí para que yo haga... quién sabe el qué.

—Veintidós, creo. O veintitrés —responde Nana—. Todos los hijos de los Rodríguez siguieron viviendo en casa mientras iban a la universidad. Ryan se quedó cuando su padre enfermó. —Ezra hunde los hombros con gesto culpable mientras yo aguzo el oído.

—¿Veintitrés? —repito—. ¿Iba a clase con Lacey Kilduff?

—Creo que sí —dice Nana, cascando un huevo en la sartén, que ahora chisporrotea.

Titubeo. Apenas conozco a mi abuela. Nunca hemos mencionado a mi tía desaparecida en nuestras escasas e incómodas llamadas por Skype, y no tengo la menor idea de si la muerte de Lacey le resulta particularmente

dolorosa por lo que le pasó a Sarah. Probablemente debería mantener el pico cerrado pero...

—¿Eran amigos? —se me escapa.

Ezra adopta su expresión de «ya estamos».

—No sabría decirte. Se conocían, seguro. Ryan se crio en el vecindario y los dos trabajaban en... la Granja del Terror. —La vacilación ante el nuevo nombre es tan sutil que casi pasa desapercibida—. La mayor parte de los chavales de la ciudad trabajaban allí. Siguen haciéndolo.

—¿Cuándo abre? —pregunta Ezra.

Me mira como si me estuviera haciendo un favor, pero no hacía falta que se hubiera molestado. Miré los horarios en cuanto supe que nos mudábamos a Echo Ridge.

—El fin de semana que viene. Justo cuando empezáis el instituto —responde Nana. En Echo Ridge el curso empieza más tarde que en cualquier otro instituto en el que hayamos estudiado, lo que constituye un punto a su favor. En La Puente, a principios de septiembre llevábamos ya dos semanas de clase. Nana señala con la espátula la ventana que hay encima del fregadero de la cocina, que da a los bosques tras la casa—. Cuando abra, lo oiréis. Está a diez minutos a pie por el bosque.

—¿En serio? —Ezra parece alucinado. Yo también lo estoy, pero, sobre todo, porque no ha investigado absolutamente nada—. Así que los Kilduff viven justo detrás del sitio donde su hija... donde alguien... esto...

Pierde el hilo cuando Nana se vuelve hacia nosotros con dos platos, cada uno con una esponjosa tortilla, y los deposita frente a nosotros. Ezra y yo intercambiamos miradas de sorpresa. No recuerdo la última vez que desayunamos algo más que café. Pero el jugoso aroma me hace la boca agua y me suenan las tripas. Lo último que he comido fueron las tres barritas de cereales que cené anoche en el vuelo.

—Bueno. —Nana se sienta entre nosotros y se sirve un vaso de zumo de naranja de la jarra de cerámica que hay en la mesa. Una jarra, no un brik. Me paso un rato dándole vueltas a por qué se habrá tomado la molestia de vaciar el cartón en la jarra hasta que le doy un sorbo a mi vaso y me doy cuenta de que está recién exprimido. ¿Sadie y ella de verdad son familia?

—. Es su casa. Sus dos hijas pequeñas tienen muchos amigos en el vecindario.

—¿Qué edad tienen? —pregunto.

Melanie no solo fue la niñera favorita de Sadie, también fue algo así como su tutora en el instituto y, básicamente, la única persona de Echo Ridge a la que mi madre mencionaba alguna vez. Pero, aun así, prácticamente lo único que sé de ella es que asesinaron a su hija.

—Caroline tiene doce años y Julia seis —dice Nana—. Se llevan mucho entre ellas, y Lacey y Caroline también se llevaban bastantes años. Melanie siempre tuvo muchos problemas para concebir. Pero algo bueno tenía que tener: las niñas eran tan pequeñas cuando Lacey murió, que probablemente fueron el único motivo por el que ella y Dan salieron adelante en aquel momento tan terrorífico.

Ezra corta una esquinita de su tortilla, de la que surge una nubecilla de humo.

—La policía nunca sospechó quién pudo ser el asesino de Lacey, ¿verdad? —pregunta.

—No —responde Nana al mismo tiempo que yo digo:

—El novio.

Nana le da un largo sorbo a su zumo.

—Mucha gente sospechó de él. Aún sospechan —dice—. Pero Declan Kelly nunca fue oficialmente sospechoso. Lo interrogaron, sí. Muchas veces. Pero nunca lo arrestaron.

—¿Sigue viviendo en Echo Ridge? —pregunto.

Niega con una sacudida de cabeza.

—Se marchó de la ciudad nada más graduarse. Estoy convencida de que fue lo mejor para todos los implicados. Aquel asunto le pasó factura a su familia. El padre de Declan se marchó poco después de que lo hiciera él. Creí que su madre y su hermano no tardarían en imitarlos pero... parece que a ellos las cosas les fueron mejor.

Mi tenedor queda flotando a mitad de camino hacia mi boca.

—¿El hermano?

No tenía ni idea de que el novio de Lacey tuviera un hermano, en las noticias nunca dieron demasiados datos sobre su familia.

—Declan tiene un hermano pequeño, Malcolm. Más o menos de vuestra edad —dice Nana—. No le conozco mucho, pero parece más tranquilo que él. Por lo menos no va por ahí como si fuera el rey del mundo como solía hacer su hermano.

La contemplo tomar un bocado de su tortilla con extremo cuidado y deseo con todas mis fuerzas poder interpretar mejor sus reacciones para saber si Sarah y Lacey están tan íntimamente conectadas en su mente como lo están en la mía. Hace tanto que Sarah desapareció... casi un cuarto de siglo sin respuestas. Los padres de Lacey necesitan otro tipo de certezas: saben qué, cuándo y cómo, pero no quién ni por qué.

—¿Crees que Declan Kelly es culpable? —pregunto.

Nana frunce el ceño, como si la conversación, de repente, le pareciera de mal gusto.

—Yo no he dicho eso. Nunca hubo pruebas fehacientes contra él.

Extiendo el brazo hacia el salero sin responder. Tal vez sea cierto, pero si mis años de experiencia leyendo libros sobre crímenes reales y viendo *Dateline* me han enseñado algo, es que el culpable siempre es el novio.

CAPÍTULO TRES

MALCOLM

MIÉRCOLES 4 DE SEPTIEMBRE

La camisa tiene tanto almidón que está tiesa. Prácticamente cruje cuando doblo los codos para anudarme la corbata al cuello. Observo mis manos en el espejo, probando sin éxito a enderezar el nudo y desistiendo cuando, al menos, consiguen que sea del tamaño correcto. El espejo tiene pinta de ser antiguo y caro, como todo lo que contiene la residencia Nilsson. Refleja un dormitorio en el que cabría tres veces mi antigua habitación. Y al menos la mitad del piso de Declan.

—¿Cómo es vivir en esa casa? —me preguntó anoche mi hermano mientras rebañaba los restos de la tarta de su cumpleaños directamente de la bandeja cuando mi madre estaba en el baño. Llevamos un racimo de globos para decorar que, en el recibidor de los Nilsson, parecía diminuto, pero que, en el hueco atestado de cacharros al que Declan llama cocina, chocaba una y otra vez contra su cabeza.

—Jodido —respondí yo.

Es cierto, pero no es más jodido de lo que lo han sido los últimos cinco años. Durante la mayor parte de este periodo, Declan ha estado viviendo en New Hampshire, a cuatro horas de casa, alquilándole a nuestra tía el apartamento que tiene en el sótano.

Un nítido golpe resuena en la puerta de mi dormitorio, y las bisagras de la puerta chirrían cuando mi hermanastra asoma la cabeza por el vano sin esperar respuesta.

—¿Estás listo? —pregunta.

—Sí —contesto al tiempo que cojo la americana azul que hay encima de mi cama y me la pongo.

Katrin ladea la cabeza y frunce el ceño, derramando su melena rubio platino sobre un hombro. Conozco perfectamente esa cara de «has hecho algo mal, y estoy a punto de decirte qué es y cómo corregirlo». Llevo meses teniendo que vérsela.

—Llevas la corbata torcida —señala, y sus tacones repiquetean al chocar contra el suelo mientras se dirige hacia mí con las manos extendidas. Una arruga aflora entre sus ojos mientras tironea del nudo, pero desaparece cuando retrocede un paso para admirar su obra—. Ya está —dice, palmeándome el hombro con expresión satisfecha—. Mucho mejor. —Me desliza la mano por el pecho, pesca una hebra de la chaqueta con dos uñas pintadas de rosa claro y la deja caer al suelo—. Vas como un pincel, Mal. ¿Quién lo diría?

Ella desde luego que no. Katrin Nilsson apenas se dignaba a hablarme hasta que, el invierno pasado, su padre empezó a salir con mi madre. Ella es la reina del instituto y yo el pringado de la banda de música procedente de una familia caída en desgracia. Pero ahora que compartimos techo, Katrin no puede seguir ignorando mi existencia. Lidia con ello tratándome como una obra social o como una molestia, dependiendo de qué humor la pilles.

—Vamos —dice, tirándome ligeramente del brazo.

El vestido negro que lleva abraza sus curvas, pero se detiene castamente justo por encima de las rodillas. El modelito podría considerarse casi puritano de no ser por los altos tacones de aguja que, básicamente, te obligan a mirarle las piernas. Así que se las miro. Puede que mi nueva hermanastra sea un grano en el culo, pero lo que es innegable es que buena está un rato.

La sigo por el pasillo al rellano que da a la inmensa escalinata del vestíbulo. Peter y mi madre están esperándonos abajo, y yo agacho los ojos porque, cuando están juntos, él suele tener las manos apoyadas en partes de la anatomía de mi madre que preferiría no mirar. Katrin y su novio el deportista buenorro se toquetean menos en público que estos dos.

Pero mi madre está contenta, y supongo que eso es bueno.

Peter alza la vista y deja por un minuto de meterle mano a mi madre.

—¡Pero qué guapos estáis! —exclama.

Él también viste de traje, del mismo azul oscuro que el mío, salvo porque él se los hace a medida para que le queden como un guante. Peter es como si un modelo de relojes de una revista masculina hubiera cobrado vida y salido del papel: mandíbula cuadrada, mirada penetrante, cabello rubio ondulado salpimentado con la cantidad justa de canas para resultar distinguido. Cuando empezaron a salir juntos, nadie creía que realmente pudiera interesarle mi madre. Chocó más aún que se casara con ella.

«Los ha salvado». Eso es lo que piensa todo el mundo en Echo Ridge. Peter Nilsson, el encantador y rico propietario del único despacho de abogados de la ciudad, nos ha salvado de ser unos parias, ascendiéndonos directamente a realeza urbana gracias a un elegante matrimonio civil celebrado en el lago de nuestra amada localidad. Y puede que así haya sido. La gente ya no evita a mi madre ni susurra a sus espaldas. Ahora la invitan al club social, a las reuniones de la asociación de padres y madres del instituto, a actos benéficos como el de esta noche y a todas esas mierdas.

Aunque eso, por supuesto, no implica que a mí tenga que gustarme él.

—Me alegro de volver a tenerte por aquí, Malcolm —añade Peter, y casi parece que lo dijera en serio.

Mi madre y yo hemos estado fuera una semana, visitando a parientes por varias ciudades de New Hampshire, haciendo la última parada en casa de Declan. Peter y Katrin no nos han acompañado. En parte porque él tenía que trabajar y en parte porque ninguno de los dos sale de Echo Ridge a menos que sea para alojarse en un establecimiento con balneario y servicio de habitaciones.

—¿Has cenado con el señor Coates mientras hemos estado fuera? —le pregunto de repente.

A Peter le aletean levísimamente las narinas, que es el único signo de fastidio que demuestra jamás.

—Sí, el viernes. Aún está montando el negocio, pero cuando llegue el momento, estará encantado de hablar con Declan. Me mantendré en contacto con él.

Ben Coates fue alcalde de Echo Ridge. Cuando terminó su mandato, se marchó para abrir una consultoría política en Burlington. A Declan le faltan unos cuantos —bueno, muchos— créditos para terminar la carrera de Ciencias Políticas en la universidad pública, pero todavía alberga la esperanza de que alguien le recomiende. Es lo único que le ha pedido a Peter. O a mi madre, más bien, ya que Declan y Peter en realidad no hablan entre ellos.

Mi madre le dedica a Peter una sonrisa cegadora y yo aparco el tema. Katrin avanza un paso y extiende una mano para tocar la gargantilla de abalorios que lleva hoy puesta mamá.

—¡Qué bonita! —exclama—. Muy bohemia. Una buena manera de distinguirse de todas las perlas que veremos esta noche.

La sonrisa de mi madre se desvanece.

—También tengo perlas —dice, mirando a Peter nerviosa—. ¿Debería...?

—Vas bien —se apresura a responder él—. Estás preciosa.

Mataría a Katrin. No literalmente, claro. Dado nuestro historial familiar, siento la necesidad de hacer la aclaración incluso cuando pienso para mis adentros. Pero soy incapaz de entender esa necesidad constante que tiene de lanzar pullitas a costa de mi madre. Los padres de Katrin no se separaron por su culpa, precisamente: de hecho, mamá es la tercera esposa de Peter. Hacía mucho que la madre de Katrin se había largado a París con su nuevo marido cuando Peter y la mía salieron juntos por primera vez.

Y Katrin sin duda debe intuir que mi madre está nerviosa por lo de esta noche. Nunca hemos asistido a la cena benéfica en la que se recaudan fondos para la beca en honor de Lacey Kilduff. Principalmente, porque nunca nos han invitado.

Ni tampoco éramos bienvenidos.

A Peter le vuelven a aletear las narinas.

—Salgamos, ¿de acuerdo? Se está haciendo tarde.

Abre la puerta y se hace a un lado para dejarnos pasar mientras presiona un interruptor en su llavero. Su Range Rover negro está al ralentí en el acceso a la casa, y Katrin y yo montamos en el asiento trasero. Mi madre se acomoda en el del copiloto y cambia la emisora de éxitos que le gusta a

Katrin a una de noticias. Peter es el último en subir, y se abrocha el cinturón de seguridad antes de arrancar el coche.

El sinuoso sendero que da acceso a la casa de los Nilsson es, con diferencia, la parte más larga del trayecto. Después, en un par de giros rápidos, llegamos al centro de Echo Ridge. Digo centro por llamarlo de alguna manera, pero no hay mucho que nombrar: una hilera de edificios de ladrillo rojo ribeteados de blanco a ambos lados de Manchester Street, frente a los que se alinean farolas antiguas de hierro forjado. En el centro nunca hay nadie, y un miércoles por la noche, antes de que vuelvan a empezar las clases, está particularmente muerto. La mitad de la población sigue de vacaciones y la otra mitad asiste al acto benéfico en el centro cultural de Echo Ridge. Ahí es donde sucede cualquier cosa digna de mención, a no ser que se celebre en la residencia Nilsson.

Nuestra casa. Soy incapaz de acostumbrarme.

Peter aparca en paralelo en Manchester Street y los demás salimos a la acera. Estamos justo enfrente de la funeraria O'Neill, y a Katrin se le escapa un suspiro cuando dejamos atrás la casa victoriana color azul clarito.

—Una pena que estuvierais fuera y no pudierais asistir al funeral del señor Bowman —dice—. Fue precioso. El coro cantó *To Sir with Lov.* y todo el mundo se echó a llorar.

Siento un retortijón. El señor Bowman era mi profesor favorito del instituto, con muchísima diferencia. Detectaba qué se te daba bien sin hacer demasiados aspavientos y te animaba a mejorar en ese aspecto. Después de que Declan se fuera de casa y mi padre nos abandonara, cuando yo tenía un cabreo considerable y no sabía en qué invertir toda esa energía, fue él quien me sugirió que empezara a tocar la batería. Me pongo enfermo solo de pensar que alguien haya podido atropellarlo y dejarlo morir en mitad de la carretera.

—¿Por qué saldría en medio de una granizada? —pregunto, porque me resulta más fácil centrarme en eso que seguir sintiéndome como una mierda.

—Encontraron un táper junto a él —dice Peter—. Otro profesor sugirió que tal vez estuviera recogiendo granizo para una clase sobre el cambio climático que estaba preparando, pero supongo que nunca lo sabremos.

Y ahora me siento aún peor, porque me estoy imaginando al señor Bowman saliendo de su casa por la noche con su paraguas y su recipiente de plástico, entusiasmado porque iba a «materializar la ciencia». Él era muy de decir ese tipo de cosas.

Un par de manzanas más allá, una señal de madera con el reborde dorado nos da la bienvenida al centro cultural. Es el más imponente de todos los edificios de ladrillo, con su torre del reloj en lo alto y unos amplios escalones que llevan a una puerta de madera tallada. Echo mano al pomo, pero Peter se me adelanta. Siempre igual. Es imposible superar en caballerosidad a este tío. Mi madre le sonríe, agradecida, al cruzar la entrada.

Una vez dentro, una mujer nos guía por un pasillo a una estancia diáfana donde han dispuesto decenas de mesas redondas. Ya hay gente sentada, pero la mayoría de los asistentes siguen de pie, dando vueltas por la sala y charlando. Unos cuantos se vuelven para mirarnos y, entonces, como si de un dominó humano se tratara, todos se vuelven a la vez.

Este es el momento que todo Echo Ridge ha estado esperando: por primera vez en cinco años, la familia Kelly hace acto de presencia la noche que se honra la memoria de Lacey Kilduff.

La chica que la mayor parte de mis conciudadanos cree que mi hermano asesinó.

—Anda, ahí está Theo —murmura Katrin, perdiéndose entre la multitud para buscar a su novio.

Menudo alarde de solidaridad. Mi madre se humedece los labios, nerviosa. Peter engarza su brazo con el de ella y compone una sonrisa amplia y luminosa. Durante una milésima de segundo, este tío está a punto de caerme bien.

Antes de que Lacey muriera, Declan y ella llevaban semanas peleándose. Lo que no era muy propio de ellos, porque Declan solía ser un gilipollas arrogante la mayor parte del tiempo, pero no con su novia. Sin embargo, de un día para otro, estaban dándose portazos, plantones y revisando con lupa las redes sociales del otro. El último mensaje furibundo que Declan le dejó a Lacey en su *feed* de Instagram fue el que todos los

noticiarios reprodujeron en bucle las semanas posteriores al hallazgo del cadáver.

«No puedo estar más harto de ti. ME TIENES HASTA LOS MISMÍSIMOS. No te haces una idea».

Los presentes en el centro cultural están demasiado callados. Hasta la sonrisa de Peter está empezando a resultar tensa. La armadura Nilsson debería ser suficientemente impenetrable como para soportar esto. Estoy a punto de hacer o decir algo desesperado para disipar la tensión cuando una amable voz flota hacia nosotros.

—Hola, Peter. ¡Y Alicia! ¡Malcolm! Me alegro de veros a los dos.

Es Melanie Kilduff, la madre de Lacey, que se acerca a nosotros con una enorme sonrisa. Abraza primero a mi madre y luego a mí, y, cuando se aparta, ya nadie nos mira.

—Gracias —murmuro.

No sé qué opinión tiene Melanie de Declan porque nunca la ha manifestado. Pero, tras la muerte de Lacey, cuando parecía que el mundo entero odiaba a mi familia, Melanie siempre se esforzó por ser amable con nosotros. Un gracias no es suficiente, pero Melanie me roza el brazo como si no fuera nada antes de volverse hacia Peter y mi madre.

—Por favor, sentaos donde queráis —dice, señalando la zona de las mesas—. Están a punto de empezar a servir la cena.

Se marcha para dirigirse a la mesa que ocupan su familia, su vecina y un par de chavales de mi edad que no conozco. Algo tan raro en esta ciudad que no me corto en estirar el cuello para verlos mejor. No alcanzo a ver bien al chico, pero la chica no pasa desapercibida. Tiene una melena de rizos salvajes que dan la impresión de estar vivos y lleva un extravagante vestido de flores que parece salido del armario de una abuela. Igual es *vintage*, no tengo ni idea. Katrin no se lo pondría ni muerta. La chica se da cuenta de que la estoy mirando y aparto la vista inmediatamente. Si algo he aprendido de ser el hermano de Declan en los últimos cinco años es que a nadie le gusta que un muchacho Kelly te mire fijamente.

Peter se dirige al frente de la estancia, pero Katrin regresa en ese preciso instante y le tironea de la manga.

—¿Podemos sentarnos en la mesa de Theo, papá? Hay un montón de sitio. —Peter duda (prefiere liderar a seguir a nadie) y Katrin pone su voz más lastimera—: ¿Por favor? No le he visto en toda la semana, y sus padres quieren hablar contigo sobre no sé qué ordenanza de un semáforo.

Qué buena es, la tía. No hay nada que le guste más a Peter que una densa discusión sobre mierdas consistoriales que a cualquier otro le dormirían de aburrimiento. Así que sonrío con indulgencia y corrige la trayectoria.

Cuando nos acercamos, vemos que Theo, el novio de Katrin, y sus padres, son los únicos ocupantes de una mesa de diez plazas. Llevamos yendo juntos a clase desde infantil pero, como siempre, hace como si no me hubiera visto y saluda a alguien por encima de mi hombro.

—¡Kyle, tío! ¡Por aquí!

Ay, mierda.

Kyle, el mejor amigo de Theo, se sienta entre mi madre y él, y el asiento que hay a mi lado chirría cuando un corpulento señor con el pelo cortado a cepillo, de un rubio que ya empieza a encanecer, se sienta junto a mí. Chad McNulty, el padre de Kyle y el agente que investigó el asesinato de Lacey, por si acaso la velada no estuviera resultando ya suficientemente incómoda. Mi madre adopta esa expresión de ciervo deslumbrado por los faros de un coche que se le pone siempre que hay un McNulty cerca, y Peter hace aletear las narinas frente a Theo, que permanece absolutamente ajeno a la situación que acaba de generar.

—Hola, Malcolm. —El agente McNulty desdobra la servilleta sobre el regazo sin mirarme—. ¿Qué tal tu verano?

—Genial —consigo articular tras un largo sorbo de agua.

Al agente McNulty nunca le cayó bien mi hermano. Declan estuvo saliendo tres meses con su hija, Liz, antes de dejarla por Lacey, y a Liz le afectó tanto la ruptura que hasta dejó de ir al instituto un tiempo. En agradecimiento, Kyle siempre ha sido un cabronazo conmigo. Las típicas rencillas de ciudad pequeña, que empeoraron considerablemente cuando Declan se convirtió en sospechoso no oficial de asesinato.

Los camareros empiezan a desplazarse por el salón, depositando bandejas de ensalada frente a cada asistente. Melanie sube a un podio en el

escenario que han colocado al frente y el agente McNulty tensa la mandíbula.

—Esa mujer es un gran ejemplo de fortaleza —dice, como retándome a disentir.

—Muchísimas gracias a todos por venir —dice Melanie, inclinándose hacia el micrófono—. Significa mucho para Dan, Caroline, Julia y, por supuesto, para mí, ver lo mucho que el fondo para la beca en memoria de Lacey Kilduff ha crecido estos años.

Durante el resto del discurso, desconecto. No porque no me interese, sino porque me duele escucharlo. Los años que llevo sin que me inviten a este tipo de actos son años de práctica que he perdido. Cuando Melanie termina de hablar, nos presenta a la alumna de la Universidad de Vermont receptora de la primera beca. La chica está en primero, y nos cuenta que quiere estudiar Medicina mientras los boles de ensalada, ya vacíos, van siendo sustituidos por el plato principal. Cuando termina, todo el mundo aplaude y vuelve a centrarse en la comida. Yo pincho con desgana un trozo de pollo reseco mientras Peter pontifica sobre los semáforos. ¿Será muy pronto para hacer una escapadita al baño?

—El problema es lo delicado que resulta mantener un equilibrio entre conservar la estética urbana y ajustarnos a los nuevos patrones de tráfico —alega Peter con vehemencia.

No, no es muy pronto. Me levanto, dejo la servilleta doblada en la silla y me largo.

Cuando ya no puedo lavarme las manos más veces sin irritarme la piel, salgo del baño de hombres y titubeo un momento en el pasillo que recorre la distancia entre el salón donde se sirve el banquete y la puerta de salida. Me entra taquicardia solo de pensar en volver a la mesa. Nadie me va a echar de menos si remoloneo unos minutos más.

Me doy un tirón del cuello de la camisa y empujo la puerta para abrirla, saliendo a la oscuridad. Hace bochorno, pero el ambiente es menos agobiante que dentro. Estas situaciones me dejan sin respiración, como si todos los actos de mi hermano, tanto los que realmente cometió como los que se le atribuyen, hubieran caído sobre mí cuando tenía doce años y aún pesaran sobre mis hombros. Me convertí en el hermano de Declan Kelly

antes de poder ser cualquier otra cosa, y a veces tengo la sensación de que eso es lo único que seré toda la vida.

Inspiro hondo, pero freno en seco cuando detecto un aroma ligeramente químico. El olor se intensifica a medida que desciendo peldaños y me dirijo hacia el césped. De espaldas a las farolas, no alcanzo a ver bien, y estoy a punto de tropezar con algo tirado en la hierba. Me agacho y lo recojo. Es una lata de espray a la que le falta la tapa.

Eso era lo que estaba oliendo. Pintura aún fresca. Pero ¿de dónde procede? Me vuelvo hacia el centro cultural. La fachada está bien iluminada y tiene el mismo aspecto de siempre. Cerca no hay ninguna otra cosa que puedan haber pintado hace poco, salvo...

El cartel del centro cultural queda a mitad de camino entre el edificio y la calle. Lo tengo prácticamente encima cuando, a la tenue luz que arroja la farola más cercana, lo veo. Unas letras rojas cubren de arriba abajo la parte trasera del cartel, oscuras contra la madera clara:

MURDERLAND
LA SECUELA
PRÓXIMAMENTE

No sé cuánto tiempo paso allí, contemplándolas, antes de darme cuenta de que ya no estoy solo. La chica del pelo rizado y el vestido raro que estaba sentada en la mesa de Melanie ahora está a pocos metros de mí. Sus pupilas bailan entre las palabras del cartel y la lata que tengo en la mano, que repiquetea cuando bajo el brazo.

—Esto no es lo que parece —me defiendo.

CAPÍTULO CUATRO

ELLERY

SÁBADO 7 DE SEPTIEMBRE

«¿Cómo va todo?».

Sopeso el mensaje de mi amiga Lourdes. Está en California, aunque no en La Puente. La conocí en sexto, tres ciudades antes de mudarnos allí. O quizá cuatro. A diferencia de Ezra, que no tiene problemas para integrarse en sociedad cada vez que nos cambiamos de colegio, yo me aferro a mi mejor amiga virtual y mantengo el contacto personal en el nivel más superficial posible. Así cuesta menos pasar página. Y te ahorras unas cuantas listas de reproducción de espíritu emo.

«Ya veremos. Llevamos aquí una semana, y, de momento, lo único reseñable es que hemos cortado el césped».

Lourdes me manda unos cuantos emoticonos de caritas tristes y añade: «Seguro que la cosa se anima cuando empiecen las clases. ¿Has fichado ya a algún pijito de Nueva Inglaterra?».

«Solo a uno. Pero no es pijito. Más bien puede que sea un vándalo».

«Cuenta, anda».

Dejo de escribir y me pongo a pensar cómo explicarle el encontronazo que tuve con el chaval en la cena benéfica cuando me empieza a vibrar el teléfono con una llamada de un número con prefijo de California. No lo reconozco, pero el corazón me da un vuelco y le mando un mensaje rapidísimo a Lourdes: «Espera un momento, creo que me están llamando por lo del equipaje». Ya llevo una semana entera en Vermont y mi maleta

todavía no ha aparecido. Si no lo hace en los próximos dos días, voy a tener que empezar el instituto con lo que mi abuela me ha comprado en la única tienda de ropa de Echo Ridge. Se llama Almacenes Dalton y, además de ropa, vende artículos de cocina y herramientas, lo que da una idea aproximada de su reputación como tienda de moda. Nadie mayor de seis años ni menor de sesenta debería comprar allí, nunca.

—¿Hola?

—¡Hola, Ellery! —Casi se me cae el teléfono y, al ver que no respondo, la voz al otro lado de la línea intensifica su alegre premura—. ¡Soy yo!

—Sí, ya lo sé. —Me siento en la cama con la columna rígida y aferro bien el teléfono con la palma repentinamente sudorosa para que no resbale—. ¿Cómo es que me estás llamando?

El tono de Sadie se torna recriminatorio.

—No pareces muy contenta de hablar conmigo.

—Es que... creía que íbamos a hablar el jueves que viene.

Según Nana, esas son las reglas de la clínica de rehabilitación. Llamadas por Skype de quince minutos una vez a la semana tras haber completado dos semanas de tratamiento, no llamadas repentinas desde un número desconocido.

—Las reglas de este sitio son ridículas —dice Sadie. Por cómo lo ha dicho, no me cuesta imaginármela poniendo los ojos en blanco—. Una de las asistentes me ha dejado su móvil. Es fan de *El Defensor*. —El único papel con intervención hablada que Sadie ha interpretado en toda su carrera fue en el primer capítulo de lo que resultó ser una de las series de acción más populares de los noventa, *El Defensor*, protagonizada por un soldado venido a menos convertido en *cíborg* vengador. Ella interpretaba a una atractiva robot llamada Zeta Voltes y, aunque solo tenía una frase, «no computa», sigue habiendo páginas webs de fans dedicadas enteramente a su personaje—. Me muero de ganas de verte, cielo. Cambiemos a FaceTime.

Pongo la llamada en pausa antes de darle a «aceptar», porque no estoy preparada para esto. En absoluto. Pero ¿qué voy a hacer, colgarle a mi madre? En cuestión de segundos, el rostro de Sadie, brillante de emoción, ocupa toda la pantalla. Está igual que siempre: no nos parecemos en nada salvo en el pelo. Sadie tiene los ojos de un azul intenso, mientras que los

míos son tan oscuros que casi parecen negros. Su rostro es dulce, de facciones suaves y abiertas, mientras que el mío es anguloso, puras líneas rectas. Solo compartimos un rasgo, y, cuando veo el hoyuelo que se le forma en la mejilla derecha asomar en una sonrisa, me obligo a imitarlo.

—¡Ahí estás! —se jacta, pero inmediatamente una arruga le surca la frente—. ¿Qué te ha pasado en el pelo?

Se me contrae el pecho.

—¿En serio eso es lo primero que vas a decirme?

Llevo sin hablar con Sadie desde que ingresó en Hamilton House, una clínica de rehabilitación carísima que le está pagando Nana. Teniendo en cuenta que se llevó por delante una fachada entera, no salió del todo mal parada: ni ella ni ninguna otra persona resultaron heridas y tuvo suerte de que le tocara un juez más partidario de la rehabilitación que de la cárcel. Pero lo cierto es que en ningún momento se ha mostrado particularmente agradecida. La culpa es de todo y todos los demás: del médico que le recetó un medicamento particularmente fuerte, de la mala iluminación de la calle, de los frenos gastados de nuestro coche. Hasta este preciso instante, en el dormitorio de la casa de una abuela a la que apenas conozco, escuchando a Sadie criticar mi pelo por el móvil de alguien a quien probablemente despidan por habérselo prestado, no he sido plenamente consciente de lo exasperante que resulta.

—Ay, El, claro que no, solo estoy de broma. Estás preciosa. ¿Cómo estás?

¿Cómo se supone que debería responder a eso?

—Bien.

—¿Qué ha pasado esta primera semana? Cuéntamelo todo.

Supongo que podría negarme a seguirle el juego. Pero cuando mis ojos captan de refilón la foto de Sadie y su hermana en la estantería, noto cómo las ganas de complacerla me invaden, así que decido correr un tupido velo sobre la situación y hacerla sonreír. Llevo haciéndolo toda la vida, y en este preciso instante no sé cómo cambiar la dinámica.

—Como tú siempre has dicho, es todo rarísimo. Ya me ha interrogado dos veces la policía.

Los ojos casi se le salen de las órbitas.

—¿Qué?

Le cuento lo del atropello y lo del grafiti en el acto benéfico de hace tres días.

—¿El hermano de Declan Kelly pintó eso? —pregunta Sadie, aparentemente furiosa.

—Según él, solo encontró el espray.

—Sí, seguro, muy probable —resopla ella.

—No sé, cuando me vio parecía bastante sorprendido.

—Vaya, lo siento por Melanie y Dan. Es lo último que necesitan.

—El agente que me interrogó en la cena me dijo que te conocía. ¿El agente McNulty? Se me ha olvidado cómo se llamaba.

—¡Chad McNulty! —sonríe Sadie—. Sí, salimos juntos en segundo. Dios, vas a conocer a todos mi exnovios, ¿no? ¿Por casualidad estaba allí Vance Puckett? Estaba buenísimo. —Sacudo la cabeza en negativa—. ¿Ben Coates? ¿Peter Nilsson?

No me suena ningún nombre salvo por el último. Lo conocí en el acto benéfico, justo después de que su hijastro y yo denunciáramos el acto vandálico.

—¿Saliste con ese tío? —pregunto—. ¿No es dueño como de la mitad de la ciudad?

—Me suena que sí. Mono, pero un poco estirado. Salimos un par de veces cuando yo estaba en mi último curso de instituto, pero para entonces él ya iba a la universidad y la verdad es que no conectamos demasiado.

—Ahora es el padrastro de Malcolm —le cuento.

—¿De quién? —Sadie frunce el ceño, confusa.

—De Malcolm Kelly. ¿El hermano de Declan Kelly? ¿El del espray de pintura?

—Ay, Dios —murmura Sadie—. Me pierdo con los cotilleos.

Parte de la tensión que me mantenía envarada se disipa, y río al apoyar la espalda contra la almohada. El superpoder de Sadie es conseguir que sientas que todo va a salir bien, incluso cuando la situación es absolutamente desastrosa.

—El agente McNulty me dijo que su hijo va a nuestro curso —le digo —, así que supongo que también estaría en la cena, pero no llegué a

conocerlo.

—Madre mía, qué viejos somos todos. ¿También te interrogó él acerca del atropello?

—No, ese agente era jovencísimo. ¿Ryan Rodriguez? —No esperaba que Sadie reconociera el nombre, pero una expresión extraña le cruza el rostro—. ¿Qué pasa? ¿Lo conoces?

—No. ¿Cómo iba a conocerlo? —pregunta Sadie, tan deprisa que resulta sospechoso. Cuando detecta que he entrecerrado los ojos con expresión suspicaz, añade—: A ver, es que... A ver, no saques conclusiones de esto, Ellery, que ya sé cómo piensas, pero en el funeral de Lacey se vino completamente abajo. Mucho más que el novio de la propia Lacey. Me llamó la atención, por eso lo recuerdo, nada más.

—¿Cómo que se vino abajo?

A Sadie se le escapa un suspirito exagerado.

—Sabía que me lo ibas a preguntar.

—¡Pero si has sacado tú el tema!

—Ay, pues... ya sabes. Lloró mucho. Casi se desmaya. Sus amigos tuvieron que sacarlo prácticamente a rastras de la iglesia. Y le comenté a Melanie: «Vaya, debían de ser muy amigos», pero ella contestó que apenas se conocían. —Sadie levanta un único hombro para demostrar su desconcierto—. Probablemente estuviera pillado por ella, ya está. Lacey era una preciosidad. ¿Qué es eso? —Mira a un lado y escucho el murmullo de otra voz—. Ah, vale. Lo siento, El, pero tengo que cortar. Dile a Ezra que le llamaré pronto, ¿vale? Te quiero y... —Calla, y un deje de arrepentimiento empaña su rostro por primera vez en toda la conversación—. Y... me alegro de que estés conociendo gente nueva. —Cero disculpas. Decir que lo siente equivaldría a reconocer que algo va mal, y aunque esté llamando a escondidas a la otra punta del país desde una clínica de rehabilitación, Sadie no puede hacer eso. No respondo, así que añade—: Espero que tengas algún plan divertido para el sábado.

No estoy segura de que «divertido» sea el término adecuado, pero desde luego sí que es algo que llevo planeando desde que supe que iba a venir a Echo Ridge.

—La Granja del Terror inaugura hoy la temporada, así que voy a ir.

Sadie sacude la cabeza con una mezcla de cariño y exasperación.
—Cómo no —responde, y me tira un beso antes de colgar.

* * *

Horas después, Ezra y yo nos dirigimos a la Granja del Terror dando un paseo por el bosque que empieza tras la casa de Nana. Las hojas crujen a nuestro paso. Estoy estrenando mi nuevo fondo de armario, recién adquirido en Almacenes Dalton, y Ezra lleva riéndose de mí desde que hemos salido de casa.

—A ver —me dice cuando pasamos sobre una rama caída—, ¿de qué se supone que son esos pantalones? ¿De chándal?

—Cierra el pico —gruño yo.

Los pantalones, de una especie de material sintético y elástico, son la prenda más inofensiva que he podido encontrar en la tienda. Al menos son negros y más o menos de mi talla. La camiseta, blanca y gris, es corta y cuadrada, y tiene el cuello tan alto que prácticamente me ahoga. Puedo afirmar sin temor a equivocarme que esta es la peor pinta que he tenido nunca.

—Primero Sadie se mete con mi pelo, y ahora tú con mi ropa.

La sonrisa de Ezra es luminosa y esperanzada.

—Daba la sensación de que estaba bien, ¿verdad? —pregunta.

Sadie y él a veces se parecen muchísimo. Los dos son tan inconscientemente optimistas que a veces me es imposible decirles lo que de verdad pienso. Antes, cuando lo intentaba, Sadie suspiraba y decía: «No me seas Ígor, Ellery», haciendo referencia al burrito de Winnie-the-Pooh. Una vez —solo una— añadió en voz bajísima: «Eres igual que Sarah». Pero cuando le pedí que me repitiera lo que había dicho, fingió no haberme oído.

—Estaba genial —le digo a Ezra.

Oímos el parque antes de verlo. Nada más salir del bosque, no tiene pérdida: la entrada se cierne sobre la carretera en forma de gigantesca cabeza de monstruo con unos ojos de un verde refulgente. La boca, abierta de par en par en un grito, hace las veces de puerta. Es idéntica a como aparecía en las fotos que ilustraban las noticias sobre el asesinato de Lacey,

salvo por el cartel curvo que reza «Granja del Terror» en una puntiaguda caligrafía roja.

Ezra se protege los ojos del sol.

—Tengo que decirlo o reviento: Granja del Terror es una mierda de nombre. Murderland molaba muchísimo más.

—Completamente de acuerdo —respondo.

Una carretera separa el bosque del parque, y esperamos a que pasen unos cuantos coches antes de cruzarla. Una alta verja de alambre de espino negro rodea el recinto, compuesto por pequeñas aglomeraciones de casetas y atracciones. No hace ni una hora que ha abierto y ya está hasta los topes. Los gritos reverberan en el aire cuando una atracción que consiste en una estructura con dos jaulas en los extremos que rota sobre un eje da vueltas y más vueltas. Según nos acercamos a la entrada, me fijo en que el rostro del monstruo está moteado de manchas rojas y grises para que parezca el de un cadáver en descomposición. Justo al otro lado hay una hilera formada por cuatro taquillas, cada una con su respectivo cajero, y una fila de al menos doce personas en todas ellas. Ezra y yo guardamos cola, pero pasados unos minutos yo me aparto para leer el panel informativo y coger unos cuantos de los folletos apilados debajo.

—Mapas —le digo a Ezra. Le tiendo uno, y añado un folio más—. Y solicitudes de empleo.

Se le frunce el ceño.

—¿Quieres trabajar aquí?

—Estamos pelados, ¿recuerdas? ¿Y dónde si no íbamos a trabajar? No creo que haya ningún otro lugar al que podamos llegar a pie.

Ninguno de los dos tenemos carné de conducir, y, por lo poco que conozco a Nana, me atrevería a decir que no es de esas abuelas que les hacen de chófer a sus nietos.

Ezra se encoge de hombros.

—De acuerdo. Entreguémoslas.

Saco un par de bolígrafos del bolso y, cuando llega nuestro turno, ya casi hemos terminado de rellenarlas. Doblo la mía y la de Ezra juntas y las guardo en el bolsillo delantero de mi bandolera cuando salimos de las taquillas.

—Podemos echarlas antes de irnos a casa.

—¿Adónde quieres que vayamos primero? —pregunta Ezra.

Yo despliego mi mapa y lo estudio con atención.

—Parece que ahora mismo estamos en la zona infantil —informo—. La Materia Oscura queda a la izquierda. Se supone que es el laboratorio de un científico loco. El Circo Sangriento a la derecha. Creo que el nombre lo dice todo. Y la Casa del Terror de frente, aunque esa atracción no abre hasta las siete.

Ezra se apoya en mi hombro y baja la voz.

—¿Dónde murió Lacey?

Señalo el dibujo en miniatura de una noria.

—Ahí debajo. Bueno, ahí al menos fue donde encontraron su cadáver. La policía sospecha que probablemente hubiera quedado con alguien. Supongo que los chavales que vivían por aquí debían de colarse en el parque con bastante facilidad. En aquella época no había cámaras de seguridad. —Los dos miramos hacia el edificio más próximo, donde una luz roja parpadea en una esquina—. Ahora sí, evidentemente.

—¿Quieres empezar por ahí? —me pregunta Ezra.

Se me queda la garganta seca. Un grupito de chicos enmascarados disfrazados con túnicas negras pasan junto a nosotros, y uno de ellos me golpea tan fuerte en el hombro que me tambaleo.

—Igual deberíamos ir a las casetas de juego —digo, volviendo a doblar el mapa.

Me habría costado mucho menos disfrutar del macabro placer de visitar la escena de un crimen real antes de haber conocido a la familia de la víctima.

Pasamos junto a varios puestos de comida y unas cuantas casetas de feria, y nos detenemos a ser testigos de cómo un chico de nuestra edad encesta una canasta detrás de otra para ganar un gato negro de peluche para su novia. La siguiente caseta es de tiro al blanco, de esas donde dos jugadores tienen que acertar el máximo de objetivos en una caja. Un tipo cuarentón vestido con un andrajoso chaleco de caza lanza el puño al aire y una sonora risotada.

—¡Te gané! —dice, propinándole un puñetazo en el hombro al chiquillo que tiene al lado. El hombre se tambalea ligeramente con el movimiento, y el chiquillo retrocede y se aparta.

—Quizá deberías cederle el turno a otro. —La chica que atiende el mostrador es más o menos de mi edad y bastante guapa. Lleva el pelo recogido en una larga coleta castaña que enrosca con nerviosismo alrededor de sus dedos.

El tipo del chaleco de caza menea el arma de juguete que tiene en la mano.

—Aquí a mi lado hay un montón de sitio. Puede competir conmigo cualquiera que no sea un gallina —dice en voz excesivamente alta y arrastrando las sílabas.

La chica se cruza de brazos, como si estuviera intentando hacerse la dura.

—Podrías probar suerte en otras casetas.

—Estás mosqueada porque no hay quien me gane. Vamos a hacer una cosa: si alguno de estos pringados es capaz de acertar más blancos que yo, me piro. ¿Quién quiere probar suerte?

Se vuelve hacia la pequeña multitud que se arremolina alrededor de la caseta, revelando un rostro macilento y desaliñado.

Ezra me da un codazo.

—¿Cómo consigues resistirte? —pregunta en voz baja.

Dudo un momento, esperando a ver si alguien mayor o más corpulento se ofrece a ayudar, pero cuando veo que no hay voluntarios, doy un paso al frente.

—Yo.

Miro a la chica a los ojos. Los tiene marrones, enmarcados por dos oscuras ojeras y un kilo de máscara de pestañas. Tiene pinta de no haber dormido en una semana.

El tipo parpadea un par de veces al verme y luego dobla exageradamente la cintura en una reverencia. A punto está de caerse con tanto vaivén, pero consigue enderezarse.

—Bueno, hola, dama. Acepto el desafío. La invito, incluso. —Saca dos dólares arrugados del bolsillo y se los tiende a la chica. Ella los acepta a

regañadientes y los deja caer en la caja que tiene enfrente como si quemaran —. Que no se diga que Vance Puckett no es un caballero.

—¿Vance Puckett? —se me escapa sin darme cuenta.

¿Este es el ex de Sadie? ¿El que estaba buenísimo? O en Echo Ridge tenía el listón muy bajo, o este tipo ha caído en picado desde el instituto.

Entrecierra los ojos inyectados en sangre, pero no capto en ellos la más mínima seña de que me haya reconocido. No me extraña: con el pelo recogido, Sadie y yo no nos parecemos en nada.

—¿Te conozco?

—Ah, qué va. Es solo que... me gusta tu nombre —comento sin mucho entusiasmo.

La chica de la coleta pulsa un botón para recolocar los objetivos.

Yo avanzo al segundo puesto mientras Vance levanta el arma y ajusta la mirilla.

—Primero el ganador —exclama, y empieza a derribar blancos en una rápida sucesión. Aunque está evidentemente borracho, consigue acertar diez de doce. Cuando considera que ha terminado, levanta el arma y besa el cañón. La chica de la caseta pone cara de asco—. Conservo mi don —dice Vance, haciéndome un gesto para que avance—. Su turno, *milady*.

Yo levanto el arma frente a mí. Poseo lo que Ezra denomina una puntería peculiarmente buena, a pesar de tener cero habilidades atléticas en cualquier otro campo. Cierro un ojo y noto las manos resbaladizas de sudor.

«No le des demasiadas vueltas —me recuerdo—. Simplemente, apunta y dispara».

Aprieto el gatillo y fallo el primer blanco, pero no por mucho. A mis espaldas, Vance ríe divertido. Ajusto la mirilla y hago diana en el segundo. El corrillo que nos rodea comienza a murmurar cuando derribo el resto de blancos de la primera hilera y, cuando doy en el noveno, directamente aplauden. Las palmas se intensifican al llegar al décimo, y se tornan en hurras y vítores cuando derribo el último y termino con un contador de once. Ezra levanta las dos manos al cielo como si hubiera marcado un tanto de *rugby*.

Vance me observa con la mandíbula desencajada.

—Joder, qué buena eres.

—Pírate, Vance —exclama alguien—. Tenemos nuevo *sheriff* en la ciudad.

La gente ríe y Vance frunce el ceño. Por unos segundos, temo que no vaya a cumplir su parte del trato, pero entonces tira el arma sobre el mostrador.

—De todas maneras, el juego está amañado —murmura, dando un paso atrás y abriéndose camino a empujones entre la gente.

La chica me mira con una sonrisa cansada, aunque agradecida.

—Gracias. Llevaba aquí casi media hora, espantando a la clientela. Temía que fuera a ponerse a disparar a la gente en cualquier momento. Son balines, pero da igual... —Busca bajo el mostrador y saca una bayeta con la que limpia concienzudamente el arma que ha usado Vance—. Te debo una. ¿Queréis pases gratis para la Casa del Terror?

Estoy a punto de decirle que sí, pero, en cambio, le tiendo mi solicitud y la de Ezra.

—En realidad, ¿te importaría recomendarnos a tu jefe? ¿O a quien esté encargado de la contratación?

En lugar de recoger los papeles, la chica se ajusta la coleta.

—Lo que pasa es que solo contrata a gente que viva en Echo Ridge.

—Como nosotros —respondo alegremente—. Acabamos de mudarnos. Nos contempla desconcertada.

—¿En serio? ¿Sois...? Ahhh. —Casi oigo las piezas del puzle hacer clic en su cabeza cuando nos mira primero a uno y luego a la otra—. Debéis de ser los mellizos Corcoran. —Llevamos toda la semana recibiendo la misma reacción, como si, de repente, conociera hasta el último detalle de nuestras vidas. Habiéndonos criado en la periferia de una ciudad donde todo el mundo se mata por una pizca de visibilidad, es raro resultar tan reconocible sin haber hecho nada para merecerlo. No sé si me gusta, pero no me quejo cuando extiende la mano hacia las solicitudes con una seña invitante—. Me llamo Brooke Bennett. La semana que viene empezamos el mismo curso. A ver qué puedo hacer.

CAPÍTULO CINCO

MALCOLM

DOMINGO 8 DE SEPTIEMBRE

—Tenéis cuatro marcas de agua con gas —me informa Mia desde las profundidades de nuestra nevera—. No sabores, no. Marcas. Perrier, San Pellegrino, La Croix y Polar. La última es un poco de segunda, así que supongo que es un guiño a tus orígenes humildes. ¿Quieres una?

—Quiero una Coca-Cola —digo sin demasiadas esperanzas de que mi deseo se cumpla.

El ama de llaves de los Nilsson, que es quien se encarga de la compra, es un poco detractora de los azúcares refinados.

Hoy es domingo, mañana empiezan las clases y Mia y yo somos los únicos que estamos en casa. Mi madre y Peter han salido a dar una vuelta en coche después de comer, y Katrin y sus amigos han salido a hacer compras de última hora para el comienzo de curso.

—Me temo que esa opción no existe —dice Mia al tiempo que saca dos botellas de agua con gas de limón marca Polar y me tiende una—. Este frigorífico solo contiene refrescos transparentes.

—Bueno, al menos es coherente.

Apoyo la botella en la isla de la cocina, junto al montón de folletos de universidades que le llegan a Katrin a diario: Brown, Amherst, Georgetown, Cornell. A su nota media le falta un trecho para poder aspirar a dichas instituciones, pero a Peter le gusta que su hija tenga altitud de miras.

Mia desenrosca el tapón de su botella y da un largo sorbo, tras el cual compone una mueca.

—Puaj. Esto sabe a producto de limpieza.

—Sabes que también podemos ir a tu casa, ¿verdad?

Mia sacude la cabeza con tal violencia que la melena oscura, con las puntas teñidas de rojo, le azota la cara.

—No, gracias. La tensión se corta con un cuchillo en casa de los Kwon, amigo. El Retorno de Daisy nos ha dejado a todos conmocionados.

—Pensaba que era algo temporal.

—Eso pensábamos nosotros también —replica Mia con su mejor voz de narradora—. Pero ahí sigue.

Parte de la culpa de que Mia y yo seamos amigos la tiene que su hermana Daisy y Declan también lo fueran. Lacey Kilduff y Daisy Kwon llevaban siendo mejores amigas desde la guardería, así que cuando Declan y Lacey empezaron a salir, comencé a ver casi tanto a Daisy como a Lacey. Daisy fue la primera chica que me gustó: era la más guapa que había conocido en mi vida. Nunca entendí qué le veía Declan a Lacey teniendo ahí delante a Daisy. Mientras tanto, Mia estaba enamorada tanto de Lacey como de Declan. Éramos un par de preadolescentes patéticos que seguíamos como perritos falderos a los ídolos que eran nuestros hermanos y sus amigos, conformándonos con las migajas de atención que se dignaban a concedernos.

Y, entonces, todo se derrumbó.

Lacey murió. A Declan no le quedó más remedio que irse cuando se convirtió en un sospechoso caído en desgracia. Daisy se marchó a Princeton, siguiendo su plan original, se licenció con matrícula de honor y consiguió un puestazo en una consultoría de Boston. Pero apenas un mes después de empezar, dejó el trabajo de un día para otro y volvió a casa de sus padres.

Nadie sabe por qué. Ni siquiera Mia.

Una llave tintinea en la cerradura y una ráfaga de sonoras risillas irrumpe en el vestíbulo. Katrin entra como un vendaval en la cocina con sus amigas Brooke y Viv, las tres cargando con las coloridas bolsas de las compras que han hecho.

—Hola —saluda. Deja sus bolsas en la isla de la cocina y por poco no tira al suelo la botella de refresco de Mia—. Ni se os ocurra ir al centro comercial de Bellevue hoy. Es un zoo. La gente ya se está comprando la ropa del baile de bienvenida. —Suspira exageradamente, como si ella no hubiera estado haciendo precisamente eso mismo toda la mañana. Anoche todos los alumnos recibimos un correo de bienvenida de parte del director en el que se incluía un enlace a una nueva aplicación que ha desarrollado el instituto para poder consultar los horarios y apuntarse a ciertas cosas online. Las votaciones del baile de bienvenida, donde teóricamente se puede votar a cualquier alumno de tu mismo curso para que forme parte de la corte, ya estaban disponibles. Pero en realidad, todos sabemos que cuatro de los seis puestos ya tienen nombre: son de Katrin, Theo, Brooke y Kyle.

—No estaba en mis planes —responde secamente Mia.

Viv le sonríe con malicia.

—Bueno, no tienen tienda de ropa friki, así que no te preocupes. —Katrin y Brooke ríen divertidas, aunque Brooke parece sentirse levemente culpable por hacerlo.

Hay muchos puntos en los que mi vida y la de Katrin chocan, y nuestros amigos son tal vez el primero de la lista. Brooke es maja, o por lo menos lo parece, pero Viv se siente insegura siendo la tercera pata del trío que conforman, y eso la vuelve un poco retorcida. O quizá simplemente sea así, sin más.

Mia se apoya en la isla y se lleva el dedo corazón extendido a la barbilla, pero antes de que le dé tiempo a abrir la boca, cojo el ramo de flores envueltas en papel de celofán que hay sobre la mesa.

—Deberíamos salir antes de que empiece a llover —comento—. O a granizar.

Katrin señala las flores enarcando las cejas.

—¿Para quién son?

—Para el señor Bowman —respondo, y su sonrisilla maliciosa desaparece.

A Brooke se le escapa un sonidito ahogado y se le llenan los ojos de lágrimas. Incluso Viv se calla. Katrin suspira y se apoya en la encimera.

—El instituto no va a ser lo mismo sin él —aporta.

Mia baja del taburete de un salto.

—Una pena que en esta ciudad los asesinos se sigan yendo de rositas, ¿eh?

Viv se mete un mechón de pelo detrás de la oreja y resopla.

—Un atropello con fuga es un accidente.

—Yo no lo veo así —responde Mia—. El atropello, puede. Pero la fuga no. El señor Bowman tal vez estuviera vivo si quien lo atropelló hubiera pedido asistencia médica.

Katrin le pasa un brazo alrededor de los hombros a Brooke, que se ha echado a llorar en silencio. Así han sido todos mis encuentros con gente del instituto esta semana: parece que están bien, pero al segundo siguiente rompen en lágrimas. Lo que, de algún modo, me trae recuerdos de la muerte de Lacey. Está siendo exactamente igual, salvo por las cámaras de los telediarios.

—¿Cómo vais al cementerio? —me pregunta Katrin.

—En el coche de mi madre —respondo.

—He aparcado delante, no vas a poder salir. Coge el mío, mejor —dice, buscando las llaves en su bolso.

Por mí, perfecto. Katrin tiene un BMW X6 que mola bastante conducir. No me lo presta muy a menudo, pero cuando lo hace, no pierdo la oportunidad. Cojo las llaves y salgo pitando de casa antes de que cambie de idea.

—¿Cómo soportas vivir con ella? —refunfuña Mia cuando salimos por la puerta. Luego se vuelve y camina de espaldas hacia los coches, observando fijamente la enorme mansión de los Nilsson—. Bueno, supongo que las ventajas compensan, ¿no?

Abro la puerta del coche y me deslizo en el asiento tapizado de cuero color crema. Aún hay veces que me cuesta creer que esta sea mi vida.

—Podría ser peor —respondo.

El trayecto al cementerio de Echo Ridge es corto, y Mia se lo pasa repasando todas y cada una de las emisoras que Katrin tiene almacenadas en la memoria de la radio.

—No, no, no, no —murmura hasta que cruzamos las puertas de hierro forjado.

El de Echo Ridge es uno de esos cementerios con solera en los que encuentras lápidas de piedra que se remontan hasta el siglo XVII. Los árboles que lo rodean son viejísimos y tan inmensos que sus ramas forman un dosel sobre nosotros. Los senderos de gravilla están delimitados por arbustos altos y ensortijados, y el recinto está protegido por grandes muros de piedra. Las lápidas son de todas las formas y tamaños: desde pequeños montículos apenas visibles en el césped a altas losas con nombres y apellidos grabados en el frontal con letras mayúsculas, e incluso unas cuantas con estatuas de niños o ángeles.

La del señor Bowman está en la zona más nueva. La localizamos enseguida, porque el fragmento de césped que hay frente a ella está plagado de flores, animales de peluche y cartas. La lápida, gris y sencilla, muestra su nombre tallado, la fecha de nacimiento y defunción y la siguiente inscripción:

*Lo que me digas, lo olvidaré.
Lo que me enseñes, tal vez lo recuerde.
En lo que me implique, lo aprenderé.*

Le quito el envoltorio de celofán al ramo y lo añado a la pila sin pronunciar palabra. Creía que se me ocurriría algo que decir al llegar aquí, pero lo único que sucede es que se me cierra la garganta al tiempo que me invade una oleada de náusea.

Mi madre y yo todavía estábamos visitando a nuestros parientes en New Hampshire cuando el señor Bowman falleció, así que no pudimos asistir a su funeral. Por una parte lo lamento, y por la otra me siento aliviado. No he vuelto a ir a un funeral desde el de Lacey, hace cinco años. La enterraron con el vestido que llevó al baile de bienvenida, y todos sus amigos se presentaron en la ceremonia con los suyos, como pinceladas de vivos colores en un mar de negro. Para ser octubre, hacía calor, y recuerdo sudar bajo el tejido áspero de mi traje al lado de mi padre. Las miraditas y los murmullos sobre Declan ya habían comenzado. Mi hermano estaba apartado de nosotros, inmóvil como una estatua, y mi padre se tironeaba del cuello de la camisa como si el escrutinio público lo estuviera asfixiando.

Mis padres se separaron unos seis meses después de que mataran a Lacey. Las cosas entre ellos ya estaban mal de antes. Aparentemente, las discusiones eran siempre por asuntos de dinero: facturas, reparaciones del coche y el segundo empleo que mi madre consideraba que mi padre debería haber buscado cuando le redujeron la jornada en el almacén. Pero en realidad el problema era que, con el paso de los años, en algún momento habían dejado de quererse. Jamás se gritaban: se limitaban a pulular por la casa con tal cantidad de resentimiento acumulado que se expandía como un gas venenoso.

En un primer momento, me alegré de que mi padre se marchara. Luego, cuando se fue a vivir con una mujer a la que le doblaba la edad y empezó a olvidarse de pagar la manutención, enfurecí. Pero no me permitía demostrarlo, porque la furia era una cualidad que la opinión popular atribuía a Declan entre susurros acusatorios.

La voz temblorosa de Mia me trae de vuelta al presente.

—Es una mierda que ya no esté, señor Bowman. Gracias por ser siempre tan amable y no compararme nunca con Daisy, al contrario que el resto de profesores del mundo. Gracias por hacer que la ciencia casi resultara interesante. Espero que el karma le dé una patada en el culo a quien le haya hecho esto y reciba su merecido.

Me escuecen los ojos. Parpadeo y aparto la vista, y a lo lejos capto un inesperado destello rojo. Parpadeo de nuevo y luego entrecierro los ojos.

—¿Qué es eso?

Mia hace visera con la mano para protegerse del sol y mira hacia el mismo lugar que yo.

—¿Qué es qué?

Desde donde estamos, es imposible distinguirlo. Nos dirigimos hacia allí cruzando el césped por una zona de lápidas de la época colonial, cada una decorada con una calavera alada. «Aquí yacen los restos mortales de la señora de Samuel White», reza la última junto a la que pasamos. Mia se distrae un instante y hace amago de darle un puntapié a la losa.

—La «señora» tenía nombre, gilipollas —dice.

Cuando por fin estamos lo suficientemente cerca de lo que nos ha llamado la atención desde la tumba del señor Bowman, frenamos en seco.

Esta vez no es un simple grafiti. De lo alto de un mausoleo cuelgan tres muñecas con sogas alrededor del cuello. Todas llevan coronas y largos vestidos relucientes empapados en pintura roja. Y, al igual que en el centro cultural, unas letras rojas pintadas en la losa blanca gotean una pintura tan fresca que parece sangre:

HE VUELTO
ELIGE A TU REINA, ECHO RIDGE
FELIZ BIENVENIDA DE CURSO

Un llamativo ramillete salpicado de rojo decora la tumba que hay junto al mausoleo, y se me encoge el estómago cuando reconozco esta sección del cementerio. Es prácticamente el sitio exacto desde donde asistí al entierro de Lacey. A Mia se le escapa un jadeo furioso cuando también ata cabos y se abalanza hacia delante, como si pretendiera arrancar el ramillete sangriento de la lápida de la tumba de Lacey. La detengo antes de que lo haga.

—No. No deberíamos tocar nada. —Y entonces, la repulsión recula levemente para dar paso a otro pensamiento incómodo—. Mierda. Otra vez me toca a mí denunciar esto.

La semana pasada tuve más o menos suerte. A Ellery, la chica nueva, le inspiré la confianza suficiente como para, una vez dentro, no mencionarle a ningún adulto que me había pillado con la lata de espray en la mano. Pero aun así el zumbido de los susurros se apoderó del centro cultural, y lleva persiguiéndome desde entonces. Dos incidentes en la misma semana no es lo mejor que te puede pasar, y mucho menos para la estrategia de Pasar Desapercibido Hasta Que Puedas Pirarte de Aquí que llevo practicando desde que Declan se marchó de la ciudad.

—¿Igual ya lo ha denunciado alguien, pero la policía todavía no ha llegado? —duda Mia, mirando a su alrededor—. Es pleno día. De aquí entra y sale gente constantemente

—De ser así, creo que nos habríamos enterado.

Los canales de cotilleo de Echo Ridge son rápidos e infalibles. Ahora que Katrin tiene mi número, hasta Mia y yo estamos en el circuito de información.

Mia se muerde el labio.

—Podríamos largarnos y que lo denuncie otro. La pega es que... le hemos dicho a Katrin adónde veníamos, ¿no? Así que no va a colar. En realidad, sería más sospechoso no decir nada. Aparte de que da un mal rollo infinito. —Hunde la puntera de sus Dr. Martens en el frondoso césped, de un verde vivo—. O sea, ¿crees que es algún tipo de advertencia? ¿Como si lo que le pasó a Lacey fuera a pasar de nuevo?

—Parece que eso quieren dar a entender, al menos.

Mantengo un tono sereno, pero mi mente es un torbellino que intenta encontrarle algún sentido a lo que tenemos frente a nosotros. Mia saca el teléfono y empieza a enfocar el mausoleo, rodeándolo para poder captar imágenes desde todos los ángulos. Casi ha terminado cuando un potente chasquido nos sobresalta a ambos. El corazón me martillea en el pecho hasta que una silueta conocida asoma entre un par de matorrales al fondo del cementerio. Es Vance Puckett. Vive detrás del cementerio y probablemente siempre ataje por aquí de camino a... adonde quiera que vaya. Si tuviera que hacer apuestas, diría que a la licorería, pero no abre los domingos.

Vance se encamina por el sendero que lleva a la entrada al cementerio. Está a pocos metros de nosotros cuando por fin se percata de nuestra presencia, dedicándonos una miradita de hastío que repite, ahora sorprendido, cuando ve el mausoleo. Frena tan en seco que está a punto de caerse.

—¿Pero qué coño es esto?

Vance Puckett es el único habitante de Echo Ridge cuya caída en picado desde el instituto ha sido peor que la de mi hermano. Regentaba una constructora hasta que lo denunciaron por realizar una instalación eléctrica defectuosa en una casa que se incendió en Solsbury. Desde entonces, lleva hundido sin remedio en el fondo de una botella de whisky. Hubo una pequeña oleada de robos en el vecindario de los Nilsson más o menos por la misma época en que Vance instaló una antena parabólica en el tejado de Peter, así que todo el mundo presupone que ha encontrado una nueva estrategia para sacarse las castañas del fuego, aunque nunca han podido acusarle de nada.

—Acabamos de encontrarlo —digo.

No sé por qué siento la necesidad de darle explicaciones a Vance Puckett, pero lo hago.

Se acerca, con las manos metidas en los bolsillos de un chaquetón de caza verde oliva y rodea el mausoleo. Cuando da la inspección por terminada, suelta un silbido grave. Como siempre, huele ligeramente a alcohol.

—Las guapas cavan tumbas —decreta por fin—. ¿Conocéis la canción?

—¿Eh? —pregunto yo, pero Mia responde:

—*Pretty Girls Make Graves*. Es de los Smiths.

Es imposible pillarla cuando se trata de música.

Vance asiente.

—A esta ciudad le pega, ¿no os parece? Echo Ridge no hace más que enterrar reinas del baile. O a sus hermanas. —Recorre la tres muñecas con la mirada—. Parece que alguien está dando rienda suelta a su vena creativa.

—Esto no es creativo —responde Mia con frialdad—. Es espantoso.

—Yo no he dicho que no lo fuera. —Vance se suena escandalosamente la nariz con una mano y con la otra hace un gesto pacificador—. ¿Qué leches hacéis aquí todavía? Corred a avisar a las autoridades.

No me hace ninguna gracia que Vance Puckett me dé órdenes, pero tampoco tengo ganas de seguir aquí.

—Justo eso íbamos a hacer.

Me encamino hacia el coche de Katrin acompañado de Mia, pero el cortante «¡Oye!» de Vance nos hace volvernos. Me señala con un dedo tembloroso.

—Podrías decirle a esa hermanita tuya que, por una vez, se baje del podio. No parece el mejor año para que te elijan reina del baile de bienvenida, ¿no crees?

CAPÍTULO SEIS

ELLERY

LUNES 9 DE SEPTIEMBRE

—Esto parece *Los chicos del maíz* —murmura Ezra mientras inspecciona el pasillo.

No exagera. No llevamos aquí ni quince minutos, y ya he visto mayor concentración de rubios de ojos azules que en toda mi vida. Incluso el edificio que alberga el instituto desprende cierto encanto puritano: es antiguo, tiene un suelo de anchos tablones de madera de pino, las ventanas están coronadas por arcos de medio punto y la inclinación de los techos es de lo más pronunciada. Estamos yendo del despacho de la orientadora al aula de la tutoría que nos corresponde, pero bien podríamos ser la cabeza de un desfile, a juzgar por la cantidad de miraditas que suscitamos. Al menos voy vestida con la ropa con la que vine en el avión, a la que tuve que someter anoche a un lavado de emergencia para estar presentable el primer día de clase, y no con la última moda de Almacenes Dalton.

Pasamos junto a un tablón de anuncios empapelado con carteles de colores y Ezra se detiene a mirarlo.

—Creo que aún estamos a tiempo de apuntarnos a Cabeza, Corazón, Salud y Manos —me dice

—¿Y eso qué es?

Lo mira un poco más de cerca.

—Un club de agricultura, creo. Apparentemente, tiene que ver con vacas.

—No, gracias.

Suspira mientras recorre el resto del tablón con la mirada.

—Algo me dice que no hay ninguna asociación aquí que se preocupe de la inclusión LGTBQ en la vida escolar. De hecho, me pregunto si habrá algún otro alumno fuera del armario.

En situaciones normales, diría que debe haberlo, pero Echo Ridge es bastante pequeño. Nuestro curso tiene menos de cien alumnos, y el instituto entero apenas suma unos cuantos cientos.

Le damos la espalda al tablón justo cuando una chica bastante mona, de rasgos asiáticos y vestida con una camiseta de los Strokes y unas Dr. Martens de tacón cuadrado, pasa a nuestro lado. Lleva un corte asimétrico, corto por un lado y con mechas rojas en el otro.

—¡Oye, Mia, se te ha olvidado cortarte la otra mitad! —le grita un chico, provocando una risilla en los dos guardaespaldas enfundados en chaquetas de fútbol americano que lo flanquean.

La chica saca el dedo corazón y les dedica una peineta sin aminorar el paso siquiera.

Ezra la sigue con la mirada, absolutamente encandilado.

—Hola, nueva amiga.

La pequeña multitud que nos precede hace sitio cuando tres chicas avanzan por el pasillo con el paso casi perfectamente sincronizado. Una es rubia, la otra castaña y la tercera pelirroja. Es tan evidente que son «alguien» en el instituto que me cuesta distinguir que una de ellas es Brooke Bennett, de la caseta de tiro al blanco de la Granja del Terror. Frena en seco cuando nos ve y nos dedica una sonrisa tímida.

—Anda, hola. ¿Llegó a llamaros Murph?

—Sí, nos llamó —respondo—. Tenemos una entrevista este fin de semana. Muchas gracias.

La chica rubia avanza un paso con esos aires que tienen quienes están acostumbrados a llevar la voz cantante. Va vestida de alumna sexy: camisa blanca bajo un jersey ajustado, minifalda de tablas y botines de tacón alto.

—Hola. Sois los mellizos Corcoran, ¿verdad?

Ezra y yo asentimos. Ya nos hemos acostumbrado a nuestra repentina notoriedad. Ayer, mientras hacía la compra con Nana, una cajera que no conocía de nada nos saludó con un «Hola, Nora y... Ellery» al llegar a la

caja. Acto seguido procedió a acribillarme a preguntas sobre California mientras embolsaba la compra.

Ahora, la chica rubia nos inspecciona con la cabeza ladeada:

—Lo sabemos todo sobre vosotros. —No añade nada más, pero su tono de voz implica que «cuando digo todo, me refiero a que sé que vuestro padre es un rollete de una noche que tuvo vuestra madre, que su carrera como actriz ha sido un fracaso, que tuvo un incidente con una joyería y que está en rehabilitación. Lo sé absolutamente todo». Impresiona bastante la cantidad de cosas que es capaz de dejar implícitas con una sola palabra—. Yo soy Katrin Nilsson. Creo que ya conocéis a Brooke, y esta es Viv. — Señala a la pelirroja que está a su izquierda.

No debería pillarme por sorpresa. El apellido Nilsson aparece constantemente en las conversaciones desde que llegué a Echo Ridge, y esta chica lleva «reina del cotarro» escrito en la frente. No es tan guapa como Brooke, pero, por algún motivo, resulta mucho más impresionante con esos ojos azul cristalino que recuerdan a los de un gato siamés.

Nos saludamos con un «hola» murmurado, y de repente parece que estamos en una especie de casting incómodo. Probablemente por el repaso que Katrin nos echa a Ezra y a mí, como si estuviera evaluando si somos dignos de que nos dedique su tiempo y atención. La mitad de los presentes en el pasillo fingen sacar cosas de sus taquillas mientras aguardan su veredicto. Entonces suena la campana que marca el inicio de clases y sonrío.

—Buscadnos a la hora de comer. Nos sentamos en la mesa del fondo, al lado de la ventana más grande.

Se da media vuelta sin esperar respuesta, y la melena rubia se le derrama por los hombros.

Ezra las contempla marcharse absolutamente atónito y se vuelve hacia mí:

—Me apuesto una mano y no la pierdo a que los miércoles las tres visten de rosa, como en *Chicas malas*.

* * *

Esa mañana, Ezra y yo tenemos prácticamente las mismas asignaturas, salvo por la hora justo antes del almuerzo, que yo tengo Cálculo Avanzado y él Geometría. Las mates no son su fuerte, así que termino yendo sola a la cafetería. Hago cola frente al bufé suponiendo que llegará en cualquier momento, pero cuando salgo de la fila con la bandeja llena, no hay ni rastro de él.

Dudo un momento frente a las hileras de mesas rectangulares, buscándole en medio de un mar de rostros desconocidos, cuando mi nombre resuena en un tono claro e inquisitivo.

—¡Ellery!

Alzo la vista y localizo a Katrin con el brazo levantado. Su mano me indica con un gesto que me acerque.

Mi presencia está siendo convocada.

Mientras me dirijo al fondo de la cafetería, me siento en el punto de mira de todos los presentes en el comedor... porque probablemente lo estoy. En la pared que hay junto a la mesa de Katrin, al lado de la ventana, hay un cartel tan enorme que alcanzo a leerlo estando aún a mitad de camino.

¡RESERVA LA FECHA!

El baile de bienvenida de curso es el 5 de octubre.

Vota ya a tus candidatos a rey y reina del baile.

Cuando llego donde están Katrin y sus amigas, Viv, la chica pelirroja, se mueve para hacerme sitio en el banco. Yo apoyo la bandeja en la mesa y me siento a su lado, enfrente de Katrin.

—Hola —me saluda ella, y sus azules ojos felinos me inspeccionan de arriba abajo. Si mañana me presento en el instituto con la ropa de Almacenes Dalton, no le va a pasar desapercibido—. ¿Dónde está tu hermano?

—Parece que lo he perdido —respondo—. Pero al final siempre termina apareciendo.

—Estaré pendiente de él —dice Katrin. Hunde una de sus uñas rosa claro en una naranja y arranca una tira de piel, añadiendo—: Bueno, nos provocáis a todos muchísima curiosidad. No ha habido un alumno nuevo en

el instituto desde... —Arruga la cara—. No sé, ¿desde que íbamos a séptimo?

Viv endereza los hombros. Es bajita y de rasgos afilados, y lleva los labios pintados de un rojo vivo que combina sorprendentemente bien con su pelo.

—Sí, fui yo.

—¿Ah, sí? Vaya, es verdad. Qué buen día. —Katrin le dedica una sonrisa distraída, pero su atención sigue centrada en mí—. Aunque cambiarse de colegio no es lo mismo que de instituto. El último curso de bachillerato es muy duro. Especialmente si todo es... nuevo. ¿Te gusta vivir con tu abuela?

Al menos no me ha preguntado, como la cajera del supermercado ayer, si tenía a algún «buenorro hollywoodiense esperándome en casa». La respuesta es no, por cierto. Hace ocho meses que no salgo con nadie..., aunque tampoco es que lleve la cuenta.

—No está mal —respondo a Katrin, pero se me van los ojos hacia Brooke. Aparte de un «hola» murmurado cuando me he sentado, no ha pronunciado palabra—. Demasiado tranquilo, quizá. ¿Qué hace la gente joven de por aquí para divertirse?

Esperaba involucrar a Brooke en la conversación con mi pregunta, pero quien responde es Katrin.

—Bueno, somos animadoras —dice, meneando la mano que queda entre Brooke y ella—. Eso nos consume mucho tiempo en otoño. Y nuestros novios están en el equipo de fútbol americano. —Señala con los ojos unas cuantas mesas más allá, donde un chico rubio acaba de apoyar su bandeja. La mesa entera es un mar de chaquetas deportivas blanquimoradas. El chico capta su mirada y le guiña un ojo, a lo que Katrin responde lanzándole un beso—. Ese es Theo, mi novio. Kyle, el novio de Brooke, y él son los capitanes del equipo.

Faltaría más. No ha mencionado que Viv tenga novio. Experimento una pequeña oleada de solidaridad. —¡Solteras unidas jamás serán vencidas!—, pero cuando le sonrío, me responde con una mirada gélida. De repente me doy cuenta de que me he adentrado en territorio pantanoso.

—Suenan divertido —digo sin demasiado entusiasmo.

Nunca he sido demasiado fan del universo animadoras-jugadores de fútbol, aunque admiro las capacidades atléticas de ambos.

Viv entrecierra los ojos.

—Echo Ridge no será Hollywood, pero tampoco es aburrido.

No me molesto en decirle a Viv que La Puente queda a cuarenta kilómetros de Hollywood. Aquí todo el mundo da por hecho que vivíamos en mitad de un plató de cine, y nada de lo que yo pueda alegar los convencerá de lo contrario. Además, no es el asunto primordial de esta conversación.

—Yo no he dicho que lo sea —protesto—. O sea, ya me doy cuenta de que aquí pasan muchas cosas.

Viv no parece demasiado convencida, pero Brooke es quien finalmente toma la palabra.

—Ninguna buena —dice en tono inexpresivo. Cuando se vuelve a mirarme, veo que tiene los ojos llorosos. Tiene pinta de necesitar desesperadamente dormir una noche entera a pierna suelta—. Tu abuela y tú... fuisteis quienes encontrasteis al señor Bowman, ¿verdad?

Cuando asiento, las lágrimas comienzan a derramarse por sus blancas mejillas.

Katrin engulle un gajo de naranja y le da una palmadita a Brooke en el brazo.

—Tienes que dejar de hablar del tema, Brooke. Te sigue alterando mucho.

A Viv se le escapa un suspiro que suena exagerado.

—Ha sido una semana terrorífica. Primero lo del señor Bowman y luego esa oleada de vandalismo que ha brotado de la nada. —Su tono suena preocupado, pero su mirada es prácticamente de emoción cuando añade—: Será el primer reportaje que publiquemos en el periódico escolar. Un recuento de todo lo que ha pasado esta semana, contrapuesto a las declaraciones de los alumnos de último curso de este año explicándonos qué hacían hace cinco años. Es de esas historias que podrían interesarles incluso a los noticiarios locales. —Me mira con una pizca más de amabilidad—. Debería entrevistarte. Tú fuiste quien encontró la pintada en el centro cultural, ¿verdad? Malcolm y tú.

—Sí —respondo—. Era espantosa, pero no tanto como la del cementerio.

Se me revolvió el estómago de verdad cuando me enteré, sobre todo cuando me dio por pensar cómo se sentiría la familia Kilduff.

—Todo este asunto es espantoso —concuerta Viv, volviéndose a Katrin y Brooke—. Espero que no pase nada malo cuando os anuncien el jueves que viene.

—¿Cuándo os anuncien? —pregunto.

—En la asamblea matutina del jueves que viene anunciarán la corte del baile de bienvenida —me explica Viv, señalando el cartel del baile que asoma sobre el hombro de Brooke—. La gente ya está votando. ¿No te has bajado la aplicación del instituto? Lo del baile de bienvenida está en el menú principal.

—No, todavía no. —Niego con una sacudida de cabeza.

Viv chasquea la lengua.

—Pues más te vale darte prisa. Las votaciones se cierran el miércoles. Aunque, en realidad, los puestos de la corte ya tienen nombre. Katrin y Brooke están dentro, fijo.

—Tal vez te nominen, Viv —comenta amablemente Katrin, y, aunque acabo de conocerla, me doy cuenta de que en realidad no cree que haya la más mínima posibilidad de que eso suceda.

Viv se estremece levemente.

—No, gracias. No me apetece estar en el radar de un pirado con tendencias asesinas que ha decidido atacar de nuevo.

—¿En serio crees que se trata de eso? —pregunto, curiosa. Viv asiente y yo me inclino hacia delante, interesada. No he podido sacarme de la cabeza el tema de las pintadas en los últimos dos días y me muero de ganas por compartir teorías. Aunque tenga que ser con Viv—. Qué interesante. Podría ser. O sea, definitivamente es lo que la persona que hay detrás de esto quiere que pensemos, y solo eso ya es bastante perturbador de por sí. Pero no dejo de preguntarme... incluso aunque alguien tuviera la desvergüenza necesaria para cometer un asesinato, quedar impune y volver para fanfarronear de ello cinco años después, el *modus operandi* es completamente distinto.

A Katrin se le ha quedado el rostro impávido.

—¿*Modus operandi*? —me pregunta.

—Ya sabes —respondo, calentando el terreno. Este es un tema en el que me encuentro en mi salsa—. El método que se usa para cometer un crimen. A Lacey la estrangularon. Es una manera muy violenta y personal de matar a alguien, y raramente suele ser premeditada. Estas amenazas, sin embargo, son públicas y requieren de cierta planificación. Además, son mucho menos..., como decirlo, directas. Para mí, esto tiene más pinta de ser un imitador. Lo que no quiere decir que no se trate de alguien peligroso, sino que tal vez lo sea de un modo distinto.

En la mesa se hace un breve silencio hasta que Katrin dice «ajá» y le da un bocado a un gajo de naranja. Mastica cuidadosamente con los ojos clavados en algún punto más allá de mi hombro. «Ya está», pienso. Acaba de descartarme como nueva incorporación al grupo de los populares. No ha tardado mucho.

Ezra no me lo ha dicho una sola vez, sino cientos. «A nadie le apetece escuchar tus teorías sobre asesinatos, Ellery». Lástima que me haya dejado plantada a la hora del almuerzo.

Entonces, una nueva expresión recompone el rostro de Katrin, una expresión que aúna fastidio e indulgencia.

—Un día te van a expulsar del instituto por llevar esa camiseta —le grita a alguien.

Cuando me vuelvo a mirar a quién, me encuentro con Malcolm Kelly, que viste una camiseta de un gris desvaído en cuya pechera se lee «KCUF» en letras mayúsculas.

—Pero todavía no se ha dado el caso —contesta él.

Bajo la potente luz de los fluorescentes de la cafetería de Echo Ridge se le distingue mucho mejor de lo que pude hacerlo en el centro cultural. Lleva una gorra de béisbol con la visera hacia atrás, tapándose una rebelde mata de cabello castaño que le enmarca el rostro, anguloso y de ojos separados. Se cruzan con los míos y me reconocen. Me saluda, y con el movimiento se le ladea la bandeja lo suficiente como para que peligre que todo caiga al suelo. Resulta absolutamente ridículo y, aunque pueda parecer extraño, muy atractivo al mismo tiempo.

—Lo siento —dice Viv en el tono menos arrepentido que le he oído nunca a nadie en cuanto Malcolm se da media vuelta—, pero me parece supersospechoso que la primera persona en ver ambas amenazas haya sido el rarito del hermano de Declan Kelly. —Sacude la cabeza para enfatizar sus palabras—. Sí, sí, aquí se está cociendo algo.

—Ay, Viv —suspira Katrin, como si ya hubieran mantenido por lo menos una docena de versiones distintas de esta misma conversación—. Malcolm no es un rarito. Un poco pringado sí, pero no es ningún friki.

—Yo no creo que sea un pringado. —Brooke lleva tanto tiempo callada que su repentina manifestación nos sorprende a todas—. Puede que lo fuera, pero cada vez está más bueno. No tanto como Declan, pero algo es algo.

Acto seguido agacha la cabeza de nuevo y se dedica a jugar a jugar desganadamente con su cuchara, como si intervenir en la conversación hubiera agotado la poca reserva de energía que le quedara.

Katrin le dedica una mirada pensativa.

—No me había dado cuenta de que te hubieras fijado, Brooke.

Yo no puedo evitar girar la cabeza para buscar a Malcolm, al que encuentro sentado con Mia, la chica que nos hemos cruzado en el pasillo, y con mi hermano. No me sorprende: a Ezra se le da bien integrarse en el grupo social que más le apetezca. Al menos así seguiré teniendo opciones de comer acompañada cuando Katrin no vuelva a invitarme a sentarme con ella.

Viv resopla.

—Y una mierda, bueno —responde con rotundidad—. Declan debería estar en la cárcel.

—¿Crees que mató a Lacey Kilduff? —pregunto, y ella asiente.

Katrin ladea la cabeza, confusa.

—Pero ¿no acabas de decir que el asesino de Lacey está suelto y va dejando amenazas por la ciudad? —pregunta—. Declan ni siquiera vive en este estado.

Viv apoya un codo en la mesa y clava los ojos, abiertos de par en par, en los de su amiga.

—¿En serio vives con los Kelly y todavía no te has enterado?

—¿De qué? —Katrin frunce el ceño.

Viv aguarda un par de segundos para añadir dramatismo a sus palabras y luego esboza una media sonrisa.

—Declan Kelly ha vuelto a casa.

CAPÍTULO SIETE

MALCOLM

LUNES 9 DE SEPTIEMBRE

En Echo Ridge solo hay un bar, que en realidad podría considerarse medio, porque está justo en el límite municipal con la localidad vecina de Solsbury. A diferencia de la mayoría de negocios de Echo Ridge, el Bar Bukowski tiene fama de no inmiscuirse en los asuntos de sus clientes. No sirven alcohol a menores, pero tampoco piden el carné en la puerta. Así que aquí es donde quedo con Declan el lunes por la tarde, tras pasar el primer día de clase fingiendo que «sí, claro que sabía que mi hermano había vuelto».

El Bukowski no parece un lugar propio de Echo Ridge. Es pequeño y oscuro, tiene una barra larguísima en la parte delantera, unas cuantas mesas de madera arañada desperdigadas por la estancia, una diana y una mesa de billar al fondo. La única decoración que muestran las paredes es un logotipo de Budweiser de neón cuya «w» parpadea. No tiene ni pizca de gracia ni encanto.

—¿No podías haberme avisado de que estabas en la ciudad? —pregunto cuando me acomodo en la silla que queda frente a la de Declan.

Intento que suene a broma, pero no lo consigo.

—Hola a ti también, hermanito —dice Declan.

Hace menos de una semana que le he visto, pero aquí parece más grande que en el apartamento del sótano de la casa de la tía Lynne. Probablemente porque Declan siempre ha parecido enorme en cualquier lugar de Echo Ridge. Aunque nunca habíamos quedado en el Bukowski. Ni

en ningún otro sitio, en realidad. Cuando estaba en primaria y mi padre se empeñó en congraciarme con el fútbol americano, Declan a veces se dignaba a jugar conmigo. Pero se aburría deprisa y, cuantos más balones se me escapaban a mí, más fuerte me los lanzaba él. Pasado un rato, desistía de intentar atraparlos y me limitaba a protegerme la cabeza con las manos.

«¿Qué te pasa? —se quejaba—. No estoy tirando a dar. Fíate de mí, ¿vale?».

Me lo decía como si alguna vez hubiera hecho algo para merecerse mi confianza.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta Declan.

—Una Coca-Cola, igual.

Declan alza una mano hacia la camarera, una mujer mayor vestida con una camiseta de un rojo desvaído que está limpiando los caños de cerveza tras la barra.

—Dos Coca-Colas, por favor —le pide cuando llega a nuestra mesa.

La mujer asiente sin demostrar demasiado interés.

Espero a que se marche para preguntarle.

—¿Qué estás haciendo aquí?

A Declan se le crisan los tendones de la mandíbula.

—Lo dices como si estuviera violando una orden de alejamiento. Este es un país libre.

—Sí, pero... —Callo cuando la camarera regresa para depositar en la mesa, frente a nosotros, dos servilletas de cóctel y sendos vasos de tubo llenos hasta el borde de Coca-Cola con hielo.

A la hora de comer, cuando se ha empezado a correr la voz de que Declan estaba en Echo Ridge, ha estado a punto de explotarme el teléfono. Y él lo sabe perfectamente. Sabe exactamente qué reacciones suscitaría su regreso.

Declan se inclina sobre la mesa, apoyando los antebrazos en ella. Son casi el doble de gruesos que los míos. Compagina las clases en la universidad con alguna que otra chapucilla como obrero de la construcción que le mantiene en mejor forma de lo que lo hacía el fútbol americano en el instituto. Baja la voz, a pesar de que los únicos otros clientes del Bukowski son dos viejecitos con gorras de béisbol sentados al final de la barra.

—Estoy hasta las narices de que se me trate como a un criminal, Mal. Yo no hice nada, ¿recuerdas? —Se pasa una mano por la cara—. ¿O es que ya no te lo crees? Si es que lo llegaste a creer alguna vez...

—Claro que lo hice. Lo hago. —Apuñalo el hielo de mi Coca-Cola con la pajita—. Pero ¿por qué ahora? Primero vuelve Daisy, y luego tú. ¿Qué está pasando?

Un amago de arruga, tan fugaz que casi me pasa desapercibido, surca el ceño de Declan ante la mención de Daisy.

—Yo no he vuelto, Mal. Sigo viviendo en New Hampshire. Estoy aquí para visitar a alguien, nada más.

—¿A quién? ¿A Daisy?

Un suspiro de fastidio escapa de sus labios.

—¿A qué viene esta obsesión con Daisy? ¿Sigues pillado por ella?

—No. Solo estoy intentando entenderlo. Te vi la semana pasada, y en ningún momento mencionaste que fueras a venir. —Declan se encoge de hombros y le da un sorbo al refresco, evitando mirarme a los ojos—. Y no es precisamente el mejor momento, ¿sabes? Con todas las mierdas que están pasando en la ciudad...

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Se le amarga la expresión cuando no respondo inmediatamente—. Espera. ¿Estás de coña? ¿La gente piensa que estoy relacionado con eso? ¿Y lo siguiente qué va a ser? ¿Encasquetarme la responsabilidad del calentamiento global? Me cago en la hostia, Mal. —Uno de los señores mayores de la barra nos mira por encima del hombro, y Declan se desploma de nuevo contra el respaldo de la silla, fulminándolo con la mirada—. Por cierto, para que quede claro, no he venido aquí a hacer pintadas macabras en carteles, muros o donde sea.

—Tumbas —le corrijo.

—Donde sea —responde Declan entre dientes en tono grave y amenazador.

Le creo. No existe realidad alternativa posible en la que mi testosterónico hermano, a pesar del pronto que tiene, haya vestido a tres muñecas de reinas del baile para colgarlas de un mausoleo. Me cuesta menos imaginármelo con las manos alrededor del cuello de Lacey, apretando hasta exprimirla la última gota de vida.

Dios. Me tiemblan las manos cuando cojo el vaso, y el hielo repiquetea contra el cristal. No doy crédito a lo que acabo de pensar. Doy un sorbo al refresco y trago con fuerza.

—Entonces, ¿por qué has venido? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

Declan apura su vaso y le hace un gesto a la camarera.

—Un whisky con Coca-Cola esta vez —le dice cuando viene a atendernos.

Ella tensa los labios al mirarnos primero a uno y luego al otro.

—Primero el carné de identidad.

Declan echa la mano a la cartera y luego duda.

—¿Sabes qué? Mejor Coca-Cola sola. —La camarera se encoge de hombros y se aleja. Declan sacude la cabeza, como si estuviera asqueado consigo mismo—. ¿Has visto lo que acabo de hacer? He renunciado a tomarme una copa, aunque me apetecía, porque no tengo ganas de que una mujer que ni siquiera conozco sepa cómo me llamo. Y así toda mi puta vida.

—¿En New Hampshire también? —le pregunto.

Uno de los dos viejos no deja de mirarnos. No sé si es porque es demasiado obvio que soy menor o porque... bueno.

—En todas partes —responde Declan. Calla de nuevo cuando la camarera le trae la Coca-Cola y luego alza el vaso para que brindemos—. Ya sabes, mamá y tú os lo habéis montado bien aquí, Mal. Peter prefiere hacer como que no existo, pero a vosotros os apoya. Igual hasta consigues que te pague la universidad.

Es verdad, puede que lo haga. Lo que, en cierto modo, me hace sentir culpable, así que digo:

—Peter dice que ha hablado con el señor Coates para conseguirte unas prácticas.

Como Ben Coates era alcalde de Echo Ridge cuando Lacey murió, lo entrevistaron varias veces para preguntarle qué creía que podía haber pasado.

«Una tragedia, un azaroso acto violento —respondía siempre—. Un depravado que pasaba por aquí».

Declan suelta una risa amarga.

—Ya te digo yo que eso es mentira.

—No, se reunieron el último fin de semana de agosto, y...

—No dudo que lo hicieran. E igual hasta me mencionaron. Probablemente para recalcar el suicidio profesional que supondría contratarme. Las cosas son como son, Mal, y no pienso darle el coñazo a Peter con esto. No quiero interponerme entre mamá y él. Ni entre él y tú. Mantendré las distancias contigo.

—Yo no quiero que mantengas las distancias conmigo. Solo quiero saber por qué estás aquí.

Declan tarda en responder. Cuando lo hace, parece más cansado que furioso.

—¿Sabes qué nos pasó a Lacey y a mí, antes de que muriera? Que nos cansamos el uno del otro. Pero no nos dimos cuenta, porque éramos un par de niñatos que llevábamos toda la vida juntos y creíamos que teníamos que seguir estándolo. Si hubiéramos sido gente normal, antes o después se nos habría pasado por la cabeza romper y la cosa habría terminado ahí. Hubiéramos pasado página y empezado de cero con otra persona. —Baja aún más la voz—. Así deberían haber terminado las cosas.

El tipo que lleva un buen rato mirándonos desde la barra se levanta y se dirige hacia nosotros. Cuando ha cruzado la mitad del bar, me doy cuenta de que no es tan viejo como pensaba: debe de estar en la cincuentena y tiene los brazos gruesos y el pecho ancho. Declan no se vuelve, pero de repente se levanta y saca la cartera.

—Tengo que irme —me dice, dejando un billete de diez dólares en la mesa—. No te preocupes, ¿vale? No pasa nada.

Pasa junto al tipo, que da media vuelta para decirle.

—Oye, tú. ¿Declan Kelly? —Declan continúa hacia la puerta y el tipo alza la voz—: Oye, que te estoy hablando.

Declan agarra el pomo de la puerta y se apoya contra la hoja, empujándola con el hombro para abrirla.

—No soy nadie —responde, y desaparece.

No estoy seguro de qué va a hacer el tipo, si continuar hacia mí o seguir a Declan afuera, pero se limita a encogerse de hombros y dirigirse a la

barra, acomodándose de nuevo en su taburete. Su amigo se acerca a él, le murmura algo y ambos se echan a reír.

Mientras me termino mi Coca-Cola en silencio, de repente me percaté de que, vista de cerca, la vida de Declan es mucho más jodida de lo que parece de lejos.

* * *

Media hora después estoy volviendo a casa a patita, porque a mi hermano no se le ha ocurrido preguntarme si necesitaba que me llevara a algún sitio antes de su teatral salida del bar. Estoy doblando la esquina de la casa en la que vivía Lacey cuando, a pocos metros de mí, veo a alguien arrastrando una maleta enorme por la calle.

—¡Oye! —la llamo cuando estoy lo suficientemente cerca como para reconocerla—. ¿Ya te piras de la ciudad?

Ellery Corcoran se vuelve justo cuando las ruedas de su equipaje tropiezan con una piedra de la calzada, y la maleta da tal bote que casi se le escapa de la mano. Se detiene un segundo para estabilizarla. Mientras espera a que la alcance, se recoge el pelo y se lo anuda en una especie de tirabuzón a tal velocidad que apenas detecto el movimiento de sus manos. Es casi hipnótico.

—La compañía aérea perdió mi equipaje hace más de una semana y acaban de entregarlo. —Pone los ojos en blanco—. Al vecino.

—Menuda mierda. Bueno, pero al menos ha aparecido. —Señalo la maleta—. ¿Necesitas ayuda con esto?

—No, gracias, rueda bien. Y la casa de mi abuela está ahí.

Sopla una brisilla que hace revolotear los mechones sueltos sobre su rostro. Tiene la piel blanquísima, los pómulos muy pronunciados y un mentón tan marcado que su expresión resultaría casi severa de no ser por los ojos. Los tiene negros como la tina, enormes y de rabillos ligeramente rasgados, enmarcados por unas pestañas tan largas que parecen falsas. No me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente hasta que me dice:

—¿Qué pasa?

Guardo las manos en los bolsillos.

—Me alegro de haberme encontrado contigo. Quería darte las gracias por lo de la otra noche en la cena benéfica. Por no..., bueno, por no dar por hecho que fui yo quien había hecho la pintada.

Una sonrisa le curva ligeramente las comisuras de la boca.

—No conozco muchos vándalos, pero me imagino que a la mayoría no se les queda esa cara de pasmo ante su propia obra.

—Sí. Bueno, dar por hecho que había sido yo habría sido lo más fácil. Es lo que hace la mayor parte de la gente. Y para mí eso no habría sido... demasiado bueno, que digamos.

—Porque tu hermano fue sospechoso del asesinato de Lacey — responde ella con total naturalidad, como si estuviéramos hablando del tiempo.

—Exacto. —Seguimos caminando, y siento el extraño impulso de contarle que he visto esta tarde a Declan. Llevo de un humor de perros desde que he salido del Bar Bukowski. Pero es algo demasiado íntimo, y me estoy quedando corto. En cambio, me aclaro la garganta y digo—: Yo, esto..., conocí a tu madre. Cuando vino al funeral de Lacey. Fue... muy maja con nosotros.

Maja no es el término adecuado. El regreso de Sadie Corcoran fue más bien como si una descarga de energía hubiera azotado la ciudad entera, electrificando a todos sus habitantes, incluso en mitad del duelo. Me dio la sensación de que Echo Ridge era para ella una especie de plató inmenso, pero no me importó ser espectador de su representación. A nadie le vino mal la distracción.

Ellery mira al horizonte con los ojos entrecerrados.

—Es curioso que aquí todo el mundo recuerde a Sadie. Estoy convencida de que, si volviera a todas y cada una de las ciudades en las que he vivido, nadie se acordaría de mí.

—Lo dudo. —La miro de reajo—. ¿Llamas a tu madre por su nombre de pila?

—Sí. Nos pedía que fingiéramos que era nuestra hermana mayor cuando se presentaba a alguna audición, y se nos quedó la costumbre —dice Ellery con ese tono suyo que lo da todo por hecho. Se encoge de hombros cuando

yo enarco las cejas—. En Hollywood no se considera particularmente atractivas a las madres con niños pequeños.

Un motor retumba a nuestras espaldas, primero levemente y luego con tal intensidad que ambos nos volvemos. Los faros relumbran, se aproxima demasiado deprisa y agarro a Ellery del brazo para apartarla de la carretera de un tirón. Suelta el mango de la maleta y chilla cuando esta se desequilibra y cae en la trayectoria del coche que se acerca. Los frenos chirrían y las ruedas del BMW rojo chillón se detienen a apenas unos centímetros del manillar.

El conductor baja la ventanilla y Katrin asoma la cabeza sobre el cristal. Viste la chaqueta morada del uniforme de las animadoras de Echo Ridge, y Brooke ocupa el asiento del copiloto. Katrin baja la vista hacia la maleta cuando la cojo para apartarla del suelo y la subo a la acera para ponerla a buen recaudo.

—¿Vais a algún sitio? —me pregunta.

—Dios, Katrin. ¡Casi nos atropellas!

—Para nada —rezonga. Enarca una ceja cuando Ellery me quita el mango de la maleta de las manos—. ¿Es tuya, Ellery? No te estarás mudando otra vez, ¿verdad?

—No. Es una historia muy larga. —Ellery comienza a avanzar arrastrando la maleta gigante por la pequeña explanada de césped que hay frente a la casa de su abuela—. Ya casi estoy en casa, así que... os veo luego, chicos.

—Hasta mañana —digo yo, mientras Katrin saluda con la mano y murmura un desgano «Adióóós». Luego da un par de toquitos con la mano contra la puerta del coche y me mira con ojillos entrecerrados.

—Muchos secretitos te traes tú. No me habías contado que Declan había vuelto.

—No tenía ni idea hasta hoy —respondo.

Katrin me dedica una mirada que rezuma escepticismo. Brooke se echa adelante en el asiento y se estira las mangas de la chaqueta morada sobre las manos como si tuviera frío. Sus ojos vuelan de Katrin a mí cuando su amiga me espeta un:

—¿Esperas que me lo trague?

Siento en mi interior un incipiente cabreo.

—Me da igual si te lo tragas o no. Es la verdad.

Mi hermanastra y mi hermano no tienen absolutamente ningún tipo de relación. Declan no vino a la boda cuando mi madre se casó con Peter y tampoco nos visita nunca. Katrin no ha mencionado su nombre una sola vez en los cuatro meses que llevamos viviendo juntos.

No parece demasiado convencida, pero señala con la cabeza el asiento trasero.

—Venga, que te llevamos. —Se vuelve hacia Brooke y añade, lo suficientemente alto como para que la oiga—: De nada.

A Brooke se le escapa un resoplido de fastidio. No sé a qué viene, y tampoco tengo ganas de preguntárselo. Katrin tiene ahora mismo el modo «grano en el culo» activado en todo su esplendor, pero estoy cansado de caminar. Me monto en el asiento de atrás y apenas me da tiempo a cerrar la puerta antes de que Katrin pise el acelerador.

—Bueno, ¿y qué está haciendo Declan por aquí, entonces? —me pregunta.

—Ni idea —respondo, y en ese preciso instante me doy cuenta de por qué llevo cabreado desde que he salido del Bar Bukowski tras mi media hora de conversación con Declan. No es solo porque no me haya avisado de que venía.

Sino porque ha esquivado todas y cada una de las preguntas que le he hecho.

CAPÍTULO OCHO

ELLERY

LUNES 9 DE SEPTIEMBRE

En cuanto entro en el recibidor de casa de mi abuela y cierro la puerta tras de mí, me arrodillo junto a la maleta y la palpo buscando la cremallera. Contiene un batiburrillo de prendas y artículos de aseo, pero me resulta tan agradablemente familiar que agarro todo lo que puedo abarcar entre los brazos y lo estrecho con fuerza unos segundos contra el pecho.

Nana aparece en el vano de la puerta que comunica la cocina con el recibidor.

—Doy por hecho que te ha llegado todo —comenta.

—Eso parece —respondo, levantando mi jersey favorito como si fuera un trofeo.

Nana se dirige al piso de arriba sin añadir nada más, y yo detecto un destello rojo entre mis prendas oscuras: la bolsita de terciopelo que contiene mis joyas. Desperdigo su contenido por el suelo y elijo un collar de la pila. De la delgada cadena pende un intrincado colgante que parece una flor, hasta que te lo acercas lo suficiente para darte cuenta de que es una daga.

—Para mi adicta a los asesinatos favorita —me dijo Sadie cuando me lo regaló hace dos años por mi cumpleaños.

Me hubiera gustado que alguna vez me preguntara por qué me atraían tanto esas cosas, y entonces quizá podríamos haber mantenido una conversación en serio sobre Sarah, pero supongo que regalar complementos es menos complicado que profundizar en temas escabrosos.

Me estoy abrochando el colgante al cuello cuando Nana baja las escaleras con una bolsa de plástico llena de ropa oscilando de un brazo.

—Puedes subir tus cosas a la habitación luego. Quiero pasar por Almacenes Dalton antes de cenar. —Ante mi mirada de desconcierto, levanta la bolsa que le cuelga del brazo—. Mejor será que devolvamos la ropa que te compré la semana pasada. No me ha pasado desapercibido que, en vez de ponértela, has estado pidiéndole prestada a tu hermano la suya.

Me pongo de pie y noto cómo se me encienden las mejillas.

—Ah. Bueno, es que no he tenido tiempo de...

—No pasa nada —responde secamente Nana, cogiendo las llaves del coche del portallaves de la pared—. Sé que no tengo la más mínima idea de moda adolescente. Pero no hay motivo de que esta ropa se eche a perder cuando podría estar usándola otra persona.

Miro tras ella con esperanza.

—¿Viene Ezra con nosotras?

—Ha salido a dar un paseo. Date prisa, tengo que volver pronto para preparar la cena.

En los diez días que llevo viviendo con mi abuela, he aprendido unas cuantas cosas. De camino a Almacenes Dalton, conducirá veinticinco kilómetros por debajo del límite de velocidad. Llegaremos a casa como muy tarde a las seis menos veinte, porque a las seis se cena y a Nana no le gusta cocinar con prisas. El menú incluirá una ración de proteína, una de hidratos y una de verduras. Nana nos quiere en nuestros respectivos cuartos a las diez de la noche, a lo que no ponemos objeciones, porque tampoco tenemos nada mejor que hacer.

Es raro. Estaba convencida de que tanta sistematización podría conmigo, pero las rutinas de Nana tienen una cadencia que resulta casi tranquilizadora. Sobre todo comparándolas con los últimos seis meses con Sadie, que fue cuando encontró un médico que no tenía ningún problema en recetarle todos los calmantes que ella quisiera y pasó de ser simplemente despistada y desorganizada a ser la imprevisibilidad absoluta. Los días que se retrasaba en llegar, yo me dedicaba a dar vueltas por el piso, comiendo macarrones con queso precocinados al microondas, preocupada por qué sería de nosotros si no volvía a casa.

Hasta que por fin llegó la noche que no lo hizo.

El Subaru de mi abuela avanza hacia Almacenes Dalton a paso de tortuga, concediéndome todo el tiempo del mundo para contemplar por la ventanilla los esbeltos árboles que flanquean la carretera, en cuyas copas las hojas doradas comienzan a entremezclarse con las verdes.

—No sabía que empezaran a cambiar de color tan temprano —comento.

Es 9 de septiembre, hace apenas una semana todavía era agosto y la temperatura sigue siendo cálida y casi veraniega.

—Son fresnos verdes —responde Nana con su mejor tono pedagógico—. Mudan rápido de hojas. Este año está haciendo buen clima para el follaje: días cálidos y noches frescas. En pocas semanas, verás aparecer los rojos y los naranjas.

Echo Ridge es, con diferencia, el sitio más bonito en el que he vivido. Casi todas las casas son amplias, se conservan bien, y su arquitectura es muy interesante: hay casas victorianas, casas de tejado gris al estilo arquitectónico de Cape Cod, casas coloniales. El césped en todas ellas parece recién cortado, y los parterres de flores cuidados y ordenados. Todos los edificios del centro son de ladrillo rojo con ventanas blancas, y la señalización urbana está muy cuidada. No hay verjas de alambre, ni contenedores, ni tiendas de veinticuatro horas a la vista. Hasta la gasolinera tiene un puntito retro con cierto encanto.

Pero entiendo perfectamente por qué Sadie se sentía acorralada aquí, y por qué Mia deambula por el instituto como si estuviera buscando una trampilla por la que escapar. Cualquier cosa que se salga de la norma destaca a kilómetro y medio de distancia.

Me vibra el teléfono cuando recibo un mensaje de Lourdes, que quiere saber cómo va lo del equipaje. Cuando la pongo al día sobre el estado de mi recién recuperada maleta, me manda tantos GIF para celebrarlo que las palabras de mi abuela están a punto de pasarme desapercibidas.

—Hoy ha llamado tu orientadora. —Enderezo la espalda en el asiento, intentando averiguar en qué puedo haberla cagado el primer día de clase, cuando Nana añade—: Ha estado revisando tu expediente y dice que tienes unas notas magníficas, pero que no hay registro de que hayas hecho las pruebas de acceso a la universidad.

—Ah, bueno, es que no las he hecho.

—Tendrás que hacerlas este otoño, entonces. ¿Te las has preparado?

—No. No creía... O sea... —dejo la frase a medias.

Sadie no fue a la universidad. Más o menos se las apaña con una pequeña herencia que recibió de nuestro abuelo, trabajos temporales y los papeles que le salen de vez en cuando. Aunque nunca nos ha desanimado ni a Ezra ni a mí de solicitar plaza en la universidad, siempre nos ha dejado claro que la cuenta corre a nuestro cargo. El año pasado eché un vistazo a las tarifas de matriculación para la universidad que me pillaba más cerca de casa, y según entré en la página web, volví a salir. Organizar un viaje a Marte sería más fácil.

—No tengo claro que vaya a ir a la universidad.

Nana frena con suficiente antelación frente a la señal de STOP y luego se acerca unos centímetros a la línea blanca.

—¿No? Y yo que pensaba que ibas a ser abogada...

Tiene los ojos clavados en la carretera, así que no detecta la cara de pasmo que se me ha quedado. No sé cómo lo ha hecho, pero ha dado en el clavo con la única carrera que me interesa, la misma que dejé de mencionar en casa porque Sadie rezongaba un «abogados, puaj» cada vez que lo hacía.

—¿Por qué pensabas eso?

—Bueno, te interesa el derecho criminal, ¿no? Eres analítica y te expresas muy bien. Parece una profesión que te encaja. —Una sensación ligera y cálida comienza a expandirse por mi pecho, pero desaparece cuando miro de reojo la cartera que asoma de mi bolso. Está vacía, exactamente igual que mi cuenta corriente. Al ver que no respondo inmediatamente, Nana añade—: Yo os ayudaría a tu hermano y a ti, por supuesto. Podría becaros. Siempre y cuando vuestras notas se mantengan.

—¿Lo harías?

Me vuelvo a mirarla con los ojos de par en par, y la chispa de calidez regresa y fluye por mis venas.

—Sí, se lo mencioné a tu madre hace unos meses pero..., bueno, en esa época no estaba en su mejor estado mental.

—No, no lo estaba. —Se me desinfla el ánimo, aunque solo una fracción de segundo—. ¿De verdad estarías dispuesta a hacerlo? ¿Puedes,

esto..., permitírtelo?

Nana tiene una casa bonita, pero no es exactamente una mansión. Y siempre guarda los cupones del supermercado, aunque tengo la sensación de que para ella es más un juego que una necesidad. Este fin de semana estaba encantada de conocerse por haber conseguido seis rollos de papel higiénico gratis.

—Puedo permitirme una universidad pública —responde secamente—, pero antes tendrías que hacer las pruebas de acceso a la universidad. Y necesitas tiempo para preparártelas, así que deberías matricularte en la convocatoria de diciembre.

—De acuerdo. —Me da tantas vueltas la cabeza que me lleva un momento terminar la frase como se merece—: Gracias, Nana. Es todo un detalle por tu parte.

—Bueno, sería bueno tener otro universitario en la familia.

Le doy un tironcito a la daga del colgante. Me siento... no diría que más unida a mi abuela, realmente, pero tengo la sensación de que no me va a mandar callar si le hago la pregunta que llevo aguantándome desde que llegué a Echo Ridge.

—Nana —pregunto antes de que se me pase el arranque de valentía—, ¿cómo era Sarah?

Para mí la ausencia de mi tía en esta ciudad es más acusada que la de mi madre. Cada vez que Ezra y yo salimos a hacer algún recado con Nana, la gente no tiene problema en hablar con nosotros como si nos conocieran de toda la vida. Todos corren un tupido velo en torno al asunto de la rehabilitación de Sadie, pero eso no los deja sin tema de conversación: citan la frase que dice en *El Defensor*, hacen bromas sobre lo poco que debe de echar de menos los inviernos de Vermont y se asombran de lo muchísimo que se parece mi pelo al de ella. Pero jamás mencionan a Sarah, ni siquiera un recuerdo, una anécdota o un simple comentario. De vez en cuando, me parece detectar el destello de un impulso, pero siempre callan o apartan la mirada antes de cambiar de tema.

Nana tarda tanto en contestar que me arrepiento de no haber mantenido el pico cerrado. Quizá consigamos vivir juntas los siguientes cuatro meses

fingiendo que así ha sido. Pero cuando por fin habla, lo hace en un tono uniforme y sosegado.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sad... Mi madre no habla de ella. —Nana nunca se ha quejado de que llamemos a nuestra madre por su nombre de pila, pero es evidente que no le gusta. Este no es el mejor momento para fastidiarla—. Siempre me he preguntado por qué.

Empieza a caer una ligera llovizna, y Nana activa los limpiaparabrisas, que chirrían a cada pasada.

—Sarah era mi niña intelectual —dice por fin—. Estaba siempre leyendo y se lo cuestionaba todo. La gente la consideraba callada, pero tenía ese tipo de sentido del humor afilado que te pilla con la guardia baja. Le encantaban las películas de Rob Reiner. ¿Te suena el falso documental *Spinal Tap*, o *La princesa prometida*? —Asiento, aunque el documental no lo he visto nunca. Hago el apunte mental de buscarlo en Netflix cuando llegue a casa—. Sarah se sabía los guiones de memoria. Una muchachita tremendamente brillante, sobre todo para las matemáticas y las ciencias. Le gustaba la astronomía y decía que le gustaría trabajar en la NASA cuando fuera mayor.

Absorbo sus palabras cual esponja sedienta, asombrada de que Nana me haya contado tanto del tirón. Y lo único que había que hacer era preguntar. Menuda idea la mía.

—¿Mi madre y ella se llevaban bien? —le pregunto. Por lo que cuenta, parecen muy distintas, mucho más de lo que me habría imaginado.

—Ah, sí. Eran muy compinches. Se terminaban las frases mutuamente, igual que tu hermano y tú. Tenían personalidades completamente diferentes, pero eran capaces de mimetizarse de un modo que no te imaginarías. Les encantaba confundir a la gente.

—Andy Avioncitos estaría celoso —comento, pero se me olvida que no le he contado a Nana la historia del gemelo absorbido por su hermano.

Nana frunce el ceño.

—¿Quién?

—Nada, solo era un chiste. —Trago el pequeño nudo que se me ha hecho en la garganta—. Parece que Sarah era estupenda.

—Era maravillosa. —Percibo en la voz de Nana una calidez que no le he oído antes, ni siquiera para referirse a sus antiguos alumnos. Desde luego, no es el tono con el que habla de mi madre. Tal vez esta fuera otra de las muchas cosas de Echo Ridge que Sadie no soportaba.

—¿Crees que... podría estar... en alguna parte? —Se me traba la lengua, y retuerzo la cadenita que llevo al cuello con los dedos—. Quiero decir... ¿creéis que se fugó, o algo así? —Me arrepiento de haberlo preguntado en cuanto lo digo, como si acabara de acusar a Nana de algo, pero se limita a sacudir la cabeza con vehemencia.

—Sarah nunca se habría escapado —responde bajando ligeramente la voz, como si las palabras le pesaran.

—Me hubiera gustado conocerla.

Nana mete el coche en un hueco justo enfrente de Almacenes Dalton y aparca el Subaru.

—A mí también me habría gustado que la hubieras conocido.

La miro de reojo, temerosa de sorprenderla llorando, pero tiene los ojos secos y el rostro relajado. Hablar de Sarah no parece afectarla en absoluto. Tal vez incluso estuviera esperando que alguien se lo preguntara.

—¿Podrías coger la bolsa del asiento de atrás, por favor, Ellery?

—Vale —respondo.

Ahora mismo mi mente es un batiburrillo de pensamientos, y al salir del coche casi se me cae la bolsa en la alcantarilla llena de agua estancada del bordillo. Me enrosco las asas alrededor de la muñeca para afianzarla y entro detrás de Nana en Almacenes Dalton.

La cajera saluda a Nana como saludaría a una vieja amiga y coge la pila de ropa con delicadeza sin preguntarle por qué las quiere devolver. Empieza a escanear etiquetas que yo ni siquiera había cortado cuando una voz aguda y dulce resuena por la tienda.

—Quiero verme en el escaparate, mami.

Segundos después, aparece una niña con un vaporoso vestido azul y reconozco a una de las hijas de Melanie Kilduff. Es la más pequeña, debe de tener unos seis años y frena en seco cuando nos ve.

—Hola, Julia —le dice Nana—. Estás muy guapa.

Julia se recoge el dobladillo del vestido con una mano y lo extiende. Es una versión en miniatura de Melanie, incluso en el hueco entre los paletos.

—Es para mi actuación de baile.

Melanie aparece tras ella, seguida por una guapa preadolescente que tiene los brazos cruzados y cara de fastidio.

—Ah, hola —dice Melanie, dedicándonos una sonrisa triste mientras Julia corre a la tarima rodeada de espejos que hay en la parte delantera de la tienda.

—Julia quiere verse encima del escenario... Así llama ella a la tarima.

—Pues claro que sí, es normal —responde con indulgencia la dependienta—. Ese vestido es para lucirlo.

Tras ella suena un teléfono, y desaparece en el almacén para responder. Nana apoya el bolso en el mostrador mientras Julia salta a la tarima y da vueltas, haciendo revolotear la falda a su alrededor.

—¡Parezco una princesa! —presume—. ¡Caroline, ven a verme!

Melanie la sigue y le recoloca el lazo que el vestido lleva a la espalda, pero su hija mayor se queda rezagada, con la boca curvada en lo opuesto a una sonrisa.

—Una princesa —murmura en voz baja, contemplando la hilera de vestidos de baile de bienvenida que queda a nuestra derecha—. Menuda tontería, querer ser eso.

Puede que Caroline no esté pensando en Lacey ni en las muñecas del cementerio con sus vestidos manchados de pintura roja. Puede que solo esté teniendo un arranque de cuasi adolescencia y que le moleste que la hayan obligado a acompañar a su hermana pequeña de compras. Pero puede que no solo se trate de eso.

Cuando Julia da una nueva vuelta, una ráfaga de ira caliente y blanca me recorre entera. No es una reacción normal ante una estampa tan inocente, pero el ambiente de esta tienda tampoco lo es. Todas las presentes hemos perdido nuestra versión particular de una princesa, y ninguna sabe por qué. Estoy harta de verme envuelta en los secretos de Echo Ridge y de que las preguntas nunca cesen. Me gustaría tener respuestas. Me gustaría ayudar a esta niña y a su hermana, a Melanie y a Nana. Y a mi madre.

Quiero hacer algo. Por las chicas que ya no están, pero sobre todo por las que sí que siguen aquí.

CAPÍTULO NUEVE

MALCOLM

JUEVES 19 DE SEPTIEMBRE

—¿Qué pasa, *pringao*? —Me tenso durante una milésima de segundo antes de que el hombro de Kyle McNulty arremeta contra el mío, y consigo tambalearme en lugar de estrellarme contra la hilera de taquillas—. ¿El capullo de tu hermano sigue por aquí?

—Que te jodan, McNulty.

Es la respuesta habitual que le reservo a Kyle, independientemente de cuál sea la situación, y nunca está fuera de lugar.

A Kyle se le crispa la mandíbula cuando Theo sonríe junto a él. En primaria, cuando mi padre aún tenía esperanzas de que me convirtiera en Declan 2.0, jugaba con ellos al fútbol. No éramos amigos, pero tampoco nos detestábamos activamente. Eso empezó en el instituto.

—Más le vale no acercarse ni un pelo a mi hermana —escupe Kyle.

—Declan no podría pasar más de tu hermana —respondo.

Es cierto y, en un noventa por ciento, el motivo por el que Kyle no me soporta. Frunce el ceño, se me acerca y yo cierro el puño derecho.

—Oye, Malcolm. —A mi espalda resuena una voz mientras una mano me tira de la manga. Me vuelvo y veo a Ellery apoyada contra la taquilla, con la cabeza ladeada, sosteniendo uno de esos calendarios en los que puedes ver todas las actividades del mes de un vistazo y que todo el mundo tira al contenedor de reciclaje nada más recibirlos. Tiene cara de preocupación, y, si sus ojos no se hubieran posado un par de segundos de

más en Kyle, casi me hubiera creído que no se había dado cuenta del incidente—. ¿Te importaría enseñarme dónde está el salón de actos? Sé que ahora tenemos asamblea, pero no recuerdo adónde tenía que ir.

—Si quieres te doy una pista —gruñe Kyle—. Lejos de este *pringao*.

Me sonrojo de pura furia, pero Ellery le dedica un distraído asentimiento.

—Ah, hola, Kyle, ¿sabías que tienes la bragueta bajada?

Kyle baja inmediatamente la vista a sus pantalones.

—No, qué va —se queja, recolocándose la cremallera de todas maneras mientras a Theo se le escapa una risilla.

—En marcha, chavales. —El entrenador Gagnon aparece tras nosotros y agarra a Kyle de un hombro y a Theo de otro—. Hoy no os conviene llegar tarde a la asamblea.

Hoy han anulado la primera hora para reunir al alumnado en el salón de actos. Nos van a soltar un discursito sobre lo importante que es apoyar al equipo de fútbol durante la temporada y a anunciar la corte del baile de bienvenida. En otras palabras, un episodio del *Show de Kyle y Theo*.

Siguen al entrenador Gagnon por el pasillo y yo corro hacia Ellery, que continúa absorta en su calendario. Por una parte, me ha impresionado que haya sido capaz de frenar tan fácilmente a Kyle y por otra me da vergüenza que haya tenido que hacerlo. Alza los ojos, de un marrón tan oscuro que casi parece negro, enmarcados por unas pestañas espesísimas. Cuando un leve tinte rosado asoma a sus mejillas, me doy cuenta de que la estoy mirando fijamente... otra vez.

—No hacía falta que hicieras eso —le digo—. Puedo con esos dos.

Genial, y ahora parezco un niño engreído intentando hacerse el duro. Kyle tiene razón. Soy un *pringao*.

Ellery me hace el favor de comportarse como si no me hubiera oído.

—Cada vez que me cruzo con Kyle, lo veo siendo un capullo con alguien distinto —dice, guardándose el calendario en la mochila y ajustándose un poco los tirantes—. No entiendo por qué se cree el rey del mambo. ¿Qué narices le ve Brooke?

Está claramente intentando cambiar de tema, pero es buena pregunta.

—Y yo qué leches sé.

Nos unimos al flujo de alumnos que se encaminan al salón de actos por el pasillo.

—¿Qué te estaba diciendo de su hermana? —me pregunta Ellery—. ¿Viene al instituto?

—No, es mayor. Liz estaba en la clase de Declan. Salieron juntos unos... tres meses cuando estaban en segundo, y ella se obsesionó un poco con él. Rompió con ella por Lacey.

—Ah. —Ellery asiente—. Supongo que no se lo debió de tomar demasiado bien.

—Eso es quedarse corto.

Cruzamos la puerta doble del salón de actos y guío a Ellery a las gradas más recónditas, donde Mia y yo nos sentamos siempre. Ellery y Ezra llevan sentándose con nosotros desde la semana pasada, y hemos estado haciendo las típicas cosas que se hacen cuando estás conociendo a alguien: hablar de música, pelis y de las diferencias entre California y Vermont. Es la primera vez que estoy a solas con Ellery desde que la vi con la maleta y, al igual que entonces, nos hemos saltado las formalidades y estamos yendo directamente al meollo de la cuestión. No sé por qué, pero se lo cuento:

—Liz estuvo un tiempo sin venir a clase y terminó repitiendo curso. Tardó en graduarse un par de años más de lo normal.

Ellery abre los ojos de par en par.

—Ostras, ¿en serio? ¿Solo porque un tío rompió con ella?

Me desplomo en un asiento en lo alto de las gradas. Ellery ocupa el de al lado, se levanta la mochila por encima de la cabeza y la coloca a sus pies. Su pelo parece mucho menos vivo que la primera vez que la vi. Casi lo echo de menos.

—Bueno, la verdad es que tampoco es que se le dieran de maravilla los estudios —confieso—, pero sus padres y su hermano le echaron la culpa a Declan. Así que, por extensión, Kyle me odia.

A Ellery se le van los ojos hacia las vigas. Están cubiertas por los pendones de las diferentes equipaciones deportivas que ha tenido el instituto a lo largo de los años: un par de docenas de equipos de fútbol, baloncesto y *hockey*. Para lo pequeño que es, ha participado en un montón de campeonatos.

—No es justo. No deberían cargarte los muertos de tu hermano.

No sé por qué tengo la sensación de que ya no estamos hablando de Liz McNulty.

—Bienvenida al infierno de las ciudades pequeñas. Tu valía se mide en función de las cosas buenas que haya hecho tu familia. O las malas.

—O las que les hayan hecho a ellos —comenta Ellery, pensativa.

En ese momento me doy cuenta de por qué me resulta tan familiar hablar con ella: somos dos caras de una misma moneda. Ambos vivimos atrapados en uno de los dos misterios sin resolver de Echo Ridge, salvo porque su familia perdió a una víctima y en la mía hay un sospechoso. Debería hacer algún comentario reconfortante sobre su tía, o al menos darle a entender que sé de lo que habla, pero aún estoy eligiendo mis palabras cuando un potente «¡Holaaa!» reverbera a nuestra derecha.

Mia se acerca con brío seguida de Ezra. Los dos van vestidos con la camiseta blanca y negra del uniforme de la Granja del Terror, y, al ver que los miro con las cejas enarcadas, Mia se cruza de brazos a la defensiva.

—No lo hemos hecho a propósito —dice al tiempo que se desploma en el banco junto a mí—. Pura coincidencia.

—Conexión mental —añade Ezra, encogiéndose de hombros.

Se me había olvidado que los mellizos empezaban a trabajar en la Granja del Terror esta semana. La mitad del instituto trabaja ahí: yo soy uno de los pocos que nunca ha echado la solicitud. No lo haría ni aunque el parque no me hubiera aterrorizado de pequeño, porque está demasiado vinculado a Lacey.

—¿Qué tal os va? —pregunto, volviéndome hacia Ellery.

—Nada mal —responde—. Nos han puesto a revisar pulseritas en la casa del terror.

—Un puestazo —comenta Mia con envidia—. Brooke os ha enchufado de lo lindo. Mucho mejor que servir granizados a críos.

A Mia no le cae bien nadie menor de doce años, pero desde que empezó a trabajar en la Granja del Terror, no ha conseguido que la saquen de la sección infantil. Cada vez que intenta pedir un traslado, su jefe le calla la boca.

Suspira y apoya la barbilla en las manos.

—Bueno, pues aquí estamos. Por fin se va a resolver el misterio de quién ha quedado en tercer puesto a reina del baile por una marcada diferencia de votos.

Las hileras de bancos más cercanas al suelo se empiezan a llenar y el entrenador Gagnon se dirige al podio que hay al frente de la sala.

—¿Viv Cantrell? —aventura Ezra—. Ha estado subiendo fotos de su modelito en Instagram.

Mia le pone una mueca.

—¿Sigues a Viv en Instagram?

—Ya sabes cómo van estas cosas. —Se encoge él de hombros—. Ella me siguió a mí, y yo empecé a seguirla a ella en un momento de debilidad. Sube un montón de fotos sobre el baile de bienvenida a su *feed*. —Se le pone cara pensativa—. Aunque no creo que tenga acompañante.

—Deberías hacerle *unfollow* —le recomienda Mia—. Tienes más información sobre Viv de la que necesitaría cualquier ser vivo. De todas maneras, no tiene posibilidades en la corte del baile de bienvenida. Pero Kristi Kapoor quizá sí. —A la mirada inquisitiva de Ezra, responde con un —: Está en el consejo de estudiantes y a la gente le cae bien. Además, es una de los cuatro únicos alumnos *racializado*. del instituto, así que la gente se siente muy progre por votarle.

—¿Quiénes son los otros tres? —pregunta Ezra.

—¿Además de mí? Jen Bishop y Troy Latkins —responde Mia, y luego mira a Ezra y Ellery—. ¿Y a lo mejor vosotros? ¿Sois latinos?

Ezra se encoge de hombros.

—Podría ser. No conocemos a nuestro padre. Pero Sadie dice que podría llamarse José o Jorge, así que la probabilidad es alta.

—Tu madre es una leyenda —comenta Mia con admiración—. A ella también la eligieron reina del baile, ¿no?

Ezra asiente y yo parpadeo, asombrado, ante Mia.

—¿Cómo narices sabes eso? —le pregunto.

Mia se encoge de hombros.

—Por Daisy. Es toda una experta en historiografía de los bailes de Echo Ridge. Supongo que porque formaba parte de las candidatas. —A la mirada curiosa de Ellery, responde con un —: Mi hermana. Se graduó hace cinco

años. La eterna dama de honor, pero nunca la novia, si por novia entendemos reina del baile.

Ellery se echa hacia delante en su asiento.

—¿Estaba celosa?

—Si lo estaba, no lo demostraba —responde Mia—. Daisy es muy modosita. Hasta hace muy poco, la perfecta hija coreana.

El micrófono del escenario se acopla cuando el entrenador Gagnon lo golpea con el dedo.

—¿La cosa esta está encendida? —chilla.

La mitad de los asistentes ríen complacientemente mientras la otra mitad lo ignora. Yo me uno al segundo grupo cuando saco disimuladamente el móvil y paso de él hasta que su voz se convierte en un reconfortante ruido blanco. Llevo sin tener noticias de Declan desde que le vi en el Bar Bukowski.

«¿Sigues por aquí?», le escribo.

Mensaje entregado. Leído. Sin respuesta. La misma historia toda la semana.

—Buenos días, alumnos de Echo Ridge. ¿Preparados para conocer a vuestra corte? Alzo la vista ante el cambio de voz y consigo suprimir el gruñido que se me escapa al ver a Percy Gilpin en el estrado. Percy es el delegado de los alumnos de último curso, y todo él me resulta agotador: su energía, su mata de rizos mullidos, su incansable persecución de los más altos cargos electos del instituto y la chaqueta morada que ha llevado a todos y cada uno de los eventos escolares desde primero. También se lleva bien con Viv Cantrell, que probablemente es lo único que se necesita saber de él para deducir qué tipo de persona es.

—¡Empecemos con los caballeros! —Percy rompe el sobre con una floritura, como si estuviera a punto de anunciar los ganadores a los Oscar—. Tendréis que elegir a vuestro rey de entre uno de estos tres apuestos caballeros. ¡Enhorabuena a Theo Coolidge, Kyle McNulty y Troy Latkins!

Ezra contempla perplejo cómo Percy levanta los brazos entre gritos y ovaciones.

—¿Qué le pasa a este tío? Es como un presentador viejo de la tele atrapado en un cuerpo adolescente.

—Lo has clavado —bosteza Mia, dándole vueltas al anillo que lleva en el pulgar—. Todo ha salido según lo esperado. Supongo que me tengo que alegrar por Troy. Por lo menos no es un capullo integral, aunque ni de coña va a ganar.

Percy espera a que las palmaditas en la espalda y los aplausos se disipen y acto seguido abre otro sobre.

—Y en último lugar, pero no por ello menos importante, es el turno de las señoritas. Alumnos de Echo Ridge, un fuerte aplauso para Katrin Nilsson, Brooke Bennett y... —Calla un momento y mira de nuevo el papel que sostiene—. Mmm.

Transcurre otro segundo, y la gente empieza a revolverse en sus asientos. Se oyen unos cuantos aplausos y silbidos, como si la función hubiera terminado. Percy se aclara la garganta demasiado cerca del micrófono, y el chirrido del sonido al acoplarse nos arranca muecas de disgusto a todos.

Mia se echa hacia delante, contrayendo el rostro de confusión.

—Un momento, ¿Percy Gilpin se ha quedado sin habla? Es una imagen inaudita a la par que hermosa.

Percy se vuelve hacia el entrenador Gagnon, que le dedica un gesto impaciente para que prosiga.

—Disculpad —dice Percy, aclarándose de nuevo la garganta—. Me he salido del papel un segundo. Así que, bueno, enhorabuena a Ellery Corcoran.

Ellery se queda inmóvil, con los ojos de par en par de pura conmoción.

—Pero ¿qué coño es esto? —dice, y se le empiezan a ruborizar las mejillas cuando unos cuantos aplausos dispersos retumban en el salón de actos—. ¿Cómo es posible? No tiene sentido. ¡Si aquí no me conoce nadie!

—Claro que te conocen —replica Mia justo cuando alguien grita «¿Quién?» y responden unas risillas ahogadas.

Pero Mia está en lo cierto: todo el mundo sabe quiénes son los mellizos Corcoran. No porque sean populares en el instituto, sino por Sadie Corcoran, que casi consiguió ser actriz de Hollywood, lo que por estos lares es todo un logro.

Y porque Sarah Corcoran fue la primera chica desaparecida de Echo Ridge.

—¡Choca esos cinco, princesa! —dice Ezra. Al ver que Ellery no responde, él mismo le levanta la mano y la choca contra la suya—. Alegra esa cara. Esto es bueno.

—No tiene ningún sentido —repite Ellery. Percy sigue en el podio, anunciando el acto para apoyar al equipo que se celebrará la semana que viene antes del evento deportivo, y la atención del salón de actos comienza a dispersarse—. A ver, ¿tú me has votado?

—No —responde Ezra—. Pero no te lo tomes a malas. No he votado a nadie.

—¿Y vosotros? —pregunta Ellery, mirándonos a Mia y a mí.

—Tampoco —contestamos los dos, y yo me encojo de hombros a modo de disculpa—. En este bando también somos abstencionistas.

Ellery se retuerce la mata de pelo sobre un hombro.

—Llevo en el instituto menos de dos semanas. Apenas he hablado con nadie salvo con vosotros tres. Si vosotros no me habéis votado, y creedme que no me sienta mal, porque yo tampoco lo he hecho, entonces, ¿por qué iban a hacerlo los demás?

—¿Para darte la bienvenida a la ciudad? —aporto sin demasiado entusiasmo.

Ellery pone los ojos en blanco, y no la culpo. Dos semanas aquí son suficientes para darse cuenta de que Echo Ridge no es de ese tipo de sitios.

* * *

El viernes por la mañana, Katrin está de mal café.

Hoy conduce peor que nunca: de camino al instituto trata todas las señales de STOP que se encuentra como si fueran opcionales. Cuando llegamos, aparca en diagonal entre dos plazas, quitándole el sitio a un chico que venía de camino. El pobre le toca el claxon, pero ella sale del coche dando un portazo y se dirige a la puerta del instituto sin mirar atrás siquiera.

Hoy es uno de esos días en los que se comporta como si yo no existiera.

Tardo lo mío en entrar al edificio y, en cuanto llego al vestíbulo, me doy cuenta de que algo pasa. El ambiente está cargado de una energía extraña, y

los retazos de conversación que capto no se parecen a los cotilleos e insultos habituales.

—Deben de haber forzado la entrada...

—Igual no es tan broma como parece...

—Pero a Lacey nadie le hizo eso...

La gente se congrega en corrillos cerrados. La mayor aglomeración se encuentra alrededor de la taquilla de Katrin. Junto a la de Brooke hay un grupito más pequeño. Se me empieza a revolver el estómago, y distingo a Ezra y Ellery de pie junto a la de ella. Ellery está de espaldas a mí, pero Ezra me está mirando, y su cara me hace frenar en seco. El aura de chaval relajado de California que desprende siempre ha desaparecido por completo, y tiene cara de querer apuñalar a alguien.

Cuando me acerco, descubro por qué.

La sucia taquilla gris de Ellery está salpicada de pintura de un rojo vivo.

Una muñeca retorcida, también manchada de rojo, cuelga del manillar. Es idéntica a las del cementerio. Giro el cuello para mirar por el pasillo y lo que veo me basta para deducir que las taquillas de Katrin y Brooke han sido sometidas al mismo tratamiento. Sobre la pintura roja que cubre la taquilla de Ellery, en gruesas letras negras, se lee:

¿RECUERDAS MURDERLAND, PRINCESA?
YO SÍ.

Ezra me mira a los ojos.

—Esto es demencial —sisea, y en ese preciso instante, Ellery se da media vuelta.

Tiene el rostro pálido, aunque mantiene la compostura, y una sonrisa arisca asoma en las comisuras de sus labios.

—Ya he tenido suficiente bienvenida —comenta.

CAPÍTULO DIEZ

ELLERY

SÁBADO 21 DE SEPTIEMBRE

—¿Qué estamos buscando? —pregunta Ezra.

—No lo sé —reconozco, colocando una pila de anuarios en el escritorio frente a él. Es sábado por la mañana y estamos en la biblioteca de Echo Ridge, armados con dos enormes cafés para llevar que hemos pedido en el restaurante Bartley. No estaba muy convencida de que la bibliotecaria fuera a dejarnos pasar con ellos, pero es una mujer que ya no cumple los ochenta y está profundamente dormida en su silla—. Cualquier cosa que llame la atención, supongo.

Ezra resopla.

—El, llevamos viviendo aquí tres semanas. En ese tiempo hemos encontrado un cadáver, nos han contratado para trabajar en un lugar que fue escenario de un crimen y estamos en el punto de mira del Depravado del Baile. Bueno, en el punto de mira estás tú. —Le da un sorbo a su café—. Vas a tener que ser un poquito más específica.

Me desplomo en una butaca frente a la suya y saco un libro del centro del montón. En el lomo se lee *Águilas de Echo Ridge*, y la fecha impresa es de hace seis años. El penúltimo curso de instituto de Lacey, el año antes de que muriera.

—Quería ver cómo eran sus compañeros de clase. ¿No te parece raro que la gente que formaba parte de su círculo más íntimo cuando murió, de

repente haya vuelto a la ciudad? ¿Justo cuando empiezan a pasar todas estas cosas?

—Espera, ¿crees que el hermano de Malcolm tiene algo que ver con esto? ¿O la hermana de Mia? —Ezra enarca una ceja—. Igual deberíamos haberlos invitado a esta sesión de café y resolución de crímenes.

—Bueno, ya sabes lo que me dices siempre, Ezra —le digo, abriendo el anuario—. Mis teorías sobre asesinatos no le interesan a nadie. Especialmente si involucran a sus hermanos. Es de esas cosas con las que hay que ir con tacto.

Estamos siendo sarcásticos, pero entre nosotros es habitual. Una vida entera con Sadie equivale a una clase magistral de fingir que no pasa nada. Pero yo apenas he comido nada desde ayer e incluso Ezra —que normalmente olfatea lo que sea que esté cocinando Nana como si estuviera intentando resarcirse de diecisiete años de cenas precongeladas— ha rechazado el desayuno antes de salir de casa.

Ahora recorre los anuarios restantes con la mirada.

—¿Qué quieres que haga? ¿Le echo un ojo al último año? —Contrae los carrillos—. Seguro que es un bajón. En recuerdo de Lacey, y cosas así.

—Claro. Eso o... —Poso los ojos en la base del montón—. Ahí está también el anuario de Sadie, si te provoca curiosidad.

Se queda inmóvil.

—¿Curiosidad de qué?

—Saber cómo era cuando estaba en el instituto. Cómo eran Sarah y ella. Se le tensa la mandíbula.

—¿Y eso qué tiene que ver con esto?

Me inclino hacia él y miro en derredor de la salita. Aparte de la bibliotecaria durmiente, en la sala solo hay una madre leyéndole en voz baja a su hijo.

—¿Nunca te has preguntado por qué no hemos venido jamás a Echo Ridge? ¿Nunca jamás? ¿Ni por qué Sadie nunca habla de su hermana? O sea, si tú... desaparecieras de un día para otro... —Trago para reprimir la bilis que se me acumula en la garganta—. Yo no me mudaría a la otra punta del país ni me comportaría como si nunca hubieras existido.

—No sabes qué harías —objeta Ezra—. No sabes qué piensa Sadie en realidad.

—No, no lo sé. Ni tú tampoco. Y a eso precisamente es a lo que voy. — La madre del niño se vuelve para mirarnos, así que bajo la voz. Me llevo la mano al cuello y aprieto ligeramente la daga del colgante—. Nunca lo hemos sabido. Llevamos toda la vida dejando que nos saque de una ciudad para llevarnos a la siguiente mientras ella huye de sus problemas. Lo que pasa es que ahora se ha topado con un problema que no puede ignorar sin más, y aquí estamos, de vuelta en el punto de partida.

Ezra me mira fijamente con ojos lúgubres.

—Nosotros no podemos arreglarle la vida, El.

Me sonrojo y bajo la vista a las páginas que se despliegan frente a mí: hileras e hileras de chavales de nuestra edad, todos sonriéndole a la cámara. Ni Ezra ni yo conservamos ningún anuario: nunca nos hemos sentido lo suficientemente integrados en ninguno de nuestros colegios como para guardarlos.

—No estoy intentando arreglarle la vida. Solo quiero entenderla. Además, de alguna manera, Sarah está relacionada con todo esto. Tiene que estarlo. —Apoyo la barbilla en la mano y por fin verbalizó lo que llevo pensando desde ayer—. Ezra, en ese instituto nadie me ha votado como candidata a reina del baile. Lo sabes tan bien como yo. Alguien ha amañado las votaciones, estoy segura. Y lo han hecho por mi conexión con Sarah.

El viernes, hacia la hora del almuerzo, mi taquilla estaba limpia y recién pintada, como si no hubiera pasado nada. Pero, desde que pasó lo que pasó, me siento expuesta, y se me eriza el vello de la nuca cada vez que pienso que alguien, en alguna parte, se ha tomado un buen montón de molestias para que mi nombre formara parte de esa corte. Le dije a Viv que no creía que el vándalo y el asesino de Lacey fueran la misma persona y, analizándolo objetivamente, es una hipótesis que sigue teniendo sentido. Subjetivamente, sin embargo, todo este asunto me revuelve las tripas.

Ezra no parece muy seguro.

—¿Y cómo se pueden amañar las votaciones?

—*Hackeando* la aplicación. No debe de ser tan complicado.

Ladea la cabeza, pensativo.

—No sé, me parece un poco exagerado.

—Claro, porque lo de las Barbies ensangrentadas es muy comedido.

—Tocado. —Ezra hace tamborilear los dedos sobre la mesa—. Y entonces, ¿qué? ¿También crees que hay alguna relación entre los casos de Lacey y Sarah?

—No lo sé. No parece demasiado probable, ¿no? Hay casi veinte años de diferencia entre uno y otro. Pero alguien está vinculando ambas cosas, y algún motivo debe de haber para ello.

Ezra no hace ninguna otra aportación, sino que coge el anuario de Sadie de la base del montón y lo abre. Yo acerco el de Lacey hacia mí y hojeo las páginas de la clase de tercero hasta que llego a la letra «K». Ahí están los apellidos que llevan repitiéndose desde que llegué a Echo Ridge: Declan Kelly, Lacey Kilduff y Daisy Kwon.

A Lacey la conocía por las noticias, pero a Daisy no. Mia y ella comparten algunos rasgos, pero su belleza es mucho más convencional. Un poco pija, incluso, con esa diademitita que le retira el cabello oscuro y brillante de la cara. Declan Kelly parece un Malcolm puesto de esteroides: tiene un atractivo que resulta casi agresivo, con esos ojos penetrantes enmarcados por un halo oscuro y el hoyuelo de la barbilla. Son los prototipos de adolescentes que te encontrarías en una serie: demasiado guapos para ser reales.

La sección de la «R» es mucho menos glamurosa. La versión adolescente del agente Ryan Rodriguez combina de manera bastante desafortunada una nuez demasiado prominente, un brote de acné y un corte de pelo hecho por su peor enemigo. Se puede decir que ha mejorado bastante desde entonces, así que bien por él. Giro el anuario hacia Ezra para que pueda verlo.

—Este es nuestro vecino.

Ezra observa la foto del agente Rodriguez sin demasiado interés.

—Ah, Nana me ha hablado de él esta mañana. Quiere que le llevemos unas cajas de cartón. Creo que me ha dicho que ha vendido la casa. O que la va a vender. Da igual, la cosa es que está haciendo cajas.

Yo me enderezo en mi asiento.

—¿Se va de la ciudad?

Ezra se encoge de hombros.

—Eso no me lo ha dicho. Simplemente ha comentado que, ahora que su padre ha fallecido, la casa se le hace demasiado grande para él solo. Igual se ha comprado un piso por aquí cerca o algo así.

Vuelvo el anuario de nuevo hacia mí y paso la página. Detrás de las fotografías individuales vienen las de los clubes de instituto y los «robados». Lacey pertenecía prácticamente a todos los clubes: formaba parte del equipo de fútbol femenino, del de tenis, del consejo escolar, del coro..., por nombrar algunos. Declan jugaba al fútbol americano y, por lo que parece, era tan buen *quarterback* que ese año su equipo ganó un campeonato estatal. La última foto que aparece en el anuario de la clase de tercero es una foto del curso al completo posando frente al lago de Echo Ridge durante el pícnic de fin de curso.

Localizo inmediatamente a Lacey: en pleno centro, riendo, con la melena ondeando al viento. Declan está tras ella, rodeándole la cintura con las manos y la cabeza apoyada en su hombro. Daisy aparece detrás de ambos y tiene expresión de sorpresa, como si la foto la hubiera pillado desprevenida. Y, en el extremo más alejado del grupo, localizo a un desgarbado Ryan Rodriguez, que posa muy tieso y apartado del resto del mundo. Pero lo que más me llama la atención no es lo incómodo que parece, sino que la cámara lo capta mirando a Lacey con una expresión tan anhelante que casi parece furiosa.

«Probablemente estuviera pillado por ella —dijo Sadie—. Lacey era una preciosidad».

Examino atentamente los tres rostros. Declan, Daisy y Ryan. El que nunca se ha marchado —aunque quizá esté a punto de hacerlo— y los dos que acaban de volver. Malcolm no sabe dónde está viviendo Declan, pero Mia ha comentado más de una vez que su hermana se ha instalado en su antigua habitación. ¿Y qué fue lo que comentó sobre ella el jueves en la asamblea? «La eterna dama de honor, pero nunca la novia».

Ezra gira el anuario que estaba mirando para que quede frente a mí y lo desliza por la superficie de la mesa.

—¿Esto era lo que estabas buscando?

En lo alto de la página aparece una chica envuelta por una nube de cabello oscuro y con una sonrisa tan deslumbrante que casi resulta cegadora. Mi madre, hace veintitrés años. Salvo porque el nombre que se lee bajo la fotografía es Sarah Corcoran. Yo parpadeo un par de veces ante la visión, porque en mi imaginación, Sarah siempre ha sido la gemela seria, taciturna, incluso. No reconozco esta versión de ella. Retrocedo una página y localizo la foto de Sadie al pie. Es idéntica, incluso en cómo ladea la cabeza y cómo sonríe. La única diferencia es que llevan jerséis de colores distintos.

Estas fotos se las sacaron en su último curso, probablemente en septiembre. Unas cuantas semanas más tarde, poco después de que coronaran a Sadie reina del baile, Sarah desapareció.

Una oleada de puro agotamiento se apodera de mí y cierro el tomo.

—No lo sé —reconozco, estirándome al tiempo que me vuelvo hacia la hilera de ventanitas de la pared más alejada, que derraman cuadrículas de luz sobre el suelo de madera—. ¿Me recuerdas otra vez a qué hora tenemos que estar en el trabajo?

Ezra mira fugazmente su móvil.

—En una hora, más o menos.

—¿Te parece si pasamos por casa de Mia y le preguntamos si hoy trabaja?

—Hoy libra —responde Ezra.

—¿Te parece si pasamos por casa de Mia y le preguntamos si hoy trabaja? —insisto.

Ezra parpadea, confuso, y luego sacude la cabeza como si se acabara de despertar.

—Ah, perdona. ¿Me estás proponiendo una misión de reconocimiento?

—No me importaría conocer a esa misteriosa Daisy —le digo.

—Recibido —responde él. Señala la pila de anuarios que hay entre ambos—. ¿Vas a revisar estos?

—No, solo quería... Espera un momento.

Cojo el móvil y saco unas cuantas fotos de las páginas del anuario que acabo de revisar. Ezra me observa atónito.

—¿Qué pretendes hacer con eso? —me pregunta.

—Documentar nuestra investigación —le digo.

No estoy segura de si lo que hemos estado haciendo esta mañana servirá de algo, pero al menos así tengo la sensación de que la sesión ha sido productiva.

Cuando termino, cada uno cogemos unos cuantos anuarios y los devolvemos a la sección de referencias. Tiramos los recipientes de café vacíos a la papelera, lo que levanta más ruido del que esperaba. La bibliotecaria durmiente se sobresalta y sus ojos llorosos y perdidos parpadean cuando pasamos junto al mostrador que ocupa.

—¿Puedo ayudaros en algo? —bosteza, buscando a tientas las gafas que penden de una cadena alrededor de su cuello.

—No gracias, ya estamos —respondo, azuzando a Ezra para que apriete el paso y podamos salir antes de que nos reconozca y tengamos que pasarnos los siguientes quince minutos conversando sobre California con ella por educación. Salimos de la biblioteca al sol resplandeciente y bajamos los peldaños hasta la acera.

Hace un par de días, Ezra y yo acompañamos a Mia a casa desde el instituto, y vive a una manzana de la biblioteca. La casa de los Kwon es bastante atípica dentro de Echo Ridge: un edificio moderno, rectangular, con una amplia extensión de jardín. Un sendero de piedra conecta la acera con los peldaños del porche, y llevamos la mitad recorrida cuando un Nissan gris aparece frente a la casa.

La ventanilla del copiloto está a medio subir, y enmarca el perfil de una chica de cabello largo y oscuro que agarra el volante como si fuera un salvavidas. Unas enormes gafas de sol le ocultan la mitad de la cara, pero se la ve lo suficiente como para distinguir que es Daisy. Ezra levanta la mano en un amago de saludo, pero la baja cuando ve que Daisy se lleva el teléfono a la oreja.

—No creo que nos haya visto —digo, mirando primero el coche y luego la puerta—. Igual deberíamos llamar al timbre.

Antes de que nos dé tiempo a movernos, Daisy suelta el teléfono, cruza los brazos sobre el volante y apoya la cabeza en ellos. Se le empiezan a sacudir los hombros y Ezra y yo nos miramos, incómodos. Nos quedamos ahí plantados como dos pasmarotes durante lo que a nosotros se nos antojan

diez minutos, aunque probablemente solo haya sido uno, antes de que Ezra avance, vacilante, un paso.

—¿Crees que deberíamos, esto...?

Deja la frase a medias cuando Daisy levanta la cabeza, da un gritito ahogado y estrella las manos con fuerza a ambos lados del volante. Limpia las gafas y se enjuga los ojos como si estuviera tratando de borrar cualquier rastro de lágrimas antes de volver a ponérselas. Da marcha atrás y empieza a retroceder, pero frena cuando mira por la ventanilla y nos ve de reojo.

Ezra la saluda con ese gesto incómodo que delata a quienes acaban de presenciar un momento demasiado íntimo. Lo único que nos indica que Daisy lo ha visto es que sube la ventanilla antes de salir marcha atrás de la finca y marcharse por donde ha venido.

—Bueno, querías conocer a la misteriosa Daisy, ¿no? —comenta Ezra, contemplando los faros traseros del coche desaparecer al doblar la esquina—. Pues ahí la tienes.

CAPÍTULO ONCE

MALCOLM

JUEVES 26 DE SEPTIEMBRE

Cuando asomo la cabeza al cuarto de Mia, la encuentro embutida en un pequeño montículo de almohadones en su cama con el MacBook en el regazo. Lleva los auriculares puestos, sigue con la cabeza el ritmo de lo que sea que esté escuchando, y tengo que golpear la puerta dos veces para que me oiga.

—Ey —me dice en voz demasiado alta antes de quitarse los auriculares—, ¿el ensayo ya ha terminado?

—Son las cuatro pasadas.

La única actividad del instituto en la que participo —que ya es mucho más de en lo que participa Mia— es la banda. El señor Bowman me metió en noveno, cuando me sugirió que empezara a dar clases de batería, y no la he dejado desde entonces.

Sin él, no es lo mismo. La mujer que ocupa su cargo no es ni la mitad de divertida, y nos ha tenido repitiendo las mismas mierdas del año pasado todo este tiempo. Si la cosa sigue así, no sé si me quedaré. Pero mañana por la noche tocamos en el acto para animar al equipo de fútbol, y hay un solo de batería que nadie se sabe salvo yo.

Mia estira los brazos por encima de la cabeza.

—No me había dado cuenta, pero estaba a punto de escribirte. —Cierra el portátil y lo pone a un lado. Luego deja las piernas colgando de un lado de la cama y las apoya en el suelo—. El mayor sueño de la cabrona de Viv

se ha hecho realidad. La *Prensa Independiente de Burlington* ha publicado su reportaje sobre los actos vandálicos y ahora los están cubriendo junto con un documental para conmemorar el quinto aniversario de la muerte de Lacey. Hace un rato ha llamado un periodista preguntando por Daisy.

Mi estómago gorgotea como un pez agonizante.

—Mierda.

No debería sorprenderme. El Depravado del Baile —así lo ha apodado el *Águila de Echo Ridge*, el periódico estudiantil— ha estado ocupado. El lunes, él o ella dejó en el capó del coche de Brooke un revoltijo de carne cruda sanguinolenta tan repulsivo que la pobre casi vomita al encontrarlo. En comparación, Ellery salió relativamente bien parada cuando, al día siguiente, en el lateral del Taller Armstrong apareció una pintada hecha con espray rojo que rezaba «LAS CHICAS CORCORAN SON UNAS REINAS DE MUERTE».

Ayer le tocó a Katrin. En la calle donde murió el señor Bowman, en la esquina que se ha convertido en un improvisado monumento a la memoria del profesor por la profusión de flores y animales de peluche que se concentra allí, alguien colgó un cartel gigante con la foto del anuario de Katrin, a la que le habían raspado los ojos y en la que se leía «fecha de defunción: 5 de octubre», que coincide con la del baile de bienvenida, el fin de semana que viene. Lo más cerca que he estado de ver a Peter perder la compostura ha sido cuando se enteró. Quería pedir que cancelaran el baile, y a Katrin le costó convencerle de que no llamara al director Slate. Esta mañana, en tutoría, nos han hecho un aviso para que informemos al claustro de profesores de cualquier cosa que pueda parecernos sospechosa, pero, de momento, el baile sigue en pie.

Mia coge una sudadera negra con tachuelas del respaldo de la silla de su escritorio.

—Tú no has tenido noticias de Declan, ¿verdad? Supongo que el periodista también debe de haber intentado dar con él.

—No.

Este fin de semana, Declan por fin se ha dignado a contestar mis mensajes para avisarme de que había vuelto a New Hampshire. Por lo

demás, no hemos vuelto a hablar desde que nos vimos en el Bar Bukowski. Sigo sin saber qué estaba haciendo aquí ni dónde se estaba quedando.

—Daisy lleva encerrada en su habitación desde que recibió la llamada —comenta Mia, embutiéndose la sudadera por la cabeza. El tejido aplaca su voz cuando añade—. Aunque tampoco es que sea raro.

—¿Sigues queriendo ir a cenar a Bartley? —le pregunto. Los jueves, la doctora Kwon y su marido trabajan hasta tarde y Peter y mi madre esta noche tienen una cita, así que Mia y yo estamos yendo al único restaurante de Echo Ridge—. Me he traído el coche de mi madre, así que no hace falta que vayamos andando.

—Por supuesto que sí. Necesito salir de esta casa. Además, he invitado a los mellizos, así que nos están esperando. Aunque les he dicho que habíamos quedado a las cinco. Si quieres podemos tomarnos un café para hacer tiempo. —Se guarda las llaves en el bolsillo y se dirige a la puerta, aunque, al llegar al vestíbulo, duda un momento—. Voy a ver una cosa... — Retrocede un par de pasos hasta la puerta cerrada que queda frente a la de su cuarto y golpea ligeramente el marco—. ¿Daisy? —Nadie responde, así que Mia golpea más fuerte—. ¿Daze?

—¿Qué? —responde un hilillo de voz.

—Malcolm y yo vamos a cenar a Bartley. ¿Te apetece venir?

—No, gracias. Me duele la cabeza.

—Igual comer te sienta bien y luego te encuentras mejor.

—Te he dicho que no, Mia. —Daisy endurece el tono—. Esta noche no voy a salir.

A Mia le tiembla levemente el labio antes de que se le frunza el ceño.

—Vale —murmura, y le da la espalda a la puerta—. No sé ni por qué me molesto. Que se preocupen por ella mis padres.

Baja las escaleras como si se muriera de ganas de salir de casa. Mia y yo envidiamos la situación del otro: a mí me gusta que la casa de los Kwon sea moderna y luminosa y que sus padres no nos traten como si fuéramos unos completos idiotas que no se enteran de lo que pasa en el mundo, y a ella que Peter y mi madre apenas le presten atención a nada de lo que hago. Los padres de Mia siempre han querido que se pareciera más a Daisy, o sea, que fuera dulce, estudiosa y popular entre sus compañeros. De esas

personas que sabes que siempre harán y dirán lo correcto. Hasta que, de repente, dejó de hacerlo.

—¿Qué opinan ellos? —le pregunto a Mia cuando salimos al vado.

Mia le da una patadita a una piedra suelta.

—Quién sabe. Delante de mí lo único que dicen es «bueno, tu hermana estaba trabajando demasiado y necesita tomarse un respiro». Pero en su dormitorio, a puerta cerrada, les oigo mantener conversaciones de lo más tenso.

Ya en el coche de mi madre, con el cinturón abrochado, le pregunto:

—¿Cómo de tensas?

—No lo sé —reconoce Mia—. Intento escuchar, pero aparte del tono, no capto nada más.

Doy marcha atrás frente a la casa de los Kwon y me incorporo a la carretera. Apenas he recorrido unos metros cuando me vibra el teléfono.

—Espera —digo, llevando el coche al arcén—. Solo quiero comprobar que no es Declan. —Aparco el coche, saco el móvil y compongo una mueca de disgusto al ver el nombre—. Da igual. Es Katrin.

—¿Qué quiere?

Miro la pantalla con el ceño fruncido.

—Dice que me quiere pedir un favor.

Mia me agarra el brazo con expresión de horror fingido y los ojos casi fuera de las órbitas.

—No contestes, Mal. Sea lo que sea, no quieres involucrarte en ello.

Todavía no he contestado, pero Katrin sigue escribiendo. Los puntitos grises parpadean durante tanto rato que empiezo a pensar que ha soltado el teléfono y se le ha olvidado terminar el mensaje, pero al fin aparece: «Brooke acaba de romper con Kyle. No sé por qué, pero el baile es el fin de semana que viene y necesita acompañante. He pensado que igual podías pedírselo tú. Por lo visto, le gustas. Probablemente, solo como amigo, pero qué más da. De todas maneras no tenías pensado ir, ¿no? Espera, te mando su número».

Le enseño el mensaje a Mia, que no puede evitar resoplar.

—Dios, ¡pero qué creidito se lo tiene esta chica! —Imita el tono velado y desenfadado de Katrin—. «De todas maneras no tenías pensado ir,

¿verdad?».

Recibo un nuevo mensaje de Katrin con el número de Brooke, que almaceno automáticamente en la memoria. Luego me encojo de hombros y guardo el teléfono.

—Bueno, en eso lleva razón: no pensaba hacerlo. —Mia se muerde el labio sin añadir nada y yo respondo enarcando las cejas—. Espera..., ¿tú sí?

—Quizá, si no lo anulan —replica, y me apuñala con la mirada cuando me echo a reír—. Menos risitas, Mal. Si me da la gana ir al baile, puedo hacerlo.

—Ya sé que puedes. Es solo que me sorprende que quieras hacerlo. Eres la persona con menos espíritu escolar que conozco. Pensaba que era una especie de insignia que exhibías con orgullo.

Mia pone una mueca.

—Uf, no sé. Una de las antiguas amigas de Daisy la llamó para decirle que algunas tenían pensado ir de vigilantes al baile, y le preguntó si a ella también le apetecía ir. Creo que se lo estaba pensando, y es lo primero que habría hecho desde que volvió a casa que no fuera esconderse en su cuarto, pero entonces dijo: «Bueno, si es que Mia ni siquiera va». A lo que yo respondí con un «sí que voy» y supongo que ahora tengo que ir, así que cuando quieras te puedes borrar esa sonrisita estúpida de la cara.

Me trago mi risilla.

—Eres muy buena hermana, ¿sabes?

—Lo que tú digas. —Empieza a arrancarse el esmalte negro de la uña del pulgar—. Bueno, estaba pensando pedirle a la camarera buenorra del Café Luna que sea mi pareja. Si me dice que no, siempre puedo pedirselo a Ezra.

Frunzo el ceño.

—¿A Ezra? ¡Pero si le conoces desde hace dos semanas!

—Conectamos bien. Nos gusta la misma música. Y no sabes lo que mola tener por fin un colega marica en el insti.

Supongo que eso no se lo puedo recriminar. Mia lleva años soportando los comentarios de mierda de Kyle y Theo, que piensan que «bisexual» es sinónimo de «trío».

—Pues entonces deberías ir con Ezra —le digo—. Pasa de la camarera del Luna. Se lo tiene muy creído.

Mia ladea la cabeza, pensándoselo.

—Igual. Y tú deberías ir con Ellery. —Me lanza una miradita suspicaz—. Te mola, ¿verdad?

—Claro, me cae genial —digo, intentando que mi voz no me delate, pero no lo consigo.

—Ay, Dios —resopla Mia—. Que no tenemos nueve años, Mal. No me obligues a preguntarte si te gusta. —Apoya las botas en la guantera—. No sé a qué esperas. Me parece que tú también le gustas a ella. —Un mechón de pelo le oculta el ojo y se mira en el retrovisor para recolocarse la horquilla que se lo sujetaba. Luego se pone rígida y se retuerce en el asiento para mirar por la ventanilla trasera—. Pero ¿qué me estás contando?

No sé si me siento más aliviado o decepcionado de que algo la haya distraído.

—¿Qué pasa?

Mia sigue mirando por la ventanilla con la frente arrugada.

—¿Adónde va? ¡Pensaba que esta noche se quedaba en casa! —Me vuelvo y veo el Nissan gris de Daisy dando marcha atrás frente a la entrada de la casa de los Kwon, para luego dirigirse en dirección opuesta a nosotros—. Síguela —me pide Mia de repente. Me da un golpe en el brazo cuando tardo en obedecer—. Vamos, Mal, por favor. Quiero saber qué trama. Últimamente es una puta tumba.

—Probablemente esté yendo a comprar paracetamol —digo, pero cambio de sentido para seguir los faros de Daisy, que desaparecen rápidamente por la carretera. A mí también me pica la curiosidad.

La seguimos por el centro de la ciudad y pasamos junto al cementerio de Echo Ridge. Mia se endereza en el asiento cuando el Nissan comienza a frenar, pero Daisy no se detiene. Me pregunto si se le habrá pasado por la cabeza visitar la tumba de Lacey pero no habrá reunido el valor para hacerlo.

Daisy sale de Echo Ridge y conduce por una carretera sinuosa entre dos ciudades vecinas. Empiezo a seguir sus giros como si tuviera el piloto automático puesto, sin prestar demasiada atención adónde vamos. Son casi

las cuatro y media, y hace rato que se nos ha hecho demasiado tarde para llegar puntuales a nuestra cita con los mellizos en Bartley cuando Daisy detiene el coche frente a la entrada de un edificio victoriano de color blanco. Freno, me quedo en la calzada y aparco mientras esperamos a que ella salga del coche. Lleva gafas oscuras, aunque el sol está empezando a ponerse en el horizonte, y camina apresuradamente hacia la puerta lateral del edificio. Cuando desaparece dentro, avanzo ligeramente con el coche para que Mia y yo podamos leer el cartel de la fachada.

TERAPEUTAS NORTHSTAR
DEBORAH CREIGHTON, DOCTORA EN PSICOLOGÍA

—Vaya —comento, sintiéndome extrañamente decepcionado. Creía que lo que Daisy se traía entre manos sería más sorprendente—. Bueno, pues supongo que esto era.

Mia arruga la frente.

—¿Daisy está yendo al psicólogo? ¿Y por qué no nos lo cuenta y punto? ¿A qué viene esto de esconderse?

Paso junto a la consulta de Deborah Creighton buscando un sitio donde poder dar media vuelta. Cuando veo la entrada vacía de una casa a oscuras, me meto ligeramente y cambio de sentido para poder volver por donde hemos venido.

—Igual necesita intimidad.

—¡Pero si tiene toda la del mundo! —se queja Mia—. Esto es muy raro, Mal. Siempre ha tenido un millón de amigos y, de repente, no tiene ninguno. O, al menos, no los ve nunca.

—¿Crees que está deprimida por haber perdido el trabajo?

—No lo perdió, lo dejó —me corrige Mia—. Y no parece deprimida, solo... distante. Pero, en realidad, no lo sé. Ahora mismo siento que apenas la conozco.

Se desploma en el asiento y enciende la radio a un volumen demasiado alto como para poder conversar.

Conducimos en silencio hasta que dejamos atrás el cartel de «Bienvenidos a Echo Ridge» y avanzamos por Manchester Street, parando

en el semáforo que hay frente al ayuntamiento. Mia apaga la radio y mira a nuestra izquierda.

—Están repintando la fachada del taller.

—Supongo que no les quedaba más remedio.

Por el momento deben de haber dado una sola capa de pintura, porque en la pared del Taller Armstrong aún se vislumbra «LAS CHICAS CORCORAN SON UNAS REINAS DE MUERTE». Hay una escalera apoyada contra la pared, y mientras contemplamos la escena, vemos que un hombre desciende lentamente hasta el suelo.

—¿Ese es Vance Puckett? —pregunto—. ¿En serio están dejándole usar una escalera? ¿Y esperan que consiga pintar?

El borrachuzo y presunto chorizo de Echo Ridge no es el chapucillas habitual de la ciudad. En el taller debían de tener mucha urgencia por tapar la pintada.

—Yo estoy viendo una baja por accidente con patas —comenta Mia. Estira el cuello y entrecierra los ojos—. Espera un momento: ¿la que viene hacia aquí no es tu futura reina del baile?

Durante una fracción de segundo pienso que se refiere a Ellery, hasta que Brooke Bennett sale del coche aparcado en la acera de enfrente. El semáforo se pone en verde, pero no tengo a nadie detrás, así que no me muevo. Brooke cierra la puerta del coche de un portazo y se acerca a Vance a paso vivo. Da la sensación de que hubiera estado esperando a que terminara. Le tira de la manga cuando baja el último peldaño de la escalera, y él apoya la lata de pintura en el suelo antes de volverse a mirarla.

—Pero ¿qué coño es esto...? —Mia saca el teléfono para poder verlos con el zoom de la cámara—. ¿De qué narices pueden estar hablando estos dos?

—¿Ves algo?

—La verdad es que no —rezonga—. Mi zoom es una mierda. Pero, por cómo mueve las manos, parece... alterada, ¿no crees?

Hace aletear una mano, imitando no demasiado acertadamente los gestos de Brooke.

El semáforo vuelve a ponerse en rojo y un coche se coloca detrás de nosotros. Brooke se dispone a apartarse de Vance, y yo no le quito ojo de

encima por si intenta sobrepasarse con ella. Pero no se mueve, y ella no parece huir de él. Cuando gira hacia la calle, alcanzo a ver su rostro antes de que el semáforo vuelva a ponerse en verde. No parece asustada ni enfadada, ni al borde de las lágrimas como ha estado estas dos últimas semanas.

Sino, más bien, decidida.

CAPÍTULO DOCE

ELLERY

VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE

Esta vez es el teléfono de Ezra el que vibra cuando recibe la llamada de un número con prefijo de California.

Me enseña la pantalla.

—¿Sadie? —me pregunta.

—Seguramente —respondo yo.

Se me van instintivamente los ojos hacia la puerta. Estamos en el salón, viendo Netflix para matar el tiempo después de cenar y Nana está en el sótano haciendo la colada. Lo plancha todo, hasta nuestras camisetas, así que le queda por lo menos media hora más ahí abajo. Aun así, Ezra se levanta y yo le sigo por las escaleras.

—¿Hola? —contesta a mitad de camino hacia el piso de arriba—. Eh, sí. Pensábamos que serías tú. Espera un momento, estamos trasladándonos.

Nos acomodamos en su habitación con la puerta cerrada, Ezra sentado en el escritorio y yo en el alféizar de la ventana, detrás de él, antes de que levante el teléfono y pase a videollamada.

—¡Ahí estáis! —exclama Sadie. Lleva el pelo recogido en una coleta baja de la que se le escapan un montón de mechones. Le hace parecer más joven. Busco en su rostro pistas de cómo está, porque de sus llamadas oficiales por Skype nunca deduzco nada. Y Nana tampoco me quiere contar. Pero Sadie tiene la misma expresión jovial y decidida que le hemos visto las

últimas semanas. Esa que dice: «Todo va bien, no hay nada que explicar ni por lo que disculparse»—. ¿Qué hacéis en casa un viernes por la noche?

—Estamos esperando a que vengan a buscarnos —dice Ezra—. Vamos a un evento deportivo para apoyar al equipo de fútbol del instituto en la Granja del Terror.

Sadie se rasca la mejilla.

—¿Un evento deportivo, dónde?

—En la Granja del Terror —respondo yo—. Por lo que parece, a veces celebran cosas del instituto allí. Nos dan entradas gratis para que la gente se quede después del evento.

—Vaya, qué divertido. ¿Con quiénes vais?

Los dos callamos un momento.

—Con colegas —responde Ezra.

Es casi verdad. Hemos quedado con Mia y con Malcolm allí, pero nuestro chófer oficial es el agente Rodriguez, porque Nana se negaba a dejarnos salir de casa hasta que el otro día se lo encontró en el centro y él se ofreció a llevarnos. Pero no podemos contárselo a Sadie sin entramparnos en el agujero de todo lo que no le estamos contando.

Antes de que empezáramos con las llamadas semanales por Skype, el centro de rehabilitación nos envió un documento de tres páginas titulado *Guía para la interacción con los internos* que comenzaba con: «Una comunicación positiva y edificante entre los internos y sus seres queridos es la piedra angular del proceso de recuperación». En otras palabras: no ahondar demasiado. Incluso ahora, aunque esta llamada sea extraoficial, nos atenemos a las reglas. Lo de necesitar escolta policial porque un acosador anónimo me tenga en su punto de mira no está en la lista de temas de conversación autorizados por la clínica de rehabilitación.

—¿Alguien especial? —pregunta Sadie, batiendo las pestañas.

Yo me enciendo, porque Ezra sí que tenía a alguien especial en casa. Y ella sabe perfectamente que no es de los que pasan página en un mes.

—Gente del instituto —respondo—. La cosa se está empezando a animar por aquí. Esta noche tenemos esto y el fin de semana que viene el baile de bienvenida.

Si Sadie detecta la frialdad en mi voz, no hace amago de reaccionar.

—Ay, madre, ¿el baile de bienvenida es ya? ¿Vais a ir?

—Yo sí —responde Ezra—. Con Mia.

Me mira de reojo y, aunque no lo diga, leo en sus ojos un «a menos que lo cancelen».

—Qué divertido. Por lo que cuentas, parece una chica muy maja. ¿Y tú qué, El? —me pregunta Sadie.

Yo empiezo a tirar de un hilo de las costuras de mis pantalones. Cuando Ezra me dijo anoche que Mia le había pedido que fuera su pareja para el baile, caí en la cuenta de que soy princesa de la corte y no tengo acompañante. Sigo convencida de que amañaron los votos, pero aun así hay algo en todo esto que me molesta. Tal vez porque, hasta anoche, daba por hecho que nuestros nuevos amigos no eran de los que suelen ir a los bailes de instituto. Ahora, supongo que el único que no va a ir es Malcolm. Conmigo, al menos.

Pero Sadie no tiene ni idea de todo esto.

—Me lo estoy pensando —respondo.

—¡Deberías ir! —me insta—. Llévate al vándalo mono. —Me guiña un ojo—. Detecté una leve atracción la última vez que hablamos, ¿o me equivoco?

Ezra se vuelve hacia mí con una sonrisilla.

—Bueno, ¿y ahora qué? ¿Está hablando de Mal?

Me pica la piel de resquemor puro. Sadie no tiene derecho a hacerme esto, no puede avergonzarme por un sentimiento que ni yo he tenido tiempo de procesar cuando ella nunca nos cuenta nada mínimamente relevante sobre sí misma. Me cuadro de hombros e inclino la cabeza, como si estuviéramos jugando al ajedrez y acabara de ver claro mi siguiente movimiento.

—Aquí le dan mucha importancia al baile de bienvenida, ¿no? —respondo—. Está todo el mundo obsesionado con la corte. Hasta se acuerdan de que te eligieron reina hace veinte años.

La sonrisa de Sadie se transforma en una expresión demasiado forzada y fija. Yo me acerco al teléfono. Se la nota incómoda, y yo me alegro. Es lo que pretendo. Estoy harta de ser yo la que siempre se siente así.

—Nunca nos has hablado de eso —añado—. Debió de ser una noche divertida.

Su risa es ligera como el algodón de azúcar, e igual de frágil.

—Todo lo divertido que puede ser un baile de instituto de una ciudad pequeña, supongo. Casi ni me acuerdo.

—¿No te acuerdas de haber sido reina del baile? —insisto—. Qué raro.

Noto a Ezra tensarse a mi lado, y, aunque no aparto los ojos de Sadie, noto los de mi hermano clavados en mí. Esto no es algo que solamos hacer: no la presionamos para que nos proporcione información que prefiere reservarse. Seguimos el hilo de su conversación. Siempre es así.

Sadie se humedece los labios.

—No fue gran cosa. Probablemente lo sea más ahora que los chavales lo registran todo en redes sociales. —Sus ojos se posan en Ezra—. Hablando de lo cual, me encantan tus *stories* de Instagram, Ez. Retratas la ciudad de una manera tan bonita que casi echo de menos vivir allí.

Ezra abre la boca como para contestar, pero yo me adelanto.

—¿Con quién fuiste al baile? —le pregunto.

Mi tono es desafiante. A ver si se atreve a cambiar otra vez de tema. Es tan evidente que es lo que quiere hacer que estoy a punto de recular y ser yo quien lo haga. Pero no puedo evitar pensar en el comentario que hizo Caroline Kilduff en los Almacenes Dalton. «Una princesa. Menuda tontería, querer ser eso». Sadie lo fue —mi extrovertida madre, siempre intentando llamar la atención, alcanzó el culmen máximo de la popularidad escolar— y nunca, jamás, habla de ello.

Necesito que lo haga.

En un primer momento pienso que no va a contestar. Cuando las palabras brotan de sus labios, parece tan sorprendida como yo.

—Con Vance Puckett —responde. No estaba preparada para esta respuesta, y se me abre la boca sin darme cuenta. A mi lado, Ezra inspira hondo. Sobre los ojos de Sadie se dibuja una arruga y se le agudiza la voz cuando nos mira primero a uno y luego al otro—. ¿Qué pasa? ¿Lo habéis conocido?

—Brevemente —dice Ezra mientras yo pregunto:

—¿Ibas en serio con él?

—En aquella época, no iba en serio con nadie.

Sadie juguetea con uno de sus pendientes. Es el gesto que delata su nerviosismo. Yo me enrosco un mechón de pelo alrededor del dedo, lo que delata el mío. Si a Sadie ya le está gustando poco el derrotero de este interrogatorio, el que pienso tomar ahora lo va a odiar, directamente.

—¿Con quién fue Sarah?

Es como si hubiera cogido una goma y le hubiera borrado la expresión del rostro. Hace años que no pregunto por Sarah: Sadie me tiene bien enseñada a no importunarla con eso. Ezra se cruje los nudillos, que es su síntoma de nerviosismo. Estamos los tres incomodísimos, y de repente caigo en la cuenta de por qué el centro de rehabilitación aconseja que la comunicación sea «edificante».

—¿Perdona? —pregunta Sadie.

—¿Con quién fue Sarah al baile de bienvenida? ¿Fue con alguien del instituto?

—No —responde Sadie, mirando por encima del hombro—. ¿Qué ha sido eso? Ah, vale. —Mira a la cámara con una expresión de alegría forzada—. Lo siento, pero tengo que irme. No debería usar este teléfono más allá de un par de minutos. Os quiero a los dos. ¡Pasadlo bien esta noche! —Frunce los labios como si fuera a tirarnos un beso y cuelga.

Ezra se queda mirando fijamente la pantalla, vacía de nuevo.

—No había nadie ahí detrás, ¿verdad?

—No —respondo yo, y justo en ese momento suena el timbre.

—¿A qué ha venido eso?

No respondo. Soy incapaz de explicarle de dónde nace la necesidad que siento de que Sadie nos cuente algo de cuando vivía en Echo Ridge —lo que sea— que no sea mentira. Los dos callamos hasta que Nana nos llama por las escaleras.

—Ellery, Ezra, han venido a por vosotros.

Ezra se guarda el móvil en el bolsillo y se levanta, y yo lo sigo hasta el recibidor. Me siento inquieta, a la deriva, y experimento la repentina necesidad de agarrarme de la mano de mi hermano como hacía de pequeña. A Sadie siempre le ha gustado contar que nacimos dados de la mano, y aunque estoy casi convencida de que es físicamente imposible, tiene

decenas de fotos nuestras con los deditos entrelazados en la cuna. No sé si Sadie y Sarah también lo hacían porque —¡sorpresa!— nunca nos lo ha contado.

Cuando llegamos al piso de abajo, el agente Rodriguez está esperándonos en el recibidor de Nana vestido de uniforme, con las manos fuertemente entrelazadas frente al cuerpo. Me fijo en cómo la nuez sube y baja por su garganta al tragar.

—¿Qué tal os va, chavales?

—Genial —responde Ezra—. Gracias por el viaje.

—No hay de qué. Vuestra abuela tiene motivos para estar preocupada, pero estamos trabajando estrechamente con los empleados de la Granja del Terror y con las autoridades escolares para asegurarnos de que el evento se celebra en un entorno seguro para todos los alumnos.

Da la sensación de que estuviera leyendo un guion y, de repente, entreveo al adolescente desgarrado bajo su apariencia de poli recién salido de la academia. He comentado con Nana cómo me lo describió Sadie la primera vez que me llamó —como un muchacho destrozado que se desmoronó en el funeral de Lacey—, pero se limitó a soltar el resoplido que he aprendido a asociar a cualquier conversación relacionada con Sadie.

«Yo no lo recuerdo así —gruñó Nana—. Tu madre está exagerando».

Es su respuesta habitual para referirse a ella, y creo que no puedo culparla por ello. Pero he vuelto a mirar muchas veces la foto que saqué con el móvil de la clase de Lacey en el pícnic. Cuando amplió la imagen de Ryan Rodriguez con dieciséis años, lo veo. Me imagino perfectamente al muchachito enamorado desmoronándose por haberla perdido. Lo que soy incapaz de discernir, sin embargo, es si se vino abajo por culpa de la tristeza o de la rabia.

Nana se cruza de brazos y mira fijamente al agente Rodriguez mientras Ezra y yo cogemos nuestros abrigo.

—Para todos los alumnos, claro que sí, pero tiene que tener usted particular cuidado con las tres chicas a las que están acosando. —Hace un mohín—. Me tranquilizaría más que cancelaran el baile, directamente. ¿Por qué darle más facilidades a quienquiera que esté tras esto?

—Bueno, el argumento contrario sería ¿por qué darle más poder? — responde el agente Rodriguez. Yo lo contemplo perpleja, porque lo que dice tiene sentido—. De todas maneras, las multitudes suelen ser seguras — prosigue—. La Granja del Terror suele tener bastante afluencia de visitantes los viernes. A quienquiera que esté tras las amenazas le gusta actuar entre bambalinas, así que tengo mis esperanzas puestas en que esta noche se mantenga al margen. —Saca las llaves del coche, y están a punto de caérsele, pero las intercepta en el último segundo con un movimiento torpe. Menuda demostración de competencia—. ¿Listos, chicos?

—Nosotros siempre estamos listos —responde Ezra.

Salimos de casa tras el agente Rodriguez, que nos guía hasta el coche patrulla, aparcado en la entrada. Yo ocupo el asiento del copiloto y Ezra se mete en el trasero. La conversación con Sadie me ha dejado revuelta, pero no quiero perder la oportunidad que se me brinda de observar al agente Rodriguez de cerca.

—El evento es en el Circo Sangriento, ¿verdad? —pregunto, abrochándome el cinturón.

—Sí, en el mismo escenario en el que celebran la Fiesta del Cadáver — responde el agente Rodriguez.

Miro a Ezra por el retrovisor. Para tratarse de una ciudad tan obsesionada con las tragedias del pasado, Echo Ridge no parece tener reparos en organizar eventos en el escenario de una de ellas.

—¿Usted iría si no fuera por trabajo?

El agente Rodriguez saca el coche de la entrada dando marcha atrás.

—¿A animar al equipo de fútbol? No —responde, y, por su tono, parece divertido—. Esas cosas son para vosotros, los chavales, no para los adultos.

—Pero no hace tanto tiempo que usted se graduó —comento—. Pensaba que igual era una excusa para que los jóvenes de la ciudad se juntaran. Nuestra amiga Mia igual lleva a su hermana. —Menuda trola le acabo de soltar. Hasta donde yo sé, Daisy sigue encerrada en su cuarto—. Hace tiempo que se graduó. Daisy Kwon, se llama. ¿La conoce?

—Claro. A Daisy la conoce todo el mundo.

El nombre no ha suscitado ninguna reacción, mantiene un tono neutro y parece un poco preocupado cuando tuerce hacia la calle principal. Así que

pruebo con otra cosa.

—Y Declan Kelly también ha vuelto, ¿no? Malcolm no estaba seguro de si estaría aquí esta noche. —Ezra me da una patadita en el asiento, taquigrafiando con el movimiento un «¿qué estás tramando?». Le ignoro y añado—: ¿Cree que vendrá?

Al agente Rodriguez se le crispa el tendón de la mandíbula.

—No tengo manera de saberlo.

—Me genera mucha curiosidad Declan —le digo—. ¿Era amigo suyo en el instituto?

—En absoluto. —Se le tensan los labios en una línea finísima.

—¿Y de Lacey Kilduff? —pregunta Ezra por fin desde el asiento de atrás.

A buenas horas se entera de la película. Pero bueno, más vale tarde que nunca.

Aunque no sirve de nada. El agente Rodriguez extiende el brazo, pulsa un interruptor, y un ruido blanco salpicado de voces graves inunda el coche.

—Tengo que estar atento por si llegan avisos de la comisaría. ¿Os importaría bajar la voz un segundo?

Ezra se recoloca en el asiento, inclinándose hacia delante para murmurarme al oído:

—Agente Rodriguez: dos; mellizos Corcoran: cero.

CAPÍTULO TRECE

ELLERY

VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE

El agente Rodriguez nos acompaña a la otra punta del parque de atracciones. De camino pasamos junto a la Montaña Rusa Endemoniada, que tiene una cascada de sangre, y por la entrada del Laberinto de la Bruja Malvada. Dos niñas ríen, nerviosas, cuando un enmascarado les tiende una linterna a cada una.

—Las necesitaréis para orientaros por la oscura guarida a la que estáis a punto de acceder —recita—. Pero sed precavidas en vuestro periplo. Cuanto más avancéis, mayores terrores hallaréis.

Una de las niñas estudia atentamente su linterna y luego ilumina con su haz la pared de paja del laberinto.

—No se apagarán justo cuando más las necesitemos, ¿verdad? —pregunta.

—Cuanto más avancéis, mayores terrores hallaréis —repite el empleado del parque, haciéndose a un lado.

De la pared surge una zarpa que intenta agarrar a la niña que está más cerca. Asustada, cae de espaldas sobre su amiga.

—Siempre pican —dice el agente Rodriguez, abriendo la solapa de una de las carpas del Circo Sangriento—. Aquí os dejo, chavales. Espero que encontréis sitio.

Las gradas que rodean la pista circular están atestadas de gente, pero mientras oteamos la multitud, Ezra y yo localizamos a Mia, que mueve los

brazos como una posesa.

—¡Ya iba siendo hora! —dice cuando nos acercamos—. Ha sido un infierno tener que guardar estos sitios.

Se levanta y coge el abrigo del banco que tiene al lado, mientras Ezra clava los ojos en el puesto de comida que han instalado a la izquierda del escenario.

—Voy a por un refresco. ¿Vosotras queréis algo?

—No, yo estoy bien —respondo, y Mia sacude la cabeza.

Ezra baja los escalones a zancadas y yo me embuto con Mia en el espacio que nos queda, que es demasiado estrecho. Hasta que no estoy sentada, no veo por el rabillo del ojo la melena pelirroja que tengo al lado.

—Sí que os gusta apurar —comenta Viv.

Viste una chaqueta de pana verde, unos vaqueros y lleva anudado al cuello un vaporoso chal amarillo. Dos chicas que sostienen humeantes vasos de poliespán la flanquean.

La miro primero a ella y luego al escenario, donde Katrin, Brooke y el resto de animadoras ocupan sus puestos.

—Creía que tú también eras animadora —comento, confusa.

«Asunto espinoso» me advierte Mia con una tos fingida al tiempo que Viv se envara en el asiento.

—No tengo tiempo para ser animadora. Dirijo el periódico del instituto.

—Un deje de orgullo se apodera de su voz cuando señala el pasillo frente al escenario, donde un hombre está instalando una cámara enorme—. El Canal 5, de Burlington, está cubriendo los actos vandálicos gracias a mi artículo. Han venido a darle un toque pintoresco al reportaje.

Me acerco a ella, intrigada a mi pesar por sus palabras.

—¿Y el instituto les deja?

—A los medios independientes no se les puede negar la entrada —responde ella, engreída, al tiempo que señala a la imponente mujer morena que empuña un micrófono junto a la cámara—. Es Meli Dinglasa. Se graduó hace diez años en nuestro instituto y estudió en la facultad de periodismo de Columbia. —Lo dice casi con reverencia, retorciéndose el chal para colocárselo aún con más estilo. Su modelito luciría espectacular en televisión, y empiezo a pensar que ese es el objetivo—. He solicitado

plaza en el programa de admisión anticipada de su facultad, y me gustaría que me escribiera una carta de recomendación.

Las plazas de admisión anticipada no se pueden rechazar: si lo haces, te quedas sin posibilidades de acceder a ninguna otra universidad. Mia me tira de la otra manga:

—La banda está a punto de empezar.

Ezra regresa justo a tiempo con una botella de agua en una mano.

Yo aparto la vista de la reportera cuando decenas de alumnos cargados con instrumentos entran desfilando por la puerta trasera de la carpa y se distribuyen ordenadamente por el escenario. Esperaba que vistieran los tradicionales uniformes de banda, pero van todos con pantalones de chándal negros y camisetas moradas con un «Instituto Echo Ridge» impreso en letras blancas en la pechera. Malcolm está en la primera hilera de músicos y lleva un par de cajones de batería al cuello.

Percy Gilpin sube trotando al escenario, ataviado con la misma chaqueta morada que llevaba la semana pasada en la asamblea, y se sube a un improvisado podio. Ajusta la altura del micrófono y levanta las dos manos cuando el público empieza a aplaudir en las gradas.

—¡Buenas tardes, alumnos de Echo Ridge! ¿Preparados para divertirnos en esta otoñal velada de viernes? Hemos planeado un espectáculo de lo más completito para animar a las Águilas de Echo Ridge, que mañana se enfrentan, invictas, contra el instituto Solsbury.

La multitud vitorea aún más si cabe, mientras Mia aplaude lentamente y sin entusiasmo junto a mí.

—Chupi.

—¡Que empiece la fiesta! —chilla Percy.

Las animadoras se disponen en V en el centro del escenario, con los pompones blanquimorados firmemente sujetos a la altura de las caderas. Una chica bajita se separa un paso de la sección de vientos de la banda y entrecierra los ojos ante la potencia de los focos del techo. Percy sopla un silbato y la chica se lleva el trombón a los labios.

Al sonido de las primeras notas de *Paradise City*, Ezra y yo nos echamos hacia delante a la vez y nos sonreímos, sorprendidos, con Mia entre ambos. A Sadie le encanta Guns N' Roses, y nos hemos criado

escuchando esta canción a todo trapo en cada uno de los pisos en los que hemos vivido. En la pantalla LED instalada tras el escenario comienzan a proyectarse los logros que el equipo de fútbol ha tenido esta temporada y, en cuestión de segundos, el público al completo está en pie.

Hacia la mitad de la proyección, cuando todo va *in crescendo*, el resto de baterías dejan de tocar y Malcolm echa toda la carne en el asador en un solo tan fantástico como frenético. Mueve las baquetas a una velocidad inverosímil, el esfuerzo le tensa los músculos de los brazos y, sin ser consciente de lo que hago, empiezo a abanicarme con la mano. Las animadoras van perfectamente acompasadas con la música. Ejecutan una coreografía vigorosa y enérgica que culmina con el lanzamiento de Brooke, toda coleta ondeante, por los aires, y unas manos expectantes que la sostienen justo cuando la canción termina. Toda la banda hace una reverencia tan coordinada que parece que fueran una sola persona.

Aplauzo tan fuerte que me escuecen las palmas y Mia me mira de reojo y sonrío.

—Sí, ¿eh? —comenta—. Cuando toca la banda, se me cura el cinismo de golpe. Es lo que realmente une a todo el instituto.

Cuando me siento de nuevo, golpeo sin querer a Viv, que se aparta con una mueca asqueada.

—En este banco no hay espacio —les comenta secamente a sus amigas—. Creo que veríamos mejor más abajo.

—Venga, y de regalo hemos espantado a Viv —murmura Mia cuando las tres salen enfilando de nuestra grada.

Minutos después, sobre el hueco que acaba de dejar Viv se proyecta una sombra. Alzo la vista y me encuentro a Malcolm, aún con la camiseta morada del instituto, pero sin los cajones de batería.

—Hola —saluda—. ¿Hay sitio para uno más?

Tiene el pelo revuelto, las mejillas sonrojadas, y está guapísimo.

—Sí, claro. —Me acerco a Mia—. Has estado genial —añado, y sonrío.

Tiene uno de los paletos ligeramente torcido, y mostrarlo aligera la expresión de malhumor que casi siempre tiene. Señalo hacia el escenario, donde el entrenador Gagnon pronuncia un apasionado discurso sobre las

tradiciones y la importancia de la entrega desinteresada. Tras él, en la pantalla LED, se siguen proyectando fotos en bucle.

—¿Vais a tocar un bis?

—Qué va, por hoy hemos acabado. Ahora toca hablar de fútbol.

Prestamos atención al discurso del entrenador durante unos minutos, pero está empezando a resultar repetitivo.

—¿Qué pasó hace seis años? —pregunto—. No deja de mencionarlo.

—El campeonato estatal —responde Malcolm—. El instituto lo ganó cuando Declan iba a tercero.

Y entonces recuerdo el anuario que vi en la biblioteca, plagado de fotos de la tremenda revancha que el equipo se cobró contra un instituto mucho más grande. Y de Declan Kelly a hombros de sus compañeros de equipo durante la celebración.

—Ah, es verdad —replico—. Tu hermano lanzó un pase largo cuando apenas quedaban unos segundos de partido, ¿no? Uno de esos de «Ave María, dame puntería». —Igual resulta un poco extraño que recuerde tan detalladamente un partido al que no asistí, pero Malcolm se limita a asentir—. Tuvo que ser impresionante.

A su pesar, una sombra de orgullo cruza por un instante el rostro de Malcolm.

—Supongo. Declan se pasó semanas fanfarroneando sobre cómo iba a ganarlo. La gente se reía de él, pero demostró que iba en serio. —Se pasa una mano por el pelo empapado de sudor. Que después de hacerlo se le encrespe en mechones despeinados no debería resultar atractivo, pero lo es—. Siempre lo hacía.

No sé si mis propias sospechas sobre Declan son las que hacen que Malcolm suene tan agorero.

—¿Os llevabais bien? —le pregunto. Nada más decirlo me doy cuenta de que ha sonado como si Declan estuviera muerto—. ¿Os lleváis bien? —me corrijo.

—No —responde Malcolm, apoyando los codos en las rodillas. Habla en voz baja, con los ojos fijos en el escenario—. Ni nos llevábamos, ni nos llevamos.

A veces tengo la sensación de que Malcolm y yo mantenemos conversaciones más profundas de lo que a los dos nos gustaría reconocer. Aparentemente, estamos hablando sobre fútbol y su hermano, pero también estamos hablando del antes y el después. En esos términos pienso a veces en Sadie, en cómo era antes de que una pérdida inmensa destruyera todo su universo y en la versión completamente diferente en la que resurgió después. Aunque cuando yo la conocí Sarah llevaba muchos años desaparecida, sé que no me equivoco.

Me gustaría seguir preguntándole a Malcolm, pero Mia me interrumpe, pasando por delante de mí para darle un puñetazo en el brazo.

—Oye —le dice—, ¿has hecho «eso»?

—No —responde Malcolm, esquivando la mirada de Mia.

Después de mirarlo a él, Mia clava los ojos en mí, y me queda claro como el agua que hay algo que me estoy perdiendo.

—Y no olvidemos que, después de ganar a Solsbury mañana, lo que sin duda haremos, estaremos enfrentándonos al mayor reto de la temporada con el partido de bienvenida de la semana que viene —dice el entrenador Gagnon. Las sombras que proyectan los focos del circo sobre su cráneo completamente pelado le dan cierta pinta de alienígena exaltado—. Jugamos contra el Lutheran, el único equipo que consiguió ganarnos el año pasado. ¡Pero esta vez no lo hará! Porque esta vez...

Un potente estallido de ruido me hiere los oídos, y me incorporo de un salto. Las luces se apagan y la pantalla LED queda en negro, pero no tarda en resucitar. Se proyecta una interferencia seguida de una foto de Lacey recién coronada reina, mirando a la cámara. El público contiene un grito y me percató de que, a mi vera, Malcolm se tensa.

La foto de Lacey se parte en dos, y otras tres ocupan su lugar. Brooke, Katrin y yo. Las de Brooke y Katrin están sacadas del anuario, pero la mía es un robado en el que solo se me ve la mitad de la cara. Un escalofrío me recorre la columna vertebral cuando reconozco la sudadera con capucha que me puse ayer para ir caminando al centro con Ezra, donde habíamos quedado para cenar con Mia y Malcolm en Bartley.

Había alguien observándonos. Siguiéndonos.

De los altavoces brota una risa de película de terror, «muajajás» que reverberan por la carpa mientras la imagen de lo que parece un líquido denso y rojo comienza a gotear por la pantalla seguido de un «MUY PRONTO» en letras blancas. Cuando el mensaje desaparece, la carpa del Circo Sangriento queda sumida en un silencio absoluto. Todos los presentes están inmóviles, con una única excepción: Meli Dinglasa, del Canal 5, que avanza decidida por el escenario hacia el entrenador Gagnon con el micrófono extendido y una cámara pegado a sus talones.

CAPÍTULO CATORCE

MALCOLM

SÁBADO 28 DE SEPTIEMBRE

El mensaje de Declan me llega justo cuando vadeo a contracorriente la horda de gente que sale de la Granja del Terror el sábado por la noche.

«Voy a estar unas horas en la ciudad. No te pongas nervioso».

Estoy tentado de contestarle: «Yo estoy en la escena donde presuntamente cometiste un crimen. No te pongas nervioso tú», pero consigo contenerme y replicar con un sencillo: «¿Para qué?», que, por supuesto, ignora. Me guardo el móvil en el bolsillo otra vez. Si Declan ha estado pendiente de las noticias locales, sabe que el acechador convirtió el evento deportivo de ayer en su barraca de feria particular. Espero que estuviera en New Hampshire con un buen montón de gente en el momento en que pasó, porque de lo contrario las especulaciones no van a hacer más que empeorar.

No es mi problema. Esta noche solo soy el conductor encargado de recoger a Ellery y Ezra del trabajo. Su abuela ni muerta los habría dejado volver andando por el bosque después de lo que pasó ayer. Para ser sinceros, me sorprende un poco que me haya dejado venir a mí a recogerlos, pero Ellery alega que su abuela se acuesta dos horas antes de que cierre el parque.

Esperaba encontrarme la Casa del Terror vacía, pero, cuando me acerco al edificio, de la puerta salen música y risas. El parque se construyó en torno a esta casa, una antigua mansión victoriana erigida en la linde de lo

que antiguamente era un bosque. He visto fotos de antes de que se convirtiera en una atracción, y siempre ha tenido ese aire señorial a la par que decadente, como si los torreones estuvieran a punto de desmoronarse o los escalones que dan al amplio porche se fueran a derrumbar si pisas donde no debes. Conserva el mismo aspecto, pero ahora encaja mejor en la atmósfera.

No he vuelto a entrar en la atracción desde aquella vez que Declan y sus amigos me trajeron al parque cuando tenía diez años. Comportándose como la pandilla de capullos que eran, echaron a correr a la mitad y tuve que salir de la casa solo. Me cagué vivo en todas y cada una de las salas. Estuve semanas teniendo pesadillas de un tío metido en una bañera llena de sangre que, en lugar de piernas, tenía muñones.

Cuando por fin salí de la Casa del Terror trastabillando, aterrorizado y moqueante, mi hermano se burló de mí.

«No seas gallina, Mal. Es todo mentira».

El volumen de la música aumenta a cada escalón que subo, y más aún cuando giro el pomo de la puerta. No se mueve, pero no hay timbre. Llamo varias veces, lo que resulta un tanto perturbador, porque, ¿quién esperaba yo que me abriera la puerta de una mansión encantada, exactamente? No lo hace nadie, así que bajo las escaleras de nuevo y rodeo la casa hasta la entrada trasera. Al doblar la esquina veo unos peldaños de cemento que llevan a una puerta en la que han colocado un tocón de madera para hacer tope. Bajo las escaleras y empujo la puerta para abrirla.

Estoy en un sótano que parece algo a caballo entre un vestuario y un almacén. Es grande, está tenuemente iluminado y atestado de estanterías y percheros. Embutido en una esquina hay un tocador enorme ribeteado de bombillas. En la encimera del tocador hay un montón de botes y frasquitos. Apoyados contra las paredes, veo dos sofás de cuero ajado y, entre ambos, una mesa de cristal. A la izquierda queda un baño no mucho más grande que un armario y frente a mí una puerta entreabierta que da a un pequeño despacho.

Apenas he avanzado un par de metros en la sala y estoy buscando una manera de llegar al piso de arriba cuando, en la otra punta de la estancia, una mano abre de un tirón un deshilachado telón de terciopelo rojo.

Respondo a la brusquedad del movimiento jadeando como un crío asustado, y la chica que aparece tras el telón ríe. Es casi tan alta como yo y lleva un top sin tirantes negro y ajustado que deja a la vista el intrincado diseño de tatuajes que decoran su piel morena. Tiene pinta de ser un par de años mayor que yo.

—Bu —me saluda, y luego se cruza de brazos y ladea la cabeza—. ¿Te he agitado la fiesta?

Parpadeo, confuso.

—¿Qué?

Ella chasquea la lengua.

—Conmigo esa carita de inocente no cuela. Soy la maquilladora, conozco a todo el mundo, y tú te has colado. —Entreabro la boca para protestar, pero la vuelvo a cerrar cuando su expresión severa se diluye en una amplia sonrisa—. Te estaba tomando el pelo. Ve arriba a buscar a tus amigos. —Se acerca a la neverita que hay junto al tocador y saca un par de botellas de agua, señalándome con una como si quisiera advertirme de algo—. Pero es una fiesta *light*, ¿eh? Nos cierran el chiringuito si unos adolescentes borrachos la lían en el parque. Sobre todo después de lo que pasó anoche.

—Sí, claro —respondo, tratando de aparentar que sé de qué me habla.

Ellery y Ezra no han mencionado nada de una fiesta. La chica espigada retira el telón de terciopelo para dejarme pasar.

Subo por unas escaleras hasta un rellano que da a una estancia que tiene pinta de mazmorra. La reconozco inmediatamente de la última vez que estuve aquí con Declan, pero ahora que está llena de gente de fiesta, parece mucho menos siniestra. Hay unas cuantas personas que siguen disfrazadas, aunque se han quitado las máscaras o se las han retirado hacia la frente. Un chico sostiene una cabeza de goma bajo el brazo mientras charla con una chica disfrazada de bruja.

Una mano me tira de la manga. Cuando bajo la vista, veo unas uñas cortas, pintadas de rojo pasión, y sigo el recorrido por el brazo hasta llegar a un rostro. Es Viv, y me está diciendo algo, pero con la música tan alta, soy incapaz de distinguir el qué. Ahueco una mano alrededor de un oído y ella levanta un poco más la voz.

—No sabía que trabajaras en la Granja del Terror.

—No trabajo aquí —respondo.

Viv frunce el ceño. Se ha echado un bote entero de un perfume de fresa que no es que huela mal, sino más bien a colonia de niña pequeña.

—Entonces ¿por qué has venido a la fiesta de personal?

—No sabía que hubiera una fiesta —respondo—. Solo he venido a buscar a Ellery y Ezra.

—Bueno, pues has sido muy oportuno. Quería hablar contigo. —La miro con recelo. Desde que vivo en casa de los Nilsson, veo a Viv prácticamente todas las semanas, pero en todo este tiempo apenas hemos intercambiado una decena de palabras. Toda nuestra relación, si es que se la puede llamar así, siquiera, se basa en la voluntad mutua de no querer interactuar con el otro—. ¿Te puedo entrevistar para mi próximo artículo? —pregunta.

No sé qué está tramando, pero no puede ser bueno.

—¿Por qué?

—Estoy escribiendo una serie de artículos sobre personas relacionadas con el asesinato de Lacey. Una especie de «¿Qué fue de...?». Creo que sería interesante tener el punto de vista de alguien que lo vivió muy de cerca, habiendo sido tu hermano sospechoso y demás. Podríamos...

—¿Se te ha ido la olla? —la interrumpo—. No.

Viv alza la barbilla.

—Lo pienso escribir igualmente. ¿No quieres dar tu versión? Leer el testimonio de su hermano podría mejorar la opinión que la gente tiene de Declan...

Le doy la espalda sin molestarme en contestar. Anoche, Viv fue la protagonista absoluta de la cobertura que dieron los medios de la escenita del evento deportivo, concediendo entrevistas como si fuera la criminóloga más experta de Echo Ridge. Lleva tanto tiempo a la sombra de Katrin que, ahora que los focos la apuntan a ella, se va a agarrar a ellos con uñas y dientes. Pero yo no tengo por qué ayudarla a expandir sus quince minutos de fama.

Me abro paso a empujones entre la gente hasta que por fin localizo a Ellery. Cuesta no verla: lleva el pelo cardado en una nube negra alrededor

de la cabeza y los ojos tan maquillados que parece que le ocuparan la mitad del rostro. Parece un personaje de anime gótico. No sé en qué posición me deja reconocer que me pone un poco.

Me ve mirarla y me hace un gesto con la mano para que me acerque. Está con un chico unos cuantos años mayor que nosotros que lleva el pelo recogido en un moñito, perilla y una camiseta de manga larga bastante ajustada con los dos primeros botones desabrochados. El conjunto lo delata como «universitario intentando ligar con chicas de instituto» y lo detesto inmediatamente.

—Hola —me saluda Ellery cuando los alcanzo—, por lo que parece, esta noche hay una fiesta.

—Me he dado cuenta —respondo, dedicándole una mirada fulminante a Moñito.

Él ni se inmuta.

—Tradición de la Casa del Terror —explica—. Se celebra siempre el sábado antes del cumpleaños del dueño. Pero no me puedo quedar. Tengo en casa un mocoso que no duerme nada. Mi mujer necesita un respiro. —Se enjuga la cara y se vuelve hacia Ellery—. ¿Me queda sangre?

Ellery lo inspecciona.

—No, estás bien.

—Gracias. Nos vemos —dice el tipo, y comienza a abrirse camino entre la multitud.

—Hasta la vista —respondo al ver que se va, con mucha menos retranca ahora que sé que no estaba intentando ligar con Ellery—. La sangre a la que se refería era de mentira, ¿verdad?

Ellery ríe.

—Sí. Darren se pasa la noche metido en una bañera llena de sangre. Hay gente que no se desmaquilla hasta que llega a casa, pero a él se le ocurrió presentarse así una vez y su hijo casi se muere de miedo. Probablemente le haya creado al crío un trauma de por vida.

—Entrar en esa sala me lo creó a mí cuando tenía diez años —me estremezco.

Los gigantescos ojos de personaje de anime de Ellery crecen aún más si cabe.

—¿Quién te trajo aquí con diez años?

—Mi hermano —respondo.

—Ah.

Ellery se muestra pensativa, como si tuviera acceso al rincón más recóndito de mi mente, ese que trato de no visitar demasiado a menudo porque es donde habitan todas las preguntas que albergo sobre lo que pasó entre Declan y Lacey cuando ella vivía. Ese rincón me horroriza y me avergüenza a partes iguales, porque allí es donde de vez en cuando imagino que el voluble genio de mi hermano se descontrola precisamente en el momento menos adecuado.

Trago saliva y aparto el pensamiento de mi mente.

—Me sorprende un poco que se celebre esto después de lo que pasó anoche.

Ellery mira en derredor.

—Ya, ¿verdad? Pero oye, toda esta gente trabaja en un parque temático de terror. No se asustan fácilmente.

—¿Te apetece quedarte un rato?

Parece arrepentida.

—Mejor que no. Nana ni siquiera quería que trabajáramos esta noche. Tiene los nervios bastante de punta.

—¿Y tú? —le pregunto.

—Yo... —Duda. Entresaca un mechón suelto del cardado y se lo enrosca en torno al dedo—. Me gustaría decirte que no, porque me fastidia pensar que un tarado anónimo está consiguiendo desquiciarme, pero no sería verdad. Es que todo esto me toca... demasiado de cerca, ¿sabes? —Se estremece cuando alguien con una máscara de *Scream* pasa junto a ella—. Cada vez que hablo por teléfono con mi madre, que no tiene ni idea de lo que está pasando, lo único que soy capaz de pensar es que... no me extraña que nunca nos haya querido traer a este sitio. Aquí fue donde desapareció su gemela, donde asesinaron a la hija de su canguro favorita y, ahora, ¿esto? Suficiente para pensar que la ciudad está maldita.

—¿Tu madre no sabe... nada? —pregunto.

—No. Se supone que la comunicación que debemos mantener con ella tiene que ser «edificante». —Suelta el mechón de pelo—. Ya sabías que

está en rehabilitación, ¿no? Supongo que lo sabe todo el mundo.

—Sí, lo sabe todo el mundo —reconozco. Se le escapa un sonido que es mitad risa, mitad resoplido, pero la tristeza que enmascara me oprime el pecho—. Siento que estés teniendo que pasar por eso. Y también lo de tu tía. Llevo tiempo queriendo decírtelo. Sé que pasó antes de que tú nacieras pero... es una mierda. Aunque dicho así parezca una obviedad como una casa de grande.

Ellery agacha la vista

—Estoy convencida de que por eso estamos aquí. Porque Sadie nunca lo superó. No pudo pasar página. No até cabos cuando Lacey murió, pero las cosas se empezaron a ir al garete más o menos por esa época. Los malos recuerdos debían de estar demasiado a flor de piel. Así que resulta irónico que ahora no tenga ni idea de lo que está pasando, pero... ¿qué le vamos a hacer? —Levanta la botella de agua para hacer un falso brindis—. Hip, hip, hurra por la comunicación «edificante». En fin. Deberíamos buscar a Ezra, ¿no? Me ha dicho que bajaba a por una botella de agua.

Cruzamos la mazmorra atestada y bajamos la escalera al almacén, pero allí no hay ni rastro de Ezra. Hace más fresco que arriba, pero sigo acalorado y sediento. Me acerco a la neverita y saco dos botellas de agua. Dejo una encima del tocador y le ofrezco la otra a Ellery.

—Gracias.

Extiende una mano hacia a mí, pero nos descoordinamos, yo suelto la botella antes de que ella la tenga bien sujeta, y cae al suelo entre ambos. Nos agachamos a recogerla a la vez y casi nos damos un cabezazo. Ellery ríe y me apoya una mano en el pecho.

—Yo me encargo —dice, y la recoge. Se incorpora, e incluso a la leve luz del almacén me percató de lo sonrojadas que tiene las mejillas—. Somos el colmo de la agilidad, ¿eh?

—Ha sido culpa mía —reconozco. Debido al pequeño incidente, estamos más cerca de lo que sería estrictamente necesario, pero ninguno de los dos se aparta—. No se me dan demasiado bien los pases, por eso nunca seré buen jugador de fútbol. —Ellery sonrío, ladea la cabeza y, la madre que me parió, qué ojos más bonitos tiene.

—Gracias —murmura, sonrojándose aún más.

Ay, que lo he dicho en alto.

Se acerca un poco más, rozándome la cadera, y una descarga eléctrica me recorre entero. ¿Vamos a...? ¿Debería...?

«No seas gallina, Mal».

Joder, menudo momento para escuchar la voz del imbécil de mi hermano.

Extiendo una mano y recorro el mentón de Ellery con el pulgar. Tiene la piel tan suave como me la imaginaba. Ella entreabre los labios, yo trago saliva y tras nosotros se escucha un potente chirrido y a alguien decir «¡Maldita sea!» con frustración.

Ellery y yo nos separamos y ella se gira hacia el despacho. Cruza la estancia en cuestión de un segundo y abre de par en par la puerta entreabierta. Brooke Bennett está despatarrada en el suelo, encajonada entre el escritorio y una especie de contenedor de reciclaje enorme. Ellery se acerca a ella y se acucilla a su altura.

—¿Brooke? ¿Estás bien? —le pregunta.

A Brooke le cuelga el pelo frente a la cara y, al intentar retirárselo, casi se clava un objeto pequeño y plateado en el ojo. Ellery extiende la mano para quitárselo. Desde el vano de la puerta alcanzo a ver que es un clip abierto y desenroscado en una especie de canutillo metálico. En el suelo, junto a Brooke, hay otro idéntico.

—Está más duro de lo que él me dijo —dice Brooke, arrastrando las sílabas.

—¿Quién te lo dijo? —pregunta Ellery, dejando los dos clips extendidos sobre el escritorio—. ¿El qué está duro?

Brooke ríe.

—Eso dijo ella.

Parece que nadie ha avisado a Brooke de que la fiesta de hoy era *light*.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunto, tendiéndole la botella que aún no he abierto.

Brooke la acepta y desenrosca el tapón. Da un sorbo ansioso, derramándose un poco sobre la camiseta antes de devolvérmela.

—Gracias, Malcolm. Eres muy majo. El más majo de los que viven bajo tu mismo techo, con diferencia. —Se seca la boca con la manga y centra su

atención en Ellery—. Estás distinta. ¿Esos son tus ojos de verdad?

Ellery y yo nos miramos, y los dos tenemos que contener la risa. Brooke borracha es bastante divertida.

—¿Qué estabas haciendo aquí? —pregunta Ellery—. ¿Quieres subir a la fiesta?

—No. —Brooke sacude la cabeza con vehemencia—. Tengo que recuperarlo. No debería... No debería, y punto. Tengo que enseñarlo. No hay derecho, no está bien.

—¿Enseñar el qué? —pregunto—. ¿Qué ha pasado?

Las lágrimas afloran repentinamente a sus ojos.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no? «¿Qué pasó?» —Se lleva un dedo a los labios y chista con todas sus fuerzas—. ¿A vosotros no os gustaría saberlo?

—¿Esto es por lo que pasó ayer en el evento deportivo? —pregunta Ellery.

—No. —A Brooke le entra hipo y se agarra la tripa—. Huy, no me encuentro demasiado bien.

Yo cojo la papelera que tengo al lado y se la acerco.

—¿Necesitas esto?

Brooke la coge, pero se limita a clavar los ojos en el fondo con apatía.

—Quiero irme a casa.

—¿Quieres que vayamos a buscar a Kyle?

—Kyle y yo hemos roto —responde Brooke, y el gesto que hace con la mano da a entender que no le importaría hacerle desaparecer—. Además, no está aquí —suspira—. Me ha traído Viv, pero ahora mismo no me apetece verla, porque lo único que va a hacer es echarme la bronca.

—Puedo llevarte yo —me ofrezco.

—Gracias —gangua Brooke.

Ellery se levanta y me tira de la manga.

—Voy a buscar a Ezra, vuelvo enseguida.

Cuando Ellery se marcha, me acucillo junto a Brooke.

—¿Quieres un poco más de agua? —le pregunto.

Me indica con la mano que la deje en paz y, por mucho que me devane los sesos, no se me ocurre qué más decirle. Me siento incómodo en

presencia de chicas como ella, incluso después de llevar viviendo cuatro meses con Katrin. Demasiado guapas, demasiado populares. Demasiado parecidas a Lacey.

Los minutos transcurren lentísimos, hasta que Brooke acerca las rodillas al pecho y levanta los ojos para clavarlos en los míos. Tiene la mirada perdida y enmarcada por dos ojeras oscuras.

—¿Alguna vez la has cagado muchísimo? —pregunta en voz baja.

Callo un momento mientras intento averiguar qué le pasa para poder formular una respuesta adecuada.

—Bueno, sí. La mayor parte de los días.

—No. —Sacude la cabeza y luego hunde el rostro entre los brazos—. No me refiero a cagadas corrientes —dice con voz ahogada—. Me refiero a algo que no puedas arreglar.

Estoy completamente perdido. No sé cómo ayudarla.

—¿Como qué, por ejemplo?

Sigue con la cabeza gacha, y tengo que acercarme un poco más para oír lo que dice.

—Ojalá tuviera otros amigos. Ojalá todo fuera distinto.

Unos pasos se acercan, y yo me incorporo cuando las cabezas de Ellery y Ezra asoman al despacho.

—Hola, Mal —dice Ezra, y acto seguido sus ojos se posan en Brooke—. ¿Todo bien por aquí?

—Quiero irme a casa —repite Brooke, y le ofrezco una mano para ayudarla a levantarse.

Revive un poco en cuanto salimos, y de camino al Volvo de mi madre solo necesita apoyarse de vez en cuando en alguien para estabilizarse. Es el mejor coche que hemos tenido nunca, cortesía de Peter, y de verdad espero que Brooke no vomite aquí. Aparentemente, ella ha pensado lo mismo, y baja la ventanilla en cuanto Ezra la ayuda a montarse en el asiento del copiloto.

—¿Dónde vives? —le pregunto cuando me coloco al volante.

—En el número 17 de Briar Lane —responde Brooke.

En la otra punta de la ciudad.

Los mellizos cierran las puertas de atrás y yo me vuelvo a mirarlos cuando se abrochan el cinturón.

—Vuestra casa está a la vuelta de la esquina. Os dejo a vosotros primero para que vuestra abuela no se preocupe.

—Genial, gracias —responde Ellery.

Saco el Volvo del aparcamiento marcha atrás y me dirijo a la salida.

—Siento que os hayáis tenido que marchar de la fiesta —dice Brooke, encogiéndose en el asiento—. No debería haber bebido nada. No tengo aguante. Eso me dice siempre Katrin.

—Sí, bueno. Hay cosas que a Katrin se le escapan.

Me parece la respuesta apropiada, aunque en este caso concreto Katrin sí tuviera razón.

—Eso espero —responde Brooke bajando el tono.

La miro de reojo antes de incorporarme a la carretera principal, pero la oscuridad me impide interpretar su expresión. Da la sensación de que Katrin y ella estén peleadas, lo que no es habitual. Nunca las he visto de malas, seguramente porque Brooke siempre deja que Katrin lleve la voz cantante en todo.

—De todas maneras, no pensábamos quedarnos —la tranquilizo.

Llegamos en nada a la casa de los Corcoran, que está completamente a oscuras salvo por el quitamiedos encendido del porche.

—Parece que Nana está dormida —dice Ezra al tiempo que saca un juego de llaves del bolsillo—. Me temía que se hubiera quedado despierta esperándonos. Gracias por traernos, Mal.

—No hay de qué.

Ezra abre la puerta del coche, sale y espera a su hermana en la entrada de la casa.

—Sí, gracias, Malcolm —dice Ellery, echándose la mochila a un hombro—. Hablamos pronto.

—Mañana, ¿te parece? —sugiero de repente, volviéndome hacia ella. Ella calla, me mira con ojos inquisitivos, y durante un segundo yo me quedo congelado. ¿Me he imaginado que he estado a punto de besarla en el sótano, o que parecía que a ella no le hubiera importado que lo hiciera?

Sigo adelante de todas maneras—. O sea, podría llamarte o algo. Si quieres, ya sabes, hablar.

Bien. Muy sutil.

Pero ella me obsequia con una amplia sonrisa, hoyuelo incluido.

—Sí, claro. Suena bien. Hablemos. —Brooke se aclara la garganta y Ellery pestañea como si durante unos segundos se hubiera olvidado de que hay alguien más en el coche. Yo, desde luego, lo he hecho—. Adiós, Brooke —se despide Ellery al salir por la misma puerta por la que acaba de salir Ezra.

—Adiós —responde Brooke.

Ellery cierra y da media vuelta para seguir a su hermano por el sendero de la entrada. Pasa junto a la ventanilla abierta de Brooke justo cuando esta suspira hondamente y se frota la cara con la mano flácida. Ellery se detiene y pregunta:

—¿Vas a estar bien?

Brooke se gira para mirarla. Tarda tanto en responder que Ellery frunce el ceño y clava los ojos, preocupados, en mí. Entonces Brooke levanta los hombros para volver a hundirlos en un gesto de indiferencia.

—¿Por qué no iba a estarlo? —responde.

CAPÍTULO QUINCE

ELLERY

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

Los álbumes de fotos tienen más de veinte años, muchísimo polvo y los bordes parduzcos. Aun así, la Sadie adolescente prácticamente se sale de la página con su atrevido vestido negro, toda melena salvaje y labios rojos. Se la reconoce perfectamente como una versión más joven de quien es ahora mismo, lo que no es aplicable en absoluto a su pareja.

—Ostras —comenta Ezra, acercándose un poco más a mí en la alfombra del salón de Nana. Tras muchos experimentos de prueba y error con los rígidos muebles de la sala, hemos decidido que la alfombra es la opción de asiento más cómoda—. Sadie lo decía en serio. En aquella época, Vance estaba bueno.

—Sí —conuerdo, examinando de cerca los pómulos prominentes y la sonrisa despreocupada.

Luego miro al reloj que hay sobre la repisa de la chimenea por quinta vez desde que nos hemos sentado aquí. Ezra se da cuenta y ríe.

—Siguen siendo las ocho y media. Llevan siéndolo un minuto entero. En otras palabras: es demasiado temprano para que Malcolm te llame.

A Ezra no le pasó desapercibido mi momentito con Malcolm en el coche, y no me dejó irme a dormir hasta que le conté que estuvimos a punto de besarnos en el almacén de la Granja del Terror.

—Cierra el pico —gruño, pero noto un aleteo en el estómago cuando intento reprimir la sonrisa.

Nana entra en el salón armada con un espray limpiamuebles con aroma a limón y un trapo. Es su ritual de los domingos por la mañana: a las siete va a misa y luego limpia la casa. En aproximadamente quince minutos nos va a mandar a Ezra y a mí a rastrillar el jardín.

—¿Qué estáis viendo? —pregunta.

—Fotos de cuando eligieron a Sadie reina del baile —responde Ezra.

Pensaba que iba a fruncir el ceño, pero se limita a rociar con el espray la mesa de caoba que hay frente al ventanal.

—¿Te caía bien Vance, Nana? —pregunto mientras limpia la superficie—. Cuando salía con Sadie.

—No demasiado. —Nana se sorbe la nariz—. Pero sabía que no iban a durar mucho juntos. Sadie nunca duraba mucho con nadie.

Hojeo el siguiente par de páginas del álbum.

—¿Sarah fue al baile?

—No, en ese sentido Sarah iba un poco rezagada. Los únicos chicos con los que hablaba era con los que salía Sadie. —Nana deja de pasar el polvo y suelta el espray, aparta la cortina del ventanal y se asoma afuera—. ¿Se puede saber qué está haciendo aquí un domingo tan temprano?

—¿Quién? —pregunta Ezra.

—Ryan Rodriguez.

Cierro el álbum de fotos cuando veo que Nana se dirige a la puerta y la abre.

—Hola, Ryan —lo saluda, pero sin darle tiempo a añadir nada más, él la interrumpe:

—¿Está Ellery en casa? —pregunta.

Parece urgido, ansioso.

—Por supuesto...

No la deja terminar. Pasa sin que lo inviten y barre el salón con la mirada hasta que sus ojos se posan en mí. Viste una camiseta del instituto descolorida, vaqueros y una sombra de barba le oscurece el mentón. Sin el uniforme, parece aún más joven, y también tiene pinta de acabar de levantarse de la cama.

—Ellery, gracias a Dios. ¿Has estado aquí toda la noche?

—Ryan, pero ¿qué demonios pasa? —Nana cierra la puerta y cruza los brazos frente al pecho con fuerza—. ¿Tiene que ver con las amenazas a las candidatas a reina del baile? ¿Ha pasado alguna otra cosa?

—Sí, pero no... Es distinto... —Se pasa una mano por el pelo e inspira hondo—. Brooke Bennett no volvió a casa anoche. Sus padres no saben dónde está.

No me doy cuenta de que me he levantado hasta que escucho un golpetazo: se me ha caído el álbum de las manos y acaba de estrellarse contra el suelo. Ezra se levanta más despacio, con el rostro pálido y los ojos bailando entre el agente Rodriguez y yo. Pero antes de que nadie diga nada, a Nana se le escapa un grito ahogado. El color abandona por completo su cara y, por un segundo, pienso que se va a desmayar.

—Ay, Dios santo. —Camina tambaleándose hasta una silla, se deja caer en ella y se agarra al reposabrazos—. Ha pasado. Ha vuelto a pasar delante de nuestras narices y no habéis hecho nada para detenerlo.

—No sabemos qué ha pasado. Estamos intentando... —comienza a decir el agente Rodriguez, pero Nana no le deja terminar.

—Hay una chica desaparecida. Una chica a la que amenazaron frente a toda la ciudad hace dos días. Igual que a mi nieta. —Nunca he visto así a Nana: es como si todas las emociones reprimidas en los últimos veinte años hubieran aflorado de repente. Tiene la cara roja, los ojos llorosos y le tiembla el cuerpo entero cuando habla. Ver a mi sensata y comedida abuela tan alterada me acelera aún más si cabe el pulso—. Ni un solo agente de las fuerzas policiales ha hecho nada significativo para proteger a Ellery o a Brooke. Habéis permitido que esto suceda.

El agente Rodriguez se crispa como si le hubiera dado un bofetón.

—Nosotros no hemos... Mire, sé que es una noticia terrible. Todos estamos muy preocupados, por eso estoy aquí. Pero no sabemos si Brooke ha desaparecido. Podría estar con alguna amiga. Tenemos a varios agentes investigando esa posibilidad. Es demasiado pronto para ponernos en lo peor.

Nana enlaza las manos en el regazo, apretando los dedos con tal fuerza que los nudillos se le quedan blancos.

—En Echo Ridge, cuando una chica desaparece, no vuelve a casa, Ryan —dice con voz hueca—. Lo sabes perfectamente.

Ninguno de los dos nos presta la más mínima atención a Ezra o a mí.

—El —dice mi hermano en voz bajísima, y sé perfectamente lo que va a añadir.

«Hay que contárselo». Y hay que hacerlo, por supuesto que sí. Por lo que ha dicho el agente Rodriguez hasta el momento, no parece que tenga la más remota idea de que anoche se marchó de la Granja del Terror con nosotros. Ni eso, ni que Malcolm fue quien la llevó a casa en última instancia. Solo.

Anoche, cuando Malcolm nos dejó en casa, Brooke, desmadejada en el asiento del copiloto, parecía tan cansada y derrotada que no pude evitar volverme a mirarla una última vez.

«¿Vas a estar bien?».

«¿Por qué no iba a estarlo?».

El agente Rodriguez y Nana siguen hablando, pero mi mente apenas procesa fragmentos de lo que dicen. Se me agita el pecho cuando inspiro hondo. Sé que tengo que hablar. Sé que tengo que contarles al agente Rodriguez y a mi abuela que nuestro amigo —el hermano de Declan Kelly— es, muy probablemente, la última persona que vio a una de las candidatas a reina del baile antes de que no se volviera a saber de ella.

Y sé exactamente qué es lo que va a parecer.

CAPÍTULO DIECISÉIS

MALCOLM

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

No me doy cuenta de que estoy teniendo un *déjà vu* hasta que, efectivamente, lo estoy teniendo.

El domingo por la mañana, cuando entro en la cocina, no me resulta extraño ver al agente McNulty sentado en la isla. Peter y él son concejales del ayuntamiento, así que asumo que habrán vuelto a quedar para hablar de semáforos. Aunque apenas sean las ocho y media de la mañana, y aunque el agente McNulty escuche con sumo interés la detalladísima descripción que Katrin está haciendo de su cita de anoche con Theo.

Mi madre revolotea por la cocina, empeñada en rellenar tazas de café que aún no se han vaciado. El agente McNulty le permite llenar la suya de nuevo hasta el borde y luego pregunta:

—Entonces, ¿anoche no viste a Brooke? ¿No te llamó ni te escribió en ningún momento?

—Me escribió para preguntarme si iba a ir a la fiesta, pero no pensaba hacerlo.

—¿Y eso a qué hora fue?

Katrin arruga el rostro, pensativa.

—Sobre las... ¿diez, quizá?

—¿Podrías enseñarme el móvil, por favor?

El tono oficial con el que se lo pide me provoca un hormigueo en la piel. Este tono ya lo he oído antes.

—¿Pasa algo con Brooke? —pregunto.

Peter se pasa una mano por el mentón, que aún no se ha afeitado.

—Aparentemente, esta mañana no estaba en su habitación, y por lo que parece tampoco ha dormido en su cama. Sus padres no han vuelto a verla desde que se marchó anoche a trabajar, y no contesta al teléfono.

Se me cierra la garganta y me empiezan a sudar las palmas de las manos.

—¿En serio?

El agente McNulty le devuelve el móvil a Katrin justo cuando empieza a vibrar. Lo mira, lee el mensaje que acaba de aparecer en la pantalla y palidece.

—Es de Viv —anuncia con voz repentinamente temblorosa—. Dice que le perdió la pista a Brooke en la fiesta y que no ha vuelto a hablar con ella desde entonces. —Katrin se muerde el labio inferior y le tiende el móvil al agente McNulty, como si él pudiera cambiar el texto del mensaje—. Pensaba que estarían juntas. Brooke a veces se queda a dormir en casa de Viv porque está más cerca del parque.

El miedo empieza a ascender por mis vértebras.

«No. Esto no puede estar pasando».

Mi madre suelta la cafetera y se vuelve hacia mí.

—Malcolm, tú no verías por casualidad a Brooke cuando recogiste a los mellizos, ¿verdad?

El agente McNulty alza la vista.

—¿Anoche estuviste en la Granja del Terror, Malcolm?

Mierda, mierda, mierda.

—Solo para recoger a los mellizos Corcoran y llevarlos a casa en coche —se apresura a contestar mi madre, pero no porque en realidad le preocupe que pueda estar metido en un lío.

Noto un retortijón en el estómago. Ni se lo imagina.

El agente McNulty apoya los antebrazos sobre los resplandecientes remolinos del mármol negro de la encimera de la isla.

—¿Por casualidad viste a Brooke allí? —Parece interesado, pero no tan vehemente como cuando interrogaba a Declan.

De momento.

Hace cinco años estábamos en otra cocina: la de nuestro pequeño bungaló, a unos tres kilómetros de aquí. Mi padre le fulminaba con la mirada desde una esquina y mi madre se retorció las manos mientras Declan, sentado frente al agente McNulty, repetía en bucle las mismas respuestas. «Hace dos días que no veo a Lacey. No sé qué estaba haciendo ella esa noche. Yo estaba conduciendo».

«¿Conduciendo adónde?».

«Conduciendo, sin más. Lo hago de vez en cuando».

«¿Te acompañaba alguien?».

«No».

«¿Llamaste a alguien? ¿Escribiste a alguien?».

«No».

«Así que estuviste conduciendo solo... ¿cuánto tiempo? ¿Dos horas? ¿Tres?».

«Sí».

En aquel momento, Lacey ya estaba muerta, no desaparecida. Los trabajadores encontraron su cadáver en el parque antes de que sus padres se dieran cuenta de que no había vuelto a casa. Yo esperaba en el salón con los ojos clavados en un programa de televisión al que no le estaba prestando la más mínima atención mientras el agente McNulty acribillaba a Declan a preguntas. Jamás entré en la cocina. Jamás pronuncié palabra. Porque nada de todo aquello me concernía, salvo porque se convirtió en la mecha de combustión lenta que terminó dinamitando mi familia.

—Yo...

Estoy tardando demasiado en contestar. Inspecciono los rostros que me rodean, buscando en ellos una pista que resuelva mi dilema, pero lo único que veo son las expresiones que tienen siempre que empiezo a hablar: mi madre está atenta, Katrin molesta y Peter es la viva imagen de la contención, salvo por una leve agitación de narinas. El agente McNulty garabatea un apunte en la libreta que tiende delante y posa los ojos someramente en mí, casi con desgana. Entonces detecta algo en mi rostro que lo pone en tensión, como un gato destrozando un juguete que de repente hubiera cobrado vida. Se inclina hacia mí, clavando sus ojos azul grisáceo en mis pupilas.

—¿Tienes algo que contarnos, Malcolm? —pregunta.

CAPÍTULO DIECISIETE

ELLERY

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

Esta vez sí soy una buena testigo, no como tras el atropello del señor Bowman. Lo recuerdo todo.

Recuerdo haberle quitado el clip extendido a Brooke de las manos y haber recogido otro del suelo.

—¿Clips? —pregunta el agente Rodriguez.

Ha adoptado inmediatamente el modo interrogador en cuanto Ezra le ha contado que salimos de la Granja del Terror con Brooke. Nos trasladamos a la cocina, donde Nana prepara chocolate para todos. Yo sostengo la taza aún caliente entre las manos, agradecida, mientras explico lo que pasó antes de que Ezra se reuniera con Malcolm y conmigo.

—Sí. Estaban extendidos, ¿sabe? Casi completamente rectos. Hay mucha gente que lo hace, supongo que es un tic nervioso.

Yo lo hago, desde luego. Nunca he tenido un clip en las manos al que no haya desprovisto inmediatamente de su forma original.

Recuerdo que al principio Brooke estaba divertida, torpona y dispersa.

—Hizo el chiste de «Eso dijo ella» —le digo al agente Rodriguez.

Se queda impávido.

—¿«Eso dijo ella»?

—Sí, ya sabe, la frase de *The Office*. ¿La serie? —Ladeo la cabeza, esperando a que caiga en la cuenta, pero la confusión aún le frunce el ceño. ¿Cómo puede un veinteañero no pillar la referencia?—. Es una frase

recurrente del protagonista, un chiste para responder a cosas que pueden tener una doble interpretación. Como cuando se dice que algo está duro, y puede hacer referencia a una situación difícil o a..., bueno, ya sabe, una polla.

A Ezra se le escapa el chocolate por la nariz cuando el agente Rodriguez se pone colorado.

—Cielo santo, Ellery —espeto Nana—. Eso no es pertinente ahora mismo.

—A mí me lo ha parecido —respondo, encogiéndome de hombros.

No me canso de observar las reacciones del agente Rodriguez a cosas que no se espera.

Se aclara la garganta y evita mirarme a los ojos.

—¿Y qué pasó después de... el chiste?

—Bebió un poco de agua. Le pregunté qué hacía en el sótano. Y ahí se empezó a enfadar un poco más.

Recuerdo las palabras de Brooke como si las hubiera pronunciado hace cinco minutos: «No debería. Tengo que enseñarlo. No hay derecho, no está bien. ¿Qué pasó? ¿A vosotros no os gustaría saberlo?».

Se me encoge el estómago. Son las típicas cosas que parecen tonterías cuando una chica borracha las balbucea en una fiesta, pero que se vuelven siniestras cuando desaparece. Brooke ha desaparecido. Creo que aún no lo he asimilado. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que en cualquier momento el agente Rodriguez recibirá una llamada informándole de que quedó con algún amigo después de llegar a casa.

—Se le escapó alguna que otra lágrima al decir eso —añado—. Le pregunté si tenía algo que ver con el evento deportivo, pero me dijo que no.

—¿Insististe? —pregunta el agente Rodriguez.

—No. Dijo que quería irse a casa. Me ofrecí a ir a buscar a Kyle y me contó que habían roto. Y que, de todas maneras, tampoco estaba allí. Así que Malcolm se ofreció a llevarla en coche a casa y ella aceptó. Ahí fue cuando salí a buscar a Ezra. Llevarla a casa no fue... —Callo un momento, evaluando lo que estoy a punto de decir—. No fue premeditado. En absoluto. Se dio sin más.

Al agente Rodriguez se le arruga la frente en un ceño desconcertado.

—¿Qué estás queriendo decir?

Buena pregunta. ¿Qué estoy queriendo decir? Desde que el agente Rodriguez nos ha contado que Brooke ha desaparecido, me da vueltas la cabeza. No sabemos qué significa aún, pero hay algo que sí sé: si no aparece pronto, la gente se pondrá en lo peor y empezarán a señalar al sospechoso más evidente. Que sería, en este caso, la última persona que la vio.

Es el momento cliché de todos los especiales de *Dateline*: el amigo o el vecino o el compañero de trabajo que dice «Era tan buen tipo que nadie podría haber imaginado que fuera capaz de algo así». Aún no he tenido tiempo de procesarlo con claridad, pero hay una cosa que tengo clara: Malcolm no tenía planeado quedarse a solas con Brooke. En ningún momento tuve la sensación de que sus intenciones fueran otras que ayudarla.

—Quiero decir que fue coincidencia que Malcolm terminara llevando a Brooke a casa —respondo—. Al principio ni siquiera sabíamos que estuviera en el despacho.

—De acuerdo —sentencia el agente Rodriguez con expresión neutral—. Entonces, ¿tú fuiste a buscar a Ezra y Malcolm se quedó a solas con Brooke... durante cuánto tiempo?

Miro a Ezra, que se encoge de hombros.

—¿Cinco minutos, quizá? —aventuro.

—¿Percibiste algún cambio de humor en ella cuando volviste?

—No. Seguía triste.

—Pero has dicho que al principio no lo estaba. Que estaba de broma.

—Primero estaba de broma, pero luego se puso triste —le recuerdo.

—Está bien. Ahora, describidme cómo fue el trayecto a pie hasta el coche, por favor. Los dos.

El interrogatorio prosigue durante diez minutos más hasta que ambos llegamos, con gran esfuerzo, al momento frente a nuestra casa en el que le pregunté a Brooke si iba a estar bien. Omito la parte en la que Malcolm me preguntó si podía llamarme, que en este momento no parece relevante. Ezra tampoco la saca a colación.

—Respondió «¿Por qué no iba a estarlo?» —repite el agente Rodriguez.

—Sí.

—¿Y contestaste algo?

—No.

No dije nada, y ahora, con una punzada de arrepentimiento, caigo en que debería haberlo hecho.

—De acuerdo. —El agente Rodriguez cierra la tapa de la libreta—. Gracias. Esto ha sido muy útil. Os pondré al tanto si tuviera más preguntas que haceros.

Yo abro los puños, y me doy cuenta de que los he tenido todo este tiempo cerrados sobre el regazo. Una leve película de sudor me recubre las palmas.

—¿Y si Brooke aparece? ¿Nos informará de que está bien?

—Por supuesto. Voy ahora mismo a la comisaría. Quizá ya esté en casa, recibiendo una buena bronca de sus padres. La mayoría de las veces en eso... —Calla bruscamente y se le pone la nuca roja cuando Nana le lanza una mirada fulminante—. Eso es lo que esperamos.

Sé perfectamente qué iba a decir.

«La mayoría de las veces en eso quedan estas cosas». Es la respuesta que están entrenados a darle a alguien preocupado por la desaparición de un ser querido para evitar que entre en pánico. Pero en Echo Ridge no es de ningún consuelo.

Porque Nana tiene razón. Aquí nunca se ha cumplido.

CAPÍTULO DIECIOCHO

MALCOLM

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

—Eres un testigo primordial en este caso, Malcolm. Tómate tu tiempo.

Los antebrazos del agente McNulty siguen apoyados en la isla de la cocina. Se ha remangado y su reloj da las nueve y cuarto. Brooke lleva al menos diez horas desaparecida. No es demasiado tiempo, pero parece una eternidad si te pones a pensar en la cantidad de cosas que pueden haberle pasado a alguien mientras los demás dormían.

Estoy sentado en un taburete alto junto a él. Apenas nos separan un par de metros, y a mí me parecen insuficientes. Los ojos del agente McNulty, fríos e inexpresivos, se clavan en mí. Ha dicho «testigo», no «sospechoso», pero no me mira como tal.

—Ya está —respondo—. Eso es lo único que recuerdo.

—¿Podrían corroborar los hermanos Corcoran tu versión hasta que los dejaste en su casa?

Dios. «Corroborar tu versión». Se me tensa el estómago. Debería haber llevado a Brooke a casa primero. De haber sido así, todo parecería distinto.

—Sí —respondo.

¿Qué demonios debe estar pensando Ellery ahora mismo? ¿Se habrá enterado, siquiera?

¿A quién pretendo engañar? Estamos en Echo Ridge. El agente McNulty lleva en nuestra casa más de una hora. Ya se ha enterado todo el mundo.

—De acuerdo —dice el agente McNulty—. Retrocedamos un poco, antes de anoche. ¿Notaste algo extraño en Brooke en las últimas semanas? ¿Algo que te preocupara o que te sorprendiera?

Mis ojos se dirigen a Katrin. Está apoyada en la encimera, pero está tensa, como si alguien la hubiera dejado ahí, como un maniquí.

—La verdad es que no conozco a Brooke —respondo—. No la veo mucho.

—Pero pasa mucho tiempo aquí, ¿no? —pregunta el agente McNulty.

Da la sensación de que siguiera una pista, pero no sé qué pista. Sus ojos abandonan mi rostro y se posan en mi rodilla, y entonces me doy cuenta de que la muevo frenéticamente. Presiono un puño contra la pierna para detener el movimiento.

—Sí, pero no conmigo.

—Piensa que estás bueno —dice Katrin de repente.

¿A qué coño ha venido eso? Se me cierra la garganta, así que no podría contestar ni aunque supiera qué decir.

Todos se vuelven hacia Katrin.

—Lleva un tiempo diciéndolo —continúa. Habla en voz baja, pero todas y cada una de sus palabras son precisas y perfectamente audibles—. El fin de semana pasado, que se quedó a dormir, me desperté y no estaba en el cuarto. La estuve esperando como veinte minutos antes de volverme a dormir, pero no volvió. Pensé que igual estaba contigo. Sobre todo porque un par de días después rompió con Kyle.

Sus palabras se me clavan como un puñetazo en el estómago cuando las cabezas de todos los presentes en la sala se giran hacia mí. Dios del cielo, ¿por qué ha tenido Katrin que decir eso? Tiene que ser consciente de en qué posición me deja. Más sospechoso aún de lo que ya parecía.

—Pues no lo estaba —consigo decir.

—Malcolm no tiene novia —se apresura a contestar mi madre. En cuestión de media hora, ha envejecido un año: tiene las mejillas hundidas; el moño, siempre perfecto, ribeteado de mechones sueltos; y una profunda arruga marcada entre las cejas. Sé que está reviviendo los mismos recuerdos que yo—. Él no es... Siempre ha pasado más tiempo con sus amigos que con chicas.

«Él no es como Declan». Eso es lo que ha estado a punto de decir.

El agente McNulty clava sus ojos en los míos.

—Si entre Brooke y tú había algo, Malcolm, este es el momento de decirlo. No implica que estés en un lío. —Se le crispa la mandíbula, delatando su mentira—. Solo sería una pieza más del rompecabezas que estamos intentando resolver.

—Entre nosotros no había nada —respondo, topándome con la mirada gélida de Katrin. Se acerca más a Peter, que no ha pronunciado palabra en todo este tiempo y tiene los brazos cruzados y cara de estar profundamente preocupado—. Solo veo a Brooke cuando está con Katrin, salvo... —De repente se me ocurre algo, y vuelvo a mirar al agente McNulty. Está completamente alerta, inclinado hacia mí—. La vi hace unos días. Yo iba con Mia en el coche —me apresuro a añadir—. Vimos a Brooke en el centro, hablando con Vance Puckett.

El agente McNulty parpadea. Frunce el ceño. Sea lo que sea que estuviera esperando que dijera, no era esto.

—¿Vance Puckett?

—Sí. Estaba tapando la pintada del taller Armstrong y Brooke se le acercó. Tuvieron una charla un tanto... agitada. Me ha preguntado si recordaba algo fuera de lo normal, y eso fue, bueno, raro.

A medida que voy pronunciando esas palabras, me doy cuenta de a qué suenan.

A sospechoso con algo que ocultar intentando desviar la atención.

—Interesante —asiente el agente McNulty—. Vance Puckett ha pasado la noche en la celda de la comisaría por liarla estando borracho y, de hecho... —Se mira el reloj—. Lo más probable es que allí siga. Pero gracias por la información. Nos aseguraremos de interrogarle. —Se recuesta y cruza los brazos. Lleva una camisa de traje y unos pantalones recién planchados. Probablemente se estuviera vistiendo para ir a misa cuando le dieron el aviso—. ¿Hay algo más que te parezca que nos convendría saber?

Noto el peso del teléfono en el bolsillo. No me ha vibrado ni una sola vez, lo que probablemente implica que Mia aún no se ha despertado. El último mensaje que tengo es el que me mandó Declan antes de que entrara en la Casa del Terror a recoger a los gemelos.

«Voy a estar unas horas en la ciudad. No te pongas nervioso».

¿A qué vino? ¿Por qué estaba aquí mi hermano, otra vez, justo cuando desaparece una chica?

Si ahora mismo le enseñara ese mensaje al agente McNulty, las tornas cambiarían inmediatamente. Katrin dejaría de apuñalarme con la mirada. El agente McNulty dejaría de formular las mismas preguntas de doce maneras diferentes. Sus sospechas se apartarían de mí y regresarían adonde llevan estando desde que Lacey murió. A Declan.

Trago saliva y dejo el teléfono donde está.

—No. Nada más.

CAPÍTULO DIECINUEVE

ELLERY

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

Soy incapaz de quedarme quieta.

Me paso la tarde entera dando vueltas por la casa de mi abuela, cogiendo cosas y volviéndolas a soltar. Las estanterías del salón están llenas de esas figuritas de porcelana que tanto le gustan. Nana las llama Hummels, que es el nombre de la mujer que concibió a los personajes que representan. Niños y niñas rubios de mejillas orondas que trepan árboles o cargan cestas o se abrazan. Hace unos días, cuando cogí una de un estante, Nana me contó que Sadie la rompió cuando tenía diez años.

—Se le cayó al suelo y se le partió la cabeza en dos —dijo Nana—. Volvió a pegarla y estuve semanas sin darme cuenta.

En cuanto buscas la fisura, sin embargo, es evidente. Yo sostuve la niña de porcelana en mi mano y contemplé la serrada grieta blanca que le recorre un lateral del rostro.

—¿Te enfadaste? —le pregunté a Nana.

—Me puse hecha una furia —respondió—. Son artículos de coleccionista. Las niñas tenían prohibido tocarlas. Pero Sadie no podía evitarlo. Supe que había sido ella, aunque Sarah se inculpó.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque no quería que castigara a su hermana —contestó Nana. Por primera vez, un gesto adolorido surcó su rostro al hablar de Sarah—.

Supongo que siempre fui un poco más dura con Sadie. Quizá porque era la que siempre se estaba metiendo en líos.

Hasta este preciso instante, no he caído en la cuenta de que parte de esa tristeza tal vez se debiera a mi madre. Otra niña rota, desmembrada y vuelta a recomponer de mala manera. Aún entera, pero nunca igual que antes.

En el salón solo hay una foto de familia: en ella aparecen Nana y mi abuelo, que debían estar casi al borde de la cuarentena, y Sarah y Sadie, que deben tener unos doce años. La cojo y contemplo sus rostros. Lo único que me viene a la mente es: «No se lo imaginaban».

Igual que tampoco se lo imaginaba la familia de Brooke. O tal vez sí. Tal vez lleven preocupados desde que pintaron su taquilla y dejaron carne sanguinolenta en el coche de su hija, preguntándose si deberían tomar cartas en el asunto. Tal vez ahora eso los esté reconcomiendo, porque es casi la una y nadie sabe nada de ella.

Me vibra el teléfono y dejo la foto en su sitio para sacármelo del bolsillo. Se me acelera el pulso al ver que el mensaje es de Malcolm: «¿Podemos hablar?».

Vacilo. Llevo pensando en escribirle desde que el agente Rodriguez se marchó, pero no sabía qué decirle. Y sigo sin saberlo. En la pantalla aparecen tres puntos suspensivos grises, y me olvido de respirar mientras los observo.

«Entendería que no quisieras».

Pero lo cierto es que sí quiero.

«Vale. ¿Dónde?», respondo.

«Donde quieras. ¿Puedo ir a tu casa?».

Es buena idea, porque mi abuela no me va a dejar salir hoy de ninguna de las maneras. Me sorprende incluso que haya bajado al sótano a hacer la colada.

«¿Cuándo?», pregunto.

«¿En diez minutos?».

«Vale».

Subo las escaleras y llamo a la puerta del cuarto de Ezra. No responde, probablemente porque está escuchando música a todo trapo con los cascos puestos. Es su válvula de escape cuando está preocupado. Giro el pomo,

abro la puerta y, tal y como esperaba, lo veo sentado frente a su escritorio con los auriculares abrazándole las orejas y los ojos clavados en el ordenador. Da un respingo cuando le toco un hombro.

—Va a venir Malcolm —le digo cuando se quita los cascos.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues la verdad es que no me lo ha dicho, pero he dado por hecho que... Bueno, ya sabes, querría hablar de lo de Brooke y quizá... —Me viene a la mente su segundo mensaje. «Entendería que no quisieras»—. Tal vez explicarnos qué pasó después de que nos dejara en casa.

—Ya sabemos qué pasó —responde Ezra. Ya hemos escuchado su versión de boca de Nana, que se la ha oído a Melanie, que probablemente la haya oído de Peter Nilsson. O de alguno de esos habitantes de Echo Ridge que parecen enterarse de absolutamente todo en cuanto pasa—. Malcolm dejó a Brooke en la puerta y ella entró en casa. —Frunce el ceño al ver que no respondo—. ¿Qué pasa? ¿No te lo crees? Vamos, Ellery. Que es nuestro amigo.

—Solo lo conocemos desde hace un mes —me defiendo—. Y la primera vez que le vi fue en la cena benéfica en honor de Lacey y tenía un spray de pintura roja en la mano. —Ezra abre la boca, pero yo continúo antes de que me interrumpa—. Mira, lo único que digo es que no me parece descabellado interrogarlo ahora mismo.

—¿Le vas a interrogar tú? —pregunta Ezra.

Me lo pienso. No quiero. A Malcolm solo le conozco comportamientos amables, incluso estando frustrado. Por no mencionar que se ha pasado cinco años a la sombra de «Declan Kelly, sospechoso de asesinato». Aunque hubiera querido hacerle daño a Brooke, no es imbécil. No se pondría en una situación similar a la de Declan antes de hacerlo.

A menos que no fuera premeditado.

Dios. Pensar así es agotador. Ezra tiene suerte de no haber leído tantos libros sobre resolución de crímenes como yo. Soy incapaz de olvidar lo que he aprendido en ellos.

Sacude la cabeza y parece decepcionado, pero no particularmente sorprendido.

—Esto es precisamente lo que menos necesitamos ahora mismo, El. Teorías locas que distraigan a la gente de lo que está pasando realmente.

—¿Que es...?

Se pasa una mano por la cara.

—Y yo qué coño sé. Pero no creo que nuestro amigo esté involucrado solo por haber estado en el lugar menos oportuno en el momento equivocado.

Yo me retuerzo las manos y taconeó. Soy incapaz de estar quieta.

—Voy a esperarle fuera. ¿Vienes?

—Sí —dice Ezra.

Se desengancha los auriculares del cuello y los deja entre el desorden de su escritorio. Se ha esforzado más que yo por darle un toque personal a la habitación, colgando en las paredes fotos de sus grupos favoritos y de nuestro antiguo instituto. Parece el cuarto de un adolescente, mientras que el mío sigue pareciendo un cuarto de invitados. No sé a qué estoy esperando. Supongo que a tener la sensación de que encajo aquí.

Bajamos las escaleras, salimos al porche y nos sentamos en el banco que hay al lado de la puerta. No llevamos ni dos minutos esperando cuando el coche de la señora Nilsson aparece en la entrada. Malcolm baja, nos saluda con gesto lánguido y cruza el césped hacia nosotros. En el banco hay sitio para uno más, pero no se sienta. Se apoya contra la barandilla, de cara a nosotros, y mete las manos en los bolsillos. No sé adónde mirar, así que clavo la vista en un punto indeterminado sobre su hombro.

—Hola, chicos —dice en voz baja.

—¿Cómo lo llevas, Mal? —le pregunta Ezra.

Yo le miro de reojo cuando la tensión de su rostro se relaja levemente. Me doy cuenta de que significa muchísimo para él que Ezra le haya saludado como si no pasara nada.

—He tenido días mejores —responde—. Solo quería deciros... —Me mira a mí, como si supiera que Ezra ni siquiera se lo ha planteado—. Quería contaros yo mismo lo que le he dicho al agente McNulty, que vi a Brooke entrar en casa sana y salva. Y luego volví a casa, y no he vuelto a saber nada más de ella hasta esta mañana.

—Ya lo sabemos. Mal sitio, peor momento —afirma Ezra, repitiendo lo que acaba de decirme arriba—. Pero no te pueden culpar por eso...

—Bueno... —Malcolm se recuesta un poco más contra la barandilla—. La cosa es que... Katrin va diciendo cosas por ahí. —Traga saliva—. Cree que Brooke y yo nos estábamos enrollando.

Yo me envaró y Ezra inspira bruscamente.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Por qué?

Malcolm se encoge de hombros, frustrado.

—No lo sé. La semana pasada me pidió si me importaría acompañar a Brooke al baile de bienvenida, porque acababa de romper con Kyle y no tenía acompañante. —Me mira fijamente, pero yo detecto la mirada de reojo, porque vuelvo a tener los ojos clavados en un punto encima de su hombro—. No se lo pedí y Katrin no volvió a sacar el tema. Pero esa es la única vez que ha hablado de Brooke y de mí. Incluso entonces, sugirió que fuéramos en plan amigos.

Yo bajo la vista y contemplo una mariposa recorrer lentamente uno de los tablones de madera del suelo hasta colarse por una grieta.

—Creía que Katrin y tú os llevabais bien —digo.

—Yo también lo creía —responde él con voz apesadumbrada—. De verdad que no tengo ni idea de dónde se ha sacado eso. Me pone enfermo. Estoy preocupadísimo por Brooke. Pero no es cierto. En absoluto. Así que quería que también lo supierais.

Por fin me atrevo a mirarle a los ojos. Ahora mismo desprenden tristeza, miedo y, sí, bondad. En ese momento, decido creer que no es «un muchachito temperamental, como su hermano» ni «un sospechoso con una oportunidad y un móvil» ni «el pacífico vecino del que jamás sospecharías». Decido creer que es la persona que siempre ha demostrado ser.

Decido confiar en él.

—Te creemos —le digo, y parece como si el alivio lo desinflara.

CAPÍTULO VEINTE

MALCOLM

LUNES 30 DE SEPTIEMBRE

A la hora del almuerzo, Brooke aún no ha aparecido. Y estoy empezando a experimentar en carne propia por lo que pasó mi hermano hace cinco años.

El alumnado del instituto Echo Ridge al completo lleva toda la mañana con los ojos fijos en mí. Todo el mundo susurra a mis espaldas, salvo los que lo hacen directamente a la cara, como Kyle McNulty. Él y su hermana, Liz, han pasado el fin de semana fuera visitando a unos amigos en la Universidad de Vermont, así que a él no le ha interrogado nadie. Poner un pie en el vestíbulo esta mañana y que me agarrara del brazo para estrellarme contra las taquillas ha sido todo uno.

—Si le has hecho algo a Brooke, acabaré contigo —me ha gruñido.

Me he zafado y le he devuelto el empujón.

—Que te jodan, McNulty.

Si un profesor no se hubiera interpuesto entre nosotros, probablemente me habría pegado.

Ahora Mia y yo nos dirigimos a la cafetería y de camino pasamos junto a un cartel del baile de bienvenida. Durante los avisos matutinos, el director Slate ha dicho que, aunque aún no habían decidido si cancelarlo, iban a «reducir significativamente la magnitud del evento», y que no habría corte. Ha terminado con un recordatorio para que denunciemos a cualquier persona o conducta sospechosa.

Que es lo que yo soy para la mayor parte del alumnado.

Si todo esto no me tuviera tan revuelto, probablemente me haría gracia la ferocidad con la que la mirada de Mia abrasa a cualquiera que pase junto a nosotros por el pasillo.

—Vamos, intentadlo —murmura cuando un par de compañeros de equipo de Kyle, el doble de grandes que ella, me dedican una mirada asesina—. Ojalá os atreváis.

En la cafetería, cada uno coge una bandeja. Yo amontoño en la mía comida que sé que no voy a ser capaz de tragar y luego nos dirigimos a nuestra mesa de siempre. Sin necesidad de acordarlo previamente, nos sentamos de espaldas a la pared, mirando hacia el comedor. Si alguien decide venir a por mí, prefiero verlo.

Mia dispara una mirada de odio puro a la mesa de Katrin, donde Viv gesticula exageradamente.

—Te apuesto lo que quieras a que ya está maquinando su próximo artículo. Este era exactamente el giro argumental que estaba esperando.

Yo me esfuerzo por tragar un sorbo de agua.

—Dios, Mia, que son amigas.

—Tienes que dejar de pensar siempre bien de la gente, Mal —dice Mia—. De ti no piensa bien nadie. Deberíamos... —Deja la frase a medias cuando el volumen de los murmullos del comedor aumenta.

Los mellizos Corcoran acaban de salir de la cola, sendas bandejas en mano. Hoy todavía no he hablado con ellos, y todas las veces que he visto a uno o a la otra, estaban rodeados de un corrillo de alumnos. El instituto entero sabe que fueron los penúltimos en ver a Brooke antes de que desapareciera, y todo el mundo quiere conocer su versión de lo que pasó el sábado por la noche. No me hace falta acercarme para deducir qué preguntas están teniendo que contestar: «¿Os habéis enterado de que Brooke y Malcolm estaban enrollados? ¿Parecían incómodos el uno con la otra? ¿Se estaban peleando?».

«¿Crees que Malcolm le habrá hecho algo?».

Ayer me di cuenta de que Ezra es exactamente igual que Mia: ni siquiera se le pasó por la cabeza que hubiera podido hacer algo distinto a dejar a Brooke en su casa. La mente de Ellery, sin embargo, no funciona así. Es suspicaz por naturaleza. Lo entiendo, pero... me dolió. Y aunque,

aparentemente, terminó entrando en razón, no sé si le durará mucho la confianza con medio instituto intentando ponerla en mi contra.

Mia los observa a ambos como si estuviera pensando exactamente lo mismo que yo. Ezra repara en nosotros casi al mismo tiempo que Katrin levanta una mano.

—¡Ellery! —grita Katrin—. ¡Ven aquí!

La orden no se extiende a Ezra, y siento un agradecimiento casi patético cuando él continúa hacia nosotros, aunque probablemente se deba a que no ha recibido ninguna otra invitación.

Ellery duda, y parece que el comedor entero la observara. Hoy lleva la melena rizada suelta y, cuando mira hacia Katrin, le oculta la mitad del rostro. El corazón me martillea en el pecho mientras intento convencerme de que da igual lo que haga. No cambia nada. Brooke seguirá desaparecida, y la mitad de la ciudad odiándome porque me apellido Kelly.

Ellery levanta la mano, saluda a Katrin y, acto seguido, da media vuelta y sigue a Ezra hasta nuestra mesa. Tengo la sensación de que es la primera vez que suelto aire en todo el día, aliviado, pero el murmullo del comedor no hace más que aumentar. Ezra llega primero, acerca dos sillas arañando el suelo con un fuerte chirrido y se acomoda en una de ellas.

—Hola —dice en voz baja.

Ellery coloca su bandeja junto a la de él y se sienta en la silla libre, dedicándome una sonrisa titubeante.

Nos hemos convertido en una compañía de marginados en un santiamén.

* * *

«No hay derecho. No está bien».

Es lo que mejor recuerdo de lo que dijo Brooke en el despacho de la Granja del Terror. Ellery también.

—La única vez que almorcé con Katrin y con ella, estaba abatida —dice—. Definitivamente, le pasaba algo.

Después de clase hemos venido a casa de Mia, y estamos desperdigados por su sala de estar. Yo no pierdo de vista las redes sociales, con la esperanza de encontrar alguna actualización tranquilizadora sobre Brooke,

pero lo único que veo son mensajes para organizar una partida de búsqueda. La policía no quiere que la gente actúe por libre, así que están reclutando voluntarios para coordinar la iniciativa.

Daisy está, como de costumbre, encerrada en su cuarto, y los padres de Mia no están en casa. Menos mal. Quiero pensar que la doctora Kwon y su marido no me tratarían de manera distinta a como lo han hecho siempre, pero creo que no estoy mentalmente preparado para lo contrario si no es el caso.

—Igual por eso estaba hablando con Vance —dice Mia. Le sigue haciendo hervir la sangre que nadie me haya hecho caso al respecto—. Podría haber estado pidiendo ayuda.

Ezra no parece muy convencido.

—No sé. Yo a ese tipo solo le he visto una vez, y no parecía precisamente una persona solícita.

—Fue la pareja de Sadie en el baile de bienvenida —comenta Ellery—. Supongo que no tiene ninguna relevancia, pero... ¿no es raro que no deje de salir a colación?

—Sí —conuerdo—, pero se pasó la noche en el calabozo.

—Según el agente McNulty... —comenta Ellery en tono lúgubre.

La miro desconcertado.

—¿Qué? ¿Crees... crees que eso se lo ha inventado?

Al menos es equitativa en lo que respecta a teorías conspiratorias.

—No creo que la policía de Echo Ridge sea demasiado competente. ¿Vosotros sí? —pregunta—. Básicamente, lo que ha pasado es que alguien les ha dibujado un mapa diciéndoles «Hola, oye, esta es mi siguiente víctima», y aun así ha desaparecido.

La última palabra se le entrecorta cuando se hunde en el enorme sofá de cuero del salón de la familia Kwon. Yo contemplo con desconcierto lo perdida que parece de repente, y entonces me entran ganas de darme un bofetón por haber estado tan sumido en mis propios problemas y no haber caído antes.

—Estás asustada —digo, porque es evidente que lo está.

Ella también estaba en la lista.

Ezra se echa hacia delante.

—A ti no te va a pasar nada, El —dice, como si pudiera convertir su sentencia en realidad a fuerza de voluntad.

Mia, sentada a su lado, asiente con vehemencia.

—Ya lo sé. —Ellery se abraza las rodillas contra el pecho y apoya la barbilla en ellas—. Estas cosas no funcionan así. Las desapariciones se dan de una en una. Ahora no hay motivos para preocuparse por mí, o por Katrin. Solo por Brooke.

De ninguna manera pienso recordarle que no tenemos la más mínima idea de cómo funcionan estas cosas.

—Podemos preocuparnos por todas, pero no os va a pasar nada, Ellery. Nos aseguraremos de ello.

Es el peor consuelo del mundo, especialmente viniendo del chico que pensaba que había dejado a Brooke sana y salva en su casa, pero es el único que puedo ofrecerle.

En las escaleras suena un leve ruido de pasos, y Daisy aparece en el rellano. Lleva unas gafas de sol gigantes y un jersey ancho, y aferra el bolso como si fuera un escudo.

—Voy a salir un rato —dice, dirigiéndose a la puerta, aunque antes coge una chaqueta del perchero.

Se mueve a tal velocidad que da la sensación de que flotara sobre el suelo.

—Vale —dice Mia, toqueteando la pantalla del teléfono como si apenas le estuviera prestando atención. Pero en cuanto la puerta se cierra tras su hermana, levanta la cabeza como impulsada por un resorte—. Vamos a seguirla —susurra lo más fuerte que puede al tiempo que se incorpora de un salto.

Ezra y Ellery enarcan las cejas tan coordinados que casi resulta cómico.

—Ya sabemos adónde va —rebato, y me sonrojo cuando los mellizos intercambian una mirada de sorpresa.

Genial. Nada mejor que revelarte ante tus únicos amigos como un acosador.

—Pero no sabemos por qué —replica Mia, asomándose entre las persianas de la ventana que hay más cerca de la puerta—. Daisy está yendo al psicólogo y no me ha contado nada —añade por encima del hombro,

dirigiéndose a los mellizos—. Es todo muy misterioso y ya estoy hasta las narices de misterios. Si nos damos prisa, este al menos lo podremos resolver. Vale, acaba de arrancar. Vamos.

—Mia, esto es ridículo —protesto, pero para mi sorpresa, Ellery ya está de camino a la puerta y Ezra la está siguiendo.

A ninguno de los dos parece preocuparles lo más mínimo que Mia esté espiando a su hermana y que yo la esté ayudando a ello. Así que nos metemos en el Volvo de mi madre y recorremos el mismo camino por el que seguimos a Daisy el jueves pasado. No tardamos en alcanzarla, aunque dejamos un par de coches de distancia.

—No la pierdas —me pide Mia con los ojos clavados en la carretera—. Necesitamos respuestas.

—¿Qué vas a hacer? ¿Intentar espiar la sesión con la psicóloga?

Ezra parece confuso y angustiado. Yo estoy con él: incluso aunque no fuera una tremenda invasión de la privacidad de Daisy, a la par que probablemente ilegal, no se me ocurre cómo podría hacerlo.

—No lo sé —responde Mia, encogiéndose de hombros. Muy típico de Mia: pura acción, cero planificación—. Va dos veces a la semana. ¿No os parece mucho?

—Ahí me pillas —respondo al tiempo que me incorporo al carril izquierdo para tomar el giro que Daisy hará a la izquierda en el próximo cruce.

Solo que no lo hace. Tengo que virar para seguir de frente y el coche que viene detrás de mí pita cuando me salto un semáforo en ámbar.

—Sobre ruedas —comenta Ezra—. Esto está saliendo bien. Todo muy sigiloso.

Mia frunce el ceño.

—¿Y ahora adónde va?

—¿Al gimnasio? —sugiero, empezando a sentirme imbécil—. ¿De compras?

Pero Daisy no se dirige al centro de la ciudad ni a la autovía que lleva al centro comercial más cercano. Continúa conduciendo por carreteras secundarias hasta que dejamos atrás el Bar Bukowski y entramos en Solsbury, la ciudad vecina. Las casas son más pequeñas y están más juntas

que en Echo Ridge, y salta a la vista que cuidan mucho menos sus jardines. El intermitente de Daisy empieza a parpadear cuando pasamos junto a una licorería y gira siguiendo un cartel que reza «Urbanización Pine Crest».

«Tiene valor llamar a este sitio como el barrio más pijo de Miami», pienso. Es una urbanización de casas baratas y cuadradas de las que no se encuentran en Echo Ridge, pero que abundan en Solsbury. Mi madre y yo estuvimos mirando pisos en un sitio parecido justo antes de que Peter y ella empezaran a salir. De lo contrario, no habríamos podido mantener nuestra casa mucho más tiempo, ni aunque fuera el bungalow más pequeño y cochambroso de todo Echo Ridge.

—¿Se muda? —se pregunta Mia en voz alta.

Daisy entra en un aparcamiento y estaciona el Nissan frente al número 9. A su derecha hay un coche azul, y yo ocupo el lugar vacío que queda junto a él. Nos encogemos en nuestros respectivos asientos cuando sale del coche, como si así fuéramos a mantener el incógnito. Lo único que tendría que hacer para pillarnos sería reconocer el Volvo de mi madre de reojo. Pero no lo hace y, cuando sale del coche, cruza la acera y llama a la puerta.

Una, dos y luego una tercera vez.

Daisy se quita las gafas, las guarda en el bolso y vuelve a llamar.

—Igual deberíamos irnos antes de que desista. Creo que no hay nadie en casa... —Callo cuando la puerta del número 9 se abre. Alguien abraza a Daisy y la recuesta para darle un beso tan apasionado que Mia, a mi lado, contiene un grito.

—Ay, Dios, ¡que Daisy tiene novio! —dice, zafándose del cinturón de seguridad e inclinándose tanto hacia la izquierda que prácticamente se apoya en mi regazo—. ¡Pero si lleva siendo un llanto con patas desde que volvió a casa! Esto no me lo esperaba.

Todos estiramos el cuello para ver mejor, pero hasta que Daisy no rompe el beso, no llego a divisar con quién está.

Además, veo algo que llevo años sin ver: a mi hermano sonriendo como si se le fuera a romper la cara, antes de atraer a Daisy hacia la casa y cerrar la puerta tras ella.

CAPÍTULO VEINTIUNO

ELLERY

LUNES 30 DE SEPTIEMBRE

—Vaya —comenta Malcolm mientras introduce las fichas en la ranura del futbolín—. Esto ha sido interesante.

Tras marcharnos del apartamento de Declan, hemos parado en el primer sitio donde nos ha parecido que Daisy y él nunca tendrían una cita. Ha resultado ser unos recreativos. Hace años que no piso un sitio así, y se me había olvidado la sobredosis de estímulos que supone: luces brillantes, juegos que pitan, musiquillas enlatadas y niños chillones.

El chaval de la entrada al principio no sabía si dejarnos pasar.

—Deberíais venir con niños —ha comentado, echando un vistazo al pasillo vacío tras nosotros.

—Somos niños —ha recalcado Mia, y le ha extendido la mano para que le pusiera un sello.

Pero resulta que los recreativos son el lugar perfecto para una reunión clandestina. Todos los adultos presentes están demasiado ocupados persiguiendo a sus propios críos o escondiéndose de ellos como para prestarnos atención a nosotros. Una extraña paz me ha invadido tras la incursión en la urbanización, y el miedo que se había apoderado de mí en casa de Mia ha desaparecido casi por completo. Encontrar una nueva pieza en el rompecabezas de Echo Ridge tiene algo de satisfactorio, aunque aún no tenga claro dónde encaja.

—Vaya. —Mia repite las palabras de Malcolm y agarra un mango al otro lado del futbolín. Ezra está en su equipo, mientras que yo voy en el de Malcolm. De una esquina aparece una pelotita, y Mia hace girar una de las barras con violencia, sin rozar siquiera el balón—. Tu hermano y mi hermana. ¿Cuánto tiempo crees que llevan juntos?

Malcolm coloca uno de sus jugadores con mucho cuidado antes de golpear la pelota. De no ser por el parón de Ezra, habría marcado.

—No tengo ni puñetera idea. ¿Desde que volvieron a casa, quizá? Pero eso no explica qué hacen aquí. ¿No podrían haberse enrollado en New Hampshire? ¿O en Boston? —Le pasa la pelotita a uno de sus jugadores, luego hace un pase atrás hacia los míos y yo disparo el balón hacia la portería. Malcolm me dedica una sonrisa sorprendida y ligeramente desenchajada que le aligera la tensión de la mandíbula—. Nada mal.

Me gustaría devolvérsela, pero no puedo. Hay algo a lo que llevo dándole vueltas desde que hemos salido de la urbanización y no dejo de pensar en cómo —o si debería, siquiera— sacarlo a colación.

—No creo que puedan enrollarse en cualquier parte —comenta Mia—. ¿Te imaginas que alguno de los periodistas que han estado merodeando por Echo Ridge se enterara de esto? ¿Que el novio y la mejor amiga de Lacey Kilduff están juntos, cinco años después de lo que pasó? ¿Mientras alguien se burla de su asesinato haciendo pintadas de mal gusto por toda la ciudad y otra chica acaba de desaparecer? —Se estremece al tiempo que consigue rozar la pelota con el borde de uno de sus jugadores—. La gente se les echaría encima.

—¿Y si no ha pasado cinco años después? —Las palabras brotan solas de mi boca, y Malcolm se queda inmóvil. La pelotita rueda por la mesa sin que nada se lo impida y se queda encajada en una esquina—. O sea —añado, casi como pidiendo disculpas—, igual llevan juntos un tiempo.

Mia niega con la cabeza.

—Daisy ha tenido otros novios. Estuvo a punto de prometerse con un chico con el que salía en Princeton.

—Vale, puede que no lleven cinco años juntos —respondo—, pero quizá..., ¿lo estuvieron en algún momento en el instituto?

A Malcolm se le tensa de nuevo la mandíbula. Apoya los antebrazos en el futbolín y clava sus ojos verdes en mí. A tan poca distancia, ambos gestos resultan desconcertantes.

—¿Cuándo, por ejemplo?

«Cuando Declan aún salía con Lacey. Se trataría del clásico triángulo amoroso pasional». Tengo que morderme los carrillos para evitar decirlo en voz alta. ¿Y si Declan y Daisy se enamoraron hace años y querían salir juntos, pero Lacey no estaba dispuesta a soltar a Declan? O tal vez amenazó con hacerle algo a Daisy en venganza, y Declan, furioso, una noche perdió los papeles y la mató. Después Daisy habría cortado, evidentemente, todo contacto con él, y habría intentado olvidarle sin éxito. Me muero de ganas de ampliar mi teoría, pero un breve vistazo a la expresión helada de Malcolm basta para disuadirme.

—No sé —eludo la pregunta y agacho los ojos—. Solo estaba lanzando ideas.

Ezra llevaba razón con lo que me dijo en la biblioteca: no puedes ir por ahí soltándole a la gente, sin paños calientes, que sospechas que su hermano es un asesino.

Mia no capta el significado oculto de mi intercambio con Malcolm. Está demasiado concentrada en sacudir su hilera de jugadores pintados de azul sin rozar la pelota.

—Pero si Daisy me lo contara a mí, o a algún otro miembro de mi familia, no pasaría nada.

—Igual deberías usar un truquillo de hermana pequeña —sugiere Ezra.

—¿Cuál?

—Que te cuente qué está pasando o tú le cuentas a tus padres lo que has visto —dice, encogiéndose de hombros.

Mia le mira con los ojos como platos.

—Eso es directamente malvado.

—A la par que efectivo, supongo —responde Ezra. Mira a Malcolm—. A ti te sugeriría lo mismo, pero acabo de ver lo grande que es tu hermano, así que mejor no.

—Ah, sí. —Malcolm contrae el rostro—. Me mataría. No literalmente —añade a regañadientes, mirándome de reojo—. De todas maneras, sabe

que yo no lo haría. A mi padre le daría igual, pero mi madre se volvería loca. Sobre todo ahora.

A Mia le brillan los ojos cuando alinea a sus jugadores para disparar a puerta.

—A mí eso no me preocupa.

Jugamos un rato más en silencio. No puedo dejar de darle vueltas a la teoría sobre Declan y Daisy que no he llegado a compartir, buscándole lagunas. Sin duda, tiene unas cuantas. Pero es que es un básico de los casos de jóvenes desaparecidas o asesinadas: el culpable siempre es el novio. O un pretendiente frustrado. Porque si tienes diecisiete años, eres una chica preciosa y encuentran tu cadáver en un lugar con fama de picadero, ¿de qué otra cosa puede tratarse aparte de un crimen pasional?

Y eso deja a Declan como único sospechoso. De la única otra persona de la que tengo sospechas remotas es del chico en cuya existencia Lacey nunca reparó: el agente Ryan Rodriguez. Soy incapaz de quitarme de la cabeza la foto del anuario o la descripción que hizo Sadie de su reacción en el funeral de Lacey. A pesar de todo, el agente Rodriguez no encaja tan bien como Declan: el hermano de Malcolm es el sospechoso perfecto, sobre todo ahora que sabemos lo suyo con Daisy.

No me trago lo de que sea algo reciente. Lo único que dudo es si Malcolm estará dispuesto a reconocerlo.

Le miro de reojo mientras gira el manillar, completamente concentrado en la partida. El ceño fruncido, las comisuras de sus ojos verdes arrugadas cuando lanza un buen disparo, los brazos flexionados. No tiene ni idea de lo bueno que está, y eso es un tanto problemático. Está tan acostumbrado a vivir en la sombra de su hermano que no concibe poder llamarle la atención a una chica como Brooke, aunque para cualquier otra persona resulte evidente a un kilómetro de distancia.

Alza la vista y me mira a los ojos. Pillada. Me noto sonrojarme y su boca se curva en una media sonrisa. Luego baja la vista de nuevo, saca el móvil del bolsillo y desbloquea la pantalla. Se le descompone el rostro en un segundo. Mia también se da cuenta y deja de agitar los mangos del fútbol.

—¿Alguna noticia? —pregunta.

—Un mensaje de mi madre. De Brooke, nada —responde Malcolm, y todos nos relajamos. Pero, por su expresión, el mensaje no puede ser bueno—. Lo único, que mañana hay una partida de búsqueda. Es de día, así que no se espera que asistan alumnos. Y ha salido un artículo en el *Boston Globe*. —Suspira apesadumbrado—. Mi madre se está volviendo loca. Se traumatiza cada vez que las noticias mencionan a Lacey.

—¿Puedo verlo? —le pido.

Me tiende el teléfono y leo el fragmento que cabe en la pantalla.

«La ciudad lleva en vilo desde que a principios de septiembre comenzaron a producirse una serie de actos vandálicos. En varios carteles y edificios han aparecido pintadas que simulan haber sido redactadas por el asesino de Lacey Kilduff. Las amenazas anónimas auguraban una nueva agresión a las candidatas a reinas del baile de bienvenida, una breve lista de la que Brooke Bennett era integrante. Pero los que han estado siguiendo el caso de cerca no ven ninguna conexión real entre ambos sucesos. “Aunque hubiera alguien lo suficientemente trastornado como para cometer un asesinato, quedar impune y fanfarronear de ello pasados cinco años, el *modus operandi* es completamente distinto”, opina Vivian Cantrell, una alumna de último curso del instituto local que ha estado cubriendo el caso para el periódico escolar. “El estrangulamiento es una de las manifestaciones más brutales del crimen pasional. Las amenazas son públicas y requieren de cierta planificación. No creo que exista ninguna relación entre lo que le pasó a Lacey y lo que le está pasando a Brooke”».

Aprieto el teléfono con fuerza. Ha repetido lo que le dije hace dos semanas en la cafetería casi palabra por palabra. Básicamente, lo que Viv ha hecho ha sido desechar su opinión original y reemplazarla por mi discurso. Antes iba por ahí diciéndole a todo el mundo que la muerte de Lacey y las amenazas anónimas tenían, forzosamente, que estar relacionadas.

¿Por qué habrá cambiado de cantinela tan de repente?

CAPÍTULO VEINTIDÓS

ELLERY

MIÉRCOLES 2 DE OCTUBRE

Estamos a primeros de octubre, y ya empieza a anochecer más temprano. Pero aunque no fuera así, Nana habría insistido en llevarnos a Ezra y a mí después de cenar al turno de noche en la Granja del Terror.

Cuando la veo coger las llaves del coche del gancho que hay junto al teléfono de la pared, ni me molesto en recordarle que queda a apenas diez minutos caminando de casa. Brooke lleva cuatro días desaparecida, y la ciudad entera está en vilo. De día hay partidas de búsqueda y de noche vigiliias con velas. Tras dos días de ferviente discusión en el instituto, el baile sigue en pie para el sábado, pero no habrá corte. Técnicamente, ya no soy candidata a reina. Lo que me viene bien, en realidad, porque todavía no tengo acompañante.

Hay unas cuantas teorías, siempre las mismas, en circulación: que Brooke se ha escapado de casa, que es una nueva víctima del asesino de Murderland, que alguno de los hermanos Kelly le ha hecho algo. En Echo Ridge, ahora mismo, todo es un revoltijo denso y burbujeante al borde de la ebullición.

Nana aferra el volante con las dos manos y conduce veinticinco kilómetros por debajo del límite de velocidad, prácticamente sin pronunciar palabra, hasta llegar a la entrada. Entonces aparca el coche en la cuneta y pregunta:

—La Casa del Terror cierra a las once, ¿verdad?

—Sí.

—Os espero en la puerta a las once y cinco.

Eso es dos horas más tarde de la hora a la que se suele acostar, pero nadie se lo discute. Hace un rato le he dicho que Malcolm podía llevarnos a casa, pero de todas maneras ha insistido en recogernos ella. Dudo mucho que le crea responsable de la desaparición de Brooke —no nos ha pedido que dejemos de relacionarnos con él—, pero prefiere no jugársela, y no la culpo. De hecho, me sorprende un poco que nos esté dejando ir a trabajar.

Ezra y yo salimos del coche y contemplamos los faros alejarse, tan despacio que una bicicleta adelanta al coche. Justo estamos cruzando las puertas del parque cuando el habitual número con prefijo de California llama a mi móvil.

Se lo tiendo a Ezra.

—Sadie debe de haberse enterado.

Era cuestión de tiempo. La noticia de la desaparición de Brooke ya ha llegado a los informativos nacionales. Nana lleva toda la semana colgándoles el teléfono a los periodistas que quieren escribir un artículo con el enfoque de «Una ciudad, tres chicas desaparecidas». Supuestamente, el centro de rehabilitación no permite a sus internos conectarse a Internet, pero teniendo en cuenta que a Sadie ya le han prestado un móvil desde el que ha visto el Instagram de Ezra y nos llama por FaceTime, es evidente que esa regla también se la está saltando.

Deslizo el dedo por la pantalla para descolgar y me llevo el teléfono al oído.

—Hola, Sadie.

—Ellery, gracias a Dios que me lo has cogido. —Su voz nerviosa crepita al otro lado de la línea—. Acabo de leer lo que está pasando allí. ¿Ezra y tú estáis bien?

—Estamos bien. Preocupados por Brooke.

—Ay, Dios, cómo no vais a estarlo. Pobrecilla. Y su familia... —Calla un instante y noto su aliento ronco en el oído—. El artículo decía... ¿que había habido amenazas previas? A tres chicas y que una de ellas era alguien emparentada con..., emparentada con... ¿Eras tú, Ellery?

—Era yo —confirmo.

Ezra me indica por gestos que pase la llamada a FaceTime, pero le disuado por gestos también. Aquí hay demasiado público.

—¿Por qué no me lo habías contado?

Sin previo aviso, una risa amarga brota de mis labios.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

Al otro lado de la línea se hace un silencio tan absoluto que pienso que me ha colgado. Estoy a punto de apartarme el móvil del oído para comprobarlo cuando Sadie dice:

—Porque soy tu madre y tengo derecho a saberlo.

Eso es justo lo que no tenía que haber dicho. Se me arrebatan las venas de rencor, y tengo que apretar el teléfono con fuerza para contener el impulso de estrellarlo contra el suelo.

—Ah, ¿en serio? ¿Tienes derecho a saberlo? Tiene gracia, viniendo de alguien que nunca nos cuenta nada.

—¿A qué te refieres?

—¿Nuestro padre? No se nos permite hacer preguntas al respecto. ¿Nuestra abuela? Apenas supimos quién era hasta que tuvimos que venir a vivir con ella. ¿Nuestra tía? Tenías una gemela, a la que estabas tan unida como estamos Ezra y yo, y tú nunca, jamás, hablas de ella. Y ahora estamos aquí viendo cómo se repite la misma historia de terror y todo el mundo habla de la primera chica desaparecida salvo nosotros. No sabemos nada de Sarah porque tú ni siquiera pronuncias su nombre.

El corazón me martillea y respiro entrecortadamente mientras cruzo el parque. No sé si me alivia o me horroriza haberle dicho por fin a Sadie todo lo que acabo de decirle. Solo sé que no puedo parar.

—No estás bien, Sadie. O sea, eres consciente de ello, ¿no? No estás en rehabilitación por haber tenido un desafortunado accidente que podrías convertir en una anécdota con la que amenizar las fiestas cuando salgas de ahí. No tomabas esas pastillas para relajarte. Llevo años temiendo que pasara algo así, y creía..., tenía miedo de que... —Las lágrimas me empañan los ojos y se me derraman por las mejillas—. Llevo todo el año esperando la llamada. La que recibieron Nana y Melanie. La llamada en la que nos dicen que no vas a volver a casa.

No ha abierto la boca en toda mi diatriba, pero esta vez, antes de que me dé por comprobar si efectivamente me ha colgado, oigo un sollozo ahogado.

—No... puedo —dice Sadie con una voz tan quebrada que, de no haber sabido que estaba hablando con ella, no la habría reconocido—. No puedo hablar de ella. Me mata.

Me he acercado a la zona de las casetas, y tengo que taparme la oreja en la que no tengo el teléfono para amortiguar el ruido del parque. Ezra está cerca, con los brazos cruzados y cara de funeral.

—Lo que te está matando es no hacerlo —digo. No responde, y yo aprieto los párpados. Ahora mismo, no puedo mirar a mi hermano—. Sadie, lo entiendo, ¿vale? Sé cómo debes sentirte. Ezra y yo lo entendemos. Lo que le pasó a Sarah es horrible. Es una mierda, y no es justo, y lo siento muchísimo. Por ti, por Nana y por ella. —Los sollozos de mi madre al otro lado del teléfono se me clavan en el corazón—. Y siento haberte gritado. No era mi intención. Es solo que... siento que, si no lo hablamos, vamos a estar eternamente atascados en este punto.

Abro los ojos mientras espero a que conteste. Ya casi ha anochecido, y las luces del parque resplandecen contra el cielo azul oscuro. Se escuchan gritos y silbidos, y por todas partes hay niños persiguiéndose mientras sus padres los vigilan de cerca. El éxito de la Granja del Terror reside precisamente en lo mucho que disfruta la gente de experimentar miedo en un ambiente controlado. Hay algo profunda y fundamentalmente satisfactorio en enfrentarse a un monstruo y escapar sano y salvo de él.

Porque los monstruos reales no son así. No te dejan escapar.

—¿Sabes qué estaba haciendo la noche que Sarah desapareció? —pregunta Sadie con la misma voz ronca de antes.

Mi respuesta es apenas un susurro.

—No.

—Perder la virginidad con mi pareja del baile. —Se le escapa un sonido a caballo entre una risilla histérica y un sollozo—. Tendría que haber estado con ella, pero la dejé plantada por «eso».

—Ay, Sadie. —No me doy cuenta de que me he sentado en el suelo hasta que la mano con la que no sostengo el teléfono toca la hierba—. No fue culpa tuya.

—¡Claro que lo fue! Si hubiera estado con ella, aún seguiría aquí.

—Eso no lo sabes. No puedes... Estabas viviendo tu vida. Siendo normal. No hiciste nada malo. Nada de esto es culpa tuya.

—¿Te sentirías tú así si a Ezra le pasara algo cuando se suponía que tenías que haber estado con él? —Tardo un poco en responder, y ella llora aún más si cabe—. Soy incapaz de mirar a mi madre a la cara. A mi padre tampoco podía mirarle. Estuve prácticamente todo el año antes de que muriera sin hablar con él y me pasé bebiendo todo su funeral. Tu hermano y tú sois lo único bueno que he hecho desde que Sarah desapareció. Y ahora también he estropeado eso.

—No has estropeado nada —respondo automáticamente para consolarla, y en cuanto lo digo me doy cuenta de que es verdad. Ezra y yo tal vez no hayamos tenido la infancia más estable del mundo, pero nunca hemos dudado que nuestra madre nos quisiera. Jamás ha puesto una pareja o un trabajo por delante de nosotros y, hasta que no empezó a tomar pastillas, nunca fue una madre negligente. Sadie comete errores, pero no de los que te hacen pensar que no le importas—. Estamos bien y te queremos, así que, por favor, no te hagas esto. No te culpes por algo tan espantoso y que no tenías manera de prever.

Estoy balbuceando, y se me traban las palabras, pero a Sadie se le escapa una risa llorosa.

—Habría que oírnos. Querías que habláramos, ¿no? Cuidadito con lo que desees.

Hay muchas cosas que me gustaría decirle, pero lo único que consigo articular es:

—Me alegro de que estemos haciéndolo.

—Yo también. —Inspira una temblorosa bocanada de aire—. Debería contarte otra cosa. No sobre Sarah, sino sobre... Ay, mierda. Tengo que irme, Ellery, lo siento. Por favor, tened cuidado por ahí. Os llamo otra vez en cuanto pueda.

Y cuelga. Me despego el teléfono del oído y me incorporo mientras Ezra se acerca a mí con pinta de estar a punto de explotar.

—¿Qué está pasando? He escuchado parte, pero...

Por encima de su hombro detecto un movimiento que me llama la atención y le apoyo una mano en el brazo.

—Vamos. Tengo que contarte un montón de cosas, pero... antes quiero hablar con alguien.

Me enjugo las lágrimas y echo un vistazo al móvil. Llegamos tarde a trabajar, pero mira, me da igual.

Una mujer mayor se ocupa ahora de la galería de tiro en la que trabajaba Brooke. Bosteza mientras saca cambio y tira de las palancas. Vance Puckett está de pie, con un arma de mentira apoyada en el hombro, derribando objetivos metódicamente. A la hora del almuerzo, Malcolm nos ha contado que el agente McNulty volvió a interrogarle anoche y le dijo que la policía le había preguntado a Vance sobre la conversación que Brooke y él mantuvieron en el centro. Según Vance, Brooke solo le preguntó si tenía hora. Malcolm estaba frustradísimo, pero Mia se limitó a levantar las manos, resignada:

—Claro, ¿por qué iba a colaborar? No puede sacar nada de esto, y no hay nadie en esta ciudad que le importe.

Puede que Mia lleve razón. O tal vez Vance, a su manera, también esté destrozado.

Le veo buscar cambio en los bolsillos para echar otra ronda. Rodeo a un trío de preadolescentes y coloco dos dólares sobre el mostrador.

—Esta vez invito yo —le digo.

Se vuelve para mirarme, dándose un toquecito en la barbilla. Tarda un par de segundos en reconocirme.

—La chica de la buena puntería. La última vez tuviste suerte.

—Puede —replico—. Llevo seis pavos encima. ¿Jugamos al mejor de tres?

Asiente al tiempo que señala los blancos con una mano.

—Los ganadores primero.

Vance empieza flojo y solo consigue alcanzar ocho de doce blancos. En mi turno, mi espíritu competitivo agoniza lentamente cuando fallo cinco objetivos, pero esto no va a servir de nada si, cuando termine la ronda, se larga de aquí hecho una furia.

—Has perdido tu don —ríe Vance, divertido, cuando bajo el arma.

Ezra, que nos observa con los brazos en jarras, parece estar, literalmente, mordiéndose la lengua.

—Solo estaba calentando —miento.

Le sigo dejando ganar el siguiente par de rondas, perdiendo solo por un blanco. Cuando terminamos, Vance parece un pavo real. Ríe, fanfarronea y está de tan buen humor que hasta me concede una palmadita en la espalda cuando fallo el último tiro.

—Buen intento, niña. Casi me ganas.

—Supongo que la última vez tuve suerte —digo, exagerando un suspiro. Cuando nos hacemos a un lado para que la gente que guarda cola tras nosotros pueda jugar y veo la mueca de Ezra, soy consciente de que no he heredado el talento teatral de Sadie. Pero espero que cuele con un borrachuzo—. Mi madre me dijo que probablemente no volvería a pasar.

Vance se ajusta la gorra sobre el pelo grasiento.

—¿Tu madre?

—Sadie Corcoran —le digo—. Tú eres Vance, ¿verdad? Me contó que fuisteis juntos al baile de bienvenida y que debería presentarme. Soy Ellery.

Me resulta extraño tenderle la mano después de lo que me acaba de contar Sadie, pero Vance me la acepta sin poder ocultar su desconcierto.

—¿En serio? Me cuesta creer que se acuerde de mí.

Estoy a punto de soltar un «habla constantemente de ti», pero prefiero mantenerme en el límite de lo verosímil.

—Sí que se acuerda. Le cuesta bastante hablar de cualquier cosa que tenga que ver con Echo Ridge después de lo que le pasó a su hermana, pero... siempre ha hablado bien de ti.

Supongo que esto se acerca bastante a la verdad. No sé por qué, pero en realidad me nace ser comprensiva con él, ya que es el único habitante de Echo Ridge que tiene coartada para explicar qué estaba haciendo las noches que Sarah y Brooke desaparecieron. De repente, Vance Puckett se ha convertido en el hombre más fiable de la ciudad.

Escupe en el suelo, cerca de mis zapatillas. No sé cómo consigo contener el respingo.

—Una verdadera lástima, lo que sucedió.

—Lo sé. Mi madre nunca llegó a superarlo. Y ahora mi amiga ha desaparecido... —Miro a la nueva empleada tras el mostrador—. Supongo que conocías a Brooke, ¿no? Como sueles jugar en esta caseta...

—Era buena chica —responde con voz ronca.

Menea los pies, repentinamente inquieto, como si fuera a marcharse. Ezra se señala el reloj y enarca las cejas. «Ve al grano».

—Lo peor es que sé que, cuando desapareció, estaba preocupada por algo —le digo—. Íbamos a quedar el domingo para que me contara qué le pasaba, pero no tuvimos tiempo. No saber qué era me está matando. —Las lágrimas afloran a mis ojos, aún frescas tras la conversación con Sadie, y ruedan por mis mejillas. Estoy interpretando un papel, pero Sadie siempre dice que las mejores actuaciones se logran cuando conectas emocionalmente con la escena. Lo que le ha pasado a Brooke me afecta lo suficiente como para que cuele—. Si tan solo... Ojalá supiera qué le pasaba.

Vance se frota el mentón. Se balancea sobre los talones y se vuelve para mirar por encima del hombro.

—A mí no me gusta involucrarme con la gente de la ciudad —murmura—, y con la pasma mucho menos.

—A mí tampoco —me apresuro a contestar—. Aquí somos unos completos extraños. Brooke era..., es una de las pocas amigas que he hecho.

Busco un pañuelo de papel en mi bolso y me sueno la nariz.

—La semana pasada me preguntó algo raro. —Vance habla en voz baja, apresuradamente, y se me sube el corazón a la garganta—. Quería aprender a forzar una cerradura. —Una expresión esquivada le cruza el rostro—. No sé por qué pensó que yo sabría cómo hacer algo así. Le dije que lo buscara en Google, en un tutorial de YouTube, o algo. O que usara un par de clips.

—¿Clips? —pregunto.

Vance espanta un bicho de un manotazo.

—A veces funcionan. O eso he oído. En fin... —Me mira a los ojos y detecto un destello de amabilidad en los suyos, inyectados en sangre—. Eso era algo que le preocupaba, y ahora tú también lo sabes.

—Gracias —digo, y siento una punzada de vergüenza por haberle manipulado de esta manera—. No sabes lo mucho que me has ayudado.

—Bueno, saluda a tu madre de mi parte.

Se inclina levemente la visera de la gorra y se marcha arrastrando los pies. Al hacerlo, pasa al lado de Ezra, que me dedica un aplauso fingido tras asegurarse de que Vance ya no puede oírnos.

—Buen teatrillo, El. Aunque va a estar recordándote toda la vida que te ha ganado.

—Ya lo sé —suspiro al tiempo que busco otro pañuelo para secarme las mejillas, aún húmedas. Mientras contemplo a Vance perderse entre la muchedumbre, un hormigueo de emoción me recorre la columna—. Has oído lo que ha dicho, ¿verdad? Le enseñó a Brooke a forzar una cerradura con clips.

—Sí, ¿y qué?

—Que eso era precisamente lo que tenía en la mano en la oficina de la Casa del Terror, ¿recuerdas? Un clip extendido. Se lo quité yo. Comentó que estaba más duro de lo que pensaba. —La emoción me hace subir la voz y me tengo que obligar a bajarla de nuevo—. Justo estaba intentando forzar una cerradura y la interrumpimos.

—¿Del escritorio, quizá? —sugiere Ezra.

Niego con la cabeza.

—Yo he sacado un montón de cosas de ese escritorio, y no está cerrado con llave. Pero... —Una oleada de calor se apodera de mi rostro cuando recuerdo dónde estaba sentada Brooke—. Pero creo que sé qué cerradura era.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

MALCOLM

JUEVES 3 DE OCTUBRE

El jueves, las partidas de búsqueda para localizar a Brooke ya no rastrean solo durante el horario escolar. Esta tarde han organizado una que abarca el bosque tras la casa de los Nilsson. Peter se ha ofrecido voluntario para capitanearla y, cuando vuelvo a casa del ensayo de la banda, me lo encuentro cargando una caja con panfletos, botellas de agua y linternas en el maletero de su Range Rover.

—Hola, Malcolm. —No se da media vuelta cuando me oye salir del Volvo de mi madre. Se sacude las manos como si las tuviera manchadas de polvo, pero estoy seguro de que no es así. El coche de Peter está tan impoluto como el resto de su casa—. ¿Qué tal el instituto?

—Igual. —En otras palabras: fatal—. ¿Cuándo salimos?

Peter se cruza de brazos. Lleva la camisa tan almidonada que las arrugas que se le forman al hacerlo parecen talladas a cuchillo.

—«Nosotros» salimos en diez minutos —dice. No me pasa desapercibido el énfasis, pero al ver que no respondo, añade—: No creo que sea buena idea que vengas, Malcolm.

El corazón me da un vuelco.

—¿Por qué?

La pregunta no tiene ningún sentido. Sé perfectamente por qué. El agente McNulty ha vuelto a interrogarme dos veces.

A Peter le aletean las narinas.

—Los ánimos están muy exaltados últimamente. Serías una distracción. Lo siento. Sé que no es algo fácil de oír, pero es la verdad, y nuestra prioridad ahora mismo es encontrar a Brooke.

Me estoy encendiendo.

—Lo sé. Quiero ayudar.

—La mejor manera de ayudar sería quedándote aquí —dice Peter, y me hormiguean las manos con un deseo casi irresistible de borrarle esa expresión engreída de la cara a puñetazos.

No dudo que esté realmente preocupado, y tal vez incluso lleve razón. Pero el que se cuelga la medallita de héroe es él. Como siempre.

Me agarra un hombro con gesto veloz, como si estuviera matando un insecto.

—¿Por qué no entras a ver si quedan más botellas de agua en el frigorífico? Eso sería muy útil.

Me empieza a palpar la vena de la frente.

—Claro —respondo.

Y me trago el enfado, porque ahora mismo competir por ver quién mea más lejos no va a serle de ninguna ayuda a Brooke.

Cuando entro en casa, escucho crujir la escalera del recibidor. Ojalá fuera mi madre, pero es Katrin, que lleva un bulto de tela roja colgando de un brazo. Va seguida de Viv. Katrin frena en seco cuando me ve, y Viv casi se choca contra ella. La máscara de desprecio que ambas me llevan dedicando desde el domingo se endurece.

Me esfuerzo por actuar con la mayor naturalidad posible.

—¿Qué es eso? —pregunto, señalando el brazo de Katrin con un gesto.

—Mi vestido para el baile —espeta.

Miro el vestido de reojo con una leve sensación de temor. He estado evitando pensar en el hecho de que el baile es el sábado.

—Me cuesta creer que aún vaya a celebrarse. —Katrin no contesta, así que añado—: ¿Qué vas a hacer con el vestido?

—Tu madre va a llevarlo a la tintorería para que me lo planchen.

Da un amplio rodeo de camino a la cocina, donde deposita el vestido sobre el respaldo de una silla, doblándolo con sumo cuidado. Supongo que debería alegrarme de que mi madre se ofrezca a hacer estas cosas por

Katrin. Peter dice que la suya lleva toda la semana sin contestar a sus llamadas, y que lo único que ha recibido ha sido un mensaje diciéndole que en el sur de Francia la cobertura era malísima. Siempre tiene alguna excusa.

Cuando termina de colocar el vestido, Katrin me mira con sus gélidos ojos azules.

—Más te vale no aparecer por allí.

No sé por qué, pero Katrin no me enfurece tanto como Peter. Tal vez porque apenas ha comido o dormido desde que Brooke desapareció. Tiene las mejillas hundidas, los labios cuarteados y el cabello recogido en una coleta revuelta.

—Venga, Katrin —le digo, mostrándole las palmas extendidas, el gesto universal de quien no tiene nada que ocultar—. ¿Podemos hablarlo? ¿Qué motivos te he dado para que pienses que podría haberle hecho daño a Brooke?

Aprieta los labios y las narinas le aletean levemente. Durante un instante, se parece muchísimo a su padre.

—Te estabas liando con ella y no se lo contaste a nadie.

—Dios. —Se me contrae el pecho. Me paso una mano por el pelo—. ¿Por qué no dejas de repetir eso? ¿Porque la perdiste de vista un rato una noche que se quedó a dormir? Seguramente estuviera en el baño.

Katrin y yo nunca hemos sido exactamente amigos, pero creía que me conocía mejor.

—Mi habitación tiene baño —reitera Katrin—. Ahí no estaba.

—Pues saldría a dar un paseo.

—Le tiene miedo a la oscuridad.

Me rindo. Por algún motivo, se le ha metido esta idea entre ceja y ceja y no hay manera de sacársela. Supongo que el vínculo que yo creía que habíamos creado solo existía en mi mente. O quizá para ella simplemente he sido un entretenimiento mientras no tenía nada mejor que hacer.

—Tu padre ya está listo —respondo en cambio.

—Ya lo sé. Necesito un cargador de móvil. Espera aquí, Viv —le ordena.

Baja por el pasillo que lleva al despacho y nos deja a Viv y a mí mirándonos con suspicacia. Por un momento, pienso que va a ir detrás de

Katrin, pero es una buena acólita y se queda quietecita.

—¿Todavía estás escribiendo ese artículo? —pregunto.

Viv se sonroja.

—No. Estoy demasiado preocupada por Brooke como para pensar siquiera en eso. —Sin embargo, tiene los ojos secos. No se le han humedecido en toda la semana—. De todas maneras, ya le he contado a la prensa lo que creo, así que... en lo que a mí respecta, se ha terminado.

—Bien —respondo.

Le doy la espalda y abro las puertas de la nevera. Hay dos *packs* de seis botellas de agua en la balda intermedia del frigorífico, y me las meto bajo el brazo antes de salir.

El maletero del Range Rover de Peter sigue abierto. Aparto una caja de cartón y dejo allí el agua. Por el rabillo del ojo capto un rostro conocido y saco un cartel de la caja. La fotografía del anuario de Brooke aparece junto a la palabra «DESAPARECIDA». Lleva el pelo suelto sobre los hombros y muestra una sonrisa radiante. Me sorprende, porque soy incapaz de recordar la última vez que la vi feliz.

Leo rápidamente el resto del cartel.

Nombre: Brooke Adrienne Bennett

Edad: 17

Color de ojos: castaño

Altura: 1,64 cm

Peso: 50 kilos

La última vez que se la vio vestía una cazadora verde oliva, una camiseta blanca, vaqueros negros y bailarinas con estampado de leopardo.

Esa información debe de habérsela proporcionado otra persona, porque yo no fui de mucha ayuda cuando el agente McNulty me pidió que le describiera la ropa de Brooke. «Estaba guapa», fue lo único que acerté a decir.

—Creo que con eso ya está. —La voz de Peter me sorprende, y yo vuelvo a dejar el cartel en la caja. Abre la puerta del conductor y mira el reloj frunciendo discretamente el ceño—. ¿Podrías pedirles a Katrin y a Viv que vengan al coche, por favor?

—Vale.

Justo cuando entro otra vez en la casa, me vibra el móvil. Una vez en la cocina, lo saco y leo una serie de mensajes de Mia.

«Oye».

«Deberías venir».

«Acaban de colgar esto online y se está volviendo viral».

El último mensaje contiene un enlace a un artículo de la *Prensa Libre de Burlington* titulado «Un pasado trágico, un hilo común». Se me encoge el estómago cuando comienzo a leer.

«Echo Ridge se tambalea.

»Esta pintoresca ciudad, ubicada junto a la frontera canadiense, se enorgullece de ostentar la mayor renta *per cápita* del condado, pero dista mucho de ser un paraíso. La primera vez que la tragedia la sacudió fue en 1996, cuando Sarah Corcoran, alumna del último curso de instituto, desapareció volviendo a casa desde la biblioteca. Hace cinco años, el cadáver de Lacey Kilduff, reina del baile de bienvenida, fue hallado en Murderland, un parque de atracciones con temática de terror que modificó su inoportuno nombre a raíz del suceso.

Ahora otra adolescente de diecisiete años, la guapa y popular Brooke Bennett, ha desaparecido. Aunque Brooke y Lacey tenían casi la misma edad, hay muy pocas conexiones entre ambas jóvenes salvo por una extraña coincidencia: el compañero de curso que dejó a Bennett en casa la noche que desapareció es el hermano menor de Declan Kelly, el exnovio de Lacey Kilduff.

Kelly, que fue interrogado varias veces tras la muerte de Lacey Kilduff, pero a quien nunca llegaron a arrestar, se mudó a otro estado hace cuatro años, y desde entonces ha mantenido un perfil bajo. Por eso, a muchos miembros de esta comunidad tan cerrada les ha sorprendido que se haya mudado a la localidad vecina de Solsbury poco antes de la desaparición de Brooke Bennett».

Mierda. Puede que Viv haya dejado de escribir artículos, pero alguna otra persona sigue haciéndolo. De repente, Peter me parece un genio. Si antes ya iba ser un escándalo que me presentara en la misión de búsqueda, ahora directamente sería la bomba.

Katrin entra en la cocina con el teléfono en la mano. Tiene las mejillas de un rojo encendido, así que me preparo para que me vuelva a echar el sermón. Seguramente ha leído el mismo artículo que yo.

—Peter quiere que salgas —le digo con la esperanza de interrumpir la bronca que está a punto de caerme.

Asiente mecánicamente sin hablar, mirando primero a Viv y luego a mí. Tiene las facciones extrañamente inmóviles, como si en lugar de su rostro

fuera una máscara. Cuando guarda el móvil en el bolsillo, le tiemblan las manos.

—A mí no me deja ir —añado—. Dice que voy a ser una distracción.

La estoy poniendo a prueba, esperando el consabido «porque lo serías» o «distracción es poco, capullo».

Pero lo único que dice es:

—Vale.

Traga saliva una, dos veces.

—Vale —repite, como si estuviera intentando convencerse de algo.

Me mira a los ojos y baja rápidamente la vista, pero no lo suficiente como para que no me percate de lo enormes que son sus pupilas.

Ahora, más que furiosa, parece asustada.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

MALCOLM

JUEVES 3 DE OCTUBRE

Llego a casa de Mia media hora más tarde y, en cuanto pongo un pie en la entrada, escucho gritos. Es demasiado pronto para que sus padres hayan llegado a casa, pero, de todas maneras, ellos nunca gritan. Mia es el único miembro de su familia que alza la voz. Aunque este escándalo no lo está armando ella.

Nadie responde al timbre, así que empujo levemente la puerta y entro en el salón de los Kwon. A la primera que veo es a Ellery, sentada de piernas cruzadas en un sofá, con los ojos abiertos de par en par mientras contempla la escena que se desarrolla frente a ella. Mia está de pie junto a la chimenea, descalza y con los brazos en jarras. Sin los tacones de sus botas, parece insolentemente diminuta. Frente a ella, Daisy sostiene un candelabro con una expresión de furia tal que sus facciones, generalmente serenas, se han distorsionado por completo.

—Te voy a matar —chilla Daisy, meneando amenazadoramente el brazo.

—No seas tan exagerada —dice Mia, pero sus ojos no pierden de vista el candelabro.

—Pero ¿qué coño está pasando? —pregunto, y las dos se vuelven hacia mí.

La expresión de furia de Daisy se esfuma brevemente, para regresar con el ímpetu de un maremoto.

—Ah, ¿él también? ¿Has llamado a la pandilla de Scooby-Doo para tirarme toda esta mierda a la cara?

Parpadeo, desconcertado. En mi vida le había escuchado decir una palabra malsonante a Daisy.

—¿Qué mierda?

Mia se adelanta antes de que Daisy pueda responder.

—Le he contado que sabemos lo de Declan y que si no me explica qué están haciendo los dos en Echo Ridge, se lo voy a contar a nuestros padres.

—Sin querer, retrocede un paso mientras Daisy la acorrala con una mirada fulminante—. Y ha salido un poco peor de lo que me esperaba.

—Tendrás valor...

Daisy menea el candelabro para dar énfasis a sus palabras, pero se detiene, con la mandíbula desencajada de horror puro, cuando se le suelta de la mano y sale volando directamente hacia la cabeza de su hermana. A Mia el giro de los acontecimientos la pilla demasiado desprevenida como para apartarse y, cuando el golpe le alcanza en la sien, se desploma como una piedra.

Las manos de Daisy vuelan a su boca.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios, Mia, ¿estás bien?

Cae de rodillas y gatea hasta su hermana, pero Ellery, a quien no he visto moverse, se le adelanta.

—Malcolm, ¿puedes ir a por una toalla húmeda? —me pide.

Miro a Mia. Tiene los ojos abiertos y el rostro pálido. Un reguero de sangre discurre por el lateral de su cara.

—Ay, no, ay, no —murmura Daisy, ahora tapándose la cara con las manos—. Lo siento, lo siento mucho.

Yo corro al baño, cojo una toalla de mano, la empapo bajo el grifo y vuelvo a toda velocidad al salón.

Mia ahora está sentada, con expresión desconcertada. Le tiendo a Ellery la toalla, y ella la frota suavemente de arriba abajo por la cara de Mia para limpiarle la sangre.

—¿Va a necesitar puntos? —pregunta Daisy con voz temblorosa.

Ellery presiona la toalla contra la sien de Mia unos segundos. Luego la aparta y evalúa la herida.

—No creo. O sea, no soy ninguna experta, pero es muy pequeña. Tiene pinta de ser uno de esos cortes superficiales que sangran mucho. Seguramente le salga un moratón, pero creo que con una tirita bastará.

—Voy yo a por ella —me ofrezco, volviendo al baño.

La doctora Kwon es ginecóloga, y la organización de su botiquín es tan perfecta que localizo las tiritas en cuestión de segundos. Esta vez, cuando vuelvo al salón, el rostro de Mia ha recuperado el color.

—Dios, Daze —se queja en tono de reproche mientras Ellery le coloca la tirita en la sien y aprieta—. No pensaba que lo de querer matarme fuera literal.

Daisy se recuesta, con las piernas recogidas a un lado.

—Ha sido sin querer —dice, rozando la madera del suelo con las yemas de los dedos. Alza la cara, con la boca medio torcida en una sonrisa irónica—. Siento haberte hecho sangre. Pero te lo merecías un poco.

Mia se frota un dedo sobre la tirita.

—Solo quería saber qué está pasando.

—¿Así que llamas a tus amigos para tenderme una emboscada? —Daisy comienza a alzar la voz de nuevo, pero se controla y vuelve a bajarla—. ¿En serio, Mia? No mola nada.

—Necesitaba su apoyo moral —gruñe Mia—. Y, aparentemente, su protección. Pero vamos, Daisy, no puedes seguir así. Ahora todo el mundo sabe dónde vive Declan. Esto va a salir a la luz. Necesitas tener a alguien de tu parte. —Me señala cuando me aposento en el borde de piedra de la chimenea—. Estamos todos de parte de Mal. También podemos estar de la tuya.

Miro de reojo a Ellery, que no parece tan convencida. Creo que Mia no captó lo que nuestra amiga estaba sugiriendo en los recreativos: que Daisy y Declan podrían haber estado liados cuando Lacey aún estaba con vida. A Mia ni se le ha pasado por la cabeza algo así porque, por mucho que se queje de su hermana, confía plenamente en ella. Yo nunca he podido decir lo mismo de Declan.

Daisy se vuelve hacia mí, y sus ojos pardos rezuman compasión.

—Ay, Malcolm. Ni siquiera te he dicho lo mucho que siento todo lo que está pasando. Las habladurías de la gente... Que te acusen sin tener

pruebas. Todo esto me está trayendo demasiados recuerdos.

—Daisy —la interrumpe Mia antes de que yo pueda responder. Habla con una voz pausada y tranquila que no se parece en absoluto a su habitual tono estridente—. ¿Por qué dejaste el trabajo casi nada más empezarlo?

Daisy deja escapar un profundo suspiro. Se agarra con una mano un resplandeciente mechón de cabello oscuro y se lo echa sobre el hombro.

—Tuve una crisis nerviosa. —Pone un mohín y Mia enarca las cejas—. ¿Qué pasa? ¿No te lo esperabas?

Mia, muy sabiamente, no menciona haber seguido a Daisy hasta la consulta de su psicóloga.

—¿Qué, o sea, has estado... en el hospital o algo así?

—Brevemente. —Daisy agacha los ojos—. La cosa es que..., nunca llegué a superar la muerte de Lacey, ¿sabes? Fue todo tan horrible, tan retorcido, espantoso y doloroso que lo aparté de mi mente y meforcé a olvidarlo. —Se le escapa una risilla ahogada—. Un plan genial, ¿verdad? Funcionó a las mil maravillas. Mientras estuve en la universidad, supongo que más o menos me funcionó, pero cuando me mudé a Boston y me vi con tantas responsabilidades nuevas, me quedé paralizada. Empecé a tener pesadillas primero, y luego ataques de pánico. Hubo un día que llamé a la ambulancia porque creía que me estaba muriendo de un infarto.

—Bueno, es que fue una pérdida horrible —comenta Mia, intentando consolarla.

Daisy hace aletear las pestañas.

—Sí, pero no era solo tristeza. Me sentía culpable.

Por el rabillo del ojo, me doy cuenta de que Ellery se tensa.

—¿Por qué? —pregunta Mia.

Daisy calla un momento.

—Estamos en confianza, ¿verdad? Esto no puede salir de aquí. Por el momento, al menos.

Me mira primero a mí, luego a Ellery, y se muerde el labio.

Mia le lee la mente.

—Ellery es de absoluta confianza.

—Puedo irme, si queréis —se ofrece ella—. Lo entiendo. No nos conocemos.

Daisy duda y luego sacude la cabeza.

—Da igual. Ya has oído suficiente, así que no pasa nada porque te quedes a escuchar el resto. Mi psicóloga dice que tengo que dejar de avergonzarme. La idea está empezando a calar, aunque sigo sintiéndome una pésima amiga. —Se vuelve hacia Mia—. Me pasé todo el instituto enamorada de Declan. Nunca dije nada. Era algo con lo que, simplemente..., convivía. Y entonces, el verano antes de nuestro último año, empezó a tratarme de manera distinta. Como si de repente me viera. —Se le escapa una risilla avergonzada—. Dios mío, así dicho parece que tuviera diez años. Pero me dio, no sé cómo describirlo, cierta esperanza, supongo, de que las cosas tal vez cambiaran un día. Entonces, una noche me confesó que él también estaba enamorado de mí.

A Daisy se le ilumina el rostro, y entonces recuerdo por qué me gustaba. Mia está sentada, más quieta de lo que la he visto en la vida, como si temiera que el más mínimo movimiento pudiera dar la conversación por concluida.

—Le dije que no podíamos hacer nada al respecto —continúa Daisy—. No era tan mala amiga. Él me dijo que creía que Lacey también había encontrado a otra persona. Ella estaba distante con él, pero cuando se lo preguntaba, nunca lo reconocía. Empezaron a pelearse. Las cosas se liaron, comenzaron a enturbiarse y yo... bueno, me distancié. No quería ser la causa de sus problemas. —A Daisy se le humedecen los ojos cuando prosigue su discurso—. Entonces, Lacey murió y el mundo entero se desmoronó. No me soportaba a mí misma. Era incapaz de lidiar con la noción de haberle guardado un secreto que nunca le conté. —Se le derraman las lágrimas por las mejillas y se le escapa un suspiro ahogado—. Y la echaba de menos. Aún la extraño muchísimo.

Miro de reojo a Ellery y veo que se está secando las lágrimas. Tengo la sensación de que acaba de tachar a Daisy de su lista mental de posibles sospechosos. Si Daisy se siente culpable por algo más aparte de por gustarle el novio de su mejor amiga, es una actriz de Oscar.

Mia coge la mano de Daisy entre las suyas mientras su hermana prosigue:

—Le dije a Declan que no podíamos seguir en contacto y me marché de Echo Ridge en cuanto pude. Creía que estaba haciendo lo mejor para los dos. Ya la habíamos cagado al no decírselo a Lacey desde el principio, y ya no había manera de arreglarlo. —Agacha la cabeza—. Además, está el asunto de ser una de las pocas familias asiáticas de la ciudad. No podemos cometer errores, ¿sabes? Teníamos que ser siempre intachables.

Mia mira a su hermana con aire pensativo.

—Creía que te gustaba ser intachable —dice con un hilillo de voz.

Daisy se sorbe la nariz.

—Es jodidamente agotador.

A Mia se le escapa un resoplido de sorpresa que parece casi divertido.

—Bueno, pues si tú no puedes con ello, definitivamente no hay esperanza para mí en esta ciudad. —Aún sostiene la mano de Daisy, y la sacude como si estuviera intentando hacer entrar en razón a su hermana—. Tu psicóloga tiene razón, Daze. No hiciste nada malo. Te gustaba un chico. Y no te acercaste más, aunque él te correspondía. Eso es ser buena amiga.

Daisy se enjuga los ojos con la mano libre.

—Pero no lo fui. No soportaba pensar en la investigación y, cada vez que la policía se me acercaba, me cerraba en banda. Hasta muchos años después, no caí en ciertas cosas que podrían haber sido útiles.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

Ellery se echa hacia delante en el asiento como un cachorrito al que acabaran de ponerle la correa.

—Me acordé de una cosa —dice Daisy—. Una pulsera que Lacey empezó a usar justo antes de morir. Era muy extraña, un brazalete que parecía una cornamenta retorcida. —Se encoge de hombros ante la expresión escéptica de Mia—. Sé que la descripción es rara, pero era espectacular. Sin embargo, si alguien le preguntaba de dónde lo había sacado, respondía con evasivas. Solo decía que no se lo había regalado Declan, ni sus padres. Cuando estuve ingresada en el hospital, en Boston, intentando averiguar cómo se me había ido tanto la vida de las manos, empecé a preguntarme quién podría habérselo regalado y si sería la misma persona que, bueno... —Pierde el hilo—. Ya sabes. Haciendo conjeturas.

—Entonces, ¿volviste para investigar?

Por lo que parece, Ellery aprueba la decisión.

—Volví para recuperarme —corrige Daisy—. Pero también le pedí a la madre de Lacey si podía quedarme la pulsera como recuerdo. Le pareció bien. Empecé a rastrearla en Google, intentando buscar algo parecido, y lo encontré. —Su voz se tiñe con un leve deje de orgullo—. Las hace una artesana local. Quería hablar con ella, pero no me sentía con fuerzas de hacerlo sola. —Baja levemente la voz—. Declan me escribía a veces. La primera vez que lo hizo después de que pasara todo esto, le pedí que me acompañara a ver a la joyera.

«Ahí lo tienes», pienso. Una explicación racional para justificar qué ha estado haciendo Declan en Echo Ridge. Hubiera estado bien que me lo hubiera dicho él mismo.

Mia enarca las cejas.

—¿Era la primera vez que le veías desde que te fuiste a Princeton? Seguro que teníais muchas cosas de las que hablar. O, más bien, de las que no hablar.

Daisy se sonroja desde la barbilla hasta la frente.

—Nos centramos fundamentalmente en la pulsera.

—Seguro que sí —ríe divertida Mia.

La conversación está empezando a desviarse.

—¿Y tuvisteis suerte? —le pregunto, intentando reconducirla.

Daisy suspira.

—No. Creía que, cuando le explicara por qué estábamos allí, la joyera tal vez se ofrecería a revisar el registro de ventas, pero no quiso ayudarnos. Entregué la pulsera a la policía con la esperanza de que se lo tomara más en serio si eran ellos quienes la interrogaban, pero no he vuelto a tener noticias desde entonces. —Suelta la mano de Mia y gira los hombros como si acabara de terminar un entrenamiento agotador—. Y ahí termina el relato sórdido. Salvo por la parte en la que Declan y yo empezamos a estar juntos. Estoy enamorada de él. —Se encoge de hombros, impotente—. Siempre lo he estado.

Mia se recuesta y pone los brazos en jarras.

—Menuda historia.

—No puedes contárselo a mamá ni a papá —dice Daisy, y Mia hace como si se cerrara los labios con cremallera.

Ellery abre la boca.

—Tengo una pregunta. —Cuando Daisy se vuelve a mirarla, ella empieza a retorcerse el pelo con ese gesto tan suyo—. Me estaba preguntando a quién le diste el brazalete. A qué agente de policía, me refiero. ¿Fue a alguien de Echo Ridge?

Daisy asiente.

—A Ryan Rodriguez. Se graduó en el instituto el mismo año que yo. ¿Le conoces?

—Sí —asiente Ellery—. ¿Os llevabais bien?

Aparentemente, está otra vez en plan investigador. Estoy empezando a sospechar que es así por defecto.

—No. —A Daisy le hace gracia la pregunta—. Por aquel entonces era muy callado. Apenas le conocía. Pero estaba de guardia cuando fui a la comisaría, así que... —Se encoge de hombros—. Se lo di a él.

—¿Crees que es la persona más adecuada para ocuparse de algo así? —pregunta Ellery.

Daisy arruga levemente el ceño.

—No sé. Supongo. ¿Por qué no iba a serlo?

—Bueno, estoy haciendo suposiciones. —Ellery se inclina hacia delante, con los codos en las rodillas—. ¿Se te ha ocurrido pensar que tal vez fuera él quien le regaló la pulsera a Lacey?

CAPÍTULO VEINTICINCO

ELLERY

VIERNES 4 DE OCTUBRE

Cuando llamo a la puerta del sótano, no las tengo todas conmigo de que vaya a obtener respuesta. Es viernes, son las cuatro de la tarde y faltan tres horas para que la Casa del Terror abra. Esta noche no trabajo y nadie me está esperando. Bueno, mi abuela sí que me está esperando. De hecho, está esperando que esté en mi habitación, y se va a poner hecha una furia cuando se dé cuenta de que he salido de casa y he venido sola al parque cruzando el bosque. Aunque sea pleno día.

Brooke ya lleva casi una semana desaparecida, y en Echo Ridge nadie debería ir solo a ninguna parte.

Golpeo más fuerte. Hay mucha gente en el parque, y también mucho ruido, una mezcla de música, risa y chillidos procedentes de la montaña rusa que traquetea en la cercanía. La puerta se abre lo justo para que un ojo asome por ella. Es marrón oscuro y está enmarcado por una raya perfectamente delineada. Saludo con un revoloteo de dedos.

—Hola, Shauna.

—¿Ellery? —La maquilladora de la Granja del Terror abre la puerta con uno de sus brazos tatuados—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Entro y miro en derredor buscando señales de la presencia de Murph, mi jefe. Es un tiquismiquis de las reglas. Shauna es mucho más relajada. Menuda suerte he tenido de que esté ella hoy en lugar de él, aunque no me

extrañaría que en cualquier momento saliera tras el telón con una carpeta en la mano.

—¿Estás sola? —pregunto.

Shauna enarca las cejas.

—Menuda pregunta más siniestra.

Pero no parece demasiado preocupada. Shauna me saca por lo menos quince centímetros y es pura fibra y brazos torneados. Además, sus tacones de aguja podrían convertirse en armas letales en menos que canta un gallo.

—Ja. Lo siento. Pero necesito pedir un favor, y no quería que fuera a Murph.

Shauna se apoya contra el marco de la puerta.

—Bueno, ahora sí que me tienes intrigada. ¿Qué pasa?

Invoco de nuevo las dotes interpretativas de Sadie y me retuerzo las manos con nerviosismo fingido.

—El otro día mi abuela me dio un sobre para que lo ingresara en el banco y soy incapaz de encontrarlo. He estado dándole vueltas a dónde podría estar y me he acordado de que tiré un montón de papeles al contenedor de reciclaje la última vez que estuve aquí. —Me muerdo el labio y miro al suelo—. Estoy casi segura de que ahí fue donde perdí el sobre.

—Ay, lo siento. —Shauna contrae el rostro en una mueca dolorida—. ¿Y no te puede hacer otro cheque?

Ya había previsto esa objeción.

—No era un cheque. Era efectivo. —Le doy un tirón al colgante de la daga y froto la yema contra la punta afilada del borde—. Casi quinientos dólares.

Shauna abre los ojos de par en par.

—¿Y quién demonios lleva encima tanta pasta?

Auch. Igual se ha dado cuenta de que he plagiado la excusa de *Qué bello es vivir*.

—Mi abuela —respondo, intentando parecer lo más inocente posible—. No se fía de los cheques. Ni de las tarjetas. Ni de los cajeros.

—¿Pero de ti sí se fía?

Shauna parece dispuesta a explicarle detalladamente a Nana por qué es una pésima idea.

—Cuando se entere, dejará de hacerlo. Shauna, ¿sería posible...? ¿Crees que podrías prestarme las llaves del contenedor de reciclaje? ¿Sabes dónde están? —Duda, y uno las manos en un gesto de plegaria—. Por favor. Solo esta vez, para evitar tener que darle a mi abuela hasta el último céntimo de lo que tanto me ha costado ganar. Estaré en deuda eterna contigo.

Shauna ríe, divertida.

—Mira, no hace falta que supliques. Te abriría el maldito contenedor si tuviera la llave, pero no la tengo. Ni idea de dónde puede estar. Vas a tener que pedírsela a Murph. —Me propina una comprensiva palmadita en el hombro—. Lo entenderá. Quinientos dólares son mucha pasta.

Seguramente lo haga. Pero me lo va a estar recordando hasta que me muera.

—Vale —suspiro.

Shauna se acerca al tocador, coge unos cuantos pinceles de maquillaje de un bote y los mete en una bolsa de piel entreabierta que hay en una silla.

—Tengo que darme prisa, me has pillado saliendo. Los payasos malvados del Circo Sangriento necesitan un retoque de maquillaje. —Abrocha la cremallera del bolso y se lo echa al hombro. Luego cruza el almacén para abrir la puerta—. ¿Quieres venir? Igual está Murph.

—Claro. —Hago amago de seguirla para inmediatamente después componer una mueca y llevarme la mano a la tripa—. Uf. ¿Te importa si voy antes al baño? Llevo todo el día con una especie de virus estomacal. Pensaba que estaba mejor, pero...

Me hace un gesto con la mano.

—Nos vemos allí. Comprueba que has cerrado bien la puerta cuando salgas.

—Gracias.

Corro al minúsculo baño para seguir con la farsa, pero Shauna ya ha salido por la puerta. En cuanto oigo que se cierra, saco dos clips metálicos del bolsillo y me dirijo al despacho.

Nunca antes he intentado forzar una cerradura. Pero le he hecho caso a Vance y, en las últimas veinticuatro horas, he visto un montón de tutoriales en YouTube.

* * *

—¿Lo has cogido todo?

Ezra me mira con los ojos de par en par mientras vacío el contenido de una bolsa de basura llena de papeles en el suelo del cuarto de Mia.

—Bueno, ¿cómo querías que distinguiera lo que es importante de lo que no? No podía sentarme en el suelo a seleccionar. Podría haber entrado cualquiera.

Malcolm ojea el montón.

—Al menos sabemos que hace un tiempo que no lo vacían.

Mia se desploma en el suelo con las piernas cruzadas y coge un puñado de papeles.

—¿Sabemos lo que estamos buscando? —murmura—. Esto es una especie de factura. Y esto parece el sobre de una factura de la luz. —Pone una mueca—. Nos vamos a pasar aquí un buen rato.

Los cuatro nos sentamos en círculo alrededor del montón y empezamos a revolver su contenido. Me han bajado un poco las pulsaciones desde que salí de la Casa del Terror, pero todavía sigo alterada. He revisado el despacho a conciencia y no he visto cámaras de seguridad, pero sé que el parque está plagadito de ellas. Es perfectamente posible que ahora mismo haya alguien contemplando una grabación en la que aparezco arrastrando una bolsa de basura enorme por toda la Granja del Terror. Que sí, de acuerdo, es una de las tareas que una empleada podría desempeñar en una jornada normal. Pero también podría resultar sospechoso, y la verdad es que no he sido precisamente disimulada. Ni siquiera me he puesto una gorra ni me he recogido el pelo.

Así que espero que merezca la pena.

Transcurren quince minutos en casi completo silencio hasta que Malcolm, echado junto a mí, se aclara la garganta.

—La policía quiere registrarme el móvil.

Mia se queda inmóvil con un trozo de papel colgando de dos dedos.

—¿Qué?

Todos le miramos, pero él no se atreve a devolvernos la mirada a ninguno.

—El agente McNulty dice que, al no haber aparecido aún Brooke, tienen que seguir ahondando en el asunto. No sabía que hacer. Peter ha sido... de gran ayuda, en realidad. Ha conseguido hacerles entender que no deberían pedir acceso a mis objetos personales sin una orden judicial y que siga pareciendo que estoy completamente abierto a colaborar. El agente McNulty ha terminado disculpándose con él.

—Entonces, ¿no lo han registrado? —pregunto, dejando otra factura en el montón de los descartes.

De momento, es lo único que hemos encontrado: facturas de comida, mantenimiento, suministros y cosas así. No debería sorprenderme que se necesite tanta sangre falsa en un parque temático de terror, pero lo hace.

—De momento, no —responde Malcolm con pesar. Por fin alza la vista, y me sorprende lo vacía que resulta su mirada—. Si lo hicieran, no encontrarían nada de Brooke, salvo el mensaje en el que Katrin me decía que debería invitarla al baile de bienvenida, que de cualquier manera, es inofensivo. Pero hay unos cuantos mensajes con Declan que... no sé. Después del artículo de ayer, preferiría que no me escrutaran así. —Aparta un folio con un gruñido de frustración—. Todo tiene mala pinta si lo examinas demasiado detenidamente, ¿no?

El artículo que publicó la *Prensa Libre de Burlington* el jueves pasado hacía un repaso por los últimos cinco años de la vida de Declan, desde la muerte de Lacey hasta su reciente mudanza a Solsbury, con referencias puntuales a un anónimo hermano menor que fue un testigo presencial clave en la desaparición de Brooke. Es el tipo de artículo que habría escrito Viv: ni una sola noticia real, solo una sarta de insinuaciones y especulaciones.

Anoche me senté en mi habitación frente a mi colección de libros basados en crímenes reales y elaboré una línea temporal con todos los datos relacionados con las chicas desaparecidas en Echo Ridge que se me ocurrieron.

Octubre de 1996: coronan a Vance y Sadie rey y reina del baile de bienvenida.

Octubre de 1996: Sarah desaparece mientras Sadie está con Vance.

Junio de 1997: Sadie se marcha de Echo Ridge.

Agosto de 2001: Sadie regresa para el funeral del abuelo.

Junio de 2014: fotografía de alumnos de tercero: Lacey, Declan, Daisy y Ryan.

Agosto de 2014: Declan y Daisy se enrollan. ¿Lacey tiene un novio clandestino?.

Octubre de 2014: Coronan a Declan y Lacey rey y reina del baile de bienvenida.
Octubre de 2014: asesinan a Lacey en Murderland (actual Granja del Terror).
Octubre de 2014: Sadie regresa a Echo Ridge para el funeral de Lacey.
Junio de 2015: Daisy y Declan se gradúan, se marchan de Echo Ridge (¿por separado?).
Julio de 2019: Daisy regresa a Echo Ridge.
Agosto de 2019: Daisy le entrega la pulsera de Lacey a Ryan Rodriguez.
30 de agosto de 2019: Ellery y Ezra se mudan a Echo Ridge.
Septiembre (¿o agosto?) de 2019: Declan regresa a Echo Ridge.
4 de septiembre de 2019: comienzan las amenazas anónimas.
28 de septiembre de 2019: Brooke desaparece.

Luego la colgué en la pared y estuve contemplándola más de una hora. Mi esperanza era que, de repente, se me ocurriera algún tipo de patrón. No hubo suerte, pero, cuando Ezra entró en la habitación, se percató de algo que a mí se me había pasado por alto.

—Fíjate en esto —me dijo, golpeando con un dedo en agosto de 2001.

—¿Qué le pasa?

—Sadie volvió a Echo Ridge en agosto de 2001.

—Lo sé, lo he escrito yo. ¿Y?

—Que nosotros nacimos en mayo de 2002. —Me lo quedé mirando, sin entender—. Nueve meses después —silabeó muy despacio.

Lo miré boquiabierta, atónita. De todos los misterios de Echo Ridge, el de nuestra paternidad era el último que tenía en mente.

—Ay, no. No, no, no —dije, y me aparté de un salto como si de repente la línea temporal quemara—. Ni de coña. ¡Esto no es para eso, Ezra!

Él se encogió de hombros.

—Sadie dijo que tenía algo más que contarnos, ¿no? La historia del especialista de escenas de acción siempre me ha resultado un poco forzada. Igual se lio con algún antiguo ligue mientras...

—¡Sal de aquí! —le chillé antes de que pudiera terminar. Saqué *A sangre fría* de la estantería de un tirón y se lo lancé—. Y no vuelvas a no ser que tengas algo de utilidad que aportar, o que no sea repugnante, al menos.

Llevo desde entonces intentando sacarme de la cabeza lo que dijo Ezra. Lo que pueda significar no tiene ninguna relación con las chicas desaparecidas y, de todas maneras, estoy segura de que no es más que una

coincidencia. Podría haber sacado el tema con Sadie en nuestra llamada semanal por Skype si no se la hubiera saltado. Su terapeuta le ha dicho a Nana que estaba «agotada».

Un pasito adelante y otro pasito atrás.

—Huy. —La voz de Ezra me trae de vuelta al presente—. Esto es distinto.

Separa un delgado folio amarillo de todo lo demás, alisando una esquina arrugada.

Yo me acerco a él.

—¿Qué es?

—Un recibo de un taller —dice—. A nombre de una tal Amy Nelson. De un taller llamado Autos Dailey... —Mira la hoja con ojillos entrecerrados—. De Bellingham, New Hampshire.

Ambos nos volvemos instintivamente hacia Malcolm. Lo único que sabemos de New Hampshire es que su hermano vive allí. Vivía allí.

A Malcolm se le tensa la expresión.

—No me suena de nada.

Ezra sigue leyendo.

—«Abolladura en la parte delantera del vehículo producida por un impacto desconocido. Desmontaje y sustitución del parachoques delantero, reparación del capó, repintado del vehículo. Suplemento de urgencia, entrega en cuarenta y ocho horas». —Enarca las cejas—. Ostras, la factura es de más de dos mil pavos. Pagados al contado. El vehículo es un... —Calla un momento y escanea la factura con la mirada—. Un BMW X6 rojo del año 2016.

Malcolm se revuelve a mi lado.

—¿Me dejas verla? —Ezra le tiende el recibo. Una profunda arruga aparece en el ceño de Malcolm mientras lo estudia con atención—. Este es el coche de Katrin —dice finalmente, alzando la vista—. Es el mismo modelo, del mismo año y la misma matrícula.

Mia le quita la copia amarilla de la mano.

—¿En serio? ¿Estás seguro?

—Segurísimo —responde Malcolm—. Me lleva al colegio casi todos los días. Y aparco al lado de ese coche cada vez que conduzco el de mi

madre.

—¿Quién es Amy Nelson? —pregunta Ezra.

Malcolm sacude la cabeza.

—Ni idea.

—Aquí está su número de teléfono —dice Mia, sosteniendo el papel frente a Malcolm—. ¿Es el número de Katrin?

—No me sé su número de memoria. Déjame comprobarlo. —Malcolm saca el móvil y pulsa unos cuantos botones—. No es el suyo. Pero espera, porque tengo ese teléfono grabado. Es... —Reprime un jadeo y se vuelve hacia Mia—. ¿Te acuerdas del mensaje que me mandó Katrin para que invitara a Brooke al baile de bienvenida? —Mia asiente—. También me mandó el número de Brooke. Lo guardé en contactos. Es este.

—Espera, ¿qué? —pregunta Ezra—. ¿En el recibo de la reparación del coche de Katrin aparece el número de Brooke?

Mientras Malcolm revisaba sus contactos, yo he estado buscando información sobre Bellingham, New Hampshire.

—El taller está a tres horas de aquí —les informo.

—O sea que Brooke... —Mia estudia atentamente la factura—. Brooke ayudó a Katrin a reparar el coche, supongo. Pero no lo llevaron al Taller Armstrong ni a ningún otro taller de Vermont. Y usaron un nombre falso. ¿Por qué lo harían?

—¿Qué explicación dio Katrin para justificar la avería? —pregunto, mirando a Malcolm.

Malcolm arruga la frente.

—Ninguna. O sea, que no se justificó. —Parpadeo, confusa, y él añade—: Es que el coche no estaba averiado. Estaba perfectamente. Puede que se trate de algún tipo de error. A no ser que... espera. —Se vuelve otra vez a mirar a Mia, que sigue con los ojos clavados en el recibo—. ¿De cuándo es la reparación?

—Pues... —Los ojos de Mia vuelan a lo alto del folio—. Lo llevaron el 31 de agosto y «Amy» lo recogió el 2 de septiembre. Ah, claro. —Mira a Malcolm—. En esas fechas, tu madre y tú estabais de vacaciones, ¿no? ¿Cuándo volvisteis?

—El 4 de septiembre —responde Malcolm—. El día de la cena benéfica.

—Así que no te habrías enterado de que el coche no estaba en casa —dice Mia—. Pero, ¿el señor Nilsson no habría dicho algo?

—Puede que no. En verano, Katrin a veces pasa días enteros en casa de Brooke. —Malcolm golpea inconscientemente el puño contra la rodilla con expresión pensativa—. Quizá por eso involucró a Brooke. Ella debió de ser la coartada de Katrin mientras reparaban el coche. Peter está siempre diciéndole que tiene que conducir con más cuidado. Seguramente tenía miedo de que se lo requisara si se enteraba.

—Vale —dice Ezra—. Supongo que todo lo que dices tiene sentido. Lo del nombre falso es un poco estúpido. O sea, lo único que hay que hacer para averiguar a quién pertenece un coche es comprobar el número de matrícula. Pero seguramente supusieron que nadie lo haría. —Calla un momento, frunciendo el ceño—. Lo único que no entiendo es: si eso es lo que pasó, ¿por qué estaba Brooke tan desesperada por recuperar el recibo? Suponiendo que fuera eso lo que estaba buscando, pero... —Señala el montón de facturas que ya hemos descartado—. No hay ninguna otra cosa que parezca relevante. Ya que te tomas tantas molestias para que te reparen el coche sin que nadie se entere, ¿por qué no hacer lo mismo para deshacerse de las pruebas? ¿No habría sido mejor triturarlo y misión cumplida?

Me vienen a la cabeza las palabras de Brooke en el despacho de la Granja del Terror. «Esa es la pregunta del millón, ¿no? “¿Qué pasó?” ¿No te gustaría saberlo?». Se me empieza a acelerar el pulso.

—Mia —digo, volviéndome hacia ella—. ¿Me puedes decir otra vez en qué fecha llevaron el coche al taller?

—El 31 de agosto —dice.

—El 31 de agosto —repito yo.

Se me eriza la piel, tengo todos los nervios de punta.

Ezra ladea la cabeza.

—¿Por qué parece que te acabaras de tragar una granada?

—Porque nosotros vinimos de Los Ángeles la noche anterior. El 30 de agosto, ¿te acuerdas? El día de la granizada. La noche que el señor Bowman

murió atropellado por un conductor que se dio a la fuga. —Durante un segundo, nadie dice nada, y yo golpeo levemente el papel que sostiene Mia—. «Abolladura en la parte delantera del vehículo producida por un impacto de origen desconocido».

A Mia se le queda el cuerpo rígido. Ezra dice «hostia puta» al mismo tiempo que Malcolm murmura «no». Se vuelve a mirarme con ojos apesadumbrados.

—¿El señor Bowman? Katrin no sería capaz... —Se queda sin voz cuando Mia le deja el recibo del taller en el regazo.

—Siento mucho tener que decirlo —dice ella con una delicadeza que me sorprende—, pero está empezando a tener mucha pinta de que sí sería capaz.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

MALCOLM

SÁBADO 5 DE OCTUBRE

—Estás absolutamente preciosa, Katrin.

Al escuchar la voz de mi madre, me entran las prisas y saco del frigorífico una botella de agua con gas que aún no se ha enfriado. Le doy la espalda a la nevera y me acerco al vestíbulo para asomarme a la escalera. Katrin desciende por ellas con el mismo porte que si perteneciera a la realeza, con su vestido rojo y el pelo peinado en un complicadísimo recogido. Tiene mejor aspecto del que ha tenido en toda la semana, pero no ha recuperado su chispa natural. Su rostro tiene un halo de vulnerabilidad.

El escote del vestido es bastante pronunciado, dejando a la vista más canalillo del que Katrin suele mostrar. Debería, cuanto menos, llamarme la atención, pero ni siquiera eso consigue arrancarme de la cabeza los pensamientos que me rondan desde ayer por la tarde.

«¿Qué sabes? ¿Qué hiciste?».

—Guau. —Theo, su novio, no comparte mi problema. Clava los ojos en su pecho hasta que se acuerda de que el padre de Katrin está presente—. Estás espectacular.

No alcanzo a ver a Peter, pero su voz rezuma entusiasmo forzado.

—Vamos a sacaros unas fotos a los cuatro.

Es la señal para marcharme. Katrin y Theo van al baile con dos de las personas que peor me caen de instituto: Kyle McNulty y Viv Cantrell. En realidad, por lo que Katrin le ha explicado a mi madre, Kyle y Viv no van

en plan cita. Son solo dos personas preocupadas por Brooke que se están apoyando mutuamente mientras el resto de la ciudad intenta recuperar algo de normalidad. Por la pinta que tenía Kyle cuando ha llegado, da la sensación de que hubieran tenido que convencerle y ya se estuviera arrepintiendo de haber aceptado.

Todo el dinero que se recaude de las entradas se va a donar a un fondo destinado a la investigación para encontrar a Brooke. La mayoría de los negocios de la ciudad están ofreciendo donaciones bastante cuantiosas, y el bufé de abogados de Peter se ha ofrecido a duplicarlas.

Me retiro al despacho mientras los demás posan. Mia todavía piensa ir con Ezra, y hasta hace una hora me estaba acribillando a mensajes para intentar convencerme de que yo hiciera lo mismo con Ellery. En otras circunstancias, probablemente lo habría hecho. Pero soy incapaz de olvidar la advertencia de Katrin: «Más te vale no aparecer por allí». Ya no me trata como si fuera un criminal, pero sé lo que piensa todo el mundo en el instituto. El bailecito de las narices no me importa lo suficiente como para soportar tres horas de juicios y murmuraciones.

Además, no creo que pueda aparentar normalidad con mi hermanastra ahora mismo.

No le he contado a nadie lo que descubrimos ayer. A pesar de las teorías descabelladas, la única prueba que tenemos es un recibo con una información de contacto cuestionable. Aun así, el asunto me lleva reconcomiendo todo el día. Me resulta casi imposible mirar a Katrin sin que se me escape un «¿qué sabes?», «¿qué has hecho?».

El volumen del murmullo del vestíbulo aumenta cuando Katrin y sus amigos se disponen a salir hacia el baile. Dentro de nada, en casa solo quedarán Peter y mi madre. De repente, lo último que me apetece es pasarme la noche del sábado a solas con mis pensamientos. Sin meditarlo demasiado, le mando un mensaje a Ellery.

«¿Te apetece hacer algo esta noche? ¿Ver una peli, o algo?».

No sé si estará por la labor, ni si su abuela la dejará, siquiera. Pero me contesta en cuestión de minutos y la presión que me atenaza el pecho se alivia levemente cuando leo su respuesta.

«Sí, claro».



Pues resulta que si invitas a una chica a casa la noche del baile de bienvenida, tu madre se pone a sacar conclusiones.

Cuando su abuela la deja en casa, mamá revolotea alrededor de Ellery sin ningún disimulo.

—¿Os apetecen palomitas? Os las puedo preparar, si queréis. ¿Vais a estar en la sala de estar o en el salón? Seguramente la sala de estar es más cómoda, pero dudo que esa televisión tenga Netflix. Igual os lo podemos instalar en un momento, ¿no, Peter?

Peter le apoya una mano en el hombro, como si eso fuera a impedir que siga dando vueltas como un molinillo.

—Seguro que Malcolm nos informará si tiene algún requerimiento técnico apremiante. —Le dedica a Ellery una de sus sonrisas «marca Peter Nilsson» mientras ella se desenrosca la bufanda del cuello y se la guarda en la mochila—. Me alegro mucho de volver a verte, Ellery. No tuve ocasión de decírtelo en la cena benéfica, pero cuando tu madre vivía aquí, era una de las personas que mejor me caían —dice con una carcajada autocrítica—. La invité un par de veces al cine, incluso, aunque creo que la maté de aburrimiento. Espero que le vaya bien y que vosotros estéis disfrutando de Echo Ridge aunque... —Una sombra le cruza el rostro—. No estemos en nuestro mejor momento.

Mantengo la expresión inalterable para ocultar las inmensas ganas que tengo de que se calle. Qué buena manera de recordarle a todo el mundo que la mitad de los jóvenes de la ciudad piensan que le he hecho algo a Brooke. Lo cual, supongo, es el otro motivo por el que no le he pedido a Ellery que me acompañara al baile de bienvenida. No las tenía todas conmigo de que fuera a aceptar.

—Ya lo sé —responde Ellery—. Hemos llegado en una época extraña, pero todo el mundo ha sido muy amable.

Me sonrío, y consigue que se me pase un poco el mal humor. Lleva la melena suelta sobre los hombros, como a mí me gusta. Hasta este momento no era consciente de que tuviera una preferencia, pero al parecer la tengo.

—¿Te apetece algo de beber? —pregunta mi madre—. Puedo ofrecerte un agua con gas, un zumo, o...

Parece dispuesta a enumerar todo el contenido de nuestro frigorífico, pero Peter comienza a dirigirla delicadamente hacia el balcón de la escalinata antes de que a Ellery le dé tiempo a contestar. Gracias a Dios.

—Malcolm sabe dónde están las cosas, Alicia. ¿Por qué no subimos a terminar de ver el documental sobre Burns? —Me regala una sonrisa casi tan amable como la que le ha dedicado a Ellery. No se refleja en sus ojos, pero supongo que haberlo intentado le honra—. Si necesitáis algo, dadnos un silbido.

—Lo siento —me disculpo con Ellery cuando el sonido de sus pasos se pierde por la escalera—. Mi madre no está demasiado acostumbrada a que le presente gente nueva. ¿Te apetecen palomitas?

—Claro —responde, y sonrío.

El hoyuelo hace una fugaz aparición y yo me alegro de haberle escrito.

La llevo a la cocina, donde se encarama a un taburete frente a la isla. Abro el cajón que hay junto al fregadero y rebusco en su interior hasta encontrar un paquete de palomitas para microondas.

—Y, oye, no te preocupes, tu madre es maja. Y tu padrastro también.

Suena sorprendida al decirlo, como si fuera algo que no se esperara del padre de Katrin.

—Bueno, no está mal —respondo a regañadientes mientras saco una bolsa del paquete y la meto en el microondas.

Ellery se enrosca un mechón de pelo alrededor del dedo.

—No hablas mucho de tu padre. ¿Mantenéis el contacto o...? —Duda, como si no estuviera segura de que no haya fallecido.

El sonido del maíz al estallar inunda la atmósfera.

—La verdad es que no. Vive al sur del estado, cerca de Massachusetts. Paso una semana con él en verano. Fundamentalmente, me manda emails con enlaces a artículos de deportes que no sé por qué asume que me van a interesar. Peter se esfuerza un poco más. —Al verbalizarlo, me doy cuenta de que es verdad—. Habla mucho sobre universidades, sobre a qué me quiero dedicar, y cosas así.

—¿Y qué te gustaría hacer? —pregunta Ellery.

Los estallidos disminuyen. Saco la bolsa del microondas y la abro. Por el hueco escapa un vapor con aroma a mantequilla.

—No tengo ni idea —reconozco—. ¿Y tú?

—No lo tengo claro. Alguna vez he pensado que me gustaría ser abogada, pero... no sé si es realista. Hasta este año, ni siquiera he considerado que la universidad pudiera ser una posibilidad. Sadie nunca podría habérselo permitido. Pero mi abuela habla de ello constantemente, como si estuviera dispuesta a financiármela.

—A mí me pasa lo mismo con Peter —reconozco—. Sabes que es abogado, ¿verdad? Seguro que estaría encantado de hablarte de ello. Pero avisada quedas: el noventa por ciento de su trabajo parece de lo más aburrido. Aunque igual el aburrido es él.

—Apuntado queda —ríe—. Igual te tomo la palabra. —Le doy la espalda para buscar en la alacena un bol donde poner las palomitas y, cuando vuelve a hablar, lo hace en voz mucho más baja—. Es raro, pero por primera vez casi... tengo planes de futuro... —dice—. Antes, cada vez que pensaba en lo de mi tía, me imaginaba que uno de los dos, mi hermano o yo, podría no terminar el instituto. Como si solo uno de los gemelos Corcoran pudiera salir adelante. Y Ezra se parece mucho más a mi madre que yo, así que... —Cuando me vuelvo, me la encuentro mirando por la ventana hacia la oscuridad con expresión reflexiva. Luego se estremece y una expresión arrepentida le cruza el rostro—. Qué macabra se ha puesto la conversación en un minuto, perdona.

—Nuestras familias tienen una historia jodida —le digo—. Lo macabro nos viene de serie.

La llevo al salón de los Nilsson y me acomodo en una esquina del sofá, colocando el bol de palomitas a un lado. Ella se hace un ovillo junto a él y me tiende mi bebida.

—¿Qué te apetece ver? —le pregunto.

Pulso el botón del mando y empiezo a recorrer la guía de canales.

—Me da igual —responde Ellery. Coge un puñadito de palomitas del bol que nos separa—. Lo único que quería era salir de casa esta noche.

El zapeo nos lleva a la primera película de *El Defensor*. Ya ha pasado la parte en la que aparece Sadie, pero, de todas maneras, la dejo puesta en su

honor.

—Sí, a mí me pasa igual. No dejo de pensar en que hace casi una semana que dejé a Brooke en casa. —Le quito el tapón al agua con gas—. Por cierto, quería haberte dado las gracias. Por, ya sabes... creerme.

Ellery clava los ojos, oscuros y líquidos, en los míos.

—Ha sido una semana horrible para ti, ¿no?

—Viví por lo que pasó Declan, ¿te acuerdas? —En la pantalla, frente a nosotros, se proyectan imágenes de una ciudad futurista de calles oscuras y bañadas por la lluvia. El héroe está en el suelo, encogido. Un par de tipos musculosos enfundados en cuero se ciernen sobre él. Todavía no es mitad *cíborg*, así que le van a dar una buena paliza—. Esto ha sido mucho mejor.

Ellery se revuelve a mi lado.

—Bueno, pero es que él tenía un pasado con Lacey. No es como si tú hubieras sido el novio de Brooke ni... —Duda un momento—. Su mejor amigo.

Hemos conseguido pasar quince minutos sin tocar el tema tabú. Supongo que nos merecemos un premio.

—¿Crees que deberíamos mostrarle a la policía lo que hemos encontrado? —le pregunto.

Ellery se muerde el labio.

—No lo sé. Me preocupa un poco confesar cómo lo conseguí, siendo sincera. Y que tú estés involucrado podría resultar sospechoso. Además, sigo sin confiar en Ryan Rodriguez. —Mira la tele con el ceño fruncido—. Ese tipo trama algo.

—Hay más agentes —comento, pero quien lleva el caso es McNulty, y solo de pensar en volver a hablar con él se me revuelven las tripas.

—La cosa es que... he estado pensando algo. —Ellery coge el mando como si fuera a cambiar de canal, pero, en cambio, juguetea con él mientras piensa—. Asumiendo que nuestro razonamiento sea cierto y Katrin realmente... —baja la voz hasta reducirla prácticamente a un susurro— atropellara al señor Bowman, ¿crees que es lo único que hizo?

Intento tragar una palomita, pero no puedo. Tengo la garganta demasiado seca. Le doy un largo sorbo a mi agua antes de contestar y, mientras lo hago, pienso en Katrin bajando las escaleras con expresión

pétreo. En cómo me echó a los leones la primera vez que me interrogaron. La expresión de horror en sus ojos el día de la partida de búsqueda que lideraba Peter.

—¿A qué te refieres?

—Bueno... —Ellery pronuncia despacio, a regañadientes, como si le estuvieran sonsacando las palabras—. Quizá debería empezar advirtiéndole que... pienso mucho en crímenes. O sea, mucho más de lo que es sano, lo sé. Es un pequeño problema. Así que todo lo que diga hay que cogerlo con pinzas porque soy... bueno, una persona de natural suspicaz, supongo.

—Sospechaste de mí, ¿verdad? Un tiempo.

Ellery se queda inmóvil y me mira con los ojos de par en par. Mierda, no pretendía decirlo así. Estoy a punto de disculparme y cambiar de tema, pero no lo hago, porque ahora que lo he dicho, quiero oír su respuesta.

—Yo... La verdad es que no me gusta ser así, Mal. —Creo que es la primera vez que la oigo acortar mi nombre. Mientras intento procesar este hito en nuestra relación, veo que se le humedecen los ojos—. Es que... Bueno, me he criado con la duda de qué le pasó a mi tía. Nadie me contaba nunca nada, así que, para intentar entender, leía libros sobre crímenes espantosos. Pero lo único que conseguí fue confundirme y volverme aún más paranoica. Hasta el punto de que ahora mismo tengo la sensación de que no puedo confiar en nadie que no sea mi mellizo. —Una lágrima se desliza por su mejilla. Suelta el mando para enjugársela con furia, dejando una marca roja en la piel clara—. No sé cómo relacionarme con la gente. O sea, antes de que nos viniéramos a vivir aquí, solo tuve una amiga de verdad. Y luego os conocí a Mia y a ti, que fuisteis majísimos, pero entonces pasó todo esto y... Lo siento. En realidad no sospechaba de ti, sino que... sospechaba en general, si es que eso tiene sentido, aunque probablemente no.

El nudo que me aprieta el pecho se afloja.

—Sí que lo tiene. No pasa nada. Mira, lo entiendo. —Recorro la habitación con un gesto—. Mira qué planazo de noche de baile de bienvenida. Igual no te habías dado cuenta, pero yo también tengo una sola amiga. Es lo que hemos dicho en la cocina, ¿no? Nuestras familias tienen

historias jodidas. Por lo general es una mierda, pero implica que te entiendo. Y que me... gustas.

Traslado el bol de palomitas a la mesa de café y la rodeo tímidamente con un brazo. Ella suspira y se apoya en mí. Pretendía que fuera un abrazo amistoso, pero el pelo le tapa un ojo, así que se lo aparto y, sin darme cuenta, le acaricio las mejillas con ambas manos. La sensación es espectacular. Ellery me mira fijamente, con los labios curvados en una sonrisilla inquisitiva. Acerco su rostro al mío y, sin pensarlo demasiado, la beso.

Su boca es suave, cálida y sabe ligeramente a mantequilla. Una sensación de calor se apodera lentamente de mí cuando una de sus manos asciende por mi pecho y me rodea la nuca. Entonces me muerde suavemente el labio inferior y el calor se convierte en una sacudida eléctrica. La rodeo con los brazos y me la subo al regazo, besándole los labios y la franja de piel entre la mandíbula y la clavícula. Ella me empuja contra los cojines, acopla su cuerpo al mío y, hostia puta, esta noche va a ser mucho mejor de lo que me esperaba.

Un fuerte repiqueteo nos paraliza a ambos. No sé cómo, pero hemos golpeado el mando y ha salido volando al suelo. Ellery se envara cuando la voz de mi madre, que suena mucho más cerca de lo que debería, teniendo en cuenta que se supone que está en el piso de arriba, grita:

—¿Malcolm? ¿Va todo bien?

Mierda. Está en la cocina. Ellery y yo nos separamos mientras digo:

—Perfectamente. Solo se nos ha caído el mando.

Dejamos por lo menos veinte centímetros de distancia entre ambos en el sofá, los dos sonrojados y con sonrisas bobaliconas en los labios, mientras esperamos a que mi madre responda:

—Ah, vale. Estoy preparando chocolate caliente, ¿os apetece?

—No, gracias —respondo mientras Ellery intenta domar sus rizos.

Me hormigean las manos de ganas de revolvérselos de nuevo.

—¿Y a ti, Ellery? —pregunta mi madre.

—Estoy bien, gracias —responde ella, mordiéndose el labio.

—Vale.

Aguardo el minuto eterno que mi madre tarda en volver al piso de arriba, pero antes de que termine, Ellery se ha arrastrado a la otra punta del sofá.

—Igual la interrupción no ha estado mal —me dice, sonrojándose aún más si cabe—. Creo que debería contarte mi teoría antes de... nada.

En este preciso instante, el cerebro no me funciona del todo bien.

—¿Contarme tu qué?

—Mi teoría criminal.

—Tu... Ah, sí, eso. —Inspiro hondo para recomponerme y corregir mi postura en el sofá—. Pero no tiene que ver conmigo, ¿no?

—No, definitivamente no —responde—. Pero sí con Katrin. Y con que creo que, si no nos equivocamos con respecto al señor Bowman, tal vez eso fuera el comienzo de..., bueno, todo.

Se enrosca un mechón de pelo alrededor del dedo. Estoy empezando a darme cuenta de que ese gesto nunca es buena señal. Aún soy incapaz de asimilar que tal vez Katrin haya atropellado al señor Bowman: no sé si estoy preparado para más cosas. Pero me he pasado los últimos cinco años evitando cualquier conversación sobre Lacey y Declan, y eso nunca ha solucionado nada.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Bueno, volviendo al recibo, estamos casi seguros de que Brooke estaba al tanto del accidente, ¿verdad? O bien iba en el coche cuando sucedió o Katrin se lo contó *a posteriori*. —Ellery suelta el mechón y empieza a tirar del colgante—. A Katrin debía darle terror que alguien más se enterara. Atropellar a una persona por accidente es una cosa, pero darte a la fuga sin pararte a auxiliarla... Se habría convertido en una paria en el colegio y habría arruinado la reputación de su padre en la ciudad. Por no mencionar los antecedentes penales. Así que decidió encubrirlo. Y Brooke accedió a ayudarla, pero creo que en algún momento debió de arrepentirse. Se la veía siempre muy triste y agobiada. Bueno, o desde que yo la conocí, por lo menos, que fue justo después de que el señor Bowman muriera..., a no ser que hubiera sido así siempre.

—No —respondo, y se me retuercen las tripas cuando pienso en la sonriente foto del anuario que encabezaba el cartel de «DESAPARECIDA»

de Brooke—. No lo era.

—Y en el despacho de la Granja del Terror no dejaba de decir que «no debería, tendría que habérselo dicho, no está bien», lo que me lleva a pensar que se sentía culpable.

La tensión me atenaza el cráneo.

—Me preguntó si yo la había cagado alguna vez.

Ellery abre los ojos de hito en hito.

—¿En serio? ¿Cuándo?

—En el despacho, mientras tú buscabas a Ezra. Dijo... —Rebusco en mi memoria, pero ahora mismo no me vienen las palabras exactas—. Algo sobre cometer un error que no fuera..., bueno, un error normal. Y que ojalá tuviera otros amigos.

Ellery asiente, seria.

—Eso encaja —dice.

Estoy bastante seguro de que no quiero saberlo, pero pregunto de todas maneras.

—¿Con qué?

—Con muchas cosas. Para empezar, con las pintadas —dice Ellery. Yo parpadeo, perplejo—. Los mensajes no aparecieron hasta después de que Katrin arreglara el coche. Se lo devolvieron el 2 de septiembre y la cena fue el 4, ¿verdad? —Asiento y Ellery prosigue—: No dejo de pensar en cómo debieron ser esos días para Katrin, mientras la ciudad entera lloraba al profesor y buscaba culpables. Probablemente se sintiera en terreno minado, aterrorizada por que la descubrieran o por delatarse ella misma. Así que se me ha ocurrido que... ¿Y si fue Katrin la que empezó con las pintadas y demás?

—¿Y por qué iba a hacerlo?

No consigo disimular mi incredulidad.

Ellery recorre el estampado de flores del sofá con un dedo, evitando mirarme.

—Para distraer la atención —dice despacio—. La ciudad entera se centró en las amenazas, en lugar de en lo que le pasó al señor Bowman.

Experimento una oleada de náuseas, porque no se equivoca. El Depravado del Baile de Bienvenida hizo que el atropello del señor Bowman

pasara a un segundo plano mucho antes de lo que habría debido, sobre todo tratándose de un profesor tan popular.

—Pero ¿por qué iba a involucrarte a ti? —le pregunto—. Y a sí misma, y a Brooke.

—Bueno, lo suyo y lo de Brooke tiene sentido porque, al estar en el punto de mira, nadie sospecharía que pudieran estar involucradas. Lo mío..., no lo sé. —Ellery sigue recorriendo el estampado, con los ojos clavados en su mano como si, por romper la concentración un solo segundo, el sofá fuera a desaparecer—. Tal vez sea solo... una manera de acrecentar la intriga, o algo así. Porque mi familia también tiene cierta relación con los bailes de bienvenida trágicos, aunque la reina fuera Sadie, no Sarah.

—Pero ¿cómo pudo haberlo hecho? Estaba en el centro cultural cuando pintaron el cartel —observo—. Y en el escenario con el resto de animadoras cuando pasó lo de los vídeos.

—Lo de la pantalla podía haberse preparado con antelación. Pero para el resto de cosas, supongo que tuvo que necesitar ayuda. Brooke ya estaba en el ajo, y Viv y Theo harían cualquier cosa que Katrin dijera, ¿no? ¿O hubo algún momento en el que la perdieras de vista en el centro cultural?

—O sea... sí. —Recuerdo que Katrin se escabulló en cuanto todas las miradas se clavaron en mi madre y en mí. «Anda, ahí está Theo». ¿Cuánto tiempo estuvo fuera? Me froto la sien con una mano, como si eso me fuera a ayudar a recordar. No lo hace. Cuanto más avanza esta conversación con Ellery, más nervioso me pongo—. Puede. Pero, siendo sinceros, es un poco forzado. Y sigue sin explicar qué le pasó a Brooke.

—Eso es lo que me preocupa —dice Ellery en el mismo tono—. No dejo de pensar que, mientras Katrin estaba distrayendo la atención de la ciudad entera, Brooke estaba reuniendo el valor para contarle a la gente lo que había pasado. Y quería recuperar las pruebas. ¿Y si Katrin lo sabía... e hizo algo para mantener su silencio?

Un escalofrío se apodera de mí.

—¿Como qué?

—No lo sé. Y de verdad, espero con todas mis fuerzas estar equivocada. —Ellery habla apresuradamente, como si detestara lo que está a punto de decir pero, de todas maneras, necesitara hacerlo—. Pero Katrin tenía un

móvil. Y oportunidad de ejecutarlo. Que son dos de las tres cosas que se necesitan para cometer un crimen.

Siento el estómago de plomo.

—¿Y cuál es la tercera?

—Ser el tipo de persona capaz de hacer algo así.

Ellery levanta la vista al fin, con expresión pensativa.

—Katrín no sería capaz.

Las palabras brotan solas de mis labios.

—¿Ni siquiera aunque creyera que podría perderlo todo? —Esta vez, mi respuesta no es tan rápida, y Ellery insiste—: Podría explicar por qué hizo esa acusación tan peregrina sobre que Brooke y tú estabais liados, ¿no? Cualquier cosa con tal de desviar la atención.

—Pero, Ellery... Dios, ¿qué estás sugiriendo con esto? —Mi voz se convierte en un susurro tenso—. ¿Un secuestro? ¿Algo peor? El resto más o menos te lo puedo comprar. Lo del atropello, y hasta lo de ir dejando pintadas por toda la ciudad. Es una exageración, pero puedo imaginar que alguien fuera capaz de hacerlo bajo presión. Pero hacer desaparecer a Brooke... es harina de otro costal.

—Lo sé —responde Ellery—. Katrín tendría que haber estado tan desesperada como para perder toda noción del bien y del mal, o tener la sangre fría de una criminal. —Vuelve a repasar con el dedo el estampado del sofá—. Tú llevas unos meses viviendo con ella. ¿Te parece que cabe alguna de las dos posibilidades?

—De ninguna manera. La vida de Katrín es perfecta.

Pero por mucho que intente convencerme de ello, soy consciente de que no es del todo cierto. Puede que Peter adore a Katrín, pero en los cuatro meses que llevo viviendo aquí, apenas he oído hablar de la anterior señora Nilsson. No es que Katrín no hable de su madre, es que tampoco habla con ella. Casi da la sensación de que solo tuviera un progenitor. Es una de las pocas cosas que tenemos en común. Es una mierda, pero no creo que sea algo que te afecte de por vida, en realidad.

Ellery y yo nos quedamos un rato en silencio, contemplando cómo El Defensor, ahora en su versión robótica mejorada, acaba con su némesis. Creo que precisamente por eso es tan popular esta serie: porque un tipo

normal y corriente al que apalean constantemente se convierte de repente en alguien poderoso y especial. No hay trama argumental imposible para Hollywood. Tal vez Ellery haya pasado demasiado tiempo en ese mundo.

O tal vez yo no tenga ni idea de quién es mi hermanastra.

—Si esto fuera cierto, ¿no crees que las amenazas anónimas seguirían? —pregunto por fin—. Desaparecieron cuando lo hizo Brooke. Si quisiera mantener a la gente distraída, ahora es el momento perfecto. —La pantalla parpadea cuando El Defensor funde las farolas de toda una manzana—. Ahora mismo, en el baile de bienvenida.

Ellery me dedica una miradita cautelosa.

—¿Sabes? Justo estaba pensando eso pero... no quería decir nada, porque tengo la sensación de que ya he dicho demasiado.

—No ha sido agradable escucharlo —reconozco—. Pero... hay muchas cosas de Katrin que no encajan últimamente. Quizá deberíamos prestarle más atención a lo que se trae entre manos. Y a dónde está.

Ellery enarca las cejas.

—¿Crees que deberíamos ir al baile?

—Podríamos. —Miro el reloj de la pared—. Hace menos de una hora que ha empezado. Le queda un montón de tiempo para tramar algo, si es lo que tiene planeado.

Ellery se señala la camiseta negra y los vaqueros.

—No voy vestida para la ocasión, precisamente.

—¿Tienes en casa algo que te pueda servir? Podríamos pasar primero por allí.

—Nada demasiado formal, pero... supongo que sí. —No parece demasiado convencida—. Pero ¿estás seguro? Siento que te he soltado demasiada información del tirón. Igual deberías tomarte un rato para procesarla.

Le sonrío de medio lado.

—¿Me estás dando largas para no tener que ir al baile conmigo?

Se sonroja.

—¡No! Es solo que..., esto, bueno... eh...

Nunca la había visto quedarse en blanco. Está muy mona. Aunque Ellery sea la encarnación adolescente de un episodio de *Forensic Files*,

tiene algo que no soy capaz de quitarme de la cabeza. Muchas cosas, en realidad.

Pero no es solo eso. Hasta hace un rato, quedarme en casa me parecía lo más lógico. Lo único que me apetecía era mantener la cabeza gacha y evitar cualquier conflicto. Pero de repente me he visto encerrado en casa como si tuviera algo de lo que avergonzarme, y estoy viendo una peli mala de los noventa mientras Katrin, que, cuando menos, oculta algo turbio relacionado con su coche, se ha puesto un vestido rojo y se ha ido de fiesta.

Estoy harto de ver cómo mi vida se convierte en la secuela de la de Declan. Y estoy harto de no hacer nada mientras mis amigos tratan de averiguar cómo sacarme de un lío en el que ni siquiera debería estar metido.

—Pues, entonces, vamos —le digo.

CAPÍTULO VEINTISIETE

ELLERY

SÁBADO 5 DE OCTUBRE

A Nana no le hace demasiada gracia este sorprendente giro de los acontecimientos, por decirlo suavemente.

—Dijiste que ibais a ver una película —dice desde el otro lado de la puerta de mi cuarto mientras yo me embuto en un vestido.

Es negro y sin mangas, la falda tiene vuelo y me llega hasta las rodillas. El tejido es muy informal, como de camiseta, pero lo complemento con un par de collares vistosos. Si a eso le sumamos mi único par de zapatos de tacón, puede pasar por medio formal.

—Nos lo hemos pensado mejor —respondo.

Cojo el bote de espuma y me echo un poco en la palma. Ya le he dedicado a mi pelo más tiempo del que me apetece reconocer antes de ir a casa de Malcolm, pero la batalla contra el encrespamiento no tiene fin.

—No me parece bien que vayas al baile, Ellery. Y menos con todo lo que ha pasado en las últimas semanas.

—A Ezra le has dejado ir —señalo mientras me calzo.

—Pero a Ezra no le han estado acosando como a ti. Una de las otras candidatas a reina del baile ha desaparecido, por amor de Dios. Podría ser peligroso.

—Nana, pero si ya ni siquiera hay corte. Ahora es una especie de acto benéfico. Va a haber alumnos y profesores por todas partes. Brooke no

desapareció en medio de un gentío tan grande. Estaba en casa con sus padres.

Me paso las manos por el pelo, me aplico máscara en las pestañas y una leve capa de brillo rojo de labios.

Estoy lista.

Nana no sabe qué responder a eso. Cuando abro la puerta, me la encuentro de brazos cruzados. Frunce el ceño y me mira de arriba abajo.

—¿Desde cuándo te maquillas? —pregunta.

—Voy a un baile.

Espero a que se aparte, pero no lo hace.

—¿Es una cita?

Las mariposas me recorren el cuerpo entero cuando pienso en los besos con Malcolm en su sofá, pero a Nana le dedico un parpadeo, como si la pregunta ni se me hubiera pasado por la cabeza.

—¿Qué? ¡No! Vamos como amigos, como Mia y Ezra. Nos hemos aburrido y hemos decidido quedar con ellos, nada más.

Noto cómo me arden las mejillas. No tengo, como diría Sadie, la conexión emocional que se necesita para representar este papel. Nana no ha quedado en absoluto convencida. Permanecemos unos segundos mirándonos en silencio hasta que se apoya contra el marco.

—Supongo que podría prohibírtelo, pero con tu madre nunca me funcionó. Habría ido igual, sin que me enterara. Pero quiero que me llames en cuanto llegues y que te vengas derechita a casa cuando termine. Con tu hermano. Daisy Kwon va de vigilante. A Mia y a él los ha llevado ella, así que también puede traerlos.

—Vale, Nana.

Intento mostrarme agradecida, porque sé que esto no es fácil para ella. Además, si hay alguien con quien debería enfadarme es conmigo misma, por haber convertido mi primer beso con Malcolm en una operación de vigilancia. Igual debería idear una manera de que Ezra pueda mandarme un mensaje para decirme «a nadie le apetece escuchar tus teorías sobre asesinatos» la próxima vez que me entren unas ganas irrefrenables de arruinarme la noche.

Sigo a Nana al piso de abajo, donde mi extremadamente atractivo acompañante, que no mi cita, me está esperando. El efecto colateral de que mi cabecita loca nos haya hecho levantar el culo de su sofá es poder volver a ver a Malcolm de traje.

—Hola, señora Corcoran —saluda a Nana y los ojos se le ensanchan satisfactoriamente cuando me ve de refilón—. Ostras. Estás genial.

—Gracias. Tú también —respondo, aunque ya se lo he dicho en casa.

Estas sonrisas que tenemos en la cara no ayudan demasiado a respaldar el argumento de que somos «solo amigos».

—Ellery tiene que estar de vuelta en casa a las diez y media —interviene Nana, estipulando un arbitrario toque de queda que no hemos acordado arriba—. Y tiene que acompañarla Ezra.

—Sin problema, señora Corcoran —dice Malcolm antes de que yo pueda responder—. Gracias por dejarla acompañarme.

No estoy segura, pero me parece que a Nana se le relaja un poco el ceño cuando nos abre la puerta.

—Pasadlo bien. Y, sobre todo, tened cuidado.

Cruzamos el jardín para llegar al Volvo, y Malcolm me abre la puerta del copiloto. Alzo la cabeza para mirarle. Estoy tentada de hacerle un chiste —algo para aliviar la tensión que han suscitado los evidentes nervios de mi abuela—, pero se me van los ojos a sus labios y a la curva que dibuja su cuello donde la almidonada camisa blanca se cierra en torno a él, y se me olvida lo que le iba a decir.

Me roza el brazo con los nudillos, poniéndome la piel de gallina.

—¿Quieres coger un abrigo? Fuera hace frío.

—No, estoy bien.

Aparto los ojos de su sorprendentemente atractivo cuello y me repliego en el asiento. En el trayecto, evitamos temas de conversación demasiado profundos y hablamos de cómics que nos gustan a ambos y de un *spin-off* de una película que ninguno de los dos ha visto.

El aparcamiento del instituto está lleno, y Malcolm consigue aparcar en uno de los últimos huecos libres que quedan, en la punta más alejada de la explanada. Me arrepiento inmediatamente de haber decidido no traer abrigo, pero cuando empiezo a tiritar Malcolm se quita la chaqueta del traje

y me la echa sobre los hombros. Huele a él, una mezcla impecable de champú y detergente para la lavadora. Mientras caminamos, intento que no resulte demasiado evidente que estoy inhalando su aroma.

—Allá vamos —dice cuando abre la puerta del instituto.

Saco el móvil, llamo a Nana para avisar de que hemos llegado sanos y salvos y cuelgo en cuanto doblamos la esquina que lleva al salón de actos. Lo primero que vemos es una mesa enmantelada de morado, donde una mujer rubia con un vestido con estampado de flores entrega entradas. Lleva un flequillo bastante más corto de lo que dicta la moda actual.

—Ay, no —murmura Malcolm.

Acaba de frenar sobre sus pasos.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras guardo el móvil en el bolsillo del vestido. Me quito la chaqueta de Malcolm de los hombros y se la devuelvo.

Él se toma su tiempo en volvérsela a poner antes de retomar la marcha.

—Es Liz McNulty, la hermana de Kyle. Me odia. Aparentemente, viene de vigilante.

—¿Esa mujer? —La miro de reajo—. ¿Con la que Declan rompió por Lacey? —Malcolm asiente—. Creía que era de la edad de tu hermano.

—Lo es.

—¡Parece que tiene cuarenta años!

Estoy susurrando, pero igualmente me manda callar cuando nos acercamos a la mesa.

—Hola, Liz —saluda Malcolm con tono de resignación.

La mujer aparta la vista del teléfono y su expresión se torna inmediatamente en una mueca de profundo disgusto.

—Entradas —gruñe sin devolver el saludo.

—Todavía no las tenemos —dice Malcolm—. ¿Me darías dos, por favor?

Liz se muestra triunfal cuando le dice:

—No se venden en la puerta.

Malcolm detiene el amago de sacar la cartera.

—Ese sistema no es muy práctico.

—Tendríais que haberlas sacado con antelación —resopla Liz con superioridad.

—Hola, chicos —saluda una melodiosa voz a nuestras espaldas.

Al volverme a mirarla, me encuentro a Daisy saliendo del gimnasio. Va muy guapa, con un vestido azul ajustado y zapatos de tacón. Una ráfaga de música a todo volumen la acompaña hasta que la puerta se cierra.

—Hola —respondo, contenta de ver un rostro amable—. Estás muy guapa.

—Había que arreglarse para el turno de vigilancia, ¿verdad, Liz? —comenta Daisy. Liz se alisa la pechera del desaliñado vestido y yo siento una punzada de compasión por ella. Daisy mira primero a Malcolm y luego a mí—. Me sorprende veros por aquí. Mia dijo que no veníais.

—Nos lo hemos pensado mejor, pero no sabíamos que había que sacar las entradas con antelación —añado, tratando de congraciarme con Liz con mi mejor sonrisa.

Liz cruza los brazos sobre el pecho, dispuesta a discutir, hasta que Daisy le apoya una mano en el brazo para aplacarla.

—Ah, bueno, seguro que no pasa nada, ahora que ya estamos casi en el ecuador del baile, ¿verdad, Liz? —No responde, pero Daisy insiste—. Al director Slate no le gustaría que nadie se quedara fuera. Y menos en una noche en la que el instituto está intentando unir al alumnado. Además, necesitamos hasta el último céntimo que podamos recaudar para el fondo de búsqueda.

Despliega la sonrisa dulce y suplicante con la que probablemente consiguió que la votaran para el consejo de estudiantes durante cuatro años seguidos. Liz sigue fulminándonos con la mirada, aunque con menos tenacidad. Supongo que la relación clandestina de Daisy y Declan sigue siéndolo, de lo contrario, Liz se mostraría mucho menos caritativa con nosotros.

—Te lo agradecemos muchísimo —digo.

Malcolm, muy sabiamente, mantiene el pico cerrado.

Liz extiende las palmas con otro resoplido enojado.

—Vale: cinco dólares cada uno.

Malcolm le tiende un billete de diez y entramos al gimnasio con Daisy. La música, alta y reverberante, nos engulle de nuevo, y parpadeo para que se me acostumbren las pupilas a la falta de luz. Hay banderines morados y

globos plateados por todas partes, y la estancia está a rebosar de alumnos que bailan.

—¿Buscamos a Mia y Ezra? —me pregunta Malcolm a gritos para que se le oiga sobre el golpeteo de la música.

Asiento y se dirige al centro de la pista, pero Daisy me tira del brazo antes de que pueda seguirle.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —me grita.

Cuando Malcolm desaparece entre la multitud sin darse cuenta de que no le sigo, titubeo.

—Esto, vale —respondo, sin saber bien qué esperar.

Daisy acerca su cabeza a la mía para no tener que gritar.

—He estado pensando en lo que dijiste sobre Ryan Rodriguez y la pulsera. —Asiento. El martes, cuando los padres de Mia y Daisy volvieron a casa y empezaron a hiperventilar al ver la herida que tenía su hija pequeña en la cabeza, no tuvimos demasiado tiempo para hablar sobre ello. La explicación fue que se tropezó y se golpeó la cabeza con la repisa de la chimenea—. Me tiene preocupada. ¿Por qué crees que se lo podría haber regalado él a Lacey? ¿Sabes algo?

—No —reconozco.

No quiero exponerle a Daisy todo mi catálogo de sospechas, sobre todo después de lo que dijo el otro día. «Además, está el asunto de ser una de las pocas familias asiáticas de la ciudad». A veces se me olvida la falta de diversidad que hay en Echo Ridge. Pero, con solo dar un vistazo al gimnasio abarrotado, lo recuerdo. Y me parece menos inofensivo lanzar especulaciones sobre alguien que se apellida Rodriguez.

Además, aunque, después de conocerla un poco mejor, he tachado a Daisy de mi lista de sospechosos, sigo pensando que Declan oculta algo turbio. Tal vez Malcolm no hable demasiado con él, pero estoy segura de que Daisy sí lo hace.

—No sé, porque la conocía —respondo, en cambio.

La arruga del ceño de Daisy se torna aún más profunda.

—Pero... no es que fueran amigos, precisamente.

—Pero cuando Lacey murió él se quedó destrozado.

De pura sorpresa, endereza la espalda y sus bonitos ojos castaños se abren de par en par.

—¿Y eso quién te lo ha dicho?

—Mi madre. —Aun así, Daisy parece confusa, así que añado—: Le vio en el funeral. Me dijo que se puso histérico y le tuvieron que sacar casi a rastras.

—¿A Ryan Rodríguez? —El tono de Daisy es de incredulidad pura, y sacude la cabeza con vehemencia—. Eso no pasó.

—Igual no te diste cuenta.

—No. Éramos un curso pequeño, y estábamos todos en una de las naves de la iglesia. Me habría dado cuenta. —Daisy curva la boca en una sonrisa indulgente—. Tu madre seguramente estuviera exagerando. Trabaja en Hollywood, ¿no?

Yo callo. La respuesta de Daisy es prácticamente idéntica a la que me dio Nana cuando saqué el tema hace un par de semanas. «Eso no pasó». En aquel momento, pensé que mi abuela intentaba darme largas, pero eso fue antes de experimentar en carne propia lo defensiva que se pone Sadie cuando habla de Echo Ridge.

—Sí, supongo que sí —respondo despacio.

Dudo que Daisy tenga ningún motivo para mentir sobre el comportamiento de Ryan en el funeral de Lacey pero... ¿lo tendrá Sadie?

—Lo siento, por mi culpa has perdido a tu cita, ¿no? —me dice Daisy cuando ambas vemos emerger a Malcolm de entre la multitud en el centro de la pista—. Será mejor que siga circulando y haga algo de provecho. Diviértete.

Me dice adiós con la mano y se va hacia un lateral, al tiempo que hace una grácil pirueta para esquivar a un par de chavales del club de teatro que fingen bailar el vals cuando la música se vuelve lenta.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta Malcolm cuando nos reunimos de nuevo.

Está más desaliñado que cuando hemos llegado, como si hubiera estado a punto de salir de la multitud, pero no lo hubiera conseguido: chaqueta desabrochada, corbata floja, pelo revuelto.

—Lo siento. Daisy quería preguntarme algo. ¿Los has encontrado?

—No. Me ha interceptado Viv. —Crispa los hombros en un escalofrío de fastidio—. Ha perdido de vista a Kyle, y no le ha hecho mucha gracia. Y está enfadada con Theo porque se ha traído una petaca y Katrin ya está medio pedo.

Inspecciono visualmente el gimnasio hasta detectar un vestido de un rojo vivo.

—Hablando de la reina de Roma —comento, y señalo hacia la pista con la cabeza. Katrin y Theo bailan una canción lenta en el centro de la sala, y ella se agarra a su cuello como si necesitara mantenerse a flote—. Por ahí asoma.

Malcolm sigue el curso de mi mirada.

—Sí. No tiene mucha pinta de asesina, ¿no?

Noto cómo algo se me deshinchía por dentro.

—Crees que soy ridícula, ¿verdad?

—¿Qué? No —se apresura a responder—. Es solo que... Sea lo que sea lo que esté pasando, ahora mismo está en suspenso, así que... ¿te apetece bailar? —Desliza un dedo bajo la corbata para aflojársela un poco más—. Ya que estamos aquí, y tal.

Vuelvo a notar esa sensación de aleteo en el estómago.

—Bueno, mejor si pasamos desapercibidos —digo, y acepto la mano que me tiende.

Yo le rodeo el cuello, y él a mí la cintura. Es la típica postura incómoda para bailar lento, pero tras un par de balanceos desacompañados me atrae hacia sí y, de repente, encajamos. Relajo el cuerpo al apretarlo contra el suyo y le apoyo la cabeza en el pecho. Durante unos minutos, disfruto de la solidez que transmite y del latido acompañado de su corazón bajo mi mejilla.

Malcolm se acerca a mi oído.

—¿Te puedo preguntar una cosa? —Levanto la cabeza, deseando que lo que va a preguntarme sea si puede besarme otra vez, y a punto estoy de adelantarme y contestar que sí cuando añade—: ¿Te dan miedo los payasos?

Vaya. Menudo bajón.

Me separo de él y le miro a los ojos, que parecen grises como el acero en lugar de verdes a la débil luz del gimnasio.

—¿Eh? ¿Qué?

—Que si te dan miedo los payasos —me pregunta pacientemente, como si fuera la manera más normal del mundo de empezar una conversación.

Así que le sigo el rollo.

—No. La verdad es que nunca he entendido a quienes les tienen fobia.

Sacudo la cabeza, y un mechón suelto me roza los labios y se me queda pegado al brillo, recordándome por qué no me maquillo nunca. Antes de que se me ocurra una manera elegante de despegármelo, Malcolm se me adelanta y me mete el rizo rebelde tras la oreja, rozándome levísimamente la nuca con la mano antes de devolverla a mi cintura.

Una descarga de energía me recorre la columna. Ah. Vaya, igual el brillo de labios sí que sirve para algo, después de todo.

—A mí tampoco —responde—. Tengo la sensación de que los pobres tienen una mala fama que no se merecen, ¿sabes? Cuando lo único que quieren es entretener...

—¿Y tú eres... el defensor de su causa, o algo así? —pregunto, y él sonríe.

—No, pero en Solsbury hay un museo... Bueno, llamarlo museo es una exageración. Es más bien la casa de una anciana que la tiene llena a rebosar de antiguos trajes y complementos de payaso. A cualquiera que pasa por allí le endiña un paquete enorme de palomitas y tiene seis perros que se pasean entre los objetos expuestos. Y a veces proyecta películas en una de las paredes de la casa, pero no son de payasos. O no suelen serlo. La última vez que fui, estaba poniendo *Una rubia muy legal*.

—Suenas de lo más apetecible —ríe.

—Es raro —reconoce Malcolm—, pero a mí me gusta. Es divertido y hasta interesante, siempre y cuando no te den miedo los payasos. —Sus manos aprietan muy levemente mi cintura—. He pensado que igual algún día te apetecería ir.

Se me ocurren un montón de preguntas, empezando por «¿tú y yo solos o con mi hermano y Mia?» o «¿sería una cita o es una cosa rara que solo te gusta a ti y a la que nadie más te acompaña?» o «¿no debería asegurarme antes de que no has cometido ningún delito?», pero me muerdo la lengua con todas y respondo con un:

—Me apetecería.

Porque es la verdad.

—Vale. Guay —responde Malcolm con una sonrisa torcida. De repente, el compás que habíamos alcanzado desaparece: me pisa el pie, yo le clavo sin querer el codo y el pelo se me pega a la cara por motivos que no soy capaz de comprender. Se está yendo todo a la mierda en un periquete, pero él se queda inmóvil un momento y dice—: ¿Ves a Katrin?

Miro adonde la hemos visto por última vez, en el centro del gimnasio, pero no está.

—Theo sigue ahí —digo, indicando con la barbilla hacia él. Está haciendo un muy pobre intento de que nadie le vea vaciar el contenido de la petaca en un vaso de refresco—. Pero a ella no la veo.

Las canciones son otra vez marchosas y Malcolm me indica con un gesto que le siga. Nos abrimos camino por la pista de baile, entrando y saliendo de la multitud, y rodeamos el perímetro del salón de actos. Veo a un par de personas mirando fijamente a Malcolm y, sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo, le doy la mano. Localizo a Mia y a Ezra en un grupo más grande, bailando como locos. Daisy está retirada a un costado del gimnasio con otro par de vigilantes, ligeramente separada de ellas y observándolo todo con expresión preocupada. Al verla, me pregunto cómo se sentiría hace cinco años en su baile de bienvenida, cuando no le quedó más remedio que ver cómo coronaban rey y reina del baile al chico que le gustaba y a su mejor amiga. Me pregunto si estaría celosa, si le daría igual, si se consolaría pensando que pronto llegaría su turno.

Y me pregunto también cómo se sentiría Sadie hace más de veinte años, yendo al baile sin su hermana, bailando con un chico que tenía que gustarle al menos un poquito. Una noche perfecta que se truncó en un recuerdo cruel.

—No está aquí —dice Malcolm, pero en ese preciso instante capto un destello rojo justo donde no esperaba verlo.

Junto a las gradas de la otra punta del gimnasio hay una salida que han tapado con banderines y globos en un fútil intento de que parezca inaccesible. Katrin emerge de debajo de las gradas y, sin comprobar siquiera si hay vigilantes a la vista, empuja las puertas y sale afuera.

Malcolm y yo nos miramos. La vía directa hacia la puerta está bloqueada por vigilantes y alumnos que bailan, así que continuamos por el borde del gimnasio hasta llegar al otro lado. Nos colamos bajo las gradas, avanzando hacia la puerta sin despegarnos de la pared, y solo nos topamos con una pareja enrollándose. Cuando aparecemos al otro lado, vigilamos con más cuidado del que ha tenido Katrin que nadie nos vea salir antes de seguirla por la puerta.

Fuera hace fresco y reina el silencio, y la luna brilla llena en el cielo. No hay ni rastro de Katrin. A nuestra izquierda queda la cancha de fútbol, y a nuestra derecha la fachada del instituto. En silencioso acuerdo, los dos giramos hacia la derecha.

Cuando doblamos la esquina que queda más cerca de la puerta, vemos a Katrin inmóvil junto a un cartel en el que se lee «Instituto Echo Ridge». Malcolm me arrastra de vuelta a las sombras cuando ella hace amago de dar media vuelta, y yo atisbo en sus manos un bolsito de fiesta. Entrecierro los ojos y contengo el aliento al verla forcejear con el cierre. Aunque todas las partes funcionales de mi cerebro se preguntan cómo puede caberle ahí dentro algo más que las llaves y un brillo de labios, saco el móvil y empiezo a grabar.

Pero antes de que a Katrin le dé tiempo a sacar nada más del bolso, se le cae de las manos. Mi móvil la encuadra bajo la luz de esta luna casi cinematográfica cuando se detiene, se dobla por la cintura y vomita en la hierba sin ningún disimulo.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

ELLERY

DOMINGO 8 DE OCTUBRE

El domingo después del baile de bienvenida, Echo Ridge parece cansada, como si la ciudad entera estuviera de resaca. La iglesia está más vacía de lo habitual, y apenas nos topamos con nadie cuando, después de misa, acompañamos a Nana a hacer recados. Mientras Ezra y yo arrancamos yerbajos de un lateral del jardín, ni siquiera vemos pasar trotando a Melanie Kilduff, que siempre suele aparecer en mitad de nuestras labores de jardinería.

—Bueno, ¿y cómo terminó la noche con Malcolm? —me pregunta Ezra.

Tiro del tallo de un diente de león y, sin querer, lo decapito en lugar de arrancarlo de raíz.

—Bueno, ya lo viste —respondo, molesta. Anoche el baile terminó temprano, sobre las diez, y nos sacaron del salón de actos como un rebaño sometido a un estricto toque de queda. Daisy nos depositó en casa quince minutos antes del límite establecido por Nana, que nos esperó despierta hasta lo que para ella son horas intempestivas, y Ezra y yo la tuvimos revoloteando todo el tiempo alrededor, así que, en vez de contarle a mi hermano en vivo y en directo cómo había sido mi noche, terminé mandándole un mensaje-resumen al móvil—. Nos dimos las buenas noches.

—Sí, pero habréis hecho planes, ¿no?

Arranco el resto del diente de león y lo tiro a un cubo de plástico que queda entre ambos.

—Creo que igual vamos a un museo de payasos.

Ezra frunce el ceño.

—¿Al qué?

—A un museo de payasos. Pero eso no viene al caso, ¿no? —Me siento en cuclillas, frustrada—. De verdad pensaba que anoche iba a pasar algo más. Con Katrin, me refiero. Pero lo único que conseguimos fue sorprenderla en el infame acto de vomitar.

Ezra se encoge de hombros.

—No fue mala idea. Es un elemento central de todo lo que está pasando por aquí, pero... —Deja la frase a medias y se enjuga el ceño, decorándose la frente con una leve mancha de tierra al hacerlo—. Pero quizá deberíamos dejar que se ocupen de ello los expertos. Entregarle el recibo a la policía. No hace falta que les cuentes cómo lo has conseguido. Malcolm podría decir que se lo ha encontrado por casa.

—Pero entonces dejaría de tener sentido. El único motivo por el que el recibo es relevante es que Brooke estaba intentando recuperarlo.

—Ah, claro.

El distante sonido de un motor se aproxima y, cuando me vuelvo, veo el coche patrulla del agente Rodriguez pasar frente a nuestra casa y girar hacia la entrada de la suya, un par de puertas más allá.

—Una pena que nuestro agente local sea tan sospechoso —murmuro.

—Pero ¿todavía sigues con eso? —pregunta Ezra—. Daisy te dijo anoche que el agente Rodriguez no montó ningún numerito en el funeral de Lacey. Nana te dijo lo mismo. No sé por qué Sadie diría lo contrario si no es cierto, pero lo que creyó ver queda, cuando menos, abierto a interpretaciones. Más allá de eso, ¿qué ha hecho el pobre chaval? ¿Salir mal en la foto del anuario? Quizá deberíamos darle una oportunidad.

Me levanto y me sacudo los vaqueros.

—Igual tienes razón. Vamos.

—¿Eh? —Ezra me mira con los ojillos entrecerrados—. No me refería a ahora mismo.

—¿Por qué no? Nana lleva unos días persiguiéndonos para que le llevemos las cajas para que pueda guardar sus cosas antes de vender la casa, ¿no? Pues se las llevamos ahora. Igual podemos tantearle para que nos cuente cómo está yendo la investigación.

Dejamos las herramientas de jardinería donde están y entramos en casa. Nana pasa el polvo en el piso de arriba mientras nosotros cogemos las cajas de cartón aplanadas que hay en el sótano. Cuando la informamos a voces de lo que estamos haciendo, no protesta.

Ezra coge la mayor parte de las cajas y yo cargo con el resto. Le sigo hasta el ancho sendero de grava que lleva a la casa del agente. Es más pequeña que el resto de las del vecindario, marrón oscuro, estilo Cape Cod, y ligeramente retirada de la calle. Nunca la había visto tan de cerca. Las ventanas de la fachada están decoradas con grandes parterres azules, pero su contenido parece llevar meses muerto.

El agente Rodriguez sale a recibirnos apenas segundos después de que Ezra llame al timbre. Se ha quitado el uniforme y viste una camiseta azul y pantalones de chándal, y a su pelo no le vendría mal un repasito.

—Ah, hola —nos saluda, abriendo la puerta de par en par—. Nora me dijo que me las traeríais en algún momento. Me vienen de maravilla. Ahora mismo estoy sacando unas cuantas cosas del salón.

No ha sido exactamente una invitación a entrar, pero yo avanzo igualmente hacia el vestíbulo.

—¿Se muda? —le pregunto, con la esperanza de que la conversación fluya.

Ahora que estoy en su casa, me provoca más curiosidad que nunca.

El agente Rodriguez nos quita las cajas de las manos y las apoya contra la pared.

—En algún momento. Ahora que mi padre ya no está, se me hace demasiado grande para mí solo, ¿sabes? Pero no hay prisa. Antes tengo que pensar adónde ir. —Levanta un brazo para rascarse la parte trasera de la cabeza—. ¿Os apetece tomar algo? ¿Un poco de agua, quizá?

—¿Tiene café? —le pregunta Ezra.

El agente Rodriguez duda un momento.

—¿Podéis beber café?

—Tenemos unos... cinco años menos que usted —observa Ezra—. Y es café. No le estoy pidiendo metanfetaminas.

Yo río, divertida, y me doy cuenta de que Ezra debe sentirse lo bastante cómodo en presencia del agente Rodriguez como para contestarle así. No es propio de él desafiar a las autoridades, ni siquiera en broma.

El agente Rodriguez sonríe tímidamente.

—Bueno, vuestra abuela es un tanto estricta... Pero sí, prepararé un poco.

Se da media vuelta y lo seguimos a una cocina empapelada con un anticuado motivo floral. Los electrodomésticos son color mostaza. El agente Rodriguez saca de un armario un par de tazas desparejadas y rebusca cucharillas en un cajón.

Yo me apoyo contra la encimera.

—Nos preguntábamos, bueno, qué tal va la investigación de Brooke —pregunto. Al hacerlo, noto en el pecho esa presión que ya casi me resulta familiar. Hay días, como ayer, que son lo suficientemente ajetreados como para olvidarme de que, a cada hora que pasa, es menos probable que encuentren a Brooke con vida—. ¿Hay noticias?

—Nada que pueda compartir —responde el agente Rodriguez, y su tono se vuelve más profesional—. Lo siento. Sé que para vosotros es difícil, sobre todo habiéndola visto justo antes de desaparecer.

Parece sincero. Y ahora mismo, mientras llena la taza con un dibujito de un muñeco de nieve de café humeante y me la tiende, parece tan normal, tan amable y, definitivamente, tiene tan poca pinta de haber asesinado a alguien, que me arrepiento de no haberme traído el recibo del taller.

Salvo porque sigo sin saber demasiado de él, en realidad.

—¿Qué tal está su familia? —pregunta Ezra, acomodándose en una de las sillas de la cocina. Frente a él, en la mesa, hay un penique suelto, y empieza a hacerlo girar por la superficie.

—Pues todo lo mal que cabría esperar. Están muertos de preocupación. Pero agradecen mucho cómo se está volcando la ciudad con ellos —dice el agente Rodriguez. Se acerca a la nevera, la abre y empieza a revolver su contenido—. ¿Lo tomáis con leche? ¿O mitad y mitad?

—Cualquier opción nos vale —dice Ezra, pescando el penique a mitad de giro con dos dedos.

Yo echo un vistazo al salón contiguo, donde una enorme foto de tres niños cuelga sobre la repisa de la chimenea.

—¿Ese es usted de pequeño? —le pregunto.

Como tengo poquísimas propias, para mí las fotos familiares son como droga. Me da la sensación de que cuentan mucho de la persona a la que pertenecen, que probablemente sea el motivo por el que Sadie las odie. A ella no le gusta revelar nada.

El agente Rodriguez sigue buscando dentro de la nevera, de espaldas a mí.

—¿Qué?

—La foto sobre la chimenea.

Apoyo la taza en la encimera y salgo al salón para verla más de cerca. La superficie de la repisa está atestada de fotos y, sin quererlo, gravito hacia un marco triple en el que hay unas que parecen de graduación.

—No deberías... —me dice el agente Rodriguez, y oigo un estrépito a mi espalda.

Cuando me vuelvo para comprobar qué ha pasado, lo veo tropezar con una butaca otomana y atisbo de reojo una foto de Ezra.

Espera. No. No puede ser.

Ahora sí, clavo la vista en una foto enmarcada de un joven vestido de militar, apoyado contra un helicóptero y sonriendo a la cámara. Absolutamente todos sus rasgos —el cabello oscuro, los ojos, las facciones afiladas de su rostro, incluso la sonrisa levemente ladeada— son exactamente iguales a los de mi hermano.

Y a los míos.

Tomo una fugaz bocanada de aire y mis dedos se cierran en torno al marco antes de que el agente Rodriguez intente cogerlo de la repisa. Me tambaleo de espaldas, agarrando la foto con las dos manos mientras una sensación muy parecida al pánico zumba por mis venas. Noto que se me calienta la piel y se me nubla la visión. Pero sigo viendo ese rostro con absoluta claridad en el ojo de mi mente. Podría ser mi hermano disfrazado de soldado en Halloween, pero no lo es.

—¿Quién es? —pregunto. Noto la lengua espesa, como si me hubieran pinchado anestesia.

El agente Rodriguez tiene la cara color remolacha. Da la sensación de que preferiría hacer cualquier otra cosa antes que contestarme, pero por fin lo hace.

—Mi padre, justo después de servir en la operación Tormenta del Desierto.

—¿Su padre?

La palabra surge convertida en chillido.

—¿Ellery? ¿Qué coño haces?

La voz de Ezra destila desconcierto y suena a kilómetros de distancia.

—Mierda. —El agente Rodriguez se pasa las dos manos por el pelo—. Esto es... Vale. No es como quería que salieran las cosas. Iba a, no sé, hablar con vuestra abuela, o algo. Pero no tenía ni idea de qué decirle, así que lo he estado posponiendo y... O sea, ni siquiera estoy seguro. —Le miro a los ojos, y él traga saliva—. Podría ser una coincidencia.

Mis piernas se han convertido en dos tiras de goma. Me desplomo en un sofá, aún aferrando el marco.

—No es una coincidencia.

La impaciencia se apodera de la voz de Ezra.

—¿De qué estáis hablando?

El agente Rodriguez no se parece en nada a su padre. De lo contrario, tal vez me habría sorprendido tanto como él la primera vez que nos vimos. De repente, todo cobra sentido: la taza de café derramada en la cocina de Nana, el tartamudeo y el murmullo nervioso cada vez que nos veía. En un primer momento lo interpreté como ineptitud, y luego como culpabilidad por lo de Lacey. Nunca, ni una sola vez, se me pasó por la cabeza que Ryan Rodriguez pareciera un ciervo perpetuamente deslumbrado por los faros de un coche en nuestra presencia porque estaba intentando asimilar el hecho de que probablemente seamos parientes.

¿Probablemente? Contemplo la foto que tengo en las manos. Nunca me he parecido en nada a Sadie salvo por el pelo y el hoyuelo. Pero esos ojos prácticamente negros, alzados, el mentón afilado, la sonrisa... son los mismos que veo todos los días en el espejo.

El agente Rodriguez enlaza las manos frente a sí como si fuera a ponerse a rezar.

—Quizá deberíamos avisar a tu abuela.

Yo niego con vehemencia. En este preciso instante, hay muchas cosas que no sé. Pero sí sé que la presencia de Nana solo va a servir para incrementar por mil el grado de incomodidad. En cambio, le tiendo el marco a Ezra.

—Tienes que ver esto.

Cuando mi hermano cruza el salón, siento como si mis diecisiete años de vida pasaran por delante de mis ojos. Me da vueltas la cabeza a toda velocidad. Intento buscarle una explicación a todos los fragmentos del puzle que conozco y que ahora parecen mentira. Como que quizá Sadie realmente conociera a un tal Jorge o José en una discoteca y de verdad crea lo que siempre nos ha contado sobre nuestro padre. Que quizá ni siquiera recuerde un acontecimiento previo que ahora resulta demasiado evidente: la aventurilla que tuvo con un tipo casado cuando volvió a casa para el funeral de su padre.

Salvo porque... recuerdo la cara que se le puso la primera vez que mencioné el nombre del agente Rodriguez, como si algo desagradable, casi esquivo, le ensombreciera el rostro. Cuando le pregunté qué le pasaba, me contó lo de que se había venido abajo en el funeral de Lacey. Un hecho alrededor del cual elaboré toda una teoría criminal, hasta que dos personas me dijeron que eso no había ocurrido.

Ezra inspira apresuradamente.

—Hostia puta.

No soy capaz de mirarle a la cara, así que, en cambio, miro al agente Rodriguez. Me fijo en cómo se le contrae un tendón de la mejilla.

—Lo siento... —se disculpa—. Debería. Bueno, no sé qué debería haber hecho, para ser sinceros. Podríamos... hacernos una prueba, o algo, supongo, para asegurarnos... —Deja la frase a medias y se cruza de brazos—. No creo que él lo supiera. Puede que me equivoque, pero creo que, de haberlo hecho, habría dicho algo.

Habría. Condicional pasado. Ya que su padre —y el nuestro, supongo— lleva tres meses muerto.

Es demasiada información. Las voces que me rodean se convierten en un zumbido, y probablemente debería escucharlas, porque estoy convencida de que están diciendo algo importante y significativo, pero soy incapaz de distinguir las palabras con claridad. Todo es ruido blanco. Me sudan las palmas, me tiemblan las rodillas. Siento como si se me hubieran encogido los pulmones y apenas fuera capaz de contener un par de bocanadas de aire por inspiración. Me estoy mareando tanto que temo desmayarme en mitad del salón del agente Rodríguez.

Y tal vez lo peor de todo sea lo terriblemente infantil que me siento y lo desesperadamente que necesito a mi mamá ahora mismo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

MALCOLM

DOMINGO 6 DE OCTUBRE

Es uno de esos sueños que en realidad es un recuerdo.

Mia y yo estamos en el sofá de su casa, con los ojos clavados en la televisión mientras vemos las noticias del funeral de Lacey, que había sido el día anterior. Los dos asistimos, por supuesto, pero no podemos evitar revivirlo en pantalla.

Meli Dinglasa, una antigua alumna del instituto que estuvo relegada a las sombras de una cadena local hasta que alguien tuvo la brillante idea de ponerla frente a la cámara para cubrir esta historia, está delante de los escalones de la iglesia, micrófono en mano:

«Ayer, la afectada población de esta pequeña localidad de Nueva Inglaterra se dio cita para asistir al funeral de Lacey Kilduff y llorar la pérdida de tan prometedora jovencita. Pero entre el dolor, siguen orbitando las dudas en torno a los que mejor conocían a la víctima».

Hay un corte, y en la pantalla aparece Declan saliendo de la iglesia con un traje que le queda pequeño, con el ceño fruncido y los puños apretados. Si está intentando que le den el papel de «exnovio sospechoso y resentido», le está saliendo de maravilla.

Mia se aclara la garganta y se echa hacia delante, abrazada a un cojín.

—¿Crees que el culpable fue ayer al funeral? —Me mira de reojo y añade a regañadientes—: No me refiero a ninguno de sus amigos.

Evidentemente, me refiero a... si será alguien que conocemos. Que estuviera ahí con nosotros, en medio de la multitud.

—Dudo que se presentaran en el funeral —respondo, con más certeza de la que en realidad siento.

—¿Lo dudas? —Mia se muerde el labio y sus ojos se posan brevemente en la pantalla—. Deberían habernos hecho a todos el test del asesino.

—¿El qué?

—Es una cosa que he oído en clase —dice Mia—. Es un acertijo sobre una chica. Está en el funeral de su madre y ve a un tipo que no conoce. Se enamora de él y decide que es el hombre de sus sueños. Unos días después, ella mata a su propia hermana. ¿Por qué lo hace?

—Nadie haría eso —rezongo.

—Es un acertijo. Tienes que contestar. Dicen que los asesinos siempre dan la misma respuesta.

—Porque... —Callo, intentando pensar la respuesta más retorcida posible. Me siento más cómodo teniendo esta conversación con Mia de lo que lo haría con cualquier otro en este preciso instante. Es una de las pocas personas de Echo Ridge que no mira a Declan con sospecha, ni a mí como si, por asociación, fuera una mala hierba—. ¿Porque su hermana era la novia del hombre y no quería compartirlo con nadie?

—No. Porque pensó que el hombre tal vez también iría al funeral de su hermana.

—Eso ni siquiera tiene sentido —resoplo.

—¿Se te ocurre una manera mejor de detectar a alguien capaz de asesinar a sangre fría?

Yo inspecciono a la multitud que aparece en la pantalla, buscando una señal evidente de que alguien no está bien. Algo siniestro que aceche entre las caras tristes.

—Son los más desquiciados de todos.

Mia se hace un ovillo en su esquina del sofá, apretando el cojín con fuerza contra su pecho.

—Pero precisamente ese es el problema, ¿no? Que están desquiciados, pero no se les nota.

* * *

Me despierto de sopetón con tal sobresalto que estoy a punto de caerme de la cama. Tengo el pulso acelerado y la boca reseca y algodonosa. Hace años que no pienso en ese día, Mia y yo viendo a escondidas las noticias del funeral de Lacey, cuando me refugiaba en su casa porque la mía era una olla a presión a punto de explotar. No sé por qué lo he soñado ahora, salvo porque...

«Katrin tendría que haber estado tan desesperada como para perder toda noción del bien y del mal, o tener la sangre fría de una criminal». Aunque no la hayamos sorprendido en nada más grave que buscar un lugar tranquilo donde vomitar, soy incapaz de sacarme de la cabeza lo que dijo Ellery.

Me paso la mano por el pelo empapado de sudor y me doy la vuelta en la cama, intentando retomar el sueño. En vano. Se me abren los ojos solos, así que me doy la vuelta otra vez para mirar la hora en el móvil. Son las tres de la mañana pasadas, así que me sorprende ver que hace aproximadamente diez minutos he recibido un mensaje de Ellery.

«Siento no haber contestado antes. Han pasado cosas».

Solo ha tardado quince horas en devolverme el mensaje de «Anoche me lo pasé guay», lo que me estaba haciendo emparanoiarme por un motivo distinto al que me ha quitado el sueño.

Me apoyo en un codo y noto una punzada de preocupación. No me gusta cómo suena ese «cosas», ni que Ellery esté despierta a las tres de la mañana. Estoy a punto de responderle al mensaje cuando un ruido al otro lado de mi puerta me hace detenerme. El rumor de pasos es casi imperceptible, salvo por el levísimo crujido que emite el tablón suelto frente a mi habitación. Pero ahora que he aguzado el oído, oigo a alguien bajar y abrir la puerta.

Aparto las sábanas, salgo de la cama y me acerco a la ventana. La luna brilla lo justo para permitirme distinguir una silueta con mochila caminando a paso veloz hacia la entrada de nuestra casa. No tiene la corpulencia de Peter, y el paso seguro y veloz no se parece ni de lejos al de mi madre, lo que reduce las posibilidades a Katrin.

«Katrin tendría que haber estado tan desesperada como para perder toda noción del bien y del mal, o tener la sangre fría de una criminal». Dios. Las palabras de Ellery son mi Montaña Rusa Endemoniada particular, dando vueltas dentro de mi cabeza en un *looping* interminable y horrendo. Y ahora, viendo la silueta desaparecer en la oscuridad, lo único que se me ocurre es lo imprudente que es pasear por Echo Ridge a las tres de la mañana, estando aún Brooke desaparecida.

A menos que tengas la certeza de que no hay nada que temer.

A menos que tú seas a quien haya que temer.

Busco las zapatillas a tientas por el suelo. Sujetándolas con una mano, cojo el móvil con la otra y cruzo la puerta de mi dormitorio al pasillo a oscuras. Bajo las escaleras lo más silenciosamente que puedo, aunque con lo fuerte que ronca Peter, no tendría ni que molestarme. Cuando llego al vestíbulo, introduzco los pies en las deportivas y abro la puerta muy despacio. No veo a Katrin por ninguna parte, y lo único que oigo son los grillos y el rumor de las hojas mecidas por el viento.

Cuando llego al final de la entrada, miro a ambos lados. En este tramo de la calle no hay farolas y no veo más que la silueta sombría de los árboles. El instituto queda a la izquierda, y el centro a la derecha. «El instituto», pienso. Donde anoche se celebró el baile de bienvenida. Giro a la izquierda y me mantengo al borde de la carretera, caminando junto a la hilera de altos matorrales que delimitan la finca de nuestro vecino. Nuestra calle da a otra más grande y mejor iluminada, y cuando doblo la esquina, distingo a Katrin a unas cuantas manzanas de distancia.

Saco el móvil y escribo a Ellery.

«Estoy siguiendo a Katrin».

No esperaba respuesta, pero la recibo en cuestión de segundos.

«¡¿QUÉ?!».

«¿Por qué estás despierta?».

«Una historia muy larga. ¿Por qué estás tú siguiendo a Katrin?».

«Porque ha salido de casa a las tres de la mañana y quiero saber por qué».

«Buen motivo. ¿Adónde va?».

«No lo sé. Igual al instituto».

Veinte minutos separan nuestra casa del instituto, a pesar de que tanto Katrin como yo caminamos a paso vivo. Me vibra el móvil en la mano un par de veces mientras camino, pero no aparto los ojos de Katrin. A la difusa luz de la luna, su silueta tiene algo de intangible, como si fuera a desaparecer si dejo de prestarle atención. No dejo de pensar en la boda de nuestros padres la primavera pasada, en la que mi hermanastra lució una sonrisa radiante y un vestidito blanco, como si fuera una novia en prácticas. Mientras Peter y mi madre abrían el baile, cogió un par de copas de champán de la bandeja de un camarero y me tendió una.

—Ahora no nos va a quedar más remedio que soportarnos, ¿eh, Mal? — me preguntó antes de vaciar su copa de un trago y hacerla chocar contra la mía con un tintineo—. Más nos vale ir acostumbrándonos. Salud.

Esa noche me cayó mejor de lo que pensaba que iba a hacerlo. Y desde entonces ha sido así. Así que me daría muchísimo por saco que Ellery estuviera en lo cierto con respecto a algo de esto.

Katrin se detiene a unos cuantos metros del instituto, frente al murete que separa el colegio de las propiedades colindantes. Las farolas de la fachada arrojan un resplandor amarillento, suficiente para permitirme ver que suelta la mochila en el suelo y se acucilla junto a ella. Yo me agacho tras un arbusto y noto que el corazón me late incómodamente deprisa. Mientras espero a que Katrin vuelva a levantarse, leo el último mensaje que he recibido de Ellery.

«¿Qué está haciendo?».

«Estoy a punto de descubrirlo. Espera».

Abro la cámara, empiezo a grabar, pulso el zoom y sigo la trayectoria de Katrin mientras saca algo blanco y cuadrado de la mochila. Lo despliega como si fuera un mapa y camina hacia el murete. La contemplo pegar la esquina de lo que está sosteniendo a lo alto del muro con cinta aislante y luego repetir la operación hasta que el cartel de letras rojas queda bien a la vista.

EN TODOS SUS CINES
MURDERLAND, EL RETORNO
OS AVISÉ

El corazón me da tal vuelco que casi se me cae el teléfono al suelo. Katrin vuelve a guardar la cinta aislante en la mochila y la cierra. Luego se la echa al hombro, da media vuelta y echa a andar por donde ha venido. Lleva una capucha que le tapa el pelo, pero cuando pasa a pocos metros de mí, le veo perfectamente la cara a través de la cámara.

En cuanto dejo de oír sus pasos, me acerco al cartel para grabarlo más de cerca. Las letras, de un rojo vivo, están pintadas sobre el fondo blanco, pero no hay nada más: ni muñecas, ni fotografías, ni rastro de la alegre turbiedad de sus obras anteriores. Le mando a Ellery el vídeo y escribo: «Esto era lo que estaba haciendo». Luego espero, aunque no mucho.

«Ay, Dios mío».

Noto los dedos entumecidos mientras escribo: «Tenías razón».

«Tenemos que entregarle esto a la policía», contesta Ellery. «El recibo también. No debería habérmelo guardado tanto tiempo».

El estómago me da vueltas. Dios, ¿qué va a pensar mi madre? ¿Le aliviará en parte que el foco se aparte de Declan y de mí, o será otra vez el mismo programa, solo que en diferente canal? Y Peter..., me convulsiona el cerebro de pensar cómo reaccionará cuando sepa que Katrin está involucrada en algo así. Sobre todo si soy yo quien lo saca a la luz.

Pero no tengo más remedio. Se están acumulando demasiadas pruebas, y todas apuntan a mi hermanastra.

Camino y escribo a la vez.

«Lo sé. Voy a comprobar que vuelve a casa y no va a ningún otro sitio. ¿Deberíamos ir a la comisaría mañana por la mañana?».

«Preferiría enseñárselo antes al agente Rodriguez. ¿Quieres pasarte por mi casa a las seis para que vayamos juntos?».

Parpadeo al ver lo que hay escrito en la pantalla. Ellery se ha pasado semanas diciéndole a cualquiera dispuesto a escucharla —que, seguramente, solo seamos Ezra, Mia y yo— que cree que el agente Rodriguez es sospechoso. ¿Y ahora quiere ir a su casa en cuanto amanezca para entregarle un material que no deberíamos tener en nuestro poder? Aparto la vista del teléfono y me doy cuenta de que me estoy acercando demasiado deprisa a Katrin. Si sigo a este ritmo, la voy a adelantar. Aminoro el paso y escribo:

«¿Por qué a él?».

El mensaje de Ellery tarda unos minutos en aparecer. O bien está escribiendo una novela o está eligiendo con cuidado sus palabras. Cuando por fin me llega, no dice lo que esperaba.

«Digamos que me debe una».

* * *

—A ver, otra vez, ¿cómo habéis conseguido este recibo?

El agente Rodriguez me tiende una taza de café en su cocina. El sol del amanecer se cuela por la ventana que hay sobre el fregadero, veteando la mesa de dorado. Estoy tan cansado que el efecto me recuerda a una almohada, y lo único que quiero hacer es apoyar la cabeza y cerrar los ojos. Les he dejado a Peter y a mi madre una nota diciéndoles que he ido al gimnasio, que es solo un poco más creíble que lo que estoy haciendo en realidad.

—El contenedor de reciclaje no tenía candado —dice Ellery, enroscándose un rizo alrededor del dedo.

—¿No tenía candado?

El agente Rodriguez tiene los ojos enmarcados por ojeras oscuras. Teniendo en cuenta lo que Ellery me ha contado de camino a su casa sobre la foto de su padre, no creo que él tampoco haya dormido demasiado.

—No.

—¿Y el contenido seguía dentro?

Ella le mira a los ojos sin pestañear.

—Sí.

—Vale. —Se frota la cara con la mano—. Asumamos que sí. Independientemente de si el contenedor de reciclaje tenía o no candado, no estabas autorizada a coger su contenido.

—Desconocía que la basura tuviera dueño —dice Ellery como si tener razón fuera lo que más deseara del mundo.

El agente Rodriguez se recuesta en su silla y la contempla en silencio unos segundos. Ellery y él no se parecen demasiado. Pero ahora que sé que podrían estar emparentados me doy cuenta de que la firme cerrazón de las mandíbulas de ambos es idéntica.

—Voy a tratar esto como una pista anónima —dice por fin, y Ellery suspira, visiblemente aliviada—. Revisaré el asunto del coche. Dado el estado en el que os encontrasteis a Brooke en la Granja del Terror, es una vía de investigación interesante.

Ellery se cruza de brazos y menea un pie. Desde que hemos llegado aquí, es un manojo de nervios y no deja de moverse y revolverse. A diferencia del agente Rodriguez y de mí, está completamente despierta.

—¿Va a arrestar a Katrin?

El agente Rodriguez nos muestra una palma.

—Ostras. No tan deprisa. No hay pruebas de que haya cometido ningún crimen.

Ellery parpadea, perpleja.

—¿Y qué pasa con el vídeo?

—Es interesante, sin duda, pero no implica destrucción del mobiliario público. Quizá allanamiento. Depende de a quién pertenezca el muro.

—Pero ¿qué pasa con las demás veces? —pregunto yo.

Él se encoge de hombros.

—No sabemos si estuvo involucrada. Lo único que sabemos es lo que habéis visto esta madrugada.

Cojo mi taza. El café ya se ha quedado frío, pero, de todas maneras, me lo bebo.

—Así que todo lo que le hemos dado no sirve para nada.

—Todo sirve para algo cuando se trata de una desaparición —dice el agente Rodriguez—. Lo único que digo es que es demasiado prematuro sacar conclusiones basándonos en lo que habéis compartido conmigo. Ese es mi trabajo, ¿de acuerdo? No el vuestro. —Se echa hacia delante y hace tamborilear los nudillos en la mesa para enfatizar sus palabras—. Oíd, chavales: agradezco que hayáis acudido a mí, de verdad que sí, pero a partir de ahora tenéis que manteneros al margen. No solo por vuestra propia seguridad, sino porque, si realmente estáis acorralando a alguien involucrado en la desaparición de Brooke, no os conviene que se dé cuenta, ¿de acuerdo? —Ambos asentimos con un golpe de cabeza y él se cruza de brazos—. Voy a necesitar que me lo confirméis verbalmente.

—Se le da mejor de lo que pensaba —dice Ellery en voz baja.

El agente Rodriguez frunce el ceño.

—¿Qué has dicho?

—He dicho que vale —responde ella, alzando la voz.

Entonces, él me señala con la barbilla, y yo asiento.

—Vale. Está bien.

—Y, por favor, que esto quede entre nosotros. —El agente Rodriguez mira a Ellery a los ojos—. Sé que estás muy unida a tu hermano, pero preferiría que no compartieras lo que hemos hablado con nadie que no esté presente.

Dudo que ella pretenda cumplir esta petición, pero asiente.

—Vale.

El agente Rodriguez mira el reloj del microondas. Son casi las seis y media.

—¿Sabe tu abuela que estás aquí?

—No —responde Ellery—. No sabe nada.

Los ojos del agente Rodriguez vuelan rápidamente hacia mí cuando nota el énfasis en el «nada» y yo mantengo el rostro preventivamente impassible. Es quizá un tanto sorprendente que en Echo Ridge nadie haya establecido la conexión entre su padre y los gemelos hasta ahora. Pero el señor Rodriguez era un padre de familia reservado que no hacía demasiada vida en sociedad. Y, cuando lo hacía, no se parecía a la foto que Ellery me enseñó en el móvil. Recuerdo haberle visto siempre con unas gafas gruesas y mucho más gordo. Y calvo. Más vale que Ezra presuma de pelazo mientras pueda.

—Entonces, deberías volver a casa. Se va a preocupar si se despierta y ve que no estás. Tú también, Malcolm.

—Vale —responde Ellery, pero no se mueve. Menea el pie otra vez y añade—: Tengo una duda. Sobre Lacey y usted.

El agente Rodriguez ladea la cabeza.

—¿Qué pasa con Lacey y conmigo?

—Una vez le pregunté si eran amigos y no quiso contestarme.

—¿Ah, no? —Se le tuerce la boca en una sonrisa amarga—. Probablemente porque no es asunto tuyo.

—¿Quiso...? —Calla un momento—. ¿Alguna vez quiso, ya sabe, pedirle una cita, o algo así?

Él deja escapar una risilla.

—Claro. Yo, y la mayoría de chicos del curso. Lacey era muy guapa pero... no era solo eso. Se preocupaba por la gente. Aunque no fueras nadie en el instituto, te hacía sentir importante. —Se le ensombrece la expresión—. Lo que le pasó me sigue rompiendo por dentro. Creo que, en parte, me hice policía por ella.

Los ojos de Ellery escrutan los suyos, y lo que sea que perciba en ellos relaja la tensión de sus hombros.

—¿Sigue investigando su asesinato?

El agente Rodriguez le dedica una mirada divertida cuando le vibra el móvil.

—Déjalo estar un poco, Ellery. Y vete a casa.

Mira la pantalla y su rostro palidece. Retira la silla de un empujón que le arranca un chirrido al suelo y se pone en pie.

—¿Qué pasa? —preguntamos Ellery y yo a la vez.

Coge un llavero de la encimera.

—Id a casa —repite, pero esta vez no suena a broma—. Y quedaos allí.

CAPÍTULO TREINTA

ELLERY

LUNES 7 DE OCTUBRE

Estoy sentada en los escalones del porche de Nana, con el teléfono en la mano. Malcolm se ha marchado hace ya varios minutos, y el agente Rodriguez bastante más. Quizá debería empezar a llamarle Ryan. No sé cuál es el protocolo para dirigirse a posibles medio hermanos que, hasta hace muy poco, estaban en tu lista de sospechosos de asesinato.

Sea como sea, lo importante es que estoy sola. Es más que evidente que Ryan se traía algo entre manos, pero no tengo ni idea de qué. Lo único que sé es que estoy harta de contemplar cómo las mentiras se van apilando unas sobre otras en la peor partida de Jenga de la historia. Abro la foto que le saqué a la del señor Rodriguez vestido de militar y estudio atentamente los rasgos de su rostro. Cuando Ezra se fijó en el agosto de 2001 de mi línea temporal, me temía que estuviéramos, tal vez —tal vez—, ante la posibilidad de que nuestro padre fuera Vance Puckett. Esto no me lo habría imaginado nunca.

No puedo llamar a Sadie. No sé de quién es el teléfono que ha estado usando y, de todas maneras, en California ahora mismo es de noche. En cambio, le mando la foto por email con un «Tenemos que hablar» en el asunto. Igual lee el correo cuando vuelva a pedir prestado el teléfono.

Miro qué hora es: algo más de las seis y media. Nana no se despertará hasta dentro de media hora. Soy un manojo de nervios y no tengo ganas de entrar en casa, así que me dirijo al bosque que hay tras la casa. Ahora que

las piezas del papel que Katrin ha tenido en la desaparición de Brooke empiezan a encajar, no me da miedo pasear sola por el bosque. Sigo el sendero que cogemos siempre para ir a la Granja del Terror en un intento por vaciar la mente de pensamientos y disfrutar del fresco viento de otoño.

Salgo del bosque justo enfrente de la Granja del Terror y me detengo. No me había fijado en lo distinta que parece la boca abierta de la entrada cuando el parque está cerrado. Menos chabacana y más intimidante. Inspiro hondo, suelto el aire y luego cruzo la calle desierta con los ojos clavados en la silenciosa noria que se perfila contra el cielo claro.

Cuando llego a la entrada, apoyo la mano en la pintura descascarillada de la boca de madera, intentando imaginarme lo que sentiría Lacey cuando se coló en el parque a deshoras hace cinco años. ¿Estaría emocionada? ¿Enfadada? ¿Asustada? ¿Y con quién estaría, o a quién iría a ver? Ahora que he tachado a Daisy y a Ryan de mi lista de sospechosos, volvemos a quien siempre la ha encabezado: Declan Kelly. A menos que me esté dejando fuera a alguien.

—¿Hay algún motivo por el que estés aquí?

La voz hace que el corazón me trepe a la garganta. Me vuelvo como una flecha y me encuentro con un hombre de mediana edad vestido de policía, con una mano apoyada en la radio que lleva a la cadera. Tardo unos segundos en reconocerle: el agente McNulty, el mismo que lleva interrogando a Malcolm toda la semana. El padre de Liz y Kyle. Kyle y él se parecen. Los dos son altos, anchos de hombros y tienen el pelo claro, la mandíbula cuadrada y los ojos un poco demasiado juntos...

—Estaba..., bueno, dando un paseo.

Una repentina oleada de nervios hace que me tiemble la voz.

No sé por qué de repente me da miedo encontrarme con un policía cuarentón. Tal vez sean esos ojos de un vacío azul grisáceo que me recuerdan demasiado a los del gilipollas de su hijo. Hay algo frío y casi metódico en lo intensamente que Kyle odia a Malcolm. Fue un golpe de suerte que no nos lo encontráramos el otro día en el baile.

El agente McNulty me inspecciona cuidadosamente.

—Creemos que no es recomendable que los menores deambulen solos por la ciudad en estos momentos. —Se frota la mandíbula y entrecierra los

ojos—. ¿Sabe tu abuela que estás aquí?

—Sí —miento, secándome las palmas húmedas en los pantalones. Un ruido estático brota de su radio, y pienso en cómo ha salido pitando hoy Ryan de casa. La señalo con una mano—. ¿Pasa algo? Con Brooke o...

La frase queda en suspenso cuando su expresión se endurece.

—¿Disculpa? —pregunta, tenso.

—Lo siento. —Las cinco semanas que llevo poniendo a prueba la santa paciencia de Ryan me han hecho olvidar que a la mayoría de los policías no les apetece que una adolescente entrometida los acribille a preguntas—. Es solo que estoy preocupada.

—Pues preocúpate en casa —responde, con el tono de «conversación zanjada» más tajante que he oído en mi vida.

Pillo la indirecta, murmuro un adiós, cruzo de nuevo la calle y vuelvo a internarme en el bosque. Debería haber apreciado más a Ryan —o debería haberle apreciado, a secas, para ser honestos— y compadezco a Malcolm por tener que someterse a las preguntas del agente McNulty un día sí y otro también.

La humedad del rocío matutino empieza a calarme las zapatillas a medida que la capa de hojas se va espesando. La sensación de incomodidad no hace más que acrecentar el desprecio que siento hacia McNulty. No me extraña que sus hijos tengan suficiente amargura reconcentrada en el cuerpo como para conservar rencor por una mala ruptura de hace cinco años. Entonces, me doy cuenta de que no conozco bien la historia y de que tal vez Declan fuera un capullo con Liz. Pero nunca deberían haberse metido con Malcolm, y Kyle, directamente, debería ocuparse de sus propios asuntos. No es de esos chicos que dejan pasar las cosas. Probablemente, si Lacey aún estuviera viva, la seguiría odiando por ser la chica por la que Declan dejó a su hermana. Y a Brooke por romper con él, y...

Aminoró el paso cuando caigo en la cuenta, y se me sube la sangre tan rápidamente a la cabeza que tengo que sujetarme a una rama para no caerme. Hasta ahora no se me había ocurrido que la única persona que les guarda rencor a todos y cada uno de los involucrados en la muerte de Lacey y la desaparición de Brooke es Kyle McNulty.

Pero no tiene sentido. Kyle tenía doce años cuando Lacey murió. Y tiene coartada para la noche que Brooke desapareció: estaba fuera de la ciudad, con Liz.

La hermana a la que Declan dejó por Lacey.

Cuando uno los puntos, se me encoge el corazón en el pecho. Siempre he creído que Lacey murió por culpa de los celos de alguien. Nunca me había dado por pensar que esa persona pudiera ser Liz McNulty. Declan rompió con Liz y Lacey murió. Cinco años después, Brooke rompe con Kyle, que es amigo de Katrin y... Dios. ¿Y si se compincharon para ocuparse del problemilla que les afectaba a los dos?

Casi ni me doy cuenta de que ya he llegado al jardín de la casa de Nana cuando saco el móvil del bolsillo con manos temblorosas. Ryan me dio su número ayer, después del desastre de la foto en su casa. Necesito llamarle ahora mismo. Entonces, capto movimiento por el rabillo del ojo y veo a Nana corriendo hacia mí, aún en bata y pantuflas, y con el cabello gris al viento.

—Hola, Nana —empiezo a decir, pero no me deja terminar.

—¿Se puede saber qué demonios estabas haciendo aquí fuera? —me grita con el rostro demudado—. ¡Anoche no dormiste en tu cama! ¡Tu hermano no tenía ni idea de dónde estabas! Creía que habías desaparecido.

Se le quiebra la voz al pronunciar la última palabra y una oleada de culpabilidad me recorre entera. No había reparado en que podría levantarse y no encontrarme..., y en lo que eso supondría para ella.

Sigue avanzando hacia mí y, de repente, me abraza como no lo ha hecho nunca. Muy fuerte, casi haciéndome daño.

—Lo siento —consigo decir.

Me cuesta un poco respirar.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cómo has podido? ¡Estaba a punto de llamar a la policía!

—Nana, no puedo... Me estás estrujando.

Suelta los brazos y estoy a punto de caerme.

—No vuelvas a hacer esto en la vida. Estaba muerta de preocupación. Sobre todo... —La veo tragar con fuerza—. Sobre todo ahora.

Me hormiguea la nuca.

—¿Por qué ahora?

—Entra y te lo cuento.

Se da media vuelta y espera a que la siga, pero estoy clavada en el sitio. Por primera vez desde que he salido esta mañana, me doy cuenta de que tengo las manos ateridas de frío. Me estiro las mangas del jersey para tapármelas y me rodeo el cuerpo con los brazos.

—Dímelo ahora, por favor.

Nana tiene las comisuras de los ojos enrojecidas.

—Hay rumores de que la policía ha encontrado un cadáver en los bosques cerca de la frontera canadiense. Y que es el de Brooke.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

MALCOLM

LUNES 7 DE OCTUBRE

No sé por qué se supone que tenemos que seguir yendo a clase.

—No puedes hacer nada —repite una y otra vez mi madre esta mañana de lunes. Me sirve un bol hasta arriba de Cheerios en la mesa de la cocina, aunque yo nunca coma cereales—. No hay ninguna confirmación de que sea Brooke. Tenemos que ser positivos y actuar con normalidad.

El mensaje calaría mejor si no estuviera echándole café a los Cheerios mientras lo dice. No se da cuenta y, cuando se da la vuelta, cojo la leche de la isla y la vierto en el bol. He comido cosas peores. Además, hace una hora que he vuelto de casa del agente Rodriguez y no me he acostado en toda la noche. La cafeína no me va a venir mal.

—Yo no voy a ir —dice Katrin, impasible.

Mi madre la mira, nerviosa. Peter ya se ha marchado a trabajar, y a mamá nunca se le ha dado muy bien imponerse a Katrin.

—Tu padre lo...

—Entendería —responde Katrin con el mismo tono monótono. Viste la misma sudadera con capucha y los pantalones elásticos de deporte que llevaba anoche, y lleva el pelo recogido en una coleta baja y desaliñada. Tiene delante un plato de fresas y corta una en pedacitos cada vez más pequeños sin llevarse ninguno a la boca—. De todas maneras, estoy enferma. He vomitado esta mañana.

—Ah, bueno, si estás enferma... —La excusa parece haber aliviado a mi madre, que se vuelve hacia mí con mayor determinación—. Tú, sin embargo, tienes que ir.

—De acuerdo.

Me conformo con estar en cualquier sitio donde no esté Katrin. Si no se hubiera hecho la enfermita, me lo habría hecho yo. No habría sido capaz de meterme en un coche con ella esta mañana. Y mucho menos en su coche. Cada vez voy asimilando más que, si Katrin ha hecho la mitad de las cosas que pensamos que ha hecho, es muy probable que atropellara al señor Bowman y lo dejara morir en la calle. Y eso solo es el principio. Agarro más fuerte la cuchara con la que me estoy comiendo los cereales mientras la contemplo cortar metódicamente una segunda fresa, porque es lo único que puedo hacer para evitar estirar la mano y reducir el contenido de su plato a pulpa.

Esta espera es una pesadilla. Sobre todo cuando sabes que, sea cual sea la respuesta, no te va a gustar.

Mi madre se alisa la bata con una mano.

—Voy a darme una ducha, a no ser que alguno necesitéis algo.

—¿Puedo coger tu coche? —le pregunto.

Sonríe, distraída, de camino a las escaleras.

—Sí, claro.

Y entonces se marcha, dejándonos a Katrin y a mí solos en la cocina. El silencio es total salvo por el repiqueteo de mi cuchara contra el bol y el sonoro tictac del reloj de la pared.

No soy capaz de soportarlo ni cinco minutos.

—Me voy temprano —digo levantándome y tirando la mitad de mi bol de café con cereales a la basura.

Cuando me doy media vuelta, me encuentro a Katrin con los ojos clavados en mí, y la inexpresividad de su mirada me deja sin palabras.

—¿Por qué no vas andando al instituto? —me pregunta—. Te gusta pasear, ¿no?

Joder. Sabe que la seguí anoche. Me acerqué demasiado volviendo a casa.

—¿A quién no le gusta? —respondo, tenso.

Extiendo las manos hacia las llaves en la isla de la cocina, pero antes de que las alcance, Katrin apoya una mano sobre ellas. Me dedica una mirada helada.

—No eres tan listo como te piensas.

—Y tú no estás enferma.

«Del estómago, por lo menos». Saco las llaves de debajo de su mano y recojo mi mochila del suelo. No quiero que se dé cuenta de lo alterado que estoy, así que aparto la vista, aunque me gustaría tener una última oportunidad de interpretar su expresión.

«¿Qué sabes? ¿Qué has hecho?».

Conduzco al instituto tan metido en mi nube que casi me paso la entrada. Es tan temprano que hasta puedo elegir plaza en el aparcamiento. Apago el motor, pero mantengo la radio encendida, buscando una cadena de noticias. En la NPR están hablando de política y todas las emisoras locales están hablando de la inesperada victoria que ayer obtuvieron los Patriot, así que saco el móvil y busco la página de la *Prensa Libre de Burlington*. Hay un aviso en la sección de noticias metropolitanas. «La policía investiga los restos humanos hallados en una propiedad abandonada en la zona alta de Huntsburg».

Restos humanos. Se me revuelve el estómago y, por un segundo, tengo la certeza de que voy a vomitar hasta el último Cheerio empapado en café que he cometido la estupidez de ingerir esta mañana. Pero se me pasa, así que reclino el asiento y cierro los ojos. Solo quiero descansar un rato, pero la falta de sueño se apodera de mí, y estoy adormilado cuando un sonoro golpeteo en la ventanilla me despierta. Miro el reloj del coche aún somnoliento —faltan dos minutos para que suene la última campana— y luego por la ventana.

Al otro lado veo a Kyle y Theo, y no tienen cara de haber venido a hacerme un amable recordatorio de que voy a llegar tarde. Viv está unos cuantos metros por detrás, con los brazos cruzados y una sonrisa de satisfacción anticipada estampada en el rostro. Parece una cumpleañera a la que estuvieran a punto de regalarle el poni que lleva años pidiendo.

Supongo que podría arrancar el coche y pirarme, pero no quiero darles la satisfacción de haberme hecho huir, así que salgo del coche.

—Vais a llegar tarde... —Es lo único que consigo articular antes de que Kyle me encaje el puño en el estómago.

Me doblo por la mitad y el dolor me deja la vista en blanco. Continúa con otro puñetazo, esta vez al mentón, que me lanza contra el coche. El sabor cobrizo de la sangre me llena la boca cuando Kyle se echa hacia delante, colocando el rostro apenas a centímetros del mío.

—Vas a caer por esto, Kelly —me escupe, y recula un momento para darme otro puñetazo.

No sé cómo consigo esquivarlo y devolverle un gancho antes de que Theo intervenga y me inmovilice los brazos en la espalda. Piso a Theo, pero pierdo el equilibrio y apenas se le escapa un leve gruñido antes de apretarme con más fuerza. Un dolor punzante me recorre las costillas y noto el lado izquierdo de la mandíbula como si estuviera ardiendo. Kyle se enjuga un reguerrillo de sangre de la boca con una sonrisa siniestra.

—Debería haber hecho esto hace años —dice, y retrae el puño para propinarme el golpe que me va a romper la cara.

Sin embargo, no llega. Un puño más grande se cierra sobre el suyo y tira de él hacia atrás. Durante unos segundos, no entiendo qué coño está pasando, hasta que Declan avanza y se cierne sobre Theo.

—Suéltale —le dice con voz grave, amenazadora.

Cuando Theo no obedece, Declan le retuerce un brazo con tal fuerza que Theo chilla de dolor y retrocede con las manos en alto. Una vez libre, veo a Kyle despatarrado en el suelo a unos cuantos metros, inmóvil.

—¿Se va a levantar? —pregunto, frotándome la mandíbula dolorida.

—En algún momento —declara Declan. Theo ni siquiera se detiene a ver cómo está Kyle, sino que se limita a pasar por encima de él de camino a la entrada trasera del instituto. De Viv no hay ni rastro—. Putos cobardes, yendo dos a por uno. —Declan echa la mano a la puerta del Volvo y la abre—. Vamos, pirémonos de aquí. Hoy no pintas nada en el instituto. Conduzco yo.

Me desplomo en el asiento del copiloto, mareado y nauseoso. No recibía un puñetazo desde noveno, y no fue ni la mitad de fuerte.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Declan gira las llaves en el contacto.

—Te estaba esperando.

—¿Por qué?

Su mandíbula dibuja una línea tensa.

—Recuerdo el primer día de instituto después de... una noticia parecida.

Yo inspiro hondo y contraigo el rostro de dolor. No sé si tengo alguna costilla rota.

—¿Qué pasa? ¿Que sabías que iba a pasar esto?

—A mí me pasó —responde.

—No lo sabía.

Supongo que por aquella época, había muchas cosas de las que no me enteraba. Estaba demasiado ocupado intentando hacer como que no estaba pasando.

Conducimos en silencio un minuto hasta que doblamos una esquina en la que hay una tienda y Declan vira de repente hacia el aparcamiento.

—Espera un segundo —dice antes de aparcar y desaparecer dentro. Un par de minutos después, cuando sale, trae algo blanco y cuadrado en la mano. Me lo tira en cuanto abre la puerta—. Ponte eso en la cara.

Guisantes congelados. Hago lo que me ordena, casi gimiendo de alivio cuando el frescor penetra en la piel ardiente.

—Gracias. Por esto y... ya sabes, por haberme salvado el culo.

Le veo sacudir la cabeza por el rabillo del ojo.

—No me puedo creer que hayas salido del coche. Menudo principiante.

Me reiría, pero me duele demasiado. Me quedo sentado, muy quieto, con los guisantes en la cara mientras salimos de Echo Ridge y ponemos rumbo a Solsbury, recorriendo el camino que hice la semana pasada para ir a su apartamento. Declan debe de estar pensando lo mismo que yo, porque dice:

—Lo de seguir a Daisy fue de ser un cabroncete.

Me mira como si de verdad se estuviera pensando dar media vuelta con el coche y dejarme tirado en el aparcamiento con Kyle.

—Intenté preguntarte qué hacías en la ciudad —le recuerdo—. No funcionó. —En lugar de responder, se le escapa una especie de gruñido, que decido que significa «ok, lo pillo»—. ¿Cuándo te mudaste?

—El mes pasado —me dice—. Daisy necesita estar cerca de sus padres. Y de mí. Así que... aquí estoy.

—Me podrías haber contado que estás con ella, ¿sabes?

Declan resopla.

—¿De verdad, hermanito? —Gira hacia la urbanización Pine Crest y mete el coche en el hueco libre frente al número 9—. Te morías de ganas de que me pirara de Echo Ridge. La última cosa que querías saber era que me había mudado a la ciudad de al lado. No, espera, esa es la penúltima. La última sería saber que estoy liado con la mejor amiga de Lacey. O sea, ¿qué dirían Peter y Katrin?

—Los odio a los dos —se me escapa sin pensar.

Declan enarcas las cejas mientras abre la puerta.

—¿No es oro todo lo que reluce?

Dudo, tratando de buscar la manera de explicárselo, cuando se me encoge el estómago. Casi no me da tiempo a salir del coche antes de doblarme por la mitad y vomitar todo el desayuno sobre el asfalto. Gracias a Dios que es rápido, porque el movimiento me hace sentir como si alguien me hubiera arrancado las costillas. Me lagrimean los ojos mientras me agarro al lateral del coche para incorporarme, jadeando.

—Efecto retardado —dice Declan mientras mete el brazo en el coche para recoger el paquete de guisantes tirado—. A veces pasa. —Me deja llegar cojeando solo al apartamento, abre la puerta y me señala el sofá—. Túmbate. Voy a buscarte un paquete de hielo para la mano.

El de Declan es el típico apartamento de soltero. No tiene más que un sofá y dos sillones, una televisión enorme y unas cuantas cajas de leche a modo de estanterías. Pero el sofá es cómodo, y me hundo en él mientras Declan revuelve el contenido del congelador. Se me clava un objeto de plástico en la espalda y saco el mando. Apunto a la televisión con él y pulso el botón de encendido. Un campo de golf con el logotipo de la cadena ESPN en una esquina inunda la pantalla y yo cambio de canal, haciendo *zapping* sin pensarlo demasiado hasta que la palabra «Huntsburg» capta mi atención. Dejo de zapear cuando un policía de uniforme de pie tras un atril dice:

—... se ha conseguido establecer una identificación.

—Declan. —Me duele la garganta y se me quiebra la voz, pero al ver que no responde, repito con voz ronca—. Declan.

Su cabeza asoma de la cocina.

—¿Qué? No encuentro el... —Calla al ver la cara que tengo y entra en el salón justo cuando el policía de la pantalla inspira hondo.

—El cadáver pertenece a la joven que desapareció de Echo Ridge el sábado pasado: Brooke Bennett, de diecisiete años. El departamento de policía de Huntsburg quiere expresar su más sentido pésame a los familiares y amigos de la señorita Bennett y nuestro apoyo al departamento de policía de Echo Ridge. En este momento, la investigación de la causa de la muerte prosigue y no se revelarán nuevos detalles.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

ELLERY

LUNES 7 DE OCTUBRE

Me sé el guion. Lo he leído en infinidad de libros y lo he visto decenas de veces en televisión. En lo más profundo de mi mente, llevo la mañana entera sospechando cómo terminaría todo esto.

Lo que no sabía era lo terriblemente abotargada que me sentiría.

Al menos no estoy sola. Es lunes por la tarde, seis horas después de que la policía de Huntsburg haya encontrado a Brooke, y estoy con Ezra y Malcolm en el salón. Ninguno ha ido hoy al instituto, aunque Malcolm ha tenido un día mucho más ajetreado que el nuestro. Ha llegado a casa hace una hora, maltrecho y lleno de moratones, y Nana le ha estado trayendo bolsas de hielo nuevas cada quince minutos.

Estamos sentados, bastante tiesos, en sus incómodos muebles, viendo discurrir en la pantalla la cobertura que el Canal 5 está haciendo de la noticia. Meli Dinglasa está en el ayuntamiento de Echo Ridge, y la melena oscura le azota el rostro mientras las ramas frondosas que hay tras ella se mecen al viento.

Lleva hablando sin parar desde que hemos encendido la televisión, pero solo unas cuantas frases han calado: «... muerta desde hace más de una semana», «... se sospecha que puede haber sido un asesinato, pero no está confirmado», «... sin embargo, esta mañana se ha encontrado otro mensaje amenazador en el instituto de Echo Ridge...».

—Qué oportuna, Katrin —murmura Ezra.

Malcolm está sentado a mi lado en el sofá. Tiene un lateral de la mandíbula amoratado, los nudillos de la mano derecha despellejados y se le contrae el rostro de dolor cada vez que se mueve.

—Esta vez, alguien tiene que pagar —dice con voz grave y furiosa.

Busco su mano magullada con la mía. Tiene la piel caliente y rodea mis dedos con los suyos sin dudar. Consigue hacerme sentir mejor durante un par de segundos, hasta que recuerdo que Brooke está muerta y todo es espantoso.

Cada vez que cierro los ojos, la veo trabajando en la caseta de tiro al blanco de la Granja del Terror, intentando hacer que Vance se largue. Deambulando por los pasillos del instituto con cara de estar triste y preocupada, salir tambaleándose del despacho de la Granja del Terror la noche que desapareció. Debería haberle insistido más para que nos contara qué le pasaba. Aquella noche se me presentó la oportunidad de cambiar el curso de los acontecimientos y la desperdicié.

Cuando el número con prefijo de California que tan bien me conozco hace sonar mi teléfono, estoy a punto de no descolgarlo. Pero pienso que, total, a la mierda. Es imposible que el día pueda empeorar.

—Hola, Sadie —saludo con voz monótona.

—Ay, Ellery. He visto las noticias. Lo siento muchísimo por tu amiga. Y he visto... —Hace una pausa. Titubea—. He visto el correo. No entendí exactamente qué era hasta que hice zoom en el uniforme y vi... el apellido.

—¿Cuando lo viste no pensaste que era Ezra? Porque eso fue lo primero que pensé yo. —Me sorprende que, bajo la profunda tristeza que siento por la muerte de Brooke, aún conserve un trasfondo de enfado hacia mi madre—. ¿Cómo has sido capaz de no contárnoslo? ¿Cómo has podido mentirnos durante diecisiete años y hacernos pensar que nuestro padre era «José, el especialista de acción»? —Ni siquiera intento no alzar la voz. Todos los presentes están al tanto de la situación.

—No era del todo mentira —responde Sadie—. No estaba segura, Ellery. Lo del especialista de acción pasó de verdad. Y, bueno..., también pasó lo de Gabriel Rodríguez un poco después. —Baja la voz—. Acostarme con un hombre casado fue un error garrafal. Nunca debería haberlo hecho.

—Sí, bueno, él tampoco. —No siento ni pizca de empatía por el hombre de la foto. No siento que sea mi padre. No siento que sea nada mío. Además, el que tenía votos maritales que cumplir era él—. Pero ¿por qué lo hiciste?

—Estaba hecha un lío. Mi padre había muerto, todo me recordaba a Sarah y..., bueno, tomé una mala decisión. Cuando supe que estaba embarazada, sacando cuentas, las fechas también coincidían con la otra situación. Preferí creer que era cierto y... me convencí de que así era.

—¿Cómo? —Miro a Ezra, que tiene la vista clavada en el suelo y no hace el más mínimo amago de dar a entender que está escuchando la conversación—. ¿Cómo te convenciste de ello cuando...? ¿Cómo dices que se llamaba? Gabriel, eso. ¿Fue cuando era clavadito a Ezra?

—No me acordaba de él —dice Sadie, y se me escapa una risa incrédula que en realidad es más bien un resoplido—. Lo digo en serio. Ya te dije que me pasé todo el funeral bebiendo.

—Vale. Pero recuerdas lo suficiente como para considerar que podía ser una posibilidad, ¿verdad? Por eso estuviste tan esquiva la primera vez que mencioné al agente Rodriguez.

—Yo... Bueno, sí. Me puse nerviosa —reconoce.

—Así que mentiste para ocultarlo. Te inventaste algo sobre el agente Rodriguez en el funeral de Lacey y me hiciste sospechar de él.

—¿Qué? —Sadie parece desconcertada—. ¿Por qué te iba a hacer sospechar de él? ¿Sospechar de qué?

—Ese no es el tema —espeto—. El tema es que lo hizo, y que por eso no le pedí ayuda cuando podría haberlo hecho, y ahora Brooke está muerta, y tal vez... —Cuando ya no me queda más furia dentro, callo al recordar que he estado un fin de semana entero sin contarle a nadie lo que encontramos en el contenedor de reciclaje de la Granja del Terror. Que he estado guardando secretos que no me pertenecían. De tal palo, tal astilla—. Tal vez lo empeoré todo.

—¿Empeorar el qué? Ellery, seguro que no hiciste nada malo. No te puedes culpar por...

—Ellery. —Nana asoma la cabeza al salón—. Está aquí el agente Rodriguez. Dice que le has llamado. —Clava los ojos en el móvil pegado a

mi oreja—. ¿Con quién estás hablando?

—Con nadie, un compañero del instituto —respondo a Nana, y luego vuelvo al teléfono—. Tengo que colgar —le digo a Sadie, pero antes de que cumpla mi palabra, Ezra extiende la mano.

—Déjame hablar —pide, y su voz rezuma la misma ira amortiguada que la mía.

Es difícil hacernos enfadar a los dos, sobre todo para Sadie, pero lo ha conseguido.

Le tiendo el teléfono a mi hermano y luego una mano a Malcolm para ayudarlo a levantarse. Nos dirigimos al recibidor mientras Nana regresa a la cocina. Ryan está de pie frente a la puerta, triste y compungido. Me cuesta pensar que alguna vez me haya parecido que aparenta menos edad de la que tiene.

—Hola, chicos —saluda—. Me estaba yendo a casa cuando he recibido vuestro mensaje. ¿A qué viene tanta urgencia? —De repente se fija en la mandíbula hinchada de Malcolm y se le ensanchan los ojos—. ¿Qué te ha pasado?

—Kyle McNulty —abrevia Malcolm.

—¿Quieres denunciarle? —pregunta Ryan.

—No —responde Malcolm con una mueca.

—Igual tú puedes convencerle de que cambie de idea —comento—. Mientras lo consigues, tengo una..., bueno, una especie de teoría sobre Kyle. Por eso te he llamado. —Me humedezco los labios en un intento por poner orden en mis pensamientos—. Esta mañana me he cruzado con el agente McNulty y...

Ryan frunce el ceño.

—¿Dónde te has cruzado con él?

Le quito importancia al asunto con un movimiento de la mano.

—Esa no es la parte importante. —No quiero que me eche un sermón por no haber ido a casa cuando me lo dijo y nos desviemos del tema—. Pero me hizo pensar en Kyle y su conexión con todo lo que está pasando por aquí. Declan rompió con su hermana, Liz, que fue todo un follón cuando estabais en el instituto, ¿verdad? —Ryan asiente a regañadientes, como si no tuviera ni idea de adónde quiero ir a parar y tampoco estuviera

demasiado seguro de querer averiguarlo. Malcolm tiene la misma cara. No le he contado nada de esto. No sabía si iba a tener fuerzas para contarle más de una vez—. Entonces Lacey muere y Declan, prácticamente, huye de la ciudad —prosigo—. Y ahora, cinco años más tarde, Brooke rompe con Kyle. Y Brooke desaparece. Y Kyle y Katrin son amigos, y ya sabemos que Katrin está involucrada en las amenazas del baile, así que... —Miro de reojo a Ryan para ver qué tal lo está encajando. No parece tan impresionado como me esperaba—. Básicamente, creo que Liz, Kyle y Katrin están compinchados en esto.

—¿Esa es tu nueva teoría? —me pregunta Ryan.

No me gusta el tono sarcástico con el que ha dicho «nueva». Malcolm se recuesta contra la pared, como si estuviera demasiado agotado para involucrarse en esta diatriba.

—Sí —respondo.

Ryan se cruza de brazos.

—¿Y te da igual que tanto Kyle como Liz tengan coartada?

—¡Pero es que son mutuamente la coartada del otro! —respondo.

De hecho, eso solo me reafirma en que tengo algo.

—Así que piensas que... ¿les hemos creído y no hemos comprobado nada más?

—Bueno, no... —Un goteo de duda empieza a calar en mí—. ¿Lo puede corroborar alguien más?

Ryan se pasa una mano por el pelo.

—No debería decirte esto, no es asunto tuyo, pero igual así consigo que dejes de intentar de hacer mi trabajo y confíes en mí de una vez. —Baja la voz—. Lo pueden corroborar todos los miembros de una fraternidad. Hay fotos. Y vídeos. Fechados, con horas específicas y subidos a redes sociales.

—Ah —respondo con un hilillo de voz.

El bochorno me colorea las mejillas.

Ryan hace un sonidito de frustración con la garganta.

—¿Podrías dejarlo ya, por favor? Te agradezco que hayas acudido a mí esta mañana, pero, como ya te he dicho, llegados a este punto, si sigues escarbando en ello es más probable que perjudiques la investigación a que seas de ninguna ayuda. De hecho... —Guarda las manos en los bolsillos y

dirige los ojos hacia Malcolm—. Justo le estaba diciendo a tu madre, Malcolm, que tal vez no sea mala idea que te quedes con algún amigo un par de días.

Malcolm se queda rígido.

—¿Por qué? ¿Pasa algo con Katrin? ¿Ha sido por el vídeo o...?

—No me refiero a nada en concreto. Pero el ambiente está cada vez más tenso, y... —Ryan calla un momento, como si estuviera buscando las palabras exactas—. No querría que sin querer se te escape algo que pueda... interferir.

—¿Interferir en qué sentido? —pregunta Malcolm.

—Solo es una sugerencia. Dile a tu madre que se lo piense, ¿vale?

—¿Debería preocuparme por Katrin? —pregunta Malcolm—. Porque haga algo, quiero decir. —Ryan no contesta y Malcolm echa chispas por los ojos—. No me puedo creer que esté paseándose tan tranquila como si no hubiera hecho nada. Tenéis pruebas de que es sospechosa y no estáis haciendo nada al respecto.

—No tienes ni idea de lo que estamos haciendo. —Ryan mantiene el rostro impassible, pero su voz se ha vuelto de acero—. Os estoy pidiendo que no llaméis la atención, nada más, ¿de acuerdo? —Asentimos y se aclara la garganta—. ¿Cómo va lo demás, Ellery? Con tu madre y..., ya sabes.

—Fatal —respondo—. Pero a quién le importa, ¿verdad?

A él se le escapa un suspiro que suena tan absolutamente agotado como yo me siento.

—Verdad.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

MALCOLM

JUEVES 10 DE OCTUBRE

Resulta que no hizo falta que me marchara un par de días fuera de casa, porque ya lo hizo Katrin.

Su tía se presentó de repente aquí dos días después de que encontraran el cadáver de Brooke. Quería llevarse a Katrin a Nueva York, pero la policía le pidió que no lo hiciera mientras no se cerrara la investigación. Así que, en vez de a Nueva York, se ha ido a un hotel de cinco estrellas en Topnotch. Cada vez que lo pienso, me pongo enfermo. Entre todos los posibles escenarios que pensaba que podrían ocurrir cuando le entregara a la policía el vídeo de Katrin, no estaba que se la llevaran de vacaciones a un *spa*.

—Se les da genial lo de mantener a los testigos clave a mano —resopla Declan cuando se lo cuento—. Cuando Lacey murió, a nosotros nos dijeron que no nos moviéramos de Echo Ridge. Poderoso caballero es don dinero, supongo.

Estoy en su apartamento, cenando con Daisy y con él. Es una situación extraña por varias razones. La primera es que nunca antes había visto a mi hermano cocinar. La segunda es que se le da sorprendentemente bien. Y la tercera es que no termino de acostumbrarme a verle con Daisy. Mi mente no deja de intentar sustituirla por Lacey, y me está empezando a sacar de quicio.

No está al tanto de lo del recibo del taller, ni del vídeo que le hice a Katrin. Estoy manteniendo la promesa que le hice al agente Rodríguez de

mantener el pico cerrado. Con Declan no me cuesta. Puede que nos estemos llevando mejor que de costumbre, pero sigue hablando más de lo que escucha.

—Peter no quería que se fuera —comento. Me revuelvo en la silla y contraigo el rostro por el dolor de costillas. Resulta que solo las tengo magulladas, no rotas, pero siguen doliendo como mil demonios—. Pero la tía de Katrin insistió.

—Pero alejarse un poco no es mala idea —opina Daisy. Declan y ella están fregando los platos mientras yo espero sentado a la mesa de la cocina, y Daisy no deja de rozarse con él, aunque el espacio no escasee, precisamente, en el fregadero doble—. Los primeros días después de que se sepa son horribles. Lo único que se te viene a la cabeza es qué podrías haber hecho de otra manera. Al menos en otro ambiente te puedes distraer. —Suspira y dobla el trapo que tiene en las manos sobre el hombro, apoyándose en Declan—. Lo siento por Katrin, de verdad. Toda esta situación me trae muy malos recuerdos de lo de Lacey.

Declan la besa en la coronilla, e inmediatamente empiezan a susurrar y hacerse carantoñas. En diez segundos van a empezar a enrollarse. Es incómodo, por no mencionar inoportuno, sobre todo después de lo que hemos estado hablando. Soy consciente de que llevan reprimiendo su gran historia de amor prohibido durante años, pero se podrían aguantar media horita más, como mínimo.

Así que cuando suena el timbre, la interrupción me alivia.

—Voy yo —me ofrezco, y me levanto todo lo rápido que me permiten mis maltrechas costillas.

Que resulta ser demasiado rápido. Aunque la puerta queda a apenas unos metros de la cocina, no se me ha quitado la mueca de dolor cuando la abro. El agente Rodríguez está en la entrada, ataviado con el uniforme completo. Parpadea, sorprendido, al verme.

—Ah, hola, Malcolm. No esperaba encontrarte aquí.

—Eh, yo tampoco —respondo—. ¿Viene a...? —Intento averiguar el motivo que le ha traído aquí, pero no se me ocurre—. ¿Qué pasa?

—¿Está tu hermano en casa?

—Sí, entre —respondo, y él cruza la puerta.

Cuando entra en la cocina, Declan y Daisy han conseguido separarse.

—Hola, Declan —saluda el agente Rodriguez, cruzando los brazos frente al cuerpo como si fueran un escudo.

Conozco la pose: es la que yo adopto cuando Kyle McNulty anda cerca. No tengo muchos recuerdos de Ryan cuando estaba en el instituto, ya que Declan y él no se relacionaban, pero sí sé una cosa: si no formabas parte de la pandilla de mi hermano, era muy probable que, en algún momento, te tratara como a una mierda. No necesariamente estampándote contra las taquillas, sino más bien comportándose como si tu existencia le molestara. O fingiendo, directamente, que no existías.

—Y... Daisy —añade el agente Rodriguez.

Mierda. Trago, nervioso, y miro a Declan. Se me había olvidado que, teóricamente, nadie debería enterarse de que están juntos. Si ha captado mi mirada, mi hermano no me lo hace saber, pero veo cómo se le tensan los músculos de la mandíbula cuando se coloca tapando ligeramente a Daisy.

Por lo menos ya no se están metiendo mutuamente la lengua hasta la garganta.

—Ryan, hola —dice Daisy, con el tipo de alegría forzada que exhibe cuando está estresada, a diferencia de Mia, que se limita a mirarte peor que de costumbre—. Me alegro de volver a verte.

Declan, por el contrario, va directo al grano.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El agente Rodriguez se aclara la garganta.

—Tengo que hacerte unas preguntas.

Todos nos quedamos inmóviles. No es una frase nueva.

—Claro —responde Declan, aparentando quizá demasiada naturalidad. Casi no cabemos todos de pie en la cocina minúscula, y señala con una mano hacia la mesa—. Siéntate.

El agente Rodriguez me dedica una mirada de soslayo y titubea.

—Podría, o... ¿te importaría salir fuera un momento? No sé si te importa que Daisy y tu hermano estén presentes o...

Se balancea de adelante hacia atrás sobre los talones, y de repente detecto la torpeza que alguna vez ha mencionado Ellery. Es como si cada

minuto que pasa en presencia de Declan y Daisy supusiera para él una pequeña regresión temporal.

—No —ataja Declan—. Así está bien.

El agente Rodriguez se encoje de hombros y se acomoda en la silla que le queda más cerca. Se cruza de brazos en la mesa mientras espera a que Declan se siente frente a él. Daisy lo hace al lado de Declan y, como no se me ocurre qué otra cosa hacer y nadie me ha pedido que me vaya, yo ocupo la última silla. Cuando estamos todos sentados, el agente Rodriguez clava los ojos en Declan y dice:

—¿Podrías informarme de cuál era tu paradero hace dos sábados? ¿El 28 de septiembre?

Me siento prácticamente como la mañana que Brooke desapareció, cuando me di cuenta de que tenía que informar al agente McNulty de que había sido la última persona en verla. «Esto no puede estar pasando».

«Mierda, mierda, mierda».

Declan tarda en responder, y el agente Rodriguez aclara:

—La noche que desapareció Brooke Bennett.

El pánico comienza a apoderarse de mi pecho cuando Declan levanta la voz.

—Estás de puta coña, ¿verdad? —pregunta.

Daisy le apoya una mano en el brazo.

La voz del agente Rodriguez es contenida pero firme.

—No, no estoy de coña.

—Quieres saber dónde estaba la noche que desapareció una chica. ¿Por qué?

—¿Te estás negando a responder?

—¿Debería?

—Estaba conmigo —se apresura a contestar Daisy.

Yo la escruto, intentando deducir si dice la verdad. Su bonito rostro se ha convertido de repente en un dechado de facciones duras y angulosas, así que podría estar mintiendo. O tal vez solo esté asustada.

Al rostro del agente Rodriguez aflora algún tipo de emoción que no soy capaz de reconocer, pero desaparece sin darme tiempo a identificarla.

—De acuerdo. ¿Y podría preguntaros dónde estuvisteis?

—No —dice Declan al tiempo que Daisy responde:

—Aquí.

Sigo sin saber si está mintiendo.

La conversación prosigue unos minutos en el mismo tono. Daisy sonríe todo el rato como si le dolieran los dientes. Un leve tono rojo empieza a ascender por el cuello de Declan, pero el agente Rodriguez parece cada vez más en su salsa.

—De acuerdo —dice por fin—. Si no os importa cambiar de tema un minuto, ¿podríais decirme si alguna vez habéis estado en Huntsburg?

Daisy abre los ojos de par en par y Declan se queda rígido.

—Huntsburg —repite.

Esta vez, no añade la obviedad: «¿Me estás preguntando si he estado alguna vez en la ciudad donde descubrieron el cuerpo de Brooke?».

—Sí —insiste el agente Rodriguez.

—No —gruñe Declan.

—¿Nunca?

—Nunca.

—De acuerdo. Una última cosa. —El agente Rodriguez se lleva la mano al bolsillo y saca una bolsa de plástico sellada que reluce a la luz del plafón barato de la cocina de Declan—. Esto lo encontraron en Huntsburg, en la misma zona que el cadáver de Brooke. ¿Te suena de algo?

Se me congela el cuerpo entero. Porque a mí sí que me suena.

El anillo es grande, dorado y, en torno a una gema de color púrpura, reza «Instituto Echo Ridge». En un lado se lee el número 13 y en el otro las iniciales «DK». El anillo de clase de Declan, aunque nunca lo usaba. Se lo regaló a Lacey en tercero, y ella lo llevaba colgado del cuello en una cadena. Hace años que no lo veo. Desde antes de que Lacey muriera.

Hasta este preciso instante, nunca se me había ocurrido pensar qué habría sido de él.

Daisy palidece. Declan se aparta de la mesa sin expresión en las facciones.

—Creo que la conversación ha terminado —sentencia.

* * *

Supongo que no debe de ser suficiente para arrestarle, porque el agente Rodriguez se marcha cuando Declan deja de responder a sus preguntas. Acto seguido, Declan, Daisy y yo pasamos el minuto más largo de mi vida sentados en la mesa de la cocina en silencio. Mis pensamientos se entremezclan en un borrón confuso, y soy incapaz de mirar a ninguno de los dos.

Cuando Declan habla por fin, su voz suena forzada.

—Llevo sin ver ese anillo desde antes que Lacey muriera. Discutimos por él. Llevábamos discutiendo toda la semana. Lo único que yo quería era romper, pero... no tuve los huevos de ser directo y decirlo. Así que le pedí que me devolviera el anillo. Ella no quiso. Esa fue la última vez que lo vi. Y a ella también. —Tiene los puños cerrados con fuerza—. No tengo la más remota idea de cómo puede haber terminado en Huntsburg.

La silla de Daisy está ladeada hacia Declan. Vuelve a tener la mano apoyada en el brazo de él.

—Lo sé —murmura.

Maldita sea, joder, sigo sin saber si miente. Estoy siendo incapaz de discernir si alguien dice la verdad.

Declan nunca había contado esta historia. Quizá porque tampoco se ha acordado de lo del anillo hasta ahora. Quizá porque no quería recordarle a nadie lo mucho que Lacey y él se pelearon antes de que muriera.

O quizá porque no sucedió.

Hace semanas que me inquieta lo poquísimo que conozco a mi hermano. Cuando yo era muy pequeño, era una especie de superhéroe para mí. Luego fue más bien un matón. Tras la muerte de Lacey, se convirtió en un fantasma. Lleva ayudándome desde que descubrieron el cadáver de Brooke, pero hasta ese momento, lo único que había hecho era mentirme y evitarme.

Y ahora mismo soy incapaz de acallar ese resquicio de mi mente que sigue preguntándose «¿Y si...?».

—Que te jodan, Mal. —La voz de Declan me hace dar un respingo. Aún tiene el cuello rojo como un tomate y expresión atormentada—. ¿Te crees que no me doy cuenta de lo que estás pensando ahora mismo? Lo tienes escrito en la cara. Crees que fui yo, ¿verdad? Siempre lo has pensado. —

Abro la boca para protestar, pero no me salen las palabras. Se le ensombrece el rostro aún más—. Lárgate de mi puta casa. Vete.

Y eso hago. Porque la respuesta a su pregunta no es «sí», pero tampoco es «no».

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

ELLERY

JUEVES 10 DE OCTUBRE

—Pero no tiene ningún sentido.

Estoy en casa de Malcolm, hecha un ovillo en su sofá como la noche del baile. Ha vuelto a poner la película de *El Defensor*, pero ninguno de los dos la estamos viendo. Me ha escrito hace media hora: «No me vendría mal tu mente resuelvecrímenes».

No sé por qué confía en mí después de que mi teoría sobre Kyle y Liz haya fracasado tan estrepitosamente, pero aquí estoy. Aunque creo que no estoy siendo de demasiada ayuda. A mí siempre me encajó que Declan fuera el asesino de Lacey pero, ¿el de Brooke? Ni siquiera se me había pasado por la cabeza.

—¿Y qué conexión hay entre Declan y Brooke? —pregunto.

A Malcolm le brillan los ojos.

—Que yo sepa, ninguna, salvo que él estaba en Echo Ridge la noche que Brooke desapareció. Si la policía me hubiera registrado el teléfono, habría visto su mensaje.

Saca el móvil, lo desbloquea y se pasa un rato deslizando el dedo por la pantalla. Me lo tiende y me encuentro delante un mensaje. «Voy a estar unas horas en la ciudad. No te pongas nervioso».

Lo leo dos veces y, cuando vuelvo a mirar a Malcolm, su cara es la viva imagen de la miseria más absoluta.

—Creía que... Estaba intentando ayudar a Declan no..., bueno, ya sabes. No diciéndoselo a la policía —dice, titubeando—. Creía que solo era una coincidencia inoportuna. Pero y si... Dios, Ellery. —Hunde la espalda en el sofá y se restriega una mano por la cara amoratada con tal fuerza que le debe de estar doliendo—. ¿Y si no fue solo eso?

Examino de nuevo el mensaje de Declan y me pregunto por qué no me resulta más inquietante. Al fin y al cabo, lleva semanas siendo mi sospechoso número uno, y esto lo sitúa en la escena del crimen. El problema es que no es su crimen.

—Vale, pero... Declan estaba en trámites de mudarse, ¿no? ¿O ya se había mudado? Así que tenía un motivo perfectamente lógico para estar aquí —digo, y le devuelvo a Malcolm su teléfono—. ¿Por qué te iba a mandar este mensaje si estuviera tramando algo? Seguramente habría sido más sutil.

—Declan no se caracteriza precisamente por su sutileza, aunque entiendo lo que dices. —A Malcolm se le ilumina levemente el rostro. Juguetea con el móvil como si lo estuviera sopesando—. Debería contarle a mi madre lo que está pasando. Pero está cenando con una amiga y, desde que se casó con Peter, ya no sale casi nunca si no es con él. Siento que debería dejarla disfrutar de unas horas de paz antes de que todo se vuelva a ir a la mierda.

Recuerdo el único almuerzo que compartí con Brooke en el instituto, cuando dijo que Malcolm estaba bueno, aunque no podía compararse con Declan.

—¿Crees que...? ¿Crees que Declan y Brooke podrían haber estado saliendo en secreto, o algo por el estilo?

—¿Qué? ¿Al mismo tiempo que salía en secreto con Daisy?

—Solo estoy intentando averiguar cómo pudo llegar el anillo al lugar del crimen. ¿Podría habérselo dado él a Brooke?

—¿Quizá? —La voz de Malcolm suena quebrada—. O sea, lo lógico sería pensar que alguien le habría visto si hubiera estado saliendo a escondidas con una chica de instituto, pero también podría ser que no. —Se pasa una mano por el pelo—. No debería haberme ido de casa de Declan. Él

y yo..., no sé. Siempre ha sido complicado. No nos llevamos bien. A veces he estado a punto de odiarle. Pero no es... un asesino en serie.

Casi se ahoga al decirlo.

—¿Crees que Daisy sabe más de lo que dice?

—¿Lo crees tú? —pregunta Malcolm.

Estuve considerando a Daisy como cómplice en potencia hasta el día que golpeó a Mia en la cabeza con el candelabro para luego abrirnos su alma. Me pareció tan sincera y descorazonada que ya no fui capaz de imaginármela en ese papel.

—No —digo despacio—. O sea, ¿por qué se iba a molestar en investigar lo de la pulsera de Lacey, si no? En ese momento, el caso estaba estancado. Si hubiera estado involucrada, lo último que querría sería que la policía volviera a abrirlo. Y Declan la ayudó, ¿no? Aunque... Bueno, supongo que no fue él quien le regaló la pulsera a Lacey, ¿verdad? Eso dijo Daisy. Así que igual pensó que no importaba.

Malcolm se frota la sien y suspira profundamente, cansado.

—Quiero creerle. No sabes cuánto.

Me sorprende levemente darme cuenta de que yo también quiero hacerlo.

—Tengo que decirte que... Mira, supongo que sabes que siempre he tenido dudas sobre tu hermano. —Apoyo la barbilla en la mano, pensativa—. Pero encontrar un anillo en la escena de un crimen es un tanto demasiado conveniente, ¿no? Y nada de esto encaja con los mensajes anónimos de Katrin o con lo que pensamos que pudo pasar con su coche y con Brooke.

—Demasiadas piezas en el rompecabezas —comenta Malcolm con fastidio.

Nos sumimos unos minutos en el silencio, viendo *El Defensor*, hasta que un ligero golpe en el marco de la puerta nos sorprende a ambos. Es Peter Nilsson, informal pero atractivo con su polo y sus chinos. En una mano sostiene un vaso de cristal con hielo y un líquido ambarino.

—¿Estáis bien? ¿Necesitáis algo?

Malcolm no dice nada, así que lo hago yo.

—No, gracias. Estamos bien.

El señor Nilsson tarda en irse, y me siento en la obligación de darle conversación. Además, me genera curiosidad.

—¿Qué tal está Katrin, señor Nilsson? Se la echa de menos en el instituto.

—Ah. Bien. —Se apoya contra el marco de la puerta con un suspiro—. Está destrozada, claro. Le está viniendo bien pasar tiempo lejos de aquí con su tía.

—¿Es tía por parte de madre o por la suya? —pregunto.

—Tía paterna —responde—. Eleanor y su marido viven en Brooklyn. No los vemos tan a menudo como nos gustaría, pero Katrin y ella se vieron el mes pasado.

—¿En serio? —Malcolm se revuelve junto a mí en el sofá.

—Claro. Katrin fue a Nueva York de compras. —Peter arruga levísimamente el ceño—. Bueno, o eso deduje yo de la cantidad de bolsas que trajo.

—No lo recuerdo —dice Malcolm.

—Tu madre y tú estabais de vacaciones —comenta Peter—. Fue una decisión de última hora. El marido de Eleanor tenía que viajar por trabajo, así que le compró un vuelo a Katrin para que pasara el fin de semana con ella. Aunque estuvo a punto de no poder viajar. Fue la noche de la granizada, ¿te acuerdas? El avión se retrasó muchísimo. —Ríe y le da un sorbo a su copa—. Katrin estuvo mandándome mensajes para quejarse desde la pista. Es una impaciente.

Estoy sentada lo suficientemente cerca de Malcolm como para que nuestros brazos se rocen, y le noto tensarse al mismo tiempo que yo. Se me adormece el cuerpo entero y se me dispara el pulso, pero consigo decir:

—Vaya, es que eso es muy frustrante. Me alegro de que al final consiguiera viajar.

El señor Nilsson posa fugazmente los ojos en la pantalla de la tele.

—Así que *El Defensor*, ¿eh? Es la película en la que sale tu madre, ¿verdad?

—Sí, aunque solo dice una frase. —No sé cómo consigo hablar con normalidad con el millón de pensamientos que zumban ahora mismo en mi cabeza—. «Eso no computa».

—Al menos es una frase para recordar. Bueno, no os entretengo, entonces. ¿Seguro que no queréis que os traiga nada?

Malcolm sacude la cabeza en silencio y el señor Nilsson da media vuelta y regresa al vestíbulo a oscuras. Nos quedamos un rato así, sentados en silencio, y el corazón me martillea tan fuerte que noto las palpitaciones en los oídos. Sé que Malcolm está igual.

—Joder —jadea por fin.

Mantengo la voz en el más inaudible de los susurros.

—Katrin no estuvo aquí el último fin de semana de agosto. Tu madre y tú, tampoco. Solo hubo una persona que pudiera conducir el coche de Katrin esa noche.

—Joder —repite Malcolm—. Pero él tampoco estaba aquí. Estaba en Burlington.

—¿Estás seguro?

Malcolm se levanta sin pronunciar palabra y me hace un gesto para que le siga. Me lleva a su habitación, en el piso de arriba, cierra la puerta y saca el móvil del bolsillo.

—Según él, cenó con un tipo que vivía allí. El señor Coates. Era el monitor de mi patrulla de *scouts*. Tengo que tener su número por alguna parte. —Busca unos minutos en la agenda y pulsa la pantalla. Estoy tan cerca que escucho un leve pitido y luego una voz de hombre—. Hola, señor Coates. Soy, esto, Malcolm Kelly —ríe, avergonzado—. Disculpe que le llame después de tantísimo tiempo, pero quería preguntarle una cosa. —No escucho lo que dice el señor Coates, pero su tono es amable—. Sí, pues —prosigue Malcolm después de tragar saliva—. Estaba hablando con mi hermano, Declan, ¿se acuerda? Sí, claro que se acuerda. Está a punto de licenciarse en Ciencias Políticas y le gustaría hacer, bueno, prácticas o algo así. Seguramente yo no debería estar haciendo esto, pero Peter mencionó que cenó con usted el mes pasado y que había posibilidades de que hubiera un puesto de becario en su nueva empresa. —Calla un momento y espera a que el señor Coates responda. Se le encienden las mejillas de un rojo vivo—. ¿No fue así? ¿El último fin de semana de agosto? —Una nueva pausa—. Ah, disculpe. Debo de haberme equivocado. Solo quería, bueno, ya sabe, intentar echarle un cable a mi hermano. —El señor Coates habla un

rato y Malcolm asiente como un robot, como si el señor Coates pudiera verle—. Sí, de acuerdo. Muchas gracias. Le diré que le llame. De verdad que sería... Sería muy útil. Gracias de nuevo. —Baja el teléfono y me mira a los ojos—. ¿Lo has oído?

—He oído bastante.

—Peter no estuvo con él —dice Malcolm—. Mintió.

Durante un instante, ninguno de los dos dice nada. Cuando me llevo la mano al colgante para tirar de él, me tiembla tanto que me golpeo sin querer el pecho con los dedos.

—Pensémoslo —digo, con un hilo de voz tan débil que tengo que esforzarme por intentar que no se quiebre—. Todo apunta a que Peter probablemente estuviera aquí y que fuera él quien condujo el coche de Katrin la noche de la granizada. Pero si Katrin no estaba en el coche cuando chocó con algo... o con alguien, ¿por qué se iba a involucrar Brooke? ¿Por qué ayudaría a reparar el coche si...? Ay. —Me agarro al brazo de Malcolm. Las piezas están encajando, y esta vez podría estar en lo cierto—. Ay, Dios mío, Mal. Katrin dijo que Brooke había desaparecido una noche que se quedó a dormir, ¿te acuerdas? Creyó que Brooke se había escabullido para enrollarse contigo. Pero ¿y si estaba con Peter?

—Eso es imposible —responde Malcolm con nula convicción.

Sus ojos parecen de cristal.

—Pero piénsalo. Si Brooke y tu padrastro hubieran estado liados, que menudo asco, pero supongo que ahora mismo es el menor de nuestros problemas, lo hemos estado interpretando todo mal. No se trata solo del atropello. Se trata de que nada salga a la luz. —Saco el móvil del bolsillo—. Tenemos que contárselo a Ryan. Él sabrá qué hacer.

Acabo de empezar a escribir el mensaje cuando la puerta se abre de repente. Me siento como si estuviera en una versión alternativa de mi vida al ver a Peter de pie en el vano de la puerta, apuntándonos con una pistola.

—Tienes que aprender a disimular mejor, Malcolm —dice sin alterarse. El pelo claro resplandece con el color de la plata dorada a la tenue luz, y sonrío con tanta naturalidad que me siento tentada de devolverle la sonrisa—. ¿Te lo han dicho alguna vez?

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

MALCOLM

JUEVES 10 DE OCTUBRE

En todas las semanas que llevamos intentando averiguar qué demonios estaba pasando en la ciudad, en ningún momento se me ha ocurrido que el tipo del que menos me fío pudiera estar involucrado.

Soy gilipollas. Y Ellery da pena resolviendo crímenes. Pero ahora mismo nada de eso importa.

—Voy a necesitar que me deis vuestros móviles —dice Peter. Sigue vistiendo polo y chinos, pero ahora también ha añadido al conjunto un par de guantes. No sé por qué, pero eso resulta más escalofriante que la pistola—. De uno en uno. Tú primero, Ellery. —Los dos obedecemos, y Peter apunta con la pistola hacia el vestíbulo—. Gracias. Ahora, acompañadme.

—¿Adónde? —pregunto.

Miro a Ellery, que se ha quedado petrificada, con los ojos clavados en la mano derecha de Peter.

A él se le hinchan las narinas.

—No estás en posición de hacer preguntas, Malcolm.

Dios. Esto es malo, tremendamente malo. Apenas estoy empezando a comprender hasta dónde nos llega la mierda, pero hay una cosa que tengo clarísima: Peter no habría hecho todo este despliegue de medios si entrara en sus planes dejarnos con vida para que pudiéramos contarle.

—Espera —digo—. No puedes... Mira, es demasiado tarde, ¿sabes? Hemos encontrado el recibo de ese taller, Dailey, y se lo hemos entregado a

la policía. Saben que el coche de Katrin está involucrado en algo sospechoso y descubrirán que estás implicado.

La duda ensombrece su expresión apenas un segundo, pero se relaja de inmediato.

—En ese recibo no hay nada que apunte hacia mí.

—Salvo por el hecho de que eres el único miembro de la familia que pudo haberlo conducido —respondo.

Peter se encoje de hombros con absoluto desinterés.

—Brooke cogió el coche prestado y tuvo un accidente. Muy sencillo.

Yo sigo hablando.

—Acabo de hablar con el señor Coates. Le he preguntado por la reunión que supuestamente tuvisteis ese fin de semana y me ha dicho que no se produjo. Sabe que has mentido.

—He escuchado hasta la última palabra de esa conversación, Malcolm. Le has dicho que seguramente te hayas equivocado.

—Mi madre estaba presente cuando nos lo contaste —insisto, y maldigo la desesperación que está empezando a traslucir mi voz—. Se acordará. Sabrá que hay algo que no cuadra.

—Tu madre recordará lo que yo le cuente. Es una mujer asombrosamente complaciente. Es su mejor virtud.

Entonces soy yo el que quiere matarle, y creo que lo sabe. Retrocede un paso y levanta el arma, que ahora apunta directamente a mi pecho. Entrecierro los ojos para que no se me altere el rostro mientras mi mente repasa todas las posibles opciones para convencer a Peter de que es demasiado tarde para quedar impune con otro asesinato.

—El agente McNulty estaba presente cuando Katrin dijo que Brooke se escapó una noche para encontrarse con alguien de esta casa. Si no era conmigo, tenía que ser contigo.

—Si desapareces, no hay motivo para que alguien piense que no se estaba enrollando contigo —comenta Peter.

Mierda. Ojalá Ellery saliera del trance en el que está. Ahora mismo no me vendría nada mal su forma de pensar.

—La opinión pública cuestionará un nuevo asesinato. Dos, de hecho. Sobre todo si involucra a tu hijastro. Primero, la mejor amiga de tu hija, ¿y

ahora yo? Esto te va a terminar salpicando, Peter, y, cuando lo haga, será cien veces peor.

—No te lo rebato —responde Peter. Está completamente relajado, como si estuviéramos comentando puntuaciones de béisbol o la última serie de Netflix, aunque nunca hayamos hecho ni una cosa ni la otra—. Ahora no es el momento de hacer nada que se asemeje ni remotamente a un homicidio. Pero he de insistir en que me acompañéis abajo. Tú primero, Ellery.

La esperanza me recorre las venas, aunque la frialdad de la mirada de Peter me indica que no debería. Evalúo la opción de abalanzarme sobre él, pero Ellery ya está avanzando hacia el pasillo y él le apunta con la pistola a la espalda. Al no ver más opción que seguirlos, eso es lo que hago.

—Hasta el sótano —indica Peter.

Mantiene las distancias mientras descendemos dos tramos de escaleras. El sótano de la casa es enorme, y Peter nos dirige sin más florituras hacia la lavandería y la sala reformada que mi madre usa para hacer ejercicio. Mientras camino, los acontecimientos de la semana pasada transcurren frente a mis ojos para torturarme con todo lo que se me ha pasado por alto. Tengo tantas cosas de las que arrepentirme que apenas me fijo adónde nos dirigimos hasta que reparo en la mayor revelación de todas. Cuando lo hago, freno en seco.

—No te he dicho que te detengas, Malcolm —dice Peter.

Ellery, a mi lado, también deja de caminar. Me vuelvo muy despacio, y ella me imita.

El sudor frío me perla la cara.

—El anillo de Declan —digo—. Lo tenías tú. Lo dejaste junto al cadáver de Brooke en Huntsburg.

—¿Y? —pregunta Peter.

—Lacey nunca se lo devolvió a Declan. Ella aún lo tenía cuando murió. Nunca dejó de usarlo. Se lo quitaste tú, porque... —Dudo si debería seguir. Intento detectar cualquier tipo de señal que me indique que lo que estoy a punto de decir va a tener algún efecto en él, pero su rostro no trasluce más que un educado interés—. Porque también mataste a Lacey.

Ellery contiene un grito de sorpresa, pero Peter se limita a encogerse de hombros.

—Tu hermano es un chivo expiatorio de lo más útil, Malcolm, siempre lo ha sido.

—¿También...? —Ellery tiene los ojos clavados en el rostro de Peter. Le da un tirón tan fuerte a su colgante de plata que pienso que se lo va a arrancar—. ¿También le hiciste algo a mi tía?

Las impasibles facciones de Peter ni se inmutan. Se agacha y le susurra algo al oído en voz tan baja que no lo escucho. Cuando ella alza la vista para mirarlo, el pelo le cubre la cara y lo único que veo es una maraña de rizos. Acto seguido, Peter levanta de nuevo el arma para apuntar directamente con ella al corazón de Ellery.

—¿Esto es lo que haces, Peter? —Mi desesperación por apartar su atención de Ellery es tal que mi voz rebota en las paredes del sótano—. ¿Te enrollas con crías de la edad de tu hija y las matas en cuanto sospechas que pueden delatarte? ¿Qué hizo Lacey, eh? ¿Iba a contarlo? —De repente se me ocurre una idea—. ¿Estaba embarazada?

Peter resopla.

—Esto no es un culebrón, Malcolm. Lo que pasara entre Lacey y yo no es asunto tuyo. Se sobrepasó, dejémoslo en eso. —La pistola oscila hacia mí—. Ahora, unos cuantos pasos más atrás. Los dos.

Obedezco automáticamente. Me da tantas vueltas la cabeza que me cuesta darme cuenta de que estamos en un cuarto. Es el rincón más recóndito del sótano de la casa, lleno a rebosar de cajas de cartón cerradas.

—Esta es la única estancia de la casa que se cierra desde fuera —dice Peter con una mano en el borde de la puerta—. Muy conveniente.

La cierra sin darme tiempo a reaccionar, y el cuarto queda completamente a oscuras.

Llego a la puerta en cuestión de segundos. Primero intento girar el pomo y luego la golpeo tan fuerte que mis costillas magulladas estallan con un dolor punzante.

—¡No puedes dejarnos aquí! —le grito al grosor de la madera—. Saben que Ellery está aquí. ¡La ha traído su abuela!

—Soy consciente de ello —responde Peter. Le escucho arrastrar algo pesado por el suelo y dejo de golpear la puerta para oír mejor—. ¿Sabes cómo funciona un generador eléctrico, Malcolm? —No contesto, y él

prosigue—. Nunca debe encenderse en el interior de una casa, debido a la cantidad de monóxido de carbono que emite. En una zona concentrada, como esta, mata muy rápidamente. No sé cómo se habrá encendido, pero bueno, qué más da. Quizá Ellery y tú lo golpeasteis sin querer mientras estabais aquí haciendo quién sabe qué. Tal vez nunca lo descubramos.

Se me cae el alma a los pies cuando vuelvo a girar el pomo.

—¡Nos has encerrado aquí, Peter! ¡Sabrán que has sido tú!

—Volveré en un rato para abrir la puerta —dice como si tal cosa—. Me temo que no puedo quedarme mucho más. No me gustaría correr la misma suerte que vosotros. Además, tengo que ir a la tienda. Nos hemos quedado sin palomitas. —Algo empieza a zumbiar al otro lado de la puerta y Peter alza la voz—. Te diría que ha sido un placer conocerte, Malcolm, pero la verdad es que has sido una molestia desde el principio. Pensándolo mejor, esto ha terminado saliendo bastante bien. Hasta la vista.

De pie junto a la puerta, oigo el sonido de sus pisadas alejarse rápidamente. Me da vueltas la cabeza y me late el corazón a toda prisa. ¿Cómo he permitido que lleguemos a este punto? Declan no habría venido al sótano como un corderito. Habría placado a Peter en el cuarto, o...

Una luz se enciende detrás de mí. Me vuelvo y veo a Ellery en la pared de enfrente con la mano apoyada en un interruptor, parpadeando como si acabara de despertarse. Regresa al centro de la habitación, se arrodilla frente a una caja y arranca una tira de cinta aislante de la parte superior. Le da la vuelta y desperdiga su contenido por el suelo.

—Aquí tiene que haber algo que pueda usar para forzar la cerradura.

—Claro —digo, y el alivio me inunda.

Me uno a su misión de abrir cajas. Las primeras están llenas de libros, animales de peluche y papel de regalo.

—Lo siento, Ellery —me disculpo mientras abrimos cajas—. Siento haberte invitado a venir a casa y haber permitido que haya pasado esto. No he estado rápido.

—No hables —ataja—. Conserva el aliento.

—Es verdad.

Empieza a palpitarme la cabeza y a revolverseme el estómago, y no sé si es por el estrés o por el gas mortífero. ¿Cuánto tiempo hace que se ha ido

Peter? ¿Cuánto tiempo nos queda?

—¡Ajá! —declara Ellery, triunfal, al encontrar una caja de adornos de Navidad—. ¡Ganchos! —Separa un par y se acerca a la puerta—. Solo hay que estirarlos y... —Transcurren un par de segundos en silencio, seguidos de un gruñido de frustración—. Son demasiado endebles. Se doblan. Necesitamos otra cosa. ¿Ves algún clip?

—Aún no.

Sigo abriendo cajas y revolviendo su contenido, pero la cabeza me duele a morir y estoy tan mareado que se me empieza a nublar la visión por los bordes. Me incorporo con un esfuerzo enorme y busco alrededor. No hay ventanas que romper ni nada lo suficientemente pesado como para usarlo como ariete contra la puerta. Vuelco más cajas, desperdigo su contenido por el suelo. Al menos estamos dejándolo todo hecho un desastre, consigo pensar. Aunque solo sea por esto, la gente se preguntará qué ha pasado aquí.

Pero me muevo lentamente, más a cada segundo que pasa. Lo único que quiero es tumbarme y dormir.

Me cuesta creer que ya esté pensando en darme por vencido.

Me cuesta creer que, tras haber averiguado por fin qué les pasó a Lacey y a Brooke, sea demasiado tarde como para que salga a la luz y sus padres puedan pasar página.

Me cuesta creer que no vaya a poder disculparme con mi hermano.

Se me cierran los párpados, y el impulso es tan fuerte que casi me pasa desapercibido el brillo que detecto en el suelo. Un clip diminuto y solitario. Me agacho a por él lanzando un ahogado gritito triunfal, pero me es casi imposible cogerlo. Noto las manos torpes y gelatinosas, como si llevara unos gigantescos guantes de Mickey Mouse. Cuando por fin consigo agarrarlo, me vuelvo hacia la puerta, hacia Ellery.

Se ha desplomado frente a ella y está inmóvil.

—¡Ellery!

La agarro por los hombros y la incorporo para que quede sentada. Abarco sus mejillas con mis manos hasta que la veo respirar. La zarandeo lo más violentamente que soy capaz hasta que el pelo se le agita en torno al rostro.

—Ellery, vamos, despierta, por favor.

No responde. La apoyo con cuidado en el suelo y vuelvo a centrar mi atención en el clip.

Puedo hacerlo sin ella. Solo tengo que desplegarlo y ponerme manos a la obra. Si mis manos no se hubieran convertido en guantes inflables sería mucho más fácil.

Si el cerebro no estuviera a punto de salirse de la cabeza.

Si no tuviera que parar un momento a vomitar.

Si conservara la vista.

Si.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

ELLERY

VIERNES 11 DE OCTUBRE

Quiero abrir los ojos, pero la luz es demasiado intensa y me hiere. El silencio es total salvo por un pitido, y el aire huele levemente a lejía. Intento llevarme una mano al tormento que es mi cabeza, pero no puedo moverme bien. Tengo algo pegado al brazo, o el brazo pegado a algo.

—¿Me oyes? —pregunta una voz grave. Una mano fresca y seca se apoya contra mi mejilla—. ¿Ellery? ¿Me oyes?

Intento responder que sí, pero lo que me sale es más bien un gruñido. Me duele la garganta casi tanto como la cabeza.

—Perdona. No hables. —La mano abandona mi rostro y envuelve la mía—. Aprieta si has entendido. —Lo hago, débilmente, y algo húmedo se derrama sobre mi brazo—. Gracias a Dios. Te vas a poner bien. Os pusieron oxígeno hiperbárico a ti y a... Bueno, supongo que ahora los detalles dan igual, pero las cosas pintan bien. Tú tienes buena pinta. Ay, mi pobre niña.

Tengo el brazo cada vez más mojado. Abro los ojos una rendijita y distingo levemente la silueta de una habitación. Paredes y un techo que se funden con pulcras líneas blancas, iluminadas por el pálido resplandor azul de unos fluorescentes. Inclineda frente a mí hay una cabeza cana, enmarcada por unos hombros temblorosos.

—¿Cómo? —pregunto, pero el sonido no se parece a una palabra. Tengo la garganta seca y áspera como la lija. Intento tragar, pero sin saliva es imposible—. ¿Cómo? —grazno de nuevo. Sigue sin ser un sonido

comprensible, ni siquiera para mis oídos, pero mi abuela parece haberlo entendido.

—Te ha salvado tu hermano —dice.

Me siento como la robot que interpretó Sadie en *El Defensor*. «Eso no computa». ¿Cómo pudo llegar Ezra al sótano de la casa de los Nilsson? Pero todo se desvanece antes de que sea capaz de formular otra pregunta.

* * *

La siguiente vez que despierto, una tenue luz entra en la habitación. Intento sentarme, pero una silueta empujadora y con zuecos de enfermera me obliga con mucha delicadeza a tumbarme otra vez.

—Todavía no —dice una voz que reconozco.

Parpadeo hasta que consigo enfocar el rostro de Melanie Kilduff. Quiero hablar con ella, pero tengo la garganta incendiada.

—Tengo sed —grazno.

—Me lo imagino —dice, comprensiva—. De momento, solo un par de sorbos de agua, ¿de acuerdo? —Me levanta la cabeza y me acerca un vaso de plástico a los labios. Bebo ávidamente hasta que lo aparta—. A ver qué tal lo toleras antes de ir a por más.

Protestaría, pero se me empieza a revolver el estómago inmediatamente. Al menos ahora me cuesta un poco menos hablar.

—¿Malcolm? —consigo preguntar.

Me tranquiliza apoyándome una mano en el brazo.

—En otra habitación, en este mismo pasillo. Se pondrá bien. Y tu madre está de camino.

—¿Sadie? Pero se supone que no debe salir del centro de rehabilitación.

—Ay, cielo, ahora mismo eso da igual.

Noto hasta la última parte de mi cuerpo seca como el polvo, así que me sorprende notar que las lágrimas se derraman por mis mejillas. Melanie se sienta en un lateral de la cama y me rodea con los brazos, estrechándome contra sí. Mis dedos se agarran a su pijama y tiran con fuerza, acercándola más.

—Lo siento —ronqueo—. Siento mucho todo. Es el señor Nilsson... —Dejo la frase a medias cuando el estómago me da un brinco y siento una

náusea.

Melanie me incorpora un poco más.

—Vomita si tienes ganas —me dice con su relajante voz—. No pasa nada.

Pero la náusea se me pasa, dejándome agotada y empapada en un sudor helado. Paso un buen rato en silencio, concentrada en que se me calme la respiración.

Cuando por fin lo hace, pregunto:

—¿Dónde está?

La voz de Melanie es hielo puro.

—Peter está donde tiene que estar: en la cárcel.

El alivio es tal que ni siquiera me importa volver a caer en la inconsciencia.

* * *

Cuando Ryan viene a visitarme, ya casi vuelvo a ser yo misma. Más bien, llevo despierta más de media hora y he conseguido no vomitar una taza de agua entera.

—No has visto a Ezra por poco —le digo—. Nana le ha obligado a marcharse. Llevaba sin moverse de aquí siete horas.

Ryan se sienta en el sillón junto a mi camilla.

—Me lo creo perfectamente —dice.

Hoy no viste de uniforme, sino unos vaqueros desteñidos y una camisa de franela. Me regala una sonrisa nerviosa y torcida que me recuerda a la de Ezra y, durante un instante de irracionalidad, me gustaría que me abrazara igual que Melanie.

«Te ha salvado tu hermano», había dicho Nana.

Y era cierto. De lo que no me di cuenta fue de a qué hermano se refería.

—Gracias —le digo—. Nana me dijo que fuiste tú quien vino a buscarnos a casa de los Nilsson, pero nadie me ha contado por qué.

Inspecciono su rostro amplio y amigable, y me pregunto cómo puedo haber sospechado alguna vez que albergara secretos oscuros. Mi sentido arácnido apesta oficialmente, y no me queda duda de que Malcolm me lo hará saber en cuanto me permitan verle.

—No te quiero cansar —empieza a excusarse precavidamente Ryan, pero le corto enseguida.

—No, por favor. No me vas a cansar. Necesito saber qué pasó.

—Bueno. —Hunde los hombros y se echa hacia delante—. No puedo entrar en detalles, pero te contaré lo que pueda. No sé bien por dónde empezar, pero probablemente lo mejor sea comenzar con la pulsera que me dio Daisy. Dice que eso os lo contó.

—¿La pulsera? ¿En serio? —Me siento tan deprisa en la camilla que el repentino dolor de cabeza me hace arrugar el rostro, y Ryan me mira con preocupación. Me recuesto de nuevo en los almohadones fingiendo que estoy perfectamente—. O sea, vale. Claro. ¿Cómo?

Él me contempla en silencio unos segundos y yo aprieto los labios para evitar vomitar.

—La verdad es que al principio no le di demasiada importancia —dice por fin—. Fui a ver a la joyera, que no tenía ningún registro. Había vendido unas cuantas pulseras más o menos por la misma época y no tenía constancia de a quién. Pensé que era un callejón sin salida. Pero le pedí que me contactara si volvía a vender algún producto parecido, y el mes pasado lo hizo. Un tipo compró exactamente la misma pulsera y pagó en efectivo. Cuando le pedí que me lo describiera, el retrato robot coincidía exactamente con Peter. En ese momento no caí en la cuenta. No empecé a atar cabos hasta que vosotros me trajisteis el recibo del taller. Eso me llevó a dudar de toda la familia Nilsson. Luego pregunté a los padres de Brooke si podía registrar su joyero.

Tengo que recordarme que no puedo dejar de respirar.

—¿Y?

—Tenía una pulsera exactamente igual que la de Lacey. Su madre no sabía desde cuándo ni quién se la había regalado, pero nosotros teníamos nuestras propias teorías, evidentemente.

—Claro, claro —respondo como si ya lo supiera.

Como si se me hubiera pasado remotamente por la cabeza.

—Al mismo tiempo, estábamos registrando la casa de Brooke en busca de pistas. Su móvil desapareció con ella, pero conseguimos desbloquear su ordenador. Encontramos en él un diario, oculto entre un montón de archivos

con trabajos escolares y protegido con contraseña. Tardamos un poco en abrirlo, pero cuando lo hicimos, tuvimos casi toda la historia. La versión de Brooke, al menos. No daba nombres ni demasiados detalles, pero dedujimos que había tenido una aventura con alguien mayor, que estaba con él cuando pasó algo horrible y que quería enmendar las cosas. Teníamos el recibo del taller y estábamos empezando a encajar las piezas, pero todas las pruebas seguían siendo circunstanciales. Entonces la policía de Huntsburg encontró el anillo de Declan en la escena del crimen. —A Ryan se le ensombrece el rostro y hunde el cuello entre los hombros—. Ahí la cagué, cuando interrogué a Declan. Al confirmar que el anillo era suyo, lo que estaba intentando era excluirle, porque en ese momento estaba prácticamente convencido de que lo estaban inculcando, pero... no sé. La dinámica entre Declan y yo nunca ha sido muy buena. Le presioné demasiado y planté sospechas innecesarias en la mente de Malcolm. Si pudiera borrar algo de lo que he hecho, sería eso.

La máquina que tengo junto a mí emite un suave bip.

—De acuerdo —digo—, pero... ¿cómo apareciste justo a tiempo? ¿Por qué lo hiciste?

—Por tu mensaje —responde Ryan. Yo le miro sin comprender y él enarca las cejas—. ¿No lo sabías? Conseguiste enviar una letra antes de que Peter te quitara el teléfono. Una sola «P». Te contesté un par de veces, pero no respondiste. Me preocupé, con todo lo que estaba pasando, así que llamé a tu abuela. Cuando me dijo que habías quedado con Malcolm en casa de los Nilsson, me asusté muchísimo. Había intentado por todos los medios que la señora Nilsson se marchara de la casa con Malcolm mientras investigábamos, pero no quiso hacerlo. Y entonces, además, fuiste tú para allá. Te conozco, y sé que estás siempre haciendo preguntas que la gente no quiere contestar. Me acerqué allí, con la idea de inventarme alguna excusa para llevarte a casa con Nora. Y encontré... —Deja la frase a medias y traga saliva con fuerza—. Te encontré a ti.

—¿Dónde estaba Peter?

A Ryan se le ensombrece el rostro.

—Saliendo de la casa justo cuando llegué. Supongo que habría vuelto al sótano para sacaros al pasillo y que no nos diéramos cuenta de que habíais

estado encerrados. Cuando me vio, no dijo ni media: simplemente se metió en el coche y arrancó. Suficiente para que yo echara a correr hacia la casa. Gracias a Dios que escuché el zumbido del generador cuando entré en la cocina, porque casi no os quedaba tiempo. —Su boca se convierte en una línea tensa—. Cuando lo alcanzaron por fin, Peter casi había conseguido cruzar la frontera. No puedo contarte lo que encontramos en su coche, pero fue suficiente para vincularlo con el asesinato de Brooke.

—Entonces esto es... ¿lo que hace? ¿Acostarse con adolescentes y matarlas cuando le incomodan?

Eso fue lo que dijo Malcolm en su casa mientras yo estaba como un pasmarote a su lado sin decir nada. Paralizada e inútil, como si no hubiera estado media vida preparándome para el momento en el que un asesino me llevara a su sótano.

—Aparentemente. Eso sí, no ha confesado nada, y no tenemos pruebas fehacientes en lo respectivo a Lacey. Por el momento. No sabemos cuál fue el punto de inflexión con ella. Nuestros psicólogos están elaborando un perfil de Peter y sospechan que es probable que quisiera hacer pública su relación. Que lo amenazara con contárselo a su mujer o algo así.

—A su segunda esposa, ¿verdad?

—Sí. Ya no vive en Echo Ridge, pero perdió a su primer marido y a su hijo en un accidente de coche antes de casarse con Peter. Sospecho que esa es su marca personal: comportarse como una suerte de héroe con mujeres vulnerables mientras acecha a jovencitas a sus espaldas. —La repulsión le transforma el rostro—. Es la única explicación que se me ocurre para que se casara con la madre del novio de Lacey. Es como si, de alguna manera, hubiera querido mantener el contacto con ella.

Me estremezco al pensar en Peter y la madre de Malcolm en la cocina la primera vez que fui a su casa. Lo encantador que se mostró, pero también —ahora que cuento con la ventaja de saber— lo controlador que fue, no dejando hablar a su mujer y sacándola de la estancia, aunque siempre con una sonrisa. Me engañó como a la que más.

—Menudo bicho retorcido. La única situación que se me ocurre que podría ser peor que esta es que Melanie se hubiera separado de su marido y hubiera intentado enrollarse con ella.

—Estoy de acuerdo contigo —replica Ryan—, aunque Melanie no habría caído. Es una mujer dura. Alicia..., no tanto.

Lo siento muchísimo por Malcolm y por lo que esto va a suponer para su familia. Declan por fin queda libre de toda sospecha, al menos, y quizá cuando la opinión pública se dé cuenta de que Lacey estaba influenciada por Peter, no le juzguen demasiado por su relación con Daisy. Pero, por otro lado, su madre. Ni siquiera alcanzo a imaginarme cómo se debe de sentir y cómo se va a recomponer tras haber estado casada con alguien como Peter.

Ryan se inclina un poco más en su asiento, apoya los codos en las rodillas y entrelaza los dedos de ambas manos.

—Hay una cosa que quería comprobar contigo. Cuando hablé con Malcolm, me dijo que le habías preguntado a Peter si le había hecho daño a Sarah y que él te susurró algo que no consiguió oír. ¿Qué fue lo que te dijo?

Mis dedos encuentran el borde desgastado de la manta y tiran de los hilos sueltos.

—No lo sé. Yo tampoco lo oí.

Se le hunden las facciones.

—Ah, de acuerdo. No está respondiendo a ninguna pregunta, a las relacionadas con Sarah tampoco, pero no te preocupes. Seguiremos insistiendo.

—¿Y qué hay de Katrin? —pregunto de repente—. ¿A qué venía lo de las amenazas anónimas? ¿Estaba intentando desviar la atención de su padre o algo por el estilo?

—No, eso es otra larga historia —responde Ryan. Enarco las cejas y añado—: En un primer momento, Katrin no estaba involucrada con las amenazas. Fue Vivian Cantrell quien las comenzó.

—¿Viv? ¿Por qué? ¿Qué relación tiene ella con Peter? ¿También estaban enrollados?

Solo pensarlo casi me provoca náuseas.

A Ryan se le escapa una carcajada amarga.

—No, no había ninguna relación entre una cosa y otra. Este otoño quiere solicitar plaza en facultades de periodismo, y alguna exalumna influyente le dijo que su porfolio no era lo suficientemente potente como para destacar. Así que decidió inventarse una historia que pudiera cubrir.

No sé si le he entendido bien. Casi he empezado a comprender la retorcida psique del señor Nilsson, pero el calculado complot de Viv me pilló por sorpresa.

—Tienes que estar de broma. ¿Toda esa basura fue obra suya? ¿Se dedicó a asustar a la gente, a revivir recuerdos espantosos y a traumatizar completamente a los padres de Lacey... para poder escribir sobre ello?

—Sí —responde lúgubrementes Ryan—. Y ese es el motivo por el cual te involucró. Viv amañó la elección de la corte del baile. Le pareció que el interés periodístico de su historia aumentaría si la sobrina de Sarah Corcoran estaba involucrada.

—¿El interés periodístico? —Las palabras me dejan un regusto amargo en la boca—. Ostras. Es para echarle de comer aparte, ¿no?

Por su cara, deduzco que Ryan está completamente de acuerdo conmigo, pero lo único que dice es:

—Habíamos rastreado su vínculo con el numerito del evento deportivo, y estábamos a punto de hablar con sus padres cuando Brooke desapareció. No pudimos dedicarle tanta atención al asunto como nos habría gustado, aunque ella sí sabía que la habíamos descubierto. Estaba aterrorizada, y juró por lo más sagrado que cortaría por lo sano e inmediatamente. Por eso me sorprendió tantísimo que Malcolm se presentara con ese vídeo.

—Pero ¿por qué iba a involucrarse también Katrin?

Ryan titubea.

—Lo siento, pero eso no puedo decírtelo. Estamos discutiendo con el abogado de Katrin qué papel desempeñará en la investigación. Sus motivos forman parte de la discusión y son confidenciales.

—¿Sabía qué se traía su padre entre manos? —insisto. Ryan se cruza de brazos y no responde—. Interpretaré un parpadeo como un sí.

Resopla, pero con más ternura que fastidio, creo.

—Cambio de tema.

Retuerzo la manta entre las manos.

—Así que habíais descubierto todo esto, y lo único que he estado haciendo yo ha sido interferir. ¿Lo he resumido bien?

—No del todo. El recibo del taller fue realmente útil, sobre todo sabiendo lo mucho que Brooke quería recuperarlo. Sumándolo a la pulsera

y al diario, supimos con quién estábamos lidiando. —Me sonrío con sorna—. Además, que estuvierais a punto de morir nos proporcionó pruebas suficientes para registrar el coche de Peter, así que... por eso hay que daros las gracias.

—No hay de qué.

Se me están empezando a cerrar los ojos y tengo que parpadear velozmente para evitar que lo hagan. Ryan se da cuenta y se levanta.

—Debería irme y dejarte descansar.

—¿Volverás a visitarme?

El tono esperanzado con el que lo pregunto parece halagarle.

—Si tú quieres, sí, claro.

—Sí que quiero. —Cierro los ojos un segundo y me obligo a abrirlos de nuevo mientras se pone de pie—. Gracias otra vez. Por todo.

—De nada —responde. Mete las manos en los bolsillos, incómodo. En ese momento me recuerda al antiguo agente Rodriguez, al policía inquieto y mediocre, en lugar de al investigador de primera que ha resultado ser—. Oye, mira, igual no es el momento ni el lugar —añade, inseguro—, pero... si te encuentras con ganas, mi hermana organiza una fiesta de otoño en un par de semanas. La hace todos los años. Le gustaría conoceros a Ezra y a ti, si os apetece.

—¿En serio? —pregunto, sorprendida.

Casi me había olvidado de que Ryan tiene hermanos.

—Sí, pero sin presiones de ninguna clase. Pensadlo, nada más. Si os apetece, ya me lo dirás.

Sonríe, cariñoso, y se despide con la mano. Luego da media vuelta y desaparece por el pasillo.

Me vuelvo a recostar en la delgada almohada. La neblina del cansancio se ha disipado. Ahora que casi me he acostumbrado a Ryan, no sé cómo sentirme sabiendo que hay más desconocidos con los que estoy emparentada. Pasar de una familia de tres miembros —cuatro, contando a Nana— a este repentino flujo de medio hermanos, sus parejas y sus hijos me parece demasiado.

Aunque me atrae la idea de tener una hermana. Quizá una medio hermana no esté mal del todo.

Oigo un ruido en la puerta y capto un aroma a jazmín. Me doy la vuelta en la cama y entreveo una nube de rizos oscuros enmarcados por el dintel.

—Ellery —jadea Sadie con los ojos azules relucientes por las lágrimas.

Antes de recordar que estoy enfadada con ella, le devuelvo el abrazo empleando en ello hasta el último resquicio de fuerza que conservo.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

MALCOLM

SÁBADO 26 DE OCTUBRE

—Este crío me odia —declara Declan.

No creo que se equivoque. El bebé de seis meses que tiene en brazos está sentado tieso como un palo en su rodilla, chillando y con la cara como un tomate. En esta fiesta todo el mundo compadece muchísimo al niño, menos Daisy, que sonríe como si no hubiera visto nada más mono en su vida.

—Casi percibo cómo le explotan los ovarios —murmura Mia a mi lado.

—Es que lo estás cogiendo mal —dice Ezra. Coge al bebé con un movimiento ágil y lo acuna en el hueco de su brazo—. Relájate. Perciben cuando estás nervioso. —El niño deja de llorar y le dedica a Ezra una gigantesca sonrisa desdentada. Ezra le hace cosquillas en la tripita antes de tendérselo de nuevo a Declan—. Prueba otra vez.

—No, gracias —murmura Declan. Se pone de pie—. Necesito un trago.

Una guapa mujer de melena oscura sube las escaleras del porche y le da un apretón a Ezra en el brazo al pasar.

—¡Qué bien se te da!

Es la madre del bebé, la hermana de Ryan Rodriguez, y estamos todos en su casa dos semanas después de que Peter Nilsson haya intentado asesinarnos, como si todo hubiera vuelto a la normalidad.

No lo sé. Igual es eso, o igual es que nos hemos dado cuenta de que hace años que nada es normal y ya vaya siendo hora de redefinir el término.

Declan se dirige a la nevera portátil que hay en la parte trasera del jardín, y Mia me da un tirón del brazo.

—La ocasión la pintan calva —me dice.

Yo clavo los ojos en la espalda de mi hermano.

—¿Por qué tiene que ser mía la responsabilidad? Él es mayor. Debería ofrecerme él la pipa de la paz.

Mia se recoloca las gafas de sol de ojos de gato.

—Le has creído capaz de haber cometido asesinato.

—Sí, bueno, y hubo un momento en que Ellery sospechó de mí. Y lo superé.

—En ese momento Ellery te conocía desde hacía menos de un mes. Y no era tu hermano.

—¡Ni siquiera ha venido a verme al hospital!

—Le-has-creído-capaz-de-haber-cometido-asesinato —enuncia cuidadosamente cada palabra.

—Han estado a punto de asesinarme.

—Puedes seguir así todo el día o puedes dar el primer paso. —Mia aguarda un segundo y luego me da un puñetazo en el brazo—. Por lo menos ha venido.

—Vale, de acuerdo —gruño, y me acerco a Declan.

No creía que fuera a estar aquí. Solo hemos hablado un par de veces desde que me dieron el alta, y fundamentalmente para cosas relacionadas con mi madre. La situación es un desastre: todos los bienes de Peter están embargados, así que lo único que tiene mamá a su nombre es una cuenta bancaria que no da para cubrir más allá de un par de meses de gastos. No tardaremos en mudarnos a Solsbury, y, aunque me muero de ganas de salir de casa de los Nilsson, no sé qué va a pasar después. Mi madre lleva más de un año sin trabajar, y mi padre está más ilocalizable que nunca.

Hemos recibido una oferta relativamente lucrativa a cambio de contarle nuestra versión de la historia a un periódico sensacionalista, pero no estamos tan desesperados como para aceptarla..., por el momento.

Declan está en la otra punta del jardín, sacando una botella marrón cubierta de escarcha de la nevera azul. Gira la chapa y da un largo trago.

Luego me ve de reojo y baja la botella. Estoy todavía a unos cuantos metros cuando veo lo blancos que tiene los nudillos.

—¿Qué pasa, hermanito?

—¿Me pasas una? —pregunto.

—Tú no bebes.

—Igual necesito empezar.

Declan vuelve a abrir la neverita y hunde la mano en sus entrañas, de donde extrae una botella idéntica a la que sostiene. Me la tiende, impasible, y consigo arrancarle la chapa sin contraer el rostro de dolor cuando los bordes afilados me muerden la palma. Doy un sorbo tímido, esperando que el amargor me estalle en la boca, pero no sabe ni la mitad de mal de lo que esperaba. Suave y con un leve toque a miel. Estoy nervioso y sediento, y me bebo un cuarto de botellín antes de que Declan me agarre del brazo.

—Echa el freno.

Le miro a los ojos y me obligo a pronunciar las palabras que llevo dos semanas ensayando.

—Lo siento.

Transcurren unos segundos que parecen minutos. Estoy preparado para casi cualquier reacción: que me grite, que se marche sin decir nada e incluso que me encaje un gancho en la mandíbula. Los moratones de la paliza de Kyle ya casi han desaparecido, justo a tiempo para hacer sitio para unos cuantos nuevos.

Pero Declan no opta por ninguna de esas opciones. Le da un sorbo a su cerveza y luego choca su botellín contra el mío.

—Yo también —me dice.

Casi se me cae la botella de la mano.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Entonces, no estás... —dejo la frase a medias.

«No estás enfadado» me parece directamente imposible.

Declan mira hacia el porche en el que estábamos antes, con los ojos entrecerrados por la claridad. Es uno de esos días increíbles que tenemos a veces en Vermont a finales de octubre, por encima de los veinte grados y con un cielo azul y prácticamente despejado, mientras a nuestro alrededor

los árboles explotan de color. Ahora Daisy tiene al bebé en brazos mientras charla animadamente con la hermana de Ryan. Mia y Ezra están sentados uno al lado del otro en la barandilla de madera, con las piernas colgando en el aire y las cabezas muy juntas. La puerta corredera de la casa se abre y por ella sale una chica con una melena de rizos oscuros que rebotan sobre sus hombros.

Llevo un rato esperando a que aparezca, pero supongo que puedo esperar un poco más para hablar con ella.

—He sido un hermano de mierda contigo, Mal —dice Declan por fin—. Durante años. Yo..., mira, no te voy a mentir, cuando éramos pequeños, no me importabas una mierda. Estaba demasiado metido en mis propias cosas. Y tú no eras... No sé. No te parecías lo suficientemente a mí como para prestarte atención. —Se le cripa un músculo de la mejilla, pero no aparta los ojos del porche—. Entonces todo se fue a la mierda y me largué. Ahí tampoco pensé en ti. Estuve años sin hacerlo. Así que no sé por qué esperaba que te pusieras de mi parte cuando encontraron mi anillo en el lugar del crimen.

Tengo la garganta incómodamente seca, pero no quiero más cerveza.

—Debería haberme dado cuenta de que no habías tenido nada que ver con ello.

Declan se encoge de hombros.

—¿Por qué? Casi no nos conocemos. Y yo soy el adulto, o eso dicen, al menos, así que es culpa mía. —Abre la nevera otra vez, saca un *ginger ale* y me lo tiende. Dudo, pero me quita la cerveza de la mano y la deja en la mesa más cercana—. Vamos, Mal. Tú no eres de cerveza.

Cojo el *ginger ale*.

—No sé qué va a pasar con mamá.

—Yo tampoco. Esta mierda es un poco jodida. Pero ya lo averiguaremos. Podéis alquilar una casa cerca de la nuestra. Solsbury no está mal. —Sonríe y le da un sorbo a la cerveza—. La clientela habitual del Bar Bukowski es maja cuando llegas a conocerla.

La presión que noto en el pecho se suaviza.

—Está bien saberlo.

Un rabo de nube cruza el sol, y el rostro de Declan se ensombrece un instante.

—¿Mantienes el contacto con Katrin? —pregunta.

—No —respondo.

Al final ha accedido a cooperar en todo lo que pueda con la oficina del fiscal, entregando la última prueba definitiva: la funda del móvil de Brooke. Katrin lo encontró el día que Peter organizó la partida de búsqueda, después de haber ido a por un cargador a su despacho. Aparentemente, Peter destruyó el teléfono, pero conservó la carcasa como si fuera una especie de trofeo macabro, igual que hizo con el anillo de Lacey.

No era algo que se pudiera encontrar en cualquier tienda: Brooke se la había fabricado con una funda transparente, flores secas y laca de uñas. Era única en su especie y, cuando Katrin la vio allí escondida, supo que su padre estaba involucrado. En lugar de delatarlo, se dedicó a recrear una de las amenazas anónimas de Viv para intentar desviar la atención.

El abogado de Katrin ha intentado dar la mejor imagen posible de ella. Afirma que Peter ha estado aislando metódicamente a Katrin de su madre durante años para poder controlarla y manipularla a su antojo, hasta el punto de convertirla en alguien completamente dependiente de él e incapaz de distinguir entre el bien y el mal. Una víctima distinta de Lacey y Brooke, pero víctima, al fin y al cabo.

Y tal vez lo fuera. Lo sea. No lo sé, porque no he contestado al único mensaje que me ha mandado desde que la dejaron bajo la tutela de su tía. A Katrin no se le permite salir del país, y su madre no está dispuesta a volver.

«Él es lo único que tengo».

No contesté. No solo porque no fuera cierto —me tenía a mí y a mi madre, como mínimo, además de a su tía, incluso a Theo y Viv—, sino porque no puedo pensar en mi hermanastra sin recordar la última vez que vi a Brooke en la entrada de su casa, mirándome por encima del hombro antes de entrar. Poco después, según la policía, salió de nuevo para encontrarse con Peter.

No creo que nunca pueda aceptar el hecho de que Katrin supiera que Peter estaba involucrado en la desaparición de su mejor amiga y, aun así, lo apoyara. Tal vez un día, cuando todo esté menos reciente, pueda intentar

entender cómo es criarte con un padre tan tóxico, pero dos semanas después de que intentara matarme no es el mejor momento.

—Probablemente sea lo mejor. Esa familia está podrida hasta la médula —dice Declan, dándole otro trago a su botella—. En fin, mamá y tú deberíais venir a cenar esta semana. Daisy y yo hemos comprado una barbacoa.

Me echo a reír.

—Hostia puta. Has comprado una barbacoa. Coges bebés en brazos. ¿Qué es lo siguiente, papá de extrarradio? ¿Vas a empezar a dar la chapa con el césped?

Declan entrecierra los ojos y, por un segundo, creo que me he sobrepasado. Entonces sonrío.

—Hay cosas peores que ser en esta vida, hermanito. Mucho peores. —Se vuelve otra vez hacia el porche y se protege los ojos del sol haciendo visera con la mano. Ellery tiene las manos entrelazadas frente a ella en un gesto tenso mientras habla con la hermana de Ryan—. ¿Qué haces aquí ladrándome todavía a mí? Ve a por tu chica.

—No es mi... —empiezo a decir, pero Declan me empuja, solo que un poquito demasiado fuerte.

—No me seas gallina, Mal —me ordena quitándome el *ginger ale* de la mano, pero al decírmelo, sonrío.

Así que le dejo solo y cruzo el jardín hacia el porche. Ellery me ve cuando estoy a mitad de camino y me saluda. Le dice algo a su medio hermana y luego baja por las escaleras con una energía que me pone los nervios de punta. Solo la he visto un par de veces desde que salí del hospital, siempre rodeada por alguna combinación de Ezra, Mia o su abuela. Hasta he conocido brevemente a Sadie antes de que volviera a rehabilitación. Aquí, Ellery y yo tampoco estamos solos, pero durante unos cuantos segundos, en mitad del jardín, todo el mundo desaparece y siento como si lo estuviéramos.

—Hola —me dice, y se detiene a treinta centímetros de mí—. Esperaba verte aquí. —Sus ojos vuelan sobre mi hombro hacia Declan—. ¿Cómo ha ido?

—Mejor de lo que esperaba. ¿Qué tal las cosas con tus nuevos medio hermanos?

—Igual —responde—. Mejor de lo que esperaba. Son majos. Aunque con los otros dos no me encuentro tan cómoda como con Ryan. Ezra lo está encajando mejor que yo, como siempre. —Se roza la sien para apartar un rizo rebelde—. ¿Cómo te encuentras tú?

—Aparte de los dolores de cabeza, no demasiado mal. Sin secuelas permanentes. Por lo menos es lo que dicen los médicos.

—Yo tampoco —dice—. O sea..., supongo que las pesadillas terminarán desapareciendo.

—Eso espero. —Aguardo un instante y añado—: Oye, siento mucho que no hayas obtenido respuestas para lo que le pasó a tu tía. Sé que habría significado mucho para tu familia. Si te sirve de algún consuelo... aunque no le oyeras decirlo, estoy casi convencido de que lo sabemos. ¿No?

—Sí. Es solo que me gustaría...

Se le ponen los ojos vidriosos de lágrimas y, sin pensar demasiado lo que estoy haciendo, la atraigo hacia mis brazos. Apoya la cabeza en mi pecho y yo entierro la cara en su pelo. Durante unos segundos, siento algo que llevo sin experimentar desde que era pequeño, antes de que mis padres empezaran a pelearse y mi hermano a ignorarme y burlarse de mí.

Esperanza.

—Todo va a salir bien —murmuro entre su melena.

A ella se le ahoga la voz en la tela de mi camiseta.

—¿Cómo? ¿Cómo se supone que tenemos que superar algo así?

Miro por encima de ella hacia el porche, donde Declan se ha reunido con Daisy y está hablando con Ryan y la señora Corcoran. Ezra se ha bajado de la barandilla para volver a coger al bebé y Mia le está poniendo muecas. La familia Kilduff ha llegado en algún momento y, aunque mi madre no está aquí, casi me la puedo imaginar atreviéndose a venir algún día a algo así y perdonándose por haber creído las mentiras de un monstruo. Todos tendremos que inventarnos una manera de hacerlo.

—Supongo que viviendo, sin más —digo por fin.

Ellery se aparta de mí con una sonrisilla y se enjuga las mejillas húmedas con el dorso de las manos. Las lágrimas le han dejado las oscuras

pestañas de punta.

—¿En serio? ¿Y ya está? ¿Eso es lo único que se te ocurre?

—No. Tengo un as en la manga que me he estado guardando para animarte. —Enarca las cejas y yo callo un momento para darle dramatismo al asunto—. ¿Te gustaría visitar el museo de los payasos conmigo?

Se echa a reír.

—¿Cuándo? ¿Ahora? ¿En mitad de la fiesta?

—¿Se te ocurre algún momento mejor?

—¿Después de la fiesta? —sugiere Ellery.

—Está en esta misma calle. Podríamos ir y estar de vuelta en media hora. Tres cuartos de hora, como máximo. Hay palomitas y perritos calientes gratis. Y payasos, por supuesto.

—Suenan tentador.

—Entonces, vayamos. —Entrelazo mis dedos con los suyos y nos dirigimos a la entrada—. Menos mal que se puede ir andando. Me he bebido casi medio botellín de cerveza.

—Menudo rebelde estás hecho. —Me sonrío—. Pero, al fin y al cabo, has dicho que esto había que superarlo «viviendo».

Le aprieto la mano y acerco mi cabeza a la suya.

—Estoy en ello.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

ELLERY

SÁBADO 26 DE OCTUBRE

Siento la mano de Malcolm caliente y firme en la mía. Las hojas se arremolinan en torno a nosotros como copos de confeti gigante, y el cielo es luminoso, de un azul vivo. Es un día precioso, de esos que te hacen pensar que quizá todo salga bien, después de todo.

A pesar del trauma de las últimas dos semanas, también han pasado cosas buenas. Aprovechando la visita de Sadie a la ciudad, Nana y ella han hablado. Han hablado en serio. Siguen sin entenderse demasiado la una a la otra, pero por fin parece que las dos están dispuestas a intentarlo. Desde que ha regresado a la clínica de rehabilitación, Sadie no ha vuelto a hacer ni una sola llamada sorpresiva.

Solo han pasado ocho días, pero bueno. Pasito a paso.

Tanto a Nana como a Sadie les parece que lo mejor sería que termináramos el curso en Echo Ridge, aunque a Sadie le den el diploma de rehabilitada en enero. Yo estoy de acuerdo. Estoy decorando mi habitación para que resulte un poco más acogedora. El fin de semana pasado compré unas impresiones enmarcadas en una feria de arte y he puesto fotos en las que Ezra y yo salimos con Mia y con Malcolm. Además, tengo que hacer las pruebas de acceso a la universidad, visitar algunas facultades, conocer a mis medio hermanos y, quizá, salir más veces con Malcolm.

Ahora mismo he estado a punto de contárselo. Quería hacerlo.

Pero, una vez dicho, no hay manera de retirarlo. Y aunque me he pasado casi seis semanas intentando desenmarañar las mentiras de Echo Ridge, lo único que consigo pensar desde aquel día en el sótano de la casa de los Nilsson es que hay algunos secretos que nunca deberían revelarse.

A Sadie estuvo a punto de matarla pensar que había abandonado a su gemela la noche que Sarah desapareció. De ninguna manera podría encajar esto. Ya me está costando a mí, que no tengo arrepentimiento ni culpa con la que cargar, ver a mi hermano bromear y sonreír en la fiesta mientras yo sé la verdad.

No deberíamos estar aquí.

Me agarro más fuerte a la mano de Malcolm para ahuyentar el escalofrío que me recorre la columna cada vez que recuerdo la voz de Peter susurrándome al oído, tan bajito que casi me pasa desapercibido. Ojalá lo hubiera hecho, porque me voy a pasar el resto de mi vida deseando que no repita jamás las palabras que creo que me llevaré a la tumba.

«Creí que era tu madre».

AGRADECIMIENTOS

Si escribir una primera novela es un acto de fe —creer que algún día, alguien que no sea pariente ni amigo tal vez quiera leer lo que has escrito—, escribir una segunda es un acto de voluntad. Y, caramba, vaya si se necesita una tribu. A mí me tocó la lotería literaria con el equipo con el que tuve oportunidad de trabajar en mi debut con *Alguien está mintiendo*, y su increíble talento y dedicación son la razón de que *Alguien tiene un secreto* exista.

Nunca podré estarle suficientemente agradecida a mi agente, Rosemary Stimola. No solo eres la culpable de que pueda vivir de mi pasión, sino que además eres una luchadora incansable, una sabia consejera y la calma de todas las tormentas. Le estoy profundamente agradecida a Allison Remcheck por su imperturbable honestidad, su fe en mí y por haber pasado casi tantas noches de insomnio como yo pensando en estos personajes.

A mi extraordinaria editora de mesa, Krista Marino: me asombra tu insólita capacidad de ver el alma de un libro y detectar exactamente lo que necesita. Has conseguido que todas las etapas del proceso hayan sido un placer y, gracias a tus apreciaciones sobre la trama, esta historia ha resultado ser la que quería contar desde el principio.

A mi editora, Beverly Horowitz, y a Barbara Marcus y Judith Haut, gracias por acogerme en Delacorte Press, por vuestra guía y el apoyo a ambos libros. Gracias a Monica Jean por su paciencia infinita y sus cariñosas valoraciones, a Alison Impey por el increíble diseño de cubierta, a Heather Hughes y Colleen Fellingham por su vista de águila y a Aisha Cloud por la promoción estelar (y por contestar mis mensajes y mis correos a horas intempestivas). Como antigua experta en *marketing* que soy, estoy

maravillada con las ventas y con el equipo de *marketing* con el que he tenido la suerte de trabajar en la división de libros infantiles y juveniles de Random House, entre los que se cuentan Felicia Frazier, John Adamo, Jules Kelly, Kelly McGauley, Kate Keating, Elizabeth Ward y Cayla Rasi.

Gracias a la delegación británica de Penguin Random House, incluyendo a su directora Francesca Dow, la directora ejecutiva Amanda Punter, la directora editorial Holly Harris y a los equipos de *marketing*, publicidad y venta de Gemma Rostill, Harriet Venn y Kat Baker por cuidar tan meticulosamente de mis libros en el Reino Unido. Gracias también a Clementine Gaisman y Alice Natali, encargadas de la venta de derechos, por ayudar a mis personajes a viajar por todo el mundo.

No podría haber superado el año de mi debut literario ni mi segunda novela sin ayuda de mis amigas escritoras Erin Hahn y Meredith Ireland. Gracias por vuestra amistad, por celebrar los altos y compadecerme en todos los bajos y por leer un sinfín de borradores hasta que di con la tecla. Gracias también a Kit Frick por sus apreciaciones y sus atentos comentarios en un punto crítico del desarrollo del libro.

Agradezco al grupo de escritores de infantil y juvenil de Boston la comunidad que hemos creado y a todos los escritores contemporáneos de *thriller* que he tenido la oportunidad de conocer por inspirarme, motivarme y hacer que esta profesión, a menudo tan solitaria, resulte más divertida, entre los que se cuentan Kathleen Glasgow, Kristen Orlando, Tiffany D. Jackson, Caleb Roehrig, Sandhya Menon, Phil Stamper y Kara Thomas.

Un sincero gracias a mi familia (tanto a los Medailleu como a los McManus) por apoyar este sorprendente giro que ha dado mi vida y por hablarle a todo el mundo que se cruza en su camino de mis libros. Tengo una deuda de gratitud particular con mi madre y mi padre por ayudarme cuando me toca viajar, a Lynne por ser mi pilar y a Jack, que me inspira a seguir soñando a lo grande.

Y, por último, gracias siempre a mis lectores por interesarse por las historias de ficción y por haber elegido invertir vuestro tiempo en la mía.



KAREN M. MCMANUS. Autora estadounidense de ficción para adultos jóvenes. Estudió la carrera de Lengua Inglesa en el College of the Holy Cross y cursó un máster de periodismo en la Northeastern University.

Cuando no trabaja ni escribe en Cambridge, Massachusetts, le gusta viajar con su hijo.

Alguien está mintiendo es su primera novela.